



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**“LA VÍA VIOLENTA QUE REPUDIAMOS”.
ESTIGMATIZACIÓN Y ANTICOMUNISMO EN
EL DISCURSO
DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA.
CHILE, 1983-1984**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
P R E S E N T A
ANGÉLICA YASMÍN DÁVILA LANDA



DIRECTORA DE TESIS
DRA. KRISTINA PIRKER

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para Alma, Mimí, Marisol y Alberto:
que se enfrentaron a lo incierto y a lo funesto por un acto de amor.*

“Como toda experiencia trastornadora, esta vida no nos pertenece y, sin embargo, sólo nosotros la hemos vivido y fuimos transformados por ella. Suficientemente para juzgar, a posteriori, que tal vez la vida se haya arriesgado hasta acá en nosotros. Que esta hospitalidad, como la de la locura o la del delirio amoroso, era una violencia pero que nosotros hemos sobrevivido [...] y nos hemos conmocionado. Que es la vida quien nos arriesgó de esta manera, contra la muerte y con ella, contra los apegos, las lealtades, las defensas, las familias, las vergüenzas, el sepultamiento de toda memoria; porque en esos instantes fuimos pasadores, las más de las veces inconscientemente, es decir que nos encontramos en una incandescencia, en una tristeza, una dependencia, una revuelta, una imaginación, un amor, un silencio desconocido de nosotros y que no obstante encontraron asilo en nosotros.”*

Y en ello, la posibilidad de volver a vivir.

* DOFOURMANTELLE, Anne, *Elogio del riesgo*, Paradiso, México, 2015.

Agradecimientos

A Alma, por su madurez y valor. Por dejarme quererla. Por tomar el riesgo de su cuerpo en revolución y junto con ello, la responsabilidad y valentía de revolucionarse con él para enseñarle que todavía era parte de su espíritu terrenalmente humano. Por ver conmigo chica rara. Por despertarse sonriendo (¡y con hambre!) después de cada cirugía, por volver siempre al recordar que la esperábamos, por saberse cada uno de sus procedimientos (demostrando que siempre siguió siendo Alma) y desde allí volverse, nada más y nada menos que la Pipiki de Nutrición y de la casa.

A Mimí. Por su energía arrasadora que le dio fuerza a esta familia. Porque se atrevió de nuevo a confiar en mí, a pesar de los años larguísimos de distancia y se volvió mi refugio cuando ya no podía más. Por ser el regalito cachetón que, dotado de una inteligencia suprema, siempre nos hace reír, alegrarnos, sorprendernos con la ocurrencia de que la vida puede ser siempre diversa. Por asumir todos los retos, (¡hasta leer todas las tardes;) y esforzarse tanto, siempre, como el impulso del mar.

A Marisol, por mantenerse de pie a pesar de que todo se había vuelto agua y que como agua se comenzaba a escurrir. Porque no imagino el amor tan grande con en el que fue investida en esta lapsus de existencia para que, a pesar de todo el dolor inmenso, arrasador, pudiera una vez más reconstruir a esta comunidad. Por volverse doctora (y al mismo tiempo el fantasma del elevador y del camellón), y agregar una profesión más a sus cualidades naturales y aprendidas. Por ser mi mamá (de verdad, el lenguaje no alcanza para expresar esta gratitud) y con su rezo investirme de la vida y del deseo que me trajo aquí.

A Alberto, por ser nuestra familia más auténtica. Por cuidarnos siempre y no irse cuando el borde del abismo apareció. Por recordarnos con su presencia que no estábamos solas y que el mundo es capaz de querer sin que la sangre esté siempre de por medio. Por llevarnos y recogernos en coche, haciendo que los caminos sea siempre seguros. Por las alitas enchiladas y las papas fritas, porque sus abrazos siempre me saben a hogar.

A Kristina, por toda su confianza, relación humana que uno nunca entiende ni valora lo suficiente, ni todo lo que implica ni todo lo que entraña. Por combinar la dosis perfecta de buena

dirección y de otorgamiento de libertad para escribir este trabajo. Porque gracias a eso me pude escribir en él y porque gracias a su confianza pude regresar a la vida real con olor a moras. A Omar, por todo su apoyo y amistad. Por ser mi lazo directo con Chile y mascullar desde sus entrañas la historia y sentimientos de ese país. Por hacerme reír y ver que el cinismo es una buena filosofía de vida, quizá de sobrevivencia. Por ver en mí desde la primera clase lo que yo poco a poco voy comenzando a descubrir. A Viviana, por su pasión e investigaciones, por recordarme cuando estaba aburrida y desapegada de este trabajo, qué se escribe sobre estos porque nos inspira la utopía.

A nuestro equipo de plaqueteros, de donadores, de acompañantes, de doctores, porque gracias a ellas y ellos siempre hay nuevas, materiales y morales esperanzas de seguir.

A Luis, por crecer conmigo y atravesar una a una la violencia y delicia de cada una de las etapas. Por ser Luis y no caber en ninguna categoría. Porque en mis recuerdos más profundos se encuentra un afecto puro y una alegría inmensa que sólo un amor como el nuestro supo encarnar. A Yesenia, por cumplir con mi sueño de la infancia, tener una amiga en mi barrio, por cumplir con el sueño de la humanidad, encontrar a una amiga de verdad. Por ser nuestra guardiana y mi teórica-psicoanalista favorita, cuerdamente loca, auténticamente bruja. A mis chichiquilos y chichiquilas, incluyendo al pequeño maíz. Por todas las historias compartidas, por todas las revoluciones comenzadas, por todas las aventuras y risas desplegadas. Porque espero volverles a encontrar. A Caro, por enseñarme a hacer magia y compartirme los caminos para reconectar todos mis fragmentos humanos y estelares. Porque no puedo imaginar que debí de haber hecho también para merecerla nuevamente. A Guillermo, porque cuando lo veo y charlo con él, siempre siento que voy por el camino correcto. A Albert, Eduardo y otros que me voy reencontrando en este nuevo camino, por mantenerme en su memoria y a partir de ello poder yo recuperar una parte de la mía. A todos y todas mis moritas: Gaby (mi valiente académica), Jaz, Ricardo C., Dianis, Elsa, Viole, Ange, Guille, Richi, César, Rodri, David, Rush, José Luis (que tuve que rescatar de Ecuador), Cuiti, Ángel, Omar. Porque me dieron un nuevo lugar, nuevas relaciones, nuevas esperanzas: viernes botaneros, seminarios de salsa, sesiones de estudio que me ayudaron a volver. A los que acaban de llegar: Pablo, Érika, Sara, Xanat, Isra, Alex, porque me están recordando que puedo volver a sentir la colectividad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El discurso anti-violencia de la Democracia Cristiana, 1983-1984

(O la construcción de un problema de investigación)

1. El discurso oficial de la Transición Democrática Chilena. Punto de partida y punto de llegada	11
2. Entre la radicalización y su contención. La lucha por la transición democrática en Chile, 1983-1984	18
3. Delimitación del problema de investigación.....	23
4. El proceso histórico-político del discurso en contra de la violencia.....	24
4.1 La guerra fría	24
4.2 Las transiciones democráticas en América Latina.....	26
4.3 El nuevo frente de la guerra fría en Chile: la transición democrática durante las Jornadas de Protesta (1983-1984).....	28
5. El sujeto productor del discurso anti violencia.....	32
5.1 La Dirección partidaria de la Democracia Cristiana	32
5.2 La Alianza Democrática y la Democracia Cristiana	33
5.3 El discurso anti-violencia dentro de la estrategia de transición de la Democracia Cristiana...35	
5.4 El discurso anti-violencia de la Democracia Cristiana	36
6. Tratamiento de Fuentes	38
7. Estructura del texto.....	41

CAPÍTULO I

Discursividad, estigmatización y lucha política

(O la dimensión teórica de un problema de investigación)

1. INTRODUCCIÓN.....	43
-----------------------------	-----------

1. LA LUCHA POLÍTICA COMO LUCHA SIMBÓLICA	45
1.1 Subjetividad y producción discursiva	45
1.1.1 Los sujetos sociales.....	45
1.1.2 La producción discursiva como práctica social.....	47
1.2 La disputa por la definición de la realidad	50
1.2.1 El campo político	50
1.2.2 El poder-decir: la expresión pública de los sujetos en el campo político.....	53
1.2.3 Los dirigentes y voceros en el campo político	56
1.3. Discursividad y acción estratégica	58
1.3.1 Las estrategias políticas.....	58
1.3.2 El discurso público como estrategia discursiva.....	61
3. LA ESTIGMATIZACIÓN COMO ESTRATEGIA DISCURSIVA.....	67
3. 1. Los tópicos discursivos de la estigmatización/normalización	70
3.1.1 Lo normal.....	70
3.1.2 Lo anormal.....	71
3.2. Los efectos discursivos	73
3.2.1 Dicotomización de lo real	73
3.2.2 La violencia estigmatizante y normalizante.....	74
3.2.3 La defensa de lo normal.....	77
4. CONCLUSIONES.....	82

CAPÍTULO II

De la Tercera Vía a la Derecha.

El anticomunismo histórico de la Democracia Cristiana

1. INTRODUCCIÓN.....	84
2. “LA DEMOCRACIA CRISTIANA ALTERNATIVA DEL COMUNISMO”. LA OPCIÓN POR LA REFORMA ESTRUCTURAL	86
2.1. Los inicios: el socialcristianismo y la Falange Nacional	86
2.1.1 La doctrina social de la Iglesia.....	86

2.1.2 La Falange Nacional (1939-1958)	88
2.2. La Democracia Cristiana y su Revolución en Libertad (1958-1964).....	89
2.2.1 La sociedad comunitaria	90
2.2.2 El desarrollismo	92
2.2.3 La Democracia Liberal	94
2.2.4 El anticomunismo de la Revolución en Libertad	97
3. “LA DEMOCRACIA CRISTIANA ALTERNATIVA (PREVENTIVA) DEL COMUNISMO”. LA OPCIÓN POR LA DERECHA	99
3.1 De la Tercera Vía a la Derecha. Las elecciones presidenciales de 1964.....	100
3.1.1 El FRAP. Puntos de encuentro y desencuentro con la postura demócratacristiana	101
3.1.2 El bloque anticomunista y la opción por la Democracia Cristiana	102
3.1.3 La campaña del terror: Democracia (Cristiana) o Muerte	105
3.2. ¿Comunitarismo o capitalismo nacional? La depuración y definición política de la Democracia Cristiana (1964-1973).....	109
3.2.1 Las disputas demócratacristianas durante el gobierno de Eduardo Frei	109
3.2.2 Implicaciones políticas e históricas de las divisiones partidarias de la DC	112
3.3 La democracia por el capitalismo. El período de la Unidad Popular (1970-1973)	114
3.3.1 De la oposición crítica a la ruptura de la institucionalidad. La DC ante el gobierno de Allende	114
3.3.2 “El mundo de la violencia”. El anticomunismo demócratacristiano durante la UP	118
4. CONCLUSIONES.....	121

CAPÍTULO III

La Transición en disputa.

El campo político chileno durante las Jornadas de Protesta

(1983-1984)

1. INTRODUCCIÓN.....	124
2. LA REORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA BAJO LA DICTADURA MILITAR, 1973-1983	127
3. LA DISPUTA POR LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA, 1983-1984.....	133

3.1 Las Jornadas Nacionales de Protesta	133
3.2. La disputa por la transición. El caso de los partidos políticos.....	136
3.3 La violencia política popular: la izquierda marxista y el movimiento popular radicalizado durante las protestas	139
3.3.1 La centralidad política del Partido Comunista durante las protestas	140
3.3.2 De la vía chilena al socialismo a la defensa armada de la Revolución: la violencia en la estrategia transitoria del PC.....	141
3.3.3 La organización militar del PC	146
3.3.4 La convergencia política de la violencia política popular durante las protestas. Los sujetos radicalizados.....	149
3.3.5 Posiciones opositoras favorables a la oposición rupturista	156
4.4 De zanahorias y garrotes: La “apertura política” y la represión de la dictadura militar	158
4.4.1 Los partidos de apoyo a la dictadura.....	164
4.5 Pactar la transición: la oposición moderada	166
4.5.1 La Alianza Democrática	167
4.5.2 El Bloque Socialista (renovado)	168
4.5.3 La Iglesia Católica	171
4. CONCLUSIONES.....	173

CAPÍTULO IV

Luchar por la democracia no es luchar en contra de la dictadura.

La estrategia de transición de la Democracia Cristiana

1. INTRODUCCIÓN.....	179
2. EL PODER-DECIR DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA. SUS RECURSOS SUBJETIVOS Y CONTEXTUALES	182
2.1 La primera década de dictadura militar (1973-1983)	183
2.1.1 La expulsión al campo opositor (1973-1977)	183
2.1.2 La configuración de la Democracia Cristiana como sujeto opositor (1973-1983).....	185
2.2 La Democracia Cristiana durante las Jornadas de Protesta (1983-1984)	190
2.2.1 La Alianza Democrática: entre la dirección y la disputa.....	192

2.2.2 El acercamiento con la dictadura	195
2.2.3 En búsqueda del diálogo perdido. El acercamiento con las derechas	198
3. LA “VÍA PACÍFICA”. ESTRATEGIA DE TRANSICIÓN DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA	200
3.1 Por la vía de las instituciones: la transición negociada	201
3.1.1 Del rechazo a la dictadura a la transición pactada.....	201
3.1.2 El viraje estratégico. La admisión de la Constitución de 1980	205
3.2 La exclusión de la izquierda marxista	208
3.2.1 El campo político ante la alianza DC-PC.....	209
3.2.2 El anticomunismo demócratacristiano	210
3.3 Las movilizaciones contraladas	214
3.3.1 A la domesticación de las protestas	216
4. CONCLUSIONES	222

CAPÍTULO V

La estigmatización de la violencia.

Estrategia discursiva de la Democracia Cristiana

1. INTRODUCCIÓN	228
2. LO NORMAL: LA VÍA PACÍFICA	231
2.1 La Democracia aspirada	233
2.1.1 Democracia y capitalismo	237
2. 2 Las Alianzas	240
2.2.1 La unidad necesaria.....	240
2.2.2 La unidad peligrosa.....	242
2.2.3 Los requisitos de la unidad política.....	244
2.3. Por la vía de las instituciones.....	246
2.3.1 El viraje estratégico: la admisión de la Constitución de 1980.....	247
2.4 La vanguardia democratizadora.....	250
2.4.1 El futuro (¿el botín?) de la vanguardia democratizadora.....	253

3. LO ANORMAL: LA VÍA VIOLENTA.....	254
3. 1. La violencia	254
3.2. El régimen militar	256
3.2.1 El carácter anti-democrático de la dictadura	256
3.2.2 La violencia del régimen.....	258
3.2.3 El régimen, abono para la violencia subversiva	260
3.3 Los comunistas	262
3.3.1 El rechazo al comunismo	262
3.3.2. El carácter anti-democrático del Partido Comunista	263
3.3.3 El rechazo a la vía violenta	265
3.3.4 La estigmatización del comunismo.....	268
3.4 La violencia negada: las jornadas de protesta	270
4. CONCLUSIONES.....	274

REFLEXIONES FINALES

La violencia del discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana. Chile, 1983-1984

1. La producción social y política del discurso antiviolencia de la DC.....	284
2. El discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana	291
3. Los efectos discursivos y políticos del discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana	297
4. Del discurso antiviolencia de la DC a la violenta y excluyente transición chilena.....	304

BIBLIOGRAFÍA.....	308
--------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

El discurso anti-violencia de la Democracia Cristiana, 1983-1984 (O la construcción de un problema de investigación)

El otro, sea el que desconoce la norma o el que tiene otras normas, sería esencialmente digno de odio. Lo sería porque, al hacerlo, al mostrar que la vida también puede ser reproducida de otra manera, vuelve evidente lo que es indispensable que esté oculto: la contingencia del fundamento de la propia identidad, el hecho de que la forma de ésta no es la única posible; de que no es incondicionalmente válida y su consistencia no tiene la autoridad de lo Otro; de que no es una consistencia 'natural', simplemente humana: artificial, sustituible.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA, *Violencia y Modernidad*.¹

1. El discurso oficial de la Transición Democrática Chilena. Punto de partida y punto de llegada

Se ha dicho bastante que la transición hacia la democracia en Chile, a diferencia de otros países latinoamericanos, ha sido ordenada y pactada. *Pacífica*, en una palabra, gracias a que la oposición moderada y la dictadura pudieron *ponerse de acuerdo* y darle un fin tranquilo y *sin sangre* a ese periodo de oscuridad política. Gracias, específicamente, al pragmatismo político

¹ ECHEVERRÍA, Bolívar, “Violencia y modernidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia*, FCE, México, 1998, p. 376.

de este sector opositor y a su elección *racional* por una estrategia *realista*. En ese sentido Patricio Aylwin, el primer demócratacristiano en presidir un gobierno pos-dictatorial, anunciaba en 1990:

Chile vuelve a la democracia y vuelve sin violencia, sin sangre, sin odio. Vuelve por los caminos de la paz. [...] Estamos contentos por la forma pacífica y sin grandes traumas en que ha operado el tránsito hacia el gobierno democrático. ¿Deberíamos, para evitar aquellas limitaciones, haber expuesto a nuestro pueblo al riesgo de nuevas violencias, sufrimientos y pérdida de vidas? Los demócratas chilenos escogimos, para transitar a la democracia, el camino de derrotar al autoritarismo en su propia cancha. Es lo que hemos hecho, con los beneficios y costos que ello entraña.²

Con esta declaración el nuevo presidente de Chile justificaba su alineación a la estrategia transitiva del régimen dictatorial, que avalaba al neoliberalismo y a la democracia protegida. Junto a ello negaba la larga lucha de la movilización social y popular, incluida en ella a la izquierda marxista chilena, que diferentes sujetos mantuvieron en contra de la dictadura: aquellas luchas que se habían proclamado en contra de su modelo político y económico social y en las que algunos sectores habían incluido a la violencia como método de lucha para lograrlo.³ Aylwin los silenciaba con su caracterización de la transición, y a cambio otorgaba absolutamente a la cualidad y voluntad de los “demócratas chilenos” el haber terminado con el régimen militar. A partir de la caracterización de Aylwin podía negarse la potencialidad y agencia política de estos sectores y afirmar, como lo hizo Eugenio Tironi, que “A Pinochet no lo derrotó una protesta social ni un grupo militar: lo derrotamos todos los chilenos armados solamente de un lápiz y de un papel.”⁴

² AYLWIN, Patricio, “Discurso de S. E. el presidente de la República, Patricio Aylwin azocar, en Estadio Nacional” 12 de marzo de 1990, Archivo Chile-Centro de Estudios Miguel Enríquez, p. 3. Consultado: 2/02/2015. Disponible en:

http://www.archivochile.com/Gobiernos/gob_paylwin/de/GOBdeaylwin0003.pdf

³ Si esta tendencia democratizadora no había sido capaz de terminar con el régimen a su manera, sí había constituido una gran condicionante para que las FF.AA admitieran los resultados del plebiscito de 1988. El temor político de la dictadura a una profundización de las revueltas sociales, había sido uno de los factores fundamentales para posibilitar una salida negociada, más que la racionalidad de la oposición moderada o su propia propuesta transitiva. Ver BRAVO, Viviana, *La voz de los 80': protesta popular y neoliberalismo en América Latina. El caso de la resistencia subalterna en Chile (1983-1987)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2012.

⁴ TIRONI, Eugenio, “Crisis, desintegración y modernización” en *Proposiciones*, Ed. Sur, núm. 18, 1990, p. 33.

Junto a esta negación de la historia chilena y de la invisibilización política de los sectores radicales antidictatoriales, se anunciaban los peligros que su estrategia de corte rupturista había implicado para el país, cuando (también aludiendo a la dictadura) “Ideologizados y divididos por utopías inconciliables, el odio prevaleció un momento sobre la solidaridad y la fuerza se impuso sobre la razón,”⁵ y amenazaron al país y a la democracia con un torrente de destrucción de “odio fratricida” y de “violencia entre hermanos”.⁶ Allí, según Manuel Garretón, los principales responsables de la opción por la violencia desde la oposición a la dictadura no habrían sido de los chilenos que participaron en las protestas contra Pinochet, sino aquellas organizaciones partidarias que los habían intentado arrastrar a una dinámica político-social ajena a ellos mismo y, por lo demás, sin la capacidad de producir ningún efecto político:

los habitantes de los barrios miserables fueron radicalizados por grupos tales como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y las Milicias Rodriguistas (ambos vinculados con el Partido Comunista) y el MIR, los cuales se empezaron a organizar en sus barrios. Estos grupos urgieron a la confrontación violenta y a la insurrección [...] pero sus tácticas sirvieron para aislarlos del resto de la sociedad.⁷

Condenada al fracaso desde el principio, la modalidad estratégica de la izquierda marxista chilena (signada como la principal estrategia violentista) no sólo era indeseable, incorrecta y peligrosa. También la razón única y primordial de que sus sostenedoras se auto-excluyeran del proceso democratizador y de un lugar central en el campo político del Chile democrático. Por suerte para el país, pudo ser conjurada por la lucha institucional defendida por los “demócratas”. Ya que “En vez de reforzar la tendencias conflictuales dominantes por años en la sociedad chilena, la Campaña por el No [la opción de votar en contra de la continuidad del gobierno de Pinochet en el Plebiscito de 1988]], apuntó a despertar una movilización a favor de una integración social y de una reconciliación nacional.”⁸ De esta manera, la oposición moderada posibilitó una transición pacífica que no dividía más a los

⁵ AYLWIN, Patricio, *Op. cit.*, p. 7

⁶ *Ibíd.*, p. 2.

⁷ GARRETÓN, Manuel, “Movilización popular bajo el régimen militar en Chile: de la transición invisible a la democratización política” en Susan Eckstein (coord.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 2001, p. 303.

⁸ TIRONI, Eugenio, *Op. cit.*, p. 34.

chilenos ni profundizaba las heridas del país, y que denunciaba y conjuraba la violencia de la dictadura y de la izquierda marxista.

Este discurso, polifónico y con diversos matices, se convirtió en el discurso oficial de la Transición Democrática en Chile legitimador, junto a otros factores, del orden actual en el país: del neoliberalismo, de la democracia liberal y neoconservadora y de la Constitución de 1980. Discurso que, por lo demás, se ha actualizado en diferentes momentos para estigmatizar y criminalizar a la lucha social, tal como sucedió con la construcción de la Cárcel de Alta Seguridad que contaba con un espacio destinado a los presos políticos y con la represión a la lucha mapuche. Por ello y por su importancia para el país conosureño y para la región latinoamericana, este trabajo está dedicado a estudiar sus inicios durante las Jornadas Nacionales de Protesta (1983-1984) a partir de uno de sus principales exponentes: la Democracia Cristiana (DC). Referido aquí como *el discurso en contra de la violencia* o *anti-violencia activa*, o simplemente *el discurso anti-violencia*, trataré de mostrar que a través de él la Democracia Cristiana, junto a otros factores, configuró su posicionamiento en el campo político atravesado por la lucha por la democracia, y se sumó a la acción de la dictadura y otros sujetos de centro-derecha para intentar excluir a los sectores opositores más radicales (el movimiento popular y la izquierda marxista) de una posible transición democrática.

Mi supuesto apunta a que esto fue posible gracias (y en parte) a que pudo simbolizar su propia propuesta democratizadora como la manera correcta y deseable para transitar a la democracia y estigmatizar a la estrategia rupturista del Partido Comunista (PC), bajo el rechazo general de la violencia, reforzando sus puntos de encuentro con la dictadura a partir de su propio anticomunismo. *De esta manera, la hipótesis que guía este trabajo investigación es que el discurso antiviolencia de la DC fue en realidad un discurso anticomunista, que a través de normalizar una transición negociada y estigmatizar a la violencias en abstracto, estigmatizó a la violencia particular del PC y a través de ello al comunismo mismo, en el intento de excluir a las fuerzas de izquierda marxista de la transición y de prevenir y evitar una transición de corte comunista y popular en ruptura con la dictadura pero también con el orden capitalista en vigencia.* En ese sentido, se convierte en un trabajo que, a través de un estudio de caso específico, pretende indagar sobre los procesos de producción simbólica y de su funcionalidad dentro de la acción política, específicamente en los procesos de estigmatización y exclusión socio-política, para comprender una dimensión importante de la transición democrática chilena: el sentido autoritario y contrainsurgente de los actores que convergieron en la negociación de la transición.

Como se dijo al principio, la transición ha sido estudiada, sobre todo consagrada, a partir de los autores y de los actores que historiográficamente niegan la inevitabilidad y

deseabilidad de una transición negociada, tales como Manuel Antonio Garretón y Eugenio Tironi, ya citados. Al contrario, y en respuesta y disputa con estas visiones, los trabajos de Viviana Bravo, Rolando Álvarez, Mónica Iglesias y Gabriel Salazar, a través del estudio de los “derrotados” –los partidos marxistas por una parte y los sectores populares organizados por otra, participantes de una u otra forma de actos de violencia– han estudiado a estos sujetos para relativizar tal derrota y explicar y reivindicar su sentido histórico y político fuera del estigma de irracionales, innecesarios o imposibles con el que se analiza en el discurso histórico oficial. Lo cual ha sido una gran aportación porque ha hecho visible e inteligible el potencial político que tuvieron otras estrategias para incidir en el final de la dictadura, sobre todo los actores de índole rupturista o radical.⁹ También porque se han dedicado a entender el proceso de alineación que la oposición moderada tuvo a la estrategia transitiva de la dictadura, que factualmente legitimó la Constitución de 1980 y al modelo neoliberal, a cambio de asegurarle un lugar en el nuevo orden político¹⁰. Pero a pesar de sus valiosísimos aportes, ninguno autor que haya tratado el tema de la transición chilena (por lo menos de toda la bibliografía revisada), ha trabajado centralmente el discurso en contra de la violencia de cualquiera de sus enunciadores, aunque la mayoría de los especialistas lo mencione junto a su importancia política.¹¹

En efecto, la mayoría de los autores lo enuncia y lo valora como un referente fundamental y de gran importancia dentro del conflicto político por la democracia, que definió posiciones y alianzas. Pero no he encontrado a ninguno que atienda su producción y su importancia como práctica política *per se* para el desarrollo y resolución de dicho conflicto. Por ello, asumo que el valor principal de esta investigación estriba en ser un trabajo innovador que pone sobre la mesa un tema no trabajado hasta ahora, el discurso antiviolencia de la DC, y que en apoyo a y con base en todos los trabajos que lo preceden críticos del discurso oficial de la Transición, pretende demostrar historiográficamente que aquellos “derrotados” (la

⁹ BRAVO VARGAS, Viviana, *Rebeldes audaces: pasajes de la resistencia contra la dictadura en Chile. El caso del Partido Comunista. (1973-1986)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2007. IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010. SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las “Grandes alamedas”. Santiago de Chile, 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular)*, SUR, Santiago de Chile, 1990. ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007.

¹⁰ YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura: 1970-1990*, FCE, 2010, p. 212.

¹¹ Un poco Cristina Moyano sí toca la disputa sobre la violencia en el Movimiento de Acción Popular Unitaria. Ver de la autora: *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010.

izquierda marxista y el movimiento popular) tenían una razón histórica de ser y no fueron mero desvío o delirio político, ni tampoco un mero accidente indeseable e imposible de la Historia. Pero pretende hacerlo desde la esquina contraria, atendiendo al agente estigmatizador (en este caso la Democracia Cristiana a partir de su discurso estigmatizante), y no desde lo estigmatizado mismo, es decir a través del estudio de la constitución histórica-política del estigma arriba enunciado. Así, pues, esta investigación buscará construirse un posicionamiento analítico y metodológico, que aprenda y que aprehenda a los conflictos sociales (con sus vencedores y vencidos, con sus procesos aún en pugna) en la materialidad de la vida que produce y se produce a partir de sus narrativas y discursos.

Asumo, que ello colaborará a comprender a la democratización chilena en sus diversas aristas, al presentarla como una disputa por el poder simbólico y con ello, por las pautas de la producción y reproducción de lo social. Y explicitándola como un proceso que precisó y llevó a cabo diversas exclusiones políticas para poder constituirse como tal: negociada y (superficialmente) pacífica. De entrada, asumo la posición de que existieron otras propuestas y posibilidades de terminar con la dictadura, en cuyo “fracaso” también se encuentra la acción de otros agentes para hacerlas fracasar. Porque, si bien, el discurso de la Transición asume que la dictadura de Pinochet tenía una importante consolidación política y social que produjo una transición pactada inevitable, lo que esta investigación quiere mostrar a través del caso demócratacristiano, es que la opción por la transición negociada no se inscribe sólo en la imposibilidad de una transición rupturista. *Por el contrario se erigió también como una manera de evitarla.* Lo cual no significa que sea esta una tesis para justificar acriticamente al Partido Comunista y a cualquier otro sujeto radical del periodo. Es más bien para tratar de comprender su desarrollo fuera de la mirada estigmatizante y entender cómo este filtro interpretativo permea a los análisis transitológicos y a los acercamientos que tenemos con los “sujetos violentos” de la transición chilena. Por tal motivo pretendo con ello abonar a un acercamiento analítico y político más amplio y complejo que los expliquen de una mejor manera. Porque los estudios que lo han hecho, no sólo han matizado e incluso invalidado la condena que se cierne sobre ellos, también han encontrado procesos históricos que ayudan a una mejor comprensión de nuestras contemporaneidades e, incluso, propuestas viables para la acción.

Igualmente, la importancia de analizar el discurso antiviolencia de la DC estriba en el contexto sociopolítico, simbólico y económico actual. Habernacido durante la consolidación del neoliberalismo y de la democracia procedimental implica, entre muchas cosas, vivir en un contexto naturalizado. Crecer con la amenaza constante de que hemos llegado al final de la

historia y a la reproducción diversificada de lo mismo. Al admitirlo, lo que resulta verdaderamente indignante no es tanto el tedio de la repetición, como que se sustenta en el sufrimiento multidimensional de millones de personas. No cabe duda, el modo de reproducción actual se ha especializado en despojar lo indespojable, hasta hacer peligrar nuestra capacidad de visión y creación utópica. Pero si ello es terrible, me parece que todavía nos quedan esperanzas. Una de ellas, no la única ni la más importante pero sí indispensable, es denunciar y entender el carácter de producción humana –*artificial, sustituible*– que tiene el orden social en vigencia. Admitir que, a pesar del miedo a la incertidumbre y a la responsabilidad, este mundo no es una consecuencia natural del destino. Que ha sido creado y que hay responsables específicos. Y que, si en ello también hemos contribuido todos y todas con diversas maneras y cargos, también podemos comenzar a transformarlo. En ese sentido, considero que este trabajo a través del análisis histórico, social y político de la producción discursiva de la Democracia Cristiana chilena durante 1983 y 1984, permitirá acercarse a uno de los procesos sociales que en América Latina han negado la historicidad y contingencia del capitalismo “democrático” y neoliberal, la transición democrática en Chile, al entender a dicho discurso como un artificio humano y no como una *verdad histórica inapelable*. Es decir, al mostrar cómo sujetos concretos (como la propia DC) fueron construyéndolo para presentar, justificar y dirigir sus propias estrategias transitorias y posicionamientos políticos y dirigir el “rumbo” de la historia.

De la misma manera abordar la historicidad de dicho discurso estigmatizador en los años de su gestación (1983-1984) a través de un actor específico, la DC, se convierte en un hito importante para comprender el resto de la década señalada y, en consiguiente, del *Chile actual*. Desde la criminalización de la lucha social hasta la conservación del modelo económico y político instaurado por la dictadura, diferentes procesos de dominación fueron atravesados por la alusión a una transición pacífica y ordenada, muestra del verdadero ser nacional y única posibilidad deseable y correcta de ser y estar. Ante dicha perspectiva se han levantado diversas voces y acciones de denuncia y resistencia. Diversos sujetos sociales que intentaron e intentan agitar las aguas monolíticas del Chile post-dictatorial para crear sus propios procesos y propuestas de construcción historiográfica y de memoria colectiva. Con alcances limitados pero sinceros, este trabajo intenta aportar y sumarse a sus luchas, con la esperanza de algún día cruzarse con ellas.

A partir de eso, quiero decir una última cuestión: hay una razón de carácter ético-político para el estudio de este tema. En primera instancia se erige como una denuncia contra el discurso oficial de y sobre la transición chilena. Una denuncia contra sus normalizaciones

y estigmatizaciones. Después, tomando su ejemplo, como una denuncia general a todos esos procesos políticos de estigmatización de la lucha social, sobre todo radical. Junto con ello, espero que también funcione como una advertencia. Admitir que debemos “cambiar al mundo” es en verdad difícil, porque implica todo un proceso para cuestionar el funcionamiento normal de lo existente y una reestructuración ética de nuestro propio lugar en él. Pero comenzar a cambiarlo es todavía mucho más. Ello nos posicionará contra una forma de producción y reproducción social que nos hará sentir anormales, sujetos peligrosos e irracionales –*dignos de odio*– por el simple hecho de querer criticarlo, confrontarlo y transformarlo, cuyo máximo peligro es que nos puede hacer sentir y creer que lindamos los terrenos de lo monstruoso y hacer pensar que la apatía, el silencio y la resignación son nuestra única opción. Pero considero que, si ello sucede, es posible tranquilizarnos y no asustarnos demasiado de nuestros propósitos de transformación social. Ya que, sin abandonar nunca un sentido *crítico* y *creativo* de nuestra propia práctica política, podemos tener en cuenta que la estigmatización es una práctica contrainsurgente que intenta conservar un orden social en vigencia.¹² Y que es una práctica que cualquiera de nosotros también puede implementar ante los miedos que nos causa lo diferente. En consecuencia, con este trabajo pretendo decir que nuestra *locura* y la *locura* de otros, puede ser explicable y con un poco de esfuerzo, también justificable. Tratar de defender la posibilidad y el derecho a transformar la realidad a una manera *anómala* y *desviada*. Es decir, de una manera nuestra, colectiva y solidaria.

2. Entre la radicalización y su contención. La lucha por la transición democrática en Chile, 1983-1984

Si en 1973 la Democracia Cristiana había apoyado y propiciado el golpe de estado en contra de la Unidad Popular, diez años después rechazada por la dictadura se había colocado en el campo opositor y exigía su final. Así mismo, había abandonado la estrategia del “camino propio” (que no admitía alianzas con otras fuerzas partidarias para la lucha política) y se consolidaba dentro de un bloque partidario, la Alianza Democrática, que compartía con derechistas arrepentidos y con socialistas renovados. Juntos, se enfrentaban al cronograma político esgrimido por la Constitución de 1980 (instaurada por la dictadura) que anunciaba la legalización de la “democracia protegida” y del sistema socioeconómico neoliberal, y

¹² Las palabras en cursivas son de CERUTTI, Horacio, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de sus modus operandi*, UNAM-CCyDEL/ UNAM-CRIM/ Porrúa, México, 2000.

otorgaba un calendario de transición. A través de ello, la Junta Militar declaraba que por los próximos ocho años seguiría encargada del estado chileno para asegurar un profundo arraigo del nuevo modelo político y económico e ir conduciendo a Chile hacia la democracia. Dentro de ello precisaba que al finalizar este periodo, realizaría un plebiscito en 1988 para decidir la continuidad o no del gobierno militar hasta 1996, o para convocar a elecciones libres dentro del marco de la nueva Constitución.¹³ De esta manera, la misma dictadura esbozaba su propuesta de transición democrática que, a la postre y en líneas generales y con diversas modificaciones y obstáculos, resultaría vencedora en los años que vendrían.

El más grande de los impedimentos que tuvo que sortear la dictadura ocurrió en 1983, en el contexto de una profunda crisis económica. El alto grado de desempleo, la devaluación del peso chileno, la devastación de la industria nacional y la imposibilidad de ser contenida con prontitud, catalizó el descontento sociopolítico y posibilitó la movilización de grandes sectores de la sociedad en contra de la dictadura. Sucedió entonces lo que la historiografía chilena ha llamado las “Jornadas de Protesta Nacionales”. Manifestaciones masivas con distintos grados del uso de la violencia, con distintos métodos de lucha, con distintos intereses y fines, que si bien iniciaron en contra de los desbordes del neoliberalismo, pronto derivaron en la exigencia por la democracia.¹⁴ La intensidad y extensión de las movilizaciones, acompañadas de una rearticulación pública de los partidos políticos, produjo que el “horizonte de lo posible” entrara nuevamente en conflicto y se inaugurara en Chile un momento de crisis política para los militares. En ese proceso la lucha por el final de la dictadura se configuró también como una disputa por tratar de controlar los derroteros de una posible e incierta transición democrática.¹⁵ Por disputar y hacer ganar sus *definiciones* sobre la manera más factible, deseable y correcta de democratizar al país.

En ese contexto se perfiló una gran tendencia democratizadora que defendía la ruptura total con la dictadura, tanto con su estrategia transitoria y con su proyecto de sociedad, y que

¹³ GARRETÓN, Manuel, “Modelo y proyecto político del régimen militar chileno” en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIV, núm. 2, abril-junio de 1982, p. 355.

¹⁴ Ver QUIROGA, Patricio, “Las Jornadas de Protesta Nacionales. Historia, estrategias y resultados”, *Encuentro XXI*, octubre de 1998, año 4, núm. 11. IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis para obtener el grado de maestra en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010.

¹⁵ Con “horizonte de lo posible” me refiero a los sentidos que un contexto en específico se producen sobre “la naturaleza, los alcances y limitaciones de la acción política”, de esta manera “lo que en una sociedad se percibe como opciones *posibles* o incluso *necesarias*, y lo que se concibe como objetivos *deseables* pero imposibles de alcanzar (la *utopía*), no es inmutable, sino consecuencia de construcciones sociales y culturales.” (PIRKER, Kristina, *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2008, p. 18). En el resto de la tesis seguiré haciendo mención a esta idea.

posicionaba a la violencia como práctica estratégica legítima, necesaria y eficiente.¹⁶ Bajo las lógicas de lo que Gabriel Salazar ha denominado la *violencia política popular*, (que será explicada en el capítulo III),¹⁷ las poblaciones populares se convirtieron en uno de los principales agentes que se movilizaba por el final del régimen militar y por un mejoramiento profundo de sus condiciones de vida, en algunos lugares caracterizado como anticapitalista.¹⁸ Allí la violencia se implementó como una estrategia de organización y manifestación del descontento y de la rebeldía, al igual que como prácticas de auto-defensa ante la represión gubernamental. De modo parecido y en profunda relación, la oposición marxista enarboló estrategias de transición rupturista, tales como la Política de Rebelión Popular de Masas, del Partido Comunista y la Guerra Popular Prolongada, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Ambas organizaciones admitían la necesidad de recuperar una democracia con viras al socialismo, por lo cual y por la “naturaleza” del régimen, éste no podía ser considerado como un interlocutor político válido, sino como un adversario destinado a desaparecer por medio de la movilización social. En consiguiente, los actos de violencia deberían ir preparando al “pueblo”, objetiva y subjetivamente, para un estado generalizado de ingobernabilidad que pudiera devenir en una posible insurrección popular, instauradora de la democracia.¹⁹ En la investigación este sector opositor será reconocido como la oposición rupturista o radicalizada, y referirá principalmente a los sectores populares y a la izquierda marxista actuantes bajo las lógicas de la violencia política popular.

Por otro parte pero desde el mismo campo opositor, estaban los que apelaban por una transición “institucionalista” quienes, de diversas maneras, estigmatizaron a los sujetos radicalizados que intentaron combatir violentamente a la dictadura. Calificándolos de *anomia social* o de *crimen contra el pueblo*, algunas agrupaciones y sujetos opositores de tendencia moderada, al igual que las FF.AA, exclamaron que eran un peligro para la estabilidad de la sociedad chilena y para una transición democrática conveniente.²⁰ En ese sentido

¹⁶ Por este sentido doble de ruptura, a esta tendencia de democratización también la reconoceré a lo largo de la tesis como una transición rupturista

¹⁷ Ver SALAZAR, Gabriel, *Op. Cit.*

¹⁸ Dirigente poblacional de La Cisterna, en BAÑO, Rodrigo, *Lo social y lo político, consideraciones acerca del movimiento popular urbano*, Vol. II, Documento de Trabajo, núm. 208, junio de 1984, p. 39.

¹⁹ Ver MOYANO, Cristina, *Óp. cit.* ÁLVAREZ VALLEJOS, Rolando, ““Aún tenemos Patria, ciudadanos”. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988)” en Verónica Valdivia (et. al.), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008.

²⁰ Los términos respectivamente son de los intelectuales del socialismo renovado y de la Democracia Cristiana. Para los segundos ver, “Respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista”, octubre de 1984, citado en AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*,

emprendieron diversas acciones para contenerlos y marginarlos del conflicto político. Allí la Democracia Cristiana fue una de sus principales exponentes, cuyo sujeto de estigmatización y rechazó se dirigió hacia al Partido Comunista de Chile, a veces nombrado directamente, a veces referido a través de otros sinónimos. Esta estigmatización mostraba que la historia había dado la vuelta y que si en 1973 la DC había apoyado al golpe de estado a pesar de su implementación violenta, en el contexto de las protestas se convertiría en uno de los estandartes más grandes del rechazo hacia la violencia como práctica anti-dictatorial. Para ello, en el marco de la Alianza Democrática (AD), la DC se proclamó defensora de la *vía pacífica*: una estrategia de transición que proponía la negociación con las cúpulas militares, respaldada por movilizaciones controladas y con miras a la exclusión de la izquierda marxista. El objetivo era lograr la renuncia de Pinochet y una Asamblea Constituyente (posteriormente, sólo reformas a la Constitución del 80) para reestablecer las instituciones liberales de la democracia. En ese proceso, las movilizaciones sociales serían el “instrumento de presión” para obligar a la Junta Militar a negociar, lo suficientemente *pacíficas* para asegurar la transición a la democracia liberal y capitalista.

La investigación se centrará en el proceso en el cual, en un contexto dictatorial, de amplia movilización social, altamente atravesada por la violencia política popular de la izquierda marxista y de las poblaciones populares, la Democracia Cristiana produjo una simbolización de la violencia y de su propia estrategia, para hacer triunfar una transición negociada con la dictadura que excluyera de la democratización y del campo político, a los partidos de izquierda, potenciales conductores de una transición rupturista. En ese sentido, mi supuesto analítico, no apunta a demostrar que la Democracia Cristiana “mintió” sobre que la izquierda chilena era violenta, sobre todo en el sentido físico de la violencia. Ya que, en efecto, durante las protestas lo fue y ello, entre otros asuntos, la colocó en el campo político como un posible conductor de una transición democrática, al estrechar sus lazos políticos y estratégicos con los principales sectores sociales sostenedores de las protestas. Es decir, sostenedores de las acciones que pusieron en crisis al gobierno de Pinochet y, por lo tanto, del principal capital político del momento.²¹ Por el contrario, el supuesto estará dedicado a

Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998, p. 285 (el nombre exacto de documento no aparece en el libro). Para los segundos ver Mónica Iglesias, *Óp. cit.*, MOYANO, y Cristina, *Óp. cit.*

²¹ En ese sentido, considero que la principal reivindicación histórica y política que pueda hacerse a la izquierda marxista y al movimiento popular radicalizado durante la transición, no es tratar de demostrar que no fueron violentos, sino que no lo fueron a la manera en que es significado en el discurso oficial de la transición. Es decir, que sus proyectos y prácticas no fueron irracionales, ni inmorales, sino que, por el contrario, a través de la organización e implementación de la violencia política popular, construyeron un proyecto y una tendencia de democratización capaz de haberle

demostrar que en la forma específica como la DC simbolizó a la violencia, la DC ejerció su propia violencia simbólica y política hacia la izquierda marxista, que convirtió a las demócratacristianos en uno de los sujetos contrainsurgentes de la transición democrática en Chile. En efecto, pretendo observar cómo discursivamente, la Democracia Cristiana presentó a la vía pacífica diametralmente distinta a la promulgada por los comunistas, que calificó y generalizó como la vía violenta.²² A partir de lo cual narró a la estrategia del PC como peligrosa, incorrecta e inmoral, y a la suya propia como preferible, deseable y correcta, instaurando una distancia insalvable entre ambas, e instituyó una significación normalizante y estigmatizante que resultó violenta al ejercerse como tal y al ocultarse como tal, que al transformar y producir identidades “sacralizadas” y “deterioradas”, presentadas como naturalezas políticas, estuvo orientado a la consecución de una transición negociada y a la contención de una transición rupturista.

A partir de esta perspectiva y de un acercamiento minucioso al período, se podrá ampliar la mirada analítica y mostrar que las diferencias entre el PC y la DC no estribaban sólo en los medios de lucha elegidos por cada organización ni por su apego o rechazo a la democracia liberal, como sostenía la DC en ese momento y actualmente. Se podrá constatar que las diferencias cobraban sentido por el tipo de transición democrática que cada uno defendía: lo que estaban dispuestos admitir del sistema social instaurado por la dictadura, el lugar político que le otorgaban a cada sujeto de la época y el sitio que asumían en un posible gobierno pos-dictatorial, que en conjunto daban sentido a los repertorios de lucha elegidos por cada uno.²³ Como se verá a lo largo de la investigación, el principal resultado de ello será, que retomando y parafraseando las palabras de Richard Saull, a pesar del compromiso de la DC de ponerle fin a la dictadura, su apoyo a un orden capitalista, basado en los derechos de la propiedad privada, significó optar por una transición democrática (TD) que priorizara y fuese alineándose a la estrategia transitiva del régimen y a su proyecto de sociedad, para

dado un fin distinto a la dictadura, con tal fuerza y potencialidad política, que se necesitó un frente conjunto entre el régimen militar y la oposición moderada para contenerlos y, en muchísimos casos, exterminarlos.

²² Ello es importante porque el PC jamás admitió para sí ese término. De esta manera puede observarse la reducción simbólica que la DC operó sobre el comunismo chileno al identificarlo diáfanoamente con la violencia, es decir, con un solo elemento de toda su gama estratégica.

²³ A partir de estas distinciones, que expresan dos posicionamientos distintos respecto a la legitimidad de la dictadura como agente político y del capitalismo como orden social, se podrá entender entonces porque la Democracia Cristiana se rehusaría a cualquier alianza con los comunistas: aliarse con ello hubiera significado un gran peligro para su propia propuesta transitiva y trayectoria política al admitir la posibilidad de darle una salida popular al conflicto por la democracia.

contener y conjurar una democratización en clave popular y rupturista tanto con la estrategia, como con el modelo económico y político de la dictadura.²⁴

3. Delimitación del problema de investigación

Para poder analizar el problema arriba planteado, serán necesarios varios niveles de análisis. Por un lado, habrá que analizar las condiciones históricas, sociales y políticas principales que incidieron en la producción discursiva de la DC. Por el otro, comprender cuál fue el **discurso público y estrategia discursiva** específica que produjo para constituir su estrategia transitiva y posicionarse en el campo político durante las protestas, sobre otros sujetos potencialmente democratizadores, con la capacidad de catalizar ciertos efectos en el **campo político**. De esta manera, bajo el concepto de **producción discursiva o de sentido**, el discurso de la DC tratará de entenderse como una práctica social y como una práctica política, con una especificidad propia: simbolizar. Y de allí, como una práctica también estratégica que, para el caso de estudio en cuestión, se refiere precisamente a la **estigmatización y normalización** comprendidas como **estrategias discursivas**.²⁵

Para comprender este proceso hace falta una delimitación teórica e histórica que aporte los fundamentos metodológicos necesarios. La primera está desarrollada en el primer capítulo de este trabajo. Allí se encontrarán los conceptos principales que guían su elaboración, posteriormente explicados y referidos a sus autores creadores. E igualmente reconfigurados y transformados tanto para tratar las características específicas del caso chileno, como para hacerlo a mi propia manera: para intentar responder mis propias preguntas, inquietudes e inconformidades respecto a la historia oficial de la transición. En lo que sigue, cada uno de estos conceptos seguirá resaltado en negritas. La delimitación histórica se hará en las líneas siguientes a través de tres ejes sustanciales: el proceso histórico-político general en el que se inscribe la producción del discurso en contra de la violencia, la definición

²⁴ SAULL, Richard, “El lugar del Sur Global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico” en Daniela Spencer (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, CIESAS-SRE-Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 37.

²⁵ Los términos resaltados en negritas son las definiciones operativas de este trabajo que explicaré en el capítulo I y que están basados en la siguiente bibliografía: BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, Akal, Madrid, 1999. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001. GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrurtu, Buenos Aires-Madrid, 2003. FOUCAULT, Michel: *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 1992. *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. VERÓN, Eliseo, *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona, 1996.

del sujeto que lo produce y la naturaleza político-estratégica de este discurso, es decir, su conceptualización y ubicación en la estrategia de la DC.

4. El proceso histórico-político del discurso en contra de la violencia

4.1 La guerra fría

El discurso en contra de la violencia se inscribe dentro de las pugnas por la transición en Chile. Igualmente dentro de una raigambre histórica anticomunista de la Democracia Cristiana que, a su vez, forma parte del anticomunismo nacional y global dentro del proceso histórico conocido como la guerra fría. Sostengo que la convergencia de ambos factores se encuentra en tanto se considere a la transición chilena, y a las transiciones en general latinoamericanas, como uno de los procesos resolutivos de la guerra fría en el país y en la región, que dieron lugar (a través de diversos procesos) al modelo neoliberal “democrático” de hoy en día.

Como concepto historiográfico *la guerra fría* resulta útil para este trabajo si se entiende:

como una forma de conflicto social global entre estados y fuerzas sociales asociadas con los sistemas sociales rivales del capitalismo y del comunismo. [...] aunque la guerra fría se hizo más evidente en el enfrentamiento de la Unión Soviética y los Estados Unidos posterior a 1945, este conflicto fue *sintomático* de un antagonismo más amplio entre la naturaleza desigual y expansiva del capitalismo y los desafíos revolucionarios que le presentó el comunismo.²⁶

A partir de estas notas, la guerra fría no debiere entenderse como la pugna entre EU y la URSS. Analíticamente resulta más útil cuando se comprende como un proceso más amplio y más complejo referente a un periodo de la historia mundial que, al realizarse de forma particular en cada estado-nación (e incluso en las relaciones y procesos transnacionales), daría lugar a diversos “frentes” de la guerra fría con sus propios y diversos actores involucrados. Su especificidad y generalidad radicaría en ser la dialéctica entre las consecuencias sociopolíticas del capitalismo como sistema de dominación/explotación, de los intentos por crear y luchar por una propuesta alternativa de sociedad y por las tentativas de protegerlo,

²⁶ SAULL, *Op. cit.*, p. 32-33. Cursivas en el original.

que se actualizaría de acuerdo a “la constitución social de los actores políticos” implicados.²⁷ A partir de ello, y tomando en cuenta otras variables, éstos formularían su propio proyecto de sociedad (su **definición de la realidad**) y sus maneras de implementarlo (su **estrategia política**).

Si bien, el capitalismo siempre se ha encontrado con diversas resistencias, durante la guerra fría la característica principal de la lucha social fue “el potencial para una transformación socioeconómica *revolucionaria*” que pretendía erradicar los nodos del sistema capitalista.²⁸ En la práctica esto dio lugar a “potenciales revueltas desde abajo” y “oleadas sucesivas de luchas revolucionarias, que variaron en tiempo y lugar,”²⁹ ligadas íntimamente (como aliados o bases sociales) a las organizaciones marxistas-leninistas que proliferaron durante el período. En ese sentido, el comunismo fue el gran Otro de la guerra fría que sirvió también para descalificar y atacar aun aquellos sujetos anti-sistémicos no comunistas. Como sucedió, por ejemplo, con el golpe de estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala, apoyado por EU. En ese sentido, diversos sujetos adscritos al *statu quo* construyeron diferentes estrategias y proyectos para desactivarlos y defender una modalidad específica del capitalismo (oligárquico, liberal, desarrollista, etc.). De esta manera, el conflicto político particular situado en un tiempo-espacio también particular entre estas dos tendencias e interrelacionados con otros, es lo que puede reconocerse como un frente de la guerra fría.

Ante lo anterior, cabe hacer algunas declaraciones. Los sujetos posicionados en cada uno de los “lados” no son monolíticos ni homogéneos. Presentan características diversas, conflictos entre potenciales aliados y similitudes con los enemigos políticos (tales como la aceptación de ciertas reformas estructurales o de la profundización de la democracia, y de ciertas matrices de la modernidad occidental). Depende de cada caso de estudio, conocer, caracterizar y ubicar políticamente a cada sujeto, resaltando sus formas y niveles de apego o rechazo al *statu quo*. Igualmente no se trata de hacer una apología acrítica de la izquierda revolucionaria mundial, latinoamericana o chilena. Se trata de observar diversos actores políticos (organizaciones sociales, partidos políticos, aparatos armados, movimientos de masas, etc.) que defendían la superación sistémica del capitalismo y tuvieron la fuerza suficiente para cuestionarlo en el discurso y en la práctica. A partir de cada caso concreto y de las categorías analíticas y políticas utilizadas para aprehender dicho proceso, se podrán valorar los triunfos, fracasos y especificidades del tipo de mundo más “justo” que intentaban construir.

²⁷ *Ibíd.*, p.47.

²⁸ *Ibíd.*, p.39. *Cursivas mías.*

²⁹ *Ibíd.*, pp. 36 y 38.

En todo caso, el frente chileno de la guerra fría es importante para este caso de estudio por dos razones principales. La primera, porque la Democracia Cristiana desde sus inicios y de manera activa se inscribió dentro de este conflicto. Su origen político se encuentra dentro de los grupos de derecha socialcristianos que defendían ciertas reformas sociales tanto para solucionar las problemáticas más acuciantes de la población, como para impedir su anexión a los proyectos revolucionarios de la izquierda chilena. Siguiendo esta línea, como partido independiente daría vida a la “Revolución en Libertad”, el programa de gobierno que defendería e implementaría la Democracia Cristiana durante la presidencia de Eduardo Frei, (1964-1970). Como se verá en el capítulo II de la tesis, dicho programa unió los principios del desarrollismo cepalino y de la democracia liberal y rechazó tajantemente la necesidad y legitimidad de una revolución marxista en el país. A partir de ello, guardaría una tensa relación entre la construcción de un orden nuevo y la mera modernización del capitalismo chileno. El primer gobierno de la Democracia Cristiana resolvería este problema y definiría al partido en torno al segundo objetivo, acentuando con ello su ya histórico anticomunismo y su opción por la defensa del “mundo libre”. Pocos años después esta definición política la llevaría a apoyar el derrocamiento de la Unidad Popular y la instauración de la dictadura militar. Así, se iría delineando el posicionamiento demócratacristiano dentro de la guerra fría en Chile, que se extendería hasta las jornadas de protesta. Y que explicará la existencia del discurso en contra de la violencia en ese periodo al dar cuenta de su trayectoria política y de la producción de ciertos principios con los que argumentaría el rechazo a una transición radical en clave comunista.

4.2 Las transiciones democráticas en América Latina

La segunda razón tiene que ver con el carácter de la transición democrática chilena en el marco de otros procesos latinoamericano de democratización. Al admitir el carácter multidimensional y complejo de la guerra fría como proceso histórico, también debe admitirse que “la guerra fría no tuvo un único fin, sino más bien una serie de fines basados en la naturaleza cambiante y los resultados paradójicos del conflicto” en cuestión.³⁰ En los cuales una de las características constantes fue “la derrota *social y material* histórica del desafío del comunismo revolucionario al capitalismo”³¹ (ya sea como sujeto político o como proyecto de sociedad) y la tendencia a instaurar regímenes de libre mercado y de democracia procedimental.

³⁰ *Ibíd.*, p. 65.

³¹ *Ibíd.*, p.66. Cursivas en el original.

En ese sentido sostengo que las transiciones en América Latina pueden pensarse como una de las etapas resolutivas de la guerra fría en la región ya que instauraron o fueron parte de un nuevo orden a partir de la década de los noventa, cuando las diversas izquierdas revolucionarias se vieron desbaratadas, marginadas o fagocitadas por la democracia neoliberal que se instauraría durante o después del conflicto. A pesar de estas derrotas lo importante de ello es que, en la mayoría de los procesos democratizadores, los defensores del orden capitalista vieron continuar o resurgir a diversos actores que aún sostenían un horizonte revolucionario (la mayoría en clave marxista) y que tuvieron la fuerza suficiente para poner una estrategia anticapitalista en marcha. Tales como Sendero Luminoso en Perú, del triunfo Sandinista en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí en El Salvador, el PC chileno y su brazo armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, entre otros. Asimismo surgieron diferentes sujetos, estrategias, proyectos y alianzas para contener a estos actores y resguardar al capitalismo como sistema de reproducción social en un marco “democrático”. Es decir, se actualizó, con sus propias especificidades, el conflicto de la guerra fría al inicio de los ochenta.

En el proceso mismo de transición y consolidación de la democracia de cada caso en concreto, se delimitaría el papel que cada actor jugaría en el nuevo orden pos-dictatorial, producto de las pugnas por fijar los modos de transitar a la democracia. Con esto me alejo de la tradición transitológica que refiere a los procesos democratizadores en América Latina como un simple traspaso de la institucionalidad dictatorial a la demoliberal. Por el contrario, los preciso como conflictos sociales –sujetos concretos con estrategias transitivas y proyectos de sociedad pos-dictatorial más o menos delineados y en disputa- que se constituyeron para tratar de definir y *ganar* la manera en que se realizaría tal transformación. Así, “El problema de la democracia no se reduce a la observancia de un conjunto de libertades fundamentales, derechos y obligaciones. El problema fundamental de la democracia, como la de todo orden, es el problema del poder: quién lo ejerce, cómo lo ejerce y a favor de quién lo ejerce.”³² Es decir, del tipo de sociedad democrática (y no solamente de régimen), al que se aspiraba con una propuesta democratizadora particular.

En concreto, ello también permite alejarse de una visión teleológica de la historia que pone a la democracia neoliberal como el fin inherente e inevitable del desarrollo de nuestros países. Y, a su vez, permite entenderla como el resultado político e histórico de las acciones y pugnas concretas de sujetos de carne y hueso. Los cuales, por diversos medios y procesos (como continuación del proyecto dictatorial en democracia, Chile, como ocaso del proyecto

³² ANSALDI, W. y V. GIORDANO, *América Latina. La construcción del orden. De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*, Tomo II, Ariel, 2012, p. 508.

reformista dictatorial que dio lugar al arribo democrático, Ecuador y Perú, por poner algunos ejemplos), impusieron, se alinearon o fueron derrotados por los principios (y sus representantes) del neoliberalismo y de la democracia procedimental.³³ Instaurando con ello un nuevo conflicto sociopolítico local-global distinto pero relacionado con el que se desarrolló durante la guerra fría, donde el comunismo dejó de ser un referente y un actor político altamente relevante.

4.3 El nuevo frente de la guerra fría en Chile: la transición democrática durante las Jornadas de Protesta (1983-1984)

1983 y 1984 fueron elegidos como el periodo de estudio por varias razones. Primero porque expresan el momento más álgido de la lucha en contra la dictadura que “pareció poner en jaque todo el diseño de institucionalización y consolidación dictatorial”³⁴ al crear las condiciones de posibilidad simbólicas y materiales para luchar por la democracia y por la forma concreta que debería tomar la democratización. Lo cual tiene dos primeras implicaciones: una, considerar a estos dos años como una etapa primigenia de la transición democrática, la otra que constituyen un momento en el que la violencia política popular (junto a la centralización que le dio a sus ejecutores, el movimiento popular radicalizado y la izquierda marxistas dentro de las jornadas de protesta), instauró en el campo político la posibilidad de terminar rupturistamente con la dictadura. En ese sentido, resulta de vital importancia porque elegir este periodo permitirá dar cuenta de que el discurso anti-violencia de la DC fue contemporáneo al mismo dinamismo político que estigmatizó, es decir, que durante la transición democrática en Chile, incluso desde sus inicios, se configuraron tendencias de radicalización política y de contención de esa radicalización marcando los derroteros concretos de la democratización del país. Por lo cual, y al mismo tiempo, ubicarnos en esta corta temporalidad permitirá observar con detalle el contexto y la forma concreta que tomo dicho discurso para estigmatizar desde la oposición misma al sector opositor más radical, en un momento en el que éste no sólo contaba con una presencia importante, sino con la legitimidad amplia que le brindaban las jornadas de protesta y los actores involucrados que exigían la unidad de la oposición, como se verá en el capítulo III

³³ *Ibid.*, pp. 510-521.

³⁴ VALLEJOS, Julio y Sebastián Leiva, “Punto de quiebre: en MIR en los ochentas” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008, p. 108.

de la tesis. Dentro de eso, elegir este periodo también permitirá asentar que durante él se reactivó un nuevo frente de la guerra fría que explica estas pugnas dentro del campo opositor a la dictadura.

En efecto, la transición democrática en Chile, durante todo su proceso y durante el periodo estudiado en esta investigación (1983-1984) supuso un conflicto político por definir los rumbos concretos del término de la dictadura. En ese sentido, será utilizado el concepto de **campo político** de P. Bourdieu para analizarlo como un entramado conflictivo de relaciones sociales por las que diferentes sujetos contienden entre sí para disputarse los principios de visión y división del mundo.³⁵ Por obtener el **poder simbólico** suficiente para *definir la realidad y realizarla de acuerdo a dicha definición*. En efecto, con la irrupción de las Jornadas de Protesta fue posible que diversos sujetos opositores hicieran tambalear el proyecto y estrategia transitoria de la dictadura, produciendo sus propias propuestas y sus maneras de implementarlo. Ello dio lugar a que el horizonte de lo posible se abriera y se pusiera nuevamente en disputa, provocando que los actores involucrados fueron consolidándose, articulándose, confrontándose e intentando controlar la “explosión de las mayorías” para terminar con la dictadura a su manera.³⁶ En ese proceso la Democracia Cristiana fungió como uno de sus protagonistas principales que logró construir y hacer competir una estrategia de transición propia con un discurso que la delimitara y justificara.

Allí rescatar la lógica de la guerra fría anteriormente descrita resulta verdaderamente útil, ya que permite caracterizar a la lucha por la democracia durante las protestas como uno de sus frentes en el país. En efecto, el conflicto político del momento, que se presentaba como dictadura *vs.* democracia y que exigía un campo opositor unido, estaba estructurado por la pugna aún vigente entre capitalismo *vs.* comunismo, que lo volvía imposible o por lo menos complicado. Primero, porque durante las jornadas se alzaron propuestas anticapitalistas en contra de la dictadura, entre ellas y de las más importantes la del PC chileno. Segundo, porque durante los ochentas se construyeron diversas estrategias y proyectos para eliminar “a los enemigos políticos [comunes] más peligrosos hasta entonces: los marxistas.”³⁷ Como apunté anteriormente, en ese proceso no sólo participó la dictadura y sus grupos de apoyo. También algunos sujetos opositores que no estaban dispuestos a

³⁵ Ver BOURDIEU, *El campo político...*

³⁶ La frase entrecomillada refiere a las jornadas de protesta y es de Gonzalo De la Maza y de Mario Garcés. En el resto de la tesis seguiré haciendo mención a esta caracterización. (DE LA MAZA, Gonzalo y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-1984*, Educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1985.)

³⁷ VALDIVIA, Verónica, “Presentación” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008, p. 9.

admitir una transición rupturista, o sea, de raigambre anti-capitalista. Esta convergencia y el conflicto propio de la guerra fría durante este periodo, ayudará a explicar por qué estos sujetos opositores estuvieron más dispuestos a pactar con las FF.AA que a aliarse con los grupos marxistas del mismo campo opositor para arribar a la democracia. Y porque fue posible para la Democracia Cristiana apostar por una transición negociada y producir un discurso que estigmatizara a uno de los principales referentes de la lucha contra el gobierno de Pinochet: el Partido Comunista.

Como anuncié más arriba, el periodo democratizador chileno que será estudiado en este trabajo refiere a 1983 y 1984, a su vez, lo que considero como la primera etapa de las Jornadas Nacionales de Protesta.³⁸ El discurso oficial de la Transición sostiene que la democratización chilena iniciaría con la campaña electoral y el triunfo del NO en el plebiscito de 1988 que sacó a Pinochet del poder. Si bien, con este hecho se dio lugar a la transición formal, las pugnas por la democracia que configurarían directamente la transición y el régimen pos-dictatorial, venían de años atrás. Desde que se instauró la dictadura varios sujetos intentaron terminarla por diversos medios que no resultaron exitosos. Pero sería en 1983, con las jornadas de protesta, que se instauraría un conflicto sociopolítico que “pareció poner en jaque todo el diseño de institucionalización y consolidación dictatorial”³⁹ y de producir la pugna de diferentes propuestas de democratización, logrando tener ciertos efectos en el campo político. La “apertura política” de agosto de 1983, el resurgimiento y consolidación de los grupos opositores y la alineación de la oposición moderada a la estrategia transitiva del régimen (en especial la DC), son uno de los ejemplos más importantes.

En ese sentido, es posible considerar estos primeros dos años como una de las etapas de la transición chilena en tanto configuró ciertos ejes, sujetos y condiciones que darían pauta directa a los siguientes periodos transitivos, dentro de las disputas finales de la guerra fría chilena. No hubiera sido posible, entre otras cuestiones, que Pinochet aceptara su derrota electoral en 1988 si no hubiese existido un movimiento de protesta tan persistente y diversos sujetos organizados no hegemónicos que *amenazaran* con una transición rupturista desde 1983. Igualmente, el sistema neoliberal y la constitución del 80 no hubieran pervivido sin aquellos que, como la DC, desde 1984 estuvieron dispuestos a admitirlos *de facto*, para

³⁸ Los inicios de la transición democrática en Chile son en sí un objeto en disputa y diversos autores sostienen momentos de inicio diferentes. Para una perspectiva con la que comparto líneas analíticas, pero que tiene una visión de mayor alcance y de más larga duración que la mía ver: BRAVO, Viviana, *La voz de los 80'...*, *Op. cit.*, pp- 10-11.

³⁹ VALLEJOS, Julio y Sebastián Leiva, *Punto de quiebre: en MIR en los ochentas* en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008, p. 108.

respaldar sus propios sentidos político-estratégicos. De esta manera, su importancia radica en que produjo y desencadenó diversos procesos que tendrán incidencia directa en lo que sucederá en el resto de la década, en el desenlace de la dictadura y en la conformación del Chile democrático. Es decir, este periodo puede considerarse como el “inicio” de la transición porque marca el inicio de las tendencias de democratización: en él comenzarán a delinearse y a ponerse en práctica diversas propuestas transitorias que irán marcando el proceso de recuperación democrática. En ese sentido, este trabajo no es sólo una genealogía de las fuerzas que posteriormente se implicarán en el fin de la dictadura. Es una historia sobre una de las etapas primigenias de la lucha y consecución de la democracia, en la que se fueron definiendo sus principales protagonistas, tendencias y conflictos.

Por último, al centrarnos en estos dos años de mayor movilización social es posible observar cómo, en los inicios de la transición, el horizonte de lo posible era diverso y amplio, sin un futuro certero ni garantizado que volvía a reconstituirse un nuevo frente de la guerra fría con las protestas como un gran desafío al capitalismo-dictatorial y (potencialmente) demoliberal chileno. Y, junto a ello, diferentes formas de protegerlo o reformarlo para conservar su núcleo principal, los derechos de propiedad privada. En consecuencia, se pueden conjurar visiones teleológicas y providenciales sobre la historia y observar las diversas posibilidades de concreción histórico-política que se debatían durante estos años. Así como el trabajo político y estratégico que cada sujeto tuvo que emprender para intentar encausar el proceso de una manera específica, junto con sus obstáculos y ventajas, sus logros y sus fracasos.

En conjunto, será posible conocer un periodo en que el objetivo de negociar la transición no era dominante, ni en el campo opositor ni en el campo de apoyo a la dictadura. En el primero, porque predominaban la tendencia a una transición rupturista, aunque fuera con el modelo político, sin una condena generalizada del grueso de la oposición hacia ella. En el segundo, porque la dictadura sólo estuvo dispuesta a dialogar con los opositores como forma de desactivar la movilización social y cuando perdió en el plebiscito de 1988. Mientras las derechas cercanas pero críticas al régimen, despreciaban las alianzas que le tendía la Democracia Cristiana. Como consecuencia, puede entenderse y acercarse a la diversidad de prácticas que la DC tuvo que emprender para irse ganando su lugar en la gran disputa del momento. Comprender cómo, en un contexto de amplia movilización social radicalizada y aun dentro del campo opositor, le fue posible estigmatizar a la violencia de los comunistas, afianzar su ya histórico lugar en el conflicto de la guerra fría e ir definiendo una transición que protegiera sus principales ejes proyectuales: un capitalismo modernizante y demoliberal.

5. El sujeto productor del discurso anti violencia

5.1 La Dirección partidaria de la Democracia Cristiana

Estudiar el discurso en contra de la violencia no es simplemente estudiar una serie de textos. Más bien implica estudiar al sujeto que lo ha producido y cómo, a partir de dicha producción discursiva y en relación a un contexto particular, se ha producido a sí mismo. O dicho de otra manera, significa estudiar a la Democracia Cristiana en su dimensión simbolizante. Sólo así los discursos pueden entenderse como una práctica viva: como una práctica social y política resultado de sujetos sociales y políticos. En consiguiente, es de gran importancia colindar analíticamente a la DC. Como cualquier sujeto colectivo e incluso individual, este partido es un sujeto complejo, misceláneo y contradictorio en algunos aspectos. Para hacerlo aprehensible decidí abocarme centralmente al grupo que ocupó puestos de dirección importantes dentro del partido entre 1983 y 1984, aunque en diversas ocasiones haré referencia a la militancia y a otras corrientes demócratacristianas no hegemónicas. La intención no es hacer una historia de los grandes hombres ni desde arriba. Es rastrear las diferentes acciones de quiénes (defendiendo una posición anticomunista dentro del conflicto de la guerra fría en la etapa inicial de la lucha por la democracia) produjeron un discurso en contra de la violencia, a veces no compartido por otros dirigentes, militantes y bases sociales del partido. De esta manera, la verdadera delimitación para elegir a los demócratacristianos dentro de este estudio fue aquellos, que desde la cúpula partidaria, que apoyaron este discurso y lo pudieron presentar por eso como el discurso de la agrupación en general. Que, en los hechos resultó ser la directiva del partido y cuya genealogía histórica y política puede rastrearse desde los años de formación de la agrupación.

Estos dirigentes no serán atendidos de manera individual, sino como representantes y voceros de una colectividad específica. Es decir, no se analizarán las carreras políticas de cada uno que le otorgaron el capital cultural, político, económico y social suficiente para ser un alto dirigente demócratacristiano. Si bien es importante, este estudio se centrará en sus acciones (desde una declaración individual o hasta una acción colectiva de dirigentes “en nombre del partido”, etc.) que abonaron a la creación y sostenimiento de esta agrupación al institucionalizar una de sus definiciones político-estratégicas (la formulada por la directiva) que la volvería un referente político-colectivo dentro del contexto en cuestión; la vía pacífica y el discurso anti-violencia. Lo cual no significa que estos dirigentes realmente pudieran controlar las acciones de la totalidad de los demócratacristianos. Pero sí refiere a que pudieron monopolizar el reconocimiento que éstos y otros sujetos del campo político le

otorgaron como “los delegados legítimos del mismo”.⁴⁰ Aquellos que tenían el derecho y la capacidad de hablar por toda la agrupación, responsables del *discurso y los actos públicos legítimos* del partido para expresar sus sentidos, prácticas y explicaciones.⁴¹ Con la autoridad político-simbólica para pautar los rumbos centrales y concretos de su accionar político y estratégico, a pesar de las divergencias internas.

Analizar esta parte de la DC resulta siempre una abstracción analítica. En tanto que, en la práctica, la acción de los dirigentes guarda siempre una relación dialéctica con la militancia y en tanto que a través de la acción de estos individuos se crea una representación política. La imagen y delegación simbólica-práctica de una colectividad que se realiza a partir de figurares individuales autorizadas para hacerlo.⁴² Esa es pues, la definición de Democracia Cristiana que utilizaremos para este trabajo: una colectividad representada o la representación de una colectividad, oficializada desde los actos y discursos que realizan sus dirigentes. Con ello se deja espacio a las acciones distintas e incluso contrarias a la establecida por la dirección de la DC, y al mismo tiempo se admite que sus disposiciones funcionaron como el marco de referencia obligada para cualquier otro dirigente, militante y base social del partido. E incluso, para los otros sujetos del campo político cuyo interlocutor fue siempre la dirigencia del partido y no el resto de sus miembros. En ese sentido se delimita el objeto de estudio de este trabajo como el “producto” del sector de la Democracia Cristiana cuya función estribaba en crear la identidad oficial y la palabra autorizada de la agrupación. Los lineamientos político-estratégicos, los argumentos esgrimidos públicamente y las prácticas permitidas que, a través de sus representantes/voceros, se tildaron como el “verdadero ser demócratacristiano” para diseñar la estrategia de transición del partido. Esta es pues, el origen subjetivo del discurso en contra de la violencia.

5.2 La Alianza Democrática y la Democracia Cristiana

Asimismo, resulta importante establecer la relación analítica entre la Democracia Cristiana y la Alianza Democrática para comprender su producción estratégica en general y discursiva en particular. La AD estaba compuesta por cinco agrupaciones partidarias diferentes, donde la principal era la DC. Su constitución implicaba dos cuestiones fundamentales y tensas entre sí: la posibilidad/necesidad de construir una identidad y

⁴⁰ PIRKER, Kristina, *Óp. cit.*, p. 98.

⁴¹ BOURDIEU, “La representación política” en BOURDIEU, P. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001, p. 66.

⁴² Es ésta mi interpretación sobre el concepto de “representación política de” P. Bourdieu. Ver *Ídem*.

estrategia de transición global y la también posibilidad/necesidad de cada partido miembro de “buscar formas que maximizaran la imagen de su propia representatividad frente a los demás competidores dentro de la clase política”.⁴³ La primera cuestión, al sumar las fuerzas de cada agrupación, involucraría convertir a la AD en un actor de gran peso político dentro del conflicto por la democracia. La importancia de ello sería que la constitución de la AD le permitiría a la Democracia Cristiana un grupo de apoyo importante que reafirmaría su posición en el campo opositor y político general (después de haber apoyado al golpe de estado y a la dictadura) y su identidad de oposición contraria a la oposición rupturista. Por eso, vale la pena estudiar a la DC dentro del marco de la Alianza. Igualmente porque, a pesar de las diferencias inter-partidarias al interior de la AD, fue factible que sus partidos constituyentes actuaran de una manera más o menos concertada, aunque con la impronta de los partidos dominantes. De esta manera, resulta posible que en declaraciones y acciones de la Alianza Democrática se puedan encontrar los puntos en los que los diversos partidos se pusieron de acuerdo y en consiguiente la posición política de la Democracia Cristiana. Es decir, una fuente para obtener información sobre el partido socialcristiano.

Por las mismas razones, puede estudiarse a la DC en particular y no a la AD en su conjunto. Las diferencias al interior de la Alianza eran resultado de las trayectorias históricas de cada partido que no habían sido resueltas con y en su constitución. Más aún, éstas produjeron diversos conflictos entre la DC y otros aliancistas en el diseño y puesta en práctica de la estrategia general de la AD. En ese sentido, puede asumirse que una de las primeras disputas que la DC tuvo que sortear para definir y concretar su propia propuesta transitiva, fue al interior de su propio conglomerado político. A partir de esta consideración es posible analizar qué dentro de una alianza común, la DC fue buscando sus propios intereses y objetivos para su propia reconstrucción partidaria, así como las acciones que tuvo que llevar a cabo para conservar el pacto político. Es decir, comprenderlo como un partido con un grado importante de autonomía a pesar de sus alianzas oficiales y de necesidad de esas alianzas a pesar de su propia fuerza partidaria. En ese sentido, sostengo que la particularidad demócratacristiana dentro de la AD fue definirse por una transición negociada con las FF.AA con meras reformas a la Constitución del 80, sobre la propuesta original de la Alianza de una Asamblea Constituyente y la renuncia de Pinochet. Al igual que el discurso anti-violencia fue el discurso específico de la Democracia Cristiana que resultó contrario por lo menos a uno de sus aliados, el Partido Socialista- Núñez. A partir de ello, se entenderá su lugar en la AD y en el propio campo político del momento.

⁴³ YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura...*

5. El discurso en contra de la violencia

5.3 El discurso anti-violencia dentro de la estrategia de transición de la Democracia Cristiana

En la práctica el discurso anti-violencia y el resto de las acciones estratégicas de la DC se realizan dialécticamente, siendo separadas sólo a partir del análisis. En ese sentido, puede decirse que la vía pacífica es el cúmulo de prácticas estratégicas que trascienden el discurso anti-violencia, pero que se desarrollan con y en *el sentido* de éste. Mientras que el discurso es ese cúmulo de enunciaciones que lo delimitan y significan. De este modo, dicho discurso funciona como el legitimante o justificador de otro tipo de prácticas y a la vez como guía orgánica para la acción, que se realizan dentro y junto a esas prácticas. Allí, el reto teórico-metodológico será construir una propuesta de análisis que trascienda la dicotomía con la que se ha tratado a las prácticas discursivas de las no discursivas. Que pueda mostrar el carácter orgánico entre las diferentes dimensiones (sociales, políticas, simbólicas) que implican la práctica democratacristiana para su producción discursiva, sin desatender la propia especificidad de su dimensión simbolizante. Lo cual, trataré de desarrollarlo en el capítulo I y de atravesar a toda la investigación.

Para entender el origen y la funcionalidad política del discurso en contra de la violencia, es necesario comprender el tipo de estrategia de transición que enarbó la Democracia Cristiana durante las Jornadas de Protesta. La estrategia de la vía pacífica es, en primera instancia, una **definición de la realidad** y también una manera de intentar realizarla, una **estrategia política**. En conjunto, involucra una serie de posicionamientos con raigambre histórica sobre lo social y lo político, sobre las maneras correctas y factibles de transitar a la democracia y sobre un posible y deseable (aunque no totalmente delineado) modelo pos-dictatorial. Así mismo, incluye diversos repertorios de acción para llevarlos a cabo, coincidentes (y a veces contradictorios) con el horizonte que se está proponiendo. En síntesis, puede decirse que la vía pacífica es todo lo que la DC hizo durante este momento para delinear una transición democrática a su manera, incluyendo al discurso anti-violencia. En ese sentido, pude reconstruir tres grandes líneas estratégicas: una transición negociada con las FF.AA, la opción por movilizaciones contraladas para lograrlo y la exclusión de la izquierda marxista del proceso democratizador y del sistema democrático recuperado. Para el análisis resulta sustancial el desarrollo de cada una de estos ejes. Al igual que el **poder-decir** de la Democracia Cristiana: las condiciones generales de los campos políticos y del estado de la organización que las hicieron posible y que le permitieron constituir

voceros/dirigentes autorizados, es decir, una colectividad representada con una identidad oficial y una propuesta transitiva competente políticamente.

Allí el discurso en contra de la violencia es parte sustancial de la estrategia de la vía pacífica, cuya especificidad es simbolizarla verbalmente. En realidad, todas las prácticas de la DC (como las de cualquier sujeto social y aun cuando no sean verbales) están significadas y son, en consiguiente, discursivas. Pero el tipo de **prácticas discursivas** priorizadas en este trabajo, denominadas como tal y referidas como el discurso en contra de la violencia, son aquellas que *hablan* sobre la estrategia misma: sobre el resto de las prácticas demócratacristianas y de otros sujetos del momento. Es decir, sus enunciaciones verbales que serán entendidas como el **discurso público** (el universo simbólico oficializado) de la DC. Ahora bien, el discurso de la democracia cristiana habla sobre más cosas que de la pura violencia. Pero he decidido nombrarlo como tal porque he priorizado los tópicos temáticos que giran en torno al rechazo de la violencia como práctica estratégica y que, a partir de ello, formulan una **estrategia discursiva** acorde a la estrategia general. Es decir, por la estigmatización de la violencia fue el criterio analítico que utilicé para estructurar, jerarquizar y relacionar al conjunto de los tópicos discursivos de la DC. De esta manera, puede admitirse que este discurso es la parte de la estrategia de la vía pacífica que de manera verbal normaliza la negociación con la dictadura y el arribo a un régimen demoliberal y capitalista, que explica las razones (su opción por la violencia) para excluir a la izquierda marxista del proceso democratizador y que caracteriza de un modo específico a las protestas para hacerlas acorde a una transición negociada. Del mismo modo, sostengo que este discurso está dirigido en contra del Partido Comunista, como referente principal de esta izquierda durante las protestas, pero que es extensivo a toda la izquierda de raigambre marxista-leninista e incluso a los sectores populares radicalizados. Aun así, el análisis estará centrado en la estigmatización que la DC hace sobre el PC, pero con esta consideración siempre presente.

5.4 El discurso anti-violencia de la Democracia Cristiana

Para analizar este discurso hay que tomar una serie de consideraciones metodológicas. La primera de ellas es que está basado en las enunciaciones verbales de la DC entre 1983 y 1984. Algunas fueron principalmente recolectadas de declaraciones hechas a la prensa y en eventos políticos, documentos oficiales del partido o de la Alianza Democrática, seminarios académicos, y otras de fuentes secundarias que los citaron previamente. Su *naturaleza* enunciativa, la mayoría de las veces corta y eventual, junto a las problemáticas de hacer una investigación sobre Chile desde México, constituyeron un discurso de origen fragmentario.

A pesar de ello y sólo a través del análisis, es posible reconocer ciertos *tópicos discursivos* (diversas ideas que constituyen campos semánticos comunes) y *relaciones significantes* entre ellos que dan cuenta de un *sentido* general de las enunciaciones. De este modo pude reconstruir una concepción común de la DC sobre el mundo, también diversa y contradictoria, que estructura y dirige sus principios, posicionamientos y prácticas y que reconoceré como su **discurso público**. En consiguiente, el análisis discursivo se dedicará a formular una argumentación y una narrativa que, a través de ciertas categorías y perspectivas analíticas, ordene y clasifique a la “materia prima discursiva”, para resaltar y hacer evidentes dichos hilos conductores y para aprehender sus implicaciones semióticas y políticas.

Para el caso específico de la DC, dicho **sentido** (o lógica discursiva global) se estructura a partir de un proceso naturalizante de **normalización** y **estigmatización**. Como he reiterado exhaustivamente, durante 1983 y 1984 la principal disputa política en Chile fue definir las maneras y los sujetos de una factible transición democrática. En ese proceso se hicieron públicas diversas enunciaciones demócratacristianas que también intentaron aproximarse y caracterizar a la suya y a otras estrategias transitivas para participar en la lucha política. Su particularidad fue que, desde ciertos principios liberales del pluralismo político (sobre todo en torno a la defensa de la democracia procedimental) utilizó una lógica de *normal/anormal* para dar cuenta de su propia estrategia transitiva y, específicamente, de la estrategia democratizadora del Partido Comunista.⁴⁴ En ese sentido, mi objetivo principal será entender los parámetros que constituyó para calificar a cada uno (para legitimar al primero y desprestigiar al segundo) y las maniobras discursivas que llevó a cabo para lograrlo. De esta manera, la estigmatización aludida también puede ser estudiada como la **estrategia discursiva** que la Democracia Cristiana empleó para producir sentido de un modo específico e intentar crear efectos en el campo político. Es decir, puede ser considerada tanto como los contenidos del discurso como la forma del discurso que, en conjunto, le otorgaron una configuración específica con una funcionalidad política precisa: posicionar su propia estrategia de transición como la más viable, deseable y correcta.

Por último quedan dos pequeñas consideraciones por hacer. Por una parte es indudable que el eje principal del discurso estigmatizante de la DC es en contra de la violencia. Pero la estigmatización como sentido y como estrategia discursiva se extiende a otros tópicos no necesariamente calificados como violentos. Igualmente, la Democracia Cristiana aun cuando hace referencias a diferentes violencias, no estigmatiza a todas de la

⁴⁴ Ver MORÁN, María Luz, “La distribución del poder en las sociedades avanzadas” en Jorge Benedicto y María Luz Morán, *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

misma manera. En consecuencia, un objetivo principal del análisis será identificar a los sujetos y acciones que caracteriza discursivamente, qué elementos originales retoma y cómo los acomoda en su producción discursiva, así como la ubicación que les concede dentro de los referentes normal y anormal, para conocer el núcleo de la estigmatización democratacristiana. Por otra parte está la propia historicidad del discurso en cuestión. Al igual que la estrategia de transición de la Democracia Cristiana, su discurso es un discurso emergente y en construcción. Una práctica nueva (aunque con raíces históricas) que se enfrenta a un contexto también nuevo e innovador que promete la posibilidad de definir los rumbos democratizadores. De esta manera es un discurso que se va construyendo y transformando, no acabado, ni totalmente coherente que además es enunciado desde un sujeto no hegemónico. Esa será la razón de que en esta etapa no se encuentren la claridad y la seguridad que tendrá el discurso estigmatizador después de 1988. Para sortear este asunto, considerando los años 1983 y 1984 como fundadores, se puede admitir que la Democracia Cristiana no producía todavía una estigmatización plena. O, mejor aún, que existen diferentes formas de estigmatizar que son más o menos eufemísticas, más o menos consolidadas, más o menos agresivas las unas que las otras. Pero que son estigmatizantes en tanto conservan la dualidad normal/anormal como referente fundamental y la concepción de lo diferente como “anormal”, ya sea en su vertiente de *identidad deteriorada* o de *anomalía peligrosa*.⁴⁵

6. Tratamiento de Fuentes

Como se dijo, la investigación de principio a fin fue escrita desde México. En ese sentido, no pude tener acceso a muchísimas fuentes (archivos, libros, hemerografía) que sólo pueden ser consultadas desde Chile, y por lo mismo tampoco pude realizar entrevistas a personajes centrales del estudio de caso. En ese sentido, fue una investigación de “gabinete” hecha a kilómetros de distancia. A pesar de ello, pude consultar el diario *El país*, y poder revisar día por día lo que sucedió en Chile durante los dos años completos que abarca el estudio (de allí en parte, mi elección por estudiar de manera detallada sólo dos años de la transición chilena). Igualmente, en la biblioteca del Colegio de México, me fue posible revisar diversas fuentes primarias impresas y en microfilm, como la *Revista Análisis*, *Revista Causa*,

⁴⁵ El primer término es de E. Goffman, el segundo es de M. Foucault. Ver GOFFMAN, *Óp. cit.* FOUCAULT, Michel, *Óp. cit.*

Qué pasa y el diario *El Mercurio*, que fueron las principales publicaciones periódicas durante las protestas y en los cuales se retrataron las diversas posiciones, convergencias y debates de los actores claves del momento, además principales referentes (locutores e interlocutores) del discurso antiviolencia de la DC. Asimismo, me fue factible encontrar en anexos de fuentes secundarias o en compilaciones, discursos completos de los principales dirigentes demócratacristianos y documentos oficiales, a partir de los cuales pude observar el sistema de interrelaciones discursivas que construyeron a los principales tópicos narrativos del discurso antiviolencia.

En conjunto todo esto fue de gran ayuda para reconstruir la información –sobre todo declaraciones de personeros demócratacristianos- que extraje de fuentes secundarias, ya que funcionó como un referente para hilar e identificar, por decirlo de alguna manera, a “las frases sueltas” del discurso antiviolencia citadas por los diversos autores en los que está basado este trabajo. Esto, como apunté más arriba, si bien implicó recabar mucha información fragmentaria que tuvo el inconveniente de no poder reconstruir totalmente el contexto discursivo de las frases extraídas, contó con la ventaja de mostrar la “evidencia histórica” que resultaba importante resaltar para los diferentes autores, y a partir de ello, para ubicar a las diversas corrientes historiográficas que se disputaron (y se disputan hoy todavía) la explicación sobre este pasado.

Para reconstruir los procesos en los que se inscribió la producción del discurso antiviolencia, así como para constituir los argumentos que lo hicieran analíticamente aprehensible, esta investigación se apoyó firmemente tanto en los autores que sostienen, producen y reproducen el discurso oficial de la transición, como en aquellos que lo critican. Los primeros, me permitieron acceder a las fórmulas historiográficas oficializadas para explicar la transición democrática en Chile, a partir de lo cual –específicamente de sus vacíos y de sus contradicciones analíticas, pero también de los “datos” que manejaron- pude hacerme preguntas que me llevaron a pensar y apostar por hipótesis alternativas. Es decir, pude reconstruir un camino analítico hecho por oposición a estas explicaciones consagradas y muy bien articuladas entre sí que, al tenerlas siempre como referentes, me facilitó intuir, apostar y comprobar cuáles explicaciones historiográficas debía poner en cuestión y cuáles podía comenzar a cristalizar. Igualmente, como algunos de estos autores son los mismos que formularon el discurso antiviolencia durante las jornadas de protesta –tales como Patricio Aylwin, Jorge Lavanderos, entre otros-⁴⁶ o que continuaron con esta línea interpretativa

⁴⁶ AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998. BOENINGER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*,

posteriormente—como Eduardo Frei Ortega⁴⁷, al revisarlos con atención y regresar a ellos una y otra vez, me fue posible conocer tanto la historia de dicho discurso—sus continuidades y rupturas—como recolectar “pistas” sobre cuáles fueron los tópicos simbólicos-políticos que estuvieron en disputa durante 1983 y 1984, ya que en el presente seguían cobrando importancia por su centralidad para definir y prescribir los ejes argumentativos que explican desde hoy este periodo. Por todas estas razones, les agradezco infinitamente a todos los demócratacristianos que escribieron su historia sobre la transición, ya que además me dotaron de “datos duros” sobre su partido que no encontré en ningún otro autor y que resultaron imprescindibles para mi trabajo.

En efecto, en México localicé muy pocos escritos dedicados particular y centralmente a la Democracia Cristiana, a diferencia de otros agentes que, a partir de las críticas al discurso oficial de la transición, han sido ampliamente estudiados desde nuevas miradas, tales como el Partido Comunista, el socialismo renovado, y la Unión Democrática Independiente. En ese sentido, al igual que su discurso, la trayectoria y posicionamiento político de la DC se fue reconstruyendo poco a poco a partir de diversos materiales que se referían a este partido de manera eventual y a veces tangencial. Por ello, además del propio trabajo de los demócratacristianos, es digno de resaltarse el trabajo de Ricardo Yoclevsky sobre la DC, ya que desde una perspectiva crítica y profunda, fue la principal fuente que proveyó a la investigación de orientaciones analíticas para comprender su accionar político y estratégico y su lugar en el campo político durante las protestas, a partir de lo cual puede constituir mis propias posiciones.⁴⁸ Respecto a la reconstrucción del campo político en general, las principales fuentes utilizadas fueron los autores ya referidos que se han dedicado a analizar a las protestas como fenómeno social y político, y a los actores particulares que las constituyeron, casi siempre centrado en uno sólo de ellos. Allí, sí conté con impresionantes investigadores que me dotaron de información precisa y fórmulas analíticas desde posicionamientos muy críticos para comprender este periodo. Igualmente les agradezco su labor historiográfica, porque muchos de ellos han sido pioneros sobre sus propios temas de estudio, (sobre todo, en lo que refiere a producir explicaciones alternativas al discurso oficial

Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997. LAVANDERO ILLANES, Jorge, *El precio de sostener un sueño*, LOM, Santiago de Chile, 1997.

⁴⁷ FREI ORTEGA, Eugenio, *Historia de una Alianza Política. El partido socialista de Chile y el partido demócrata cristiano*, CED-CESOC, Santiago de Chile, 1990.

⁴⁸ YOCELEVSKY, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985.

de la transición), y han recolectado y construido información inédita hasta la publicación de sus propios trabajos, por lo que han ayudado a comprender de manera más compleja este periodo de la historia chilena.⁴⁹ Aunque faltan más estudios que no se centren en uno sólo de los autores sino que trabajen más sobre el campo político en general, recurrir a ellos permite ir hilando las lógicas estructurales de este campo y lo que estaba en juego y en disputa durante estos años tan convulsos.

7. Estructura del texto

En síntesis, esta investigación trata de lo siguiente. De cómo durante las jornadas de protesta, la Democracia Cristiana, en coherencia con su propia trayectoria histórica, se insertó dentro de la lucha por la democracia a partir de las lógicas de la guerra fría (capitalismo vs. comunismo), posicionándose en uno de sus lados y configurando una transición negociada que, a partir del rechazo de la violencia en abstracto, estigmatizaba a violencias particulares y con ello, a una posible transición rupturista. Si durante estos años estas acciones no llevaron a la DC a ganar la contienda (a realizar su propuesta transitoria), sí le otorgaron un poder-decir lo suficientemente fuerte y consolidado, para resguardar su lugar en el campo político y su cualidad de ser uno de los principales referentes del momento.

A partir de ello, la estructura de esta investigación quedará de la siguiente manera:

- El capítulo I está dedicado a la formulación de un marco teórico-epistemológico que provea de los conceptos fundamentales para la aprehensión del caso de estudio. Es de mencionarse que el trabajo teórico allí esbozado también fue producto del análisis del caso chileno. A partir de la historia, pude aclararme ciertas problemáticas teóricas y quizá por ello, pueda ser el más acabado de la tesis. Su objetivo será analizar cómo los sujetos producen discursos y estrategias discursivas para posicionarse en la lucha política, y poder realizar sus definiciones de la realidad. La estrategia discursiva estudiada en específico será la normalización/estigmatización. Aquella dedicada a crear referentes correctos y anomalías peligrosas.
- El capítulo II intenta reconstruir una genealogía histórica y política de la directiva de la Democracia Cristiana que muestre cómo se ha posicionado en las pugnas de la guerra fría en Chile y cómo el anticomunismo ha sido un componente constante en la historia de la DC. Su objetivo es conocer, a partir de ello, las raíces históricas a

⁴⁹ BRAVO, *Óp. cit.* SALAZAR, *Óp. cit.* ÁLVAREZ, *Óp. cit.*, entre otros.

nivel discursivo, políticas, sociales y económicas que hicieron posible el discurso en contra de la violencia durante las jornadas de protesta.

- El capítulo III analiza el campo político a partir de las movilizaciones, resaltando las pugnas, propuestas y posibilidades de resolución estratégica-política del momento. Allí tratará de mostrarse qué las protestas en Chile instauraron una disputa no sólo por la democracia, sino por la forma concreta en que debería y era posible democratizar al país, que se configuró a partir de las lógicas de la guerra fría.
- El capítulo IV se refiere a la estrategia de transición de la Democracia Cristiana. Su objetivo será analizar qué tipo de propuesta transitoria definió para precisar de un discurso que estigmatizara a la violencia. Como se aclaró más arriba, se estudiará a partir de sus condiciones de producción como de sus principales lineamientos político-estratégicos.
- El capítulo V tratará del discurso en contra de la violencia. Allí, el eje central es analizar el universo simbólico que la DC produjo para poder justificar la pertinencia de una transición negociada y la estigmatización de los sujetos más críticos al régimen militar.
- En las reflexiones finales, se tratará del sentido de este discurso (como funcionalidad política) al interrelacionar todos los capítulos y líneas de estudio anteriores, permitiendo ver los efectos discursivos de la DC en el campo político.

Sin más, comienza la historia por la transición democrática en Chile y por la estigmatización de su raigambre popular y comunista.

CAPÍTULO I

Discursividad, estigmatización y lucha política.

(O la dimensión teórica de un problema de investigación)

La teoría no es algo que se añade a la práctica. La teoría son los ojos de la práctica, la cabeza de la práctica. Es una dimensión interna, intrínseca de la misma práctica. La práctica se hace transparente en su teoría, en su proyecto, en su estrategia.

Pablo Richard

1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo está dedicado a definir las líneas teóricas y metodológicas que construyen y delimitan el problema de investigación. El nudo principal estriba en analizar a la producción discursiva dentro de la contienda política, específicamente, cuando se estructura a partir de criterios estigmatizantes y normalizantes. Así, indagaré sobre cómo en procesos de conflicto político y de lucha por precisar el “horizonte de lo posible”, los sujetos construyen **estrategias discursivas** para aumentar, dirigir y justificar sus cuotas de poder y sus posibilidades de acción. De allí que la pregunta que guía este apartado está dirigida a saber cómo hacen para **poder-decir** y no tanto cómo hacen para *ser creídos*, con lo que el índice analítico estará en el sujeto enunciador más que en los sujetos receptores. Esta perspectiva permitirá un acercamiento al por qué, cómo y para qué un sujeto contextualizado produce una configuración particular de sentido. Y cómo a partir de ello se constituyen subjetividades políticas.

La primera parte asentará una somera definición sobre los sujetos y sobre sus prácticas discursivas, así como una aproximación a la lucha política a través del concepto de **campo político**. Igualmente atenderá a la configuración de su práctica discursiva como acción

estratégica, es decir, las **estrategias discursivas** propiamente dichas. Para ello, recurrí al concepto de producción discursiva o producción de sentido de Eliseo Verón desarrollada en sus libros *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, y *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*.¹ Ello me permitió rescatar la impronta social de los discursos para comprenderlos como un proceso y una práctica social con características propias —en este caso simbolizar- producto de sujetos contextualizados. Junto a ello, y para introducirme en la agencia política de las prácticas discursivas, traté de hilar la producción discursiva con los conceptos de campo político y de poder simbólico de Pierre Bourdieu, expuestos en sus artículos “La representación política” y “El campo político” y en su libro *¿Qué significa hablar?*² Esto me permitió situar a los discursos, y en específico al discurso antiviolencia, en las disputas por definir lo que Bourdieu llama los principios legítimos de visión y división sociales, las pautas de producción y reproducción de lo social, que en el caso chileno fue la disputa por la definición de la transición, a partir de lo cual derivé el término de *definición de la realidad o de lo real*. Las reflexiones de Bourdieu también me permitieron entender y exponer a la agencia discursiva como un proceso de autorización (de producción de los sujetos autorizados para hablar y de la palabra autorizada para ser dicha y atendida), a partir de lo cual pude formular la nominación propia de *poder-decir*. El desarrollo de todos estos conceptos me permitió encuadrar y desarrollar analíticamente el concepto clave del trabajo: estrategia discursiva. La cual entendida en relación dialéctica con el poder decir en un campo político específico, fue comprendida como la configuración específica del discurso público de una organización que construye una posición y un posicionamiento propio en el campo político. Apartado que si bien se base en la noción de la configuración de lo decible de Marc Angenot de su libro *El discurso social*, considero que es la sección en la que vierto mayormente mis propias reflexiones.³

La segunda parte del capítulo estará dedicada a entender un tipo específico de estrategia discursiva la normalización/estigmatización. En ella se hará una breve definición de sus principales lógicas simbólicas así como de sus efectos discursivos, resultado de erigirse como una práctica social y política, para lo que me basé principalmente en el trabajo de Michel Foucault en su libro *Los anormales* y en Erving Goffman en *Estigma. La identidad*

¹ Lo que sigue del apartado está basado en mi apropiación de los siguientes textos de Eliseo Verón: *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona, 1996 y *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, UBA, Buenos Aires, 1997.

² BOURDIEU, Pierre, “La representación política” y “El campo político” en Pierre Bourdieu, *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001. BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, Akal, Madrid, 1999.

³ ANGENOT, Marc, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010

deteriorada.⁴ Ambos me fueron de gran utilidad para introducirme en los procesos sociales de construcción de referentes normales y anormales, y en los regímenes de sociabilidad y de relaciones de poder que surgen al respecto. Ahora bien, aquí habría que hacer algunas acotaciones. En primer lugar es importante resaltar que ambos autores tratan el tema desde posiciones analíticas diferentes. Goffman discurre sobre la estigmatización/normalización en la interacción cara a cara entre los sujetos, sobre todo en espacios microsociales, mientras que Foucault si bien puede compartir la escala de análisis y la temática, su perspectiva está centrada en cómo este proceso se atraviesa y estructura por el desarrollo de las principales instituciones de la modernidad occidental, cristalizadas y actualizadas por sujetos concretos. Y en todo caso, es decir, en la bibliografía revisada, ninguno de los autores centraliza la lucha política como proceso generador de estigmas. A pesar de ello, fueron los autores que mejor me formaron e informaron sobre la producción social de los estigmas. Por ello, para escribir esta sección lo hice sobre sus puntos de encuentro, tomando sus definiciones más genéricas y tratando de tener siempre presente las acotaciones comentadas, al igual que pude insertarlo sin muchos problema al redirigirlos y conectarlos con el argumento que fui desarrollado sobre los autores mencionados en la primera sección. Así intenté presentar y articular la estigmatización/normalización trabajada por Foucault y Goffman como estrategia discursiva que articulaba la acción y agencia política en la disputa por la definición de lo real, resaltando para ello, algunos efectos discursivos (sobre todo sus actos y efectos de violencia) propios de este tipo de estrategia discursiva empleada en este tipo específico de contexto y de proceso social.

1. LA LUCHA POLÍTICA COMO LUCHA SIMBÓLICA

1.1 Subjetividad y producción discursiva

1.1.1 Los sujetos sociales

Una de las principales preocupaciones que se han tenido al estudiar los procesos discursivos como prácticas políticas ha sido su capacidad de imponer una visión del mundo, como forma de manipular los imaginarios y las acciones derivadas. Si bien, ese es un fenómeno de gran importancia, esta investigación no está dedicada a conocer los efectos del discurso

⁴FOUCAULT, Michel, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. Y la segunda de GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrurtu, Buenos Aires-Madrid, 2003.

democratacristiano en otros sujetos. Más bien se orienta a poder “captar” las principales condiciones de la producción discursiva democratacristiana, sus características específicas y su acción constituyente dentro de su estrategia de transición general, como medio para intentar posicionarse en el conflicto político del momento. En ese sentido es un estudio sobre el proceso en el que la DC se constituyó políticamente a través de su producción discursiva, mediado por diversas pautas contextuales. Resulta así el análisis de la conformación de una subjetividad política específica y con ella, de un proyecto sobre lo social en disputa con otras propuestas.

Para ello, en primera instancia puede decirse que los sujetos son entes multidimensionales. Están constituidos individual y socialmente por caracteres y procesos diferentes que tienen que ver con el género, la etnia, la raza, el contexto, la nacionalidad, la clase, el cargo político, etc.⁵ Asimismo, son aquellos agentes singulares y particulares que, dentro de ciertas pautas de producción y reproducción social, en confrontación o conveniencia con éstas y otros sujetos, concretan las potencialidades de realización de una estructura social.⁶ Ellos “actualizando esa red de posibilidades al elegir dentro de ella, y confluyendo en el diseño de una determinada constelación para la misma, otorga[n] finalmente un sentido a esa dinámica.”⁷ Sentido, como dirección y como significación. De esta manera se convierten en los protagonistas/autores de los procesos sociales con capacidad de dejar su impronta en la producción social general de acuerdo a su relación con un contexto particular y con su propia subjetividad.

Por lo anterior, también puede comprenderse a los sujetos como un cúmulo de experiencias suyas y de otros, que se objetivan en diversos niveles de su propia existencia: en la corporalidad física, como pautas de comportamiento y sociabilidad, matrices de sentido, su hábitat, etc. En conjunto, le otorgan su especificidad en el orden social, sus propias formas de relacionarse con otros sujetos, sus propias contradicciones internas y su propia multidimensionalidad. Es decir, su propia *identidad y ser social*. La cual, si está condicionada por el entorno, también será el punto de partida para que el sujeto actúe y se relacione con

⁵ Sostengo que esta multidimensionalidad identitaria de los sujetos entraña que la realidad no funcione como compartimentación de procesos: un sitio para lo económico, otro para lo político, otro para lo cultural. Provoca que todos esos procesos estén interrelacionados y visualmente fusionados, y que la realidad se realice sólo en la dinámica dialéctica de todos estos procesos. Si lo real es muchas cosas y muchas cosas mezcladas, es sólo porque las personas podemos ser y hacer muchas cosas en una sola producción vital. Así, es a través del análisis que puede diseccionarse, abstraerse y estudiarse categóricamente, como una perspectiva meramente operativa para aprehender una parcela de la realidad.

⁶ ECHEVERRÍA, Bolívar, *Definición de la cultura*, FCE, México, 2010, p. 62.

⁷ *Ídem*.

él. Así, la capacidad de los hechos externos para incidir en un sujeto específico, también tendrá que ver con las características propias de éste sujeto que lo vuelven transformable, condicionable y activo/reactivo de un modo particular: el suyo propio. Proceso por el que se reafirman como un sujeto tal cual: aun cuando limitado y condicionado, un sujeto de transformación y producción de lo social.

Esta dimensión será el eje principal de este trabajo. Centralmente atenderé las características propias de la Democracia Cristiana histórica y socialmente construidas, desde las cuales se relaciona con su contexto de un modo singular para constituirse a sí misma como sujeto político, con la capacidad de constituir y significar una estrategia de transición e intentar implementarla. De esta manera, todas mis reflexiones, si bien siempre estarán ubicadas y referidas al contexto en el que la DC actúa, serán centradas en su propia práctica. En la producción social y política de su propia subjetividad.

1.1.2 La producción discursiva como práctica social

Analítica la manera en que me aproximaré al sujeto de estudio en cuestión será por medio de sus acciones. A través de ellas la Democracia Cristiana no sólo incidirá en el contexto (a su vez condicionada por esta organización), también lo hará a su propia manera: como una proyección práctica de su propia identidad que lo situará y constituirá como un sujeto particular. Este fenómeno, denominado desde ahora práctica social, es el encargado de actualizar el ser social del sujeto y objetivarlo en diversas experiencias y productos sociales: discursos, organizaciones, estrategias, recursos de cualquier índole, etc. Es decir, implica “un proceso llevado a cabo por seres humanos [que] requiere de entrenamiento, perfeccionamiento, legitimación y consenso que difieren de una práctica automática o espontánea”.⁸ Es decir, un trabajo humano que opera en y sobre la realidad social y en ello la transforma y se transforma.⁹ El tipo de prácticas que analizaré de la Democracia Cristiana son sus prácticas discursivas: la acción social que simboliza la realidad, que crean representaciones, imágenes, definiciones como concepción de mundo, susceptible de funcionar como guía para la acción, como concepto practicable y practicado, como sentido vuelto acción significada. Ello puede comprenderse como una serie de acciones encaminadas a concebir al mundo (a inventarlo y a engendrarlo) de una manera específica que “clasifica,

⁸⁸ FEIERSTEIN, Daniel, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, FCE, México, 2007, pp. 35-36.

⁹ ECHEVERRÍA, *Óp. cit.*, p. 88.

cataloga, denomina, nombra y ordena la realidad”¹⁰. De esta manera, las prácticas discursivas son parte de la dimensión social en donde puede manifestarse, actualizarse, asentarse e instituirse un orden de sentido: la disposición y significado de un conjunto de cosas, sujetos, relaciones y procesos.

Por ello mismo resulta un proceso práctico. Si bien, la significación puede ser un cúmulo de ideas, éstas son socializadas (comunicadas, aceptadas, debatidas) en tanto los sujetos las concretan en sustentos sensibles de cualquier tipo (papel, voz, imágenes, desfiles, carreteras) y en un contexto determinado.¹¹ Entonces, esa actividad significativa (crear significaciones) se convierte en acción significada (actuar con una significación específica) que tiene capacidad de modelar lo real. Este proceso refiere al concepto de **producción discursiva o de sentido** de Eliseo Verón.¹² La manera en que un sujeto produce y materializa una significación en un contexto determinado, cuyo producto es el discurso: una “manifestación espacio-temporal de sentido, cualquiera sea su soporte significativo.”¹³ Así, las prácticas discursivas son las que se abocan a producir materialmente significaciones y a través de ellas constituir y *dar forma* a los contenidos, argumentos y prácticas con las que el sujeto se constituirá y relacionará socialmente. Lo cual contiene un supuesto fundamental: que todo acto y hecho material está significado y que toda significación para ser aprehendida y aprendida, tiene que ser materializada. Es decir, que todas las prácticas de un sujeto, en realidad tienen una dimensión discursiva.¹⁴ Para resolverlo, y como apuntamos en la introducción, me dedicaré solamente a los discursos de índole verbal de la Democracia Cristiana. Aunque parcial, esta producción discursiva es importante porque se dedica a *hablar* sobre otras acciones o sucesos, permitiéndole explicar, justificar y presentar a otros lo que su estrategia general presupone. Es decir, a construir la *imagen* (el **discurso público**) para significar y dar dirección al resto de sus prácticas políticas también significadas. Y a través de ello, manifestarse, ubicarse y expresarse dentro del conflicto político por la democratización.

¹⁰ GIMENEZ, GILBERTO, *Para una concepción semiótica de la cultura*, Mimeo, p. 31.

¹¹ VERÓN, Eliseo, Citado en Rubén Dittus, “Discurso social, hegemonía e imaginarios sociales. Marco conceptual para un método sociosemiótico” en *Légete: Estudios de comunicación y sociedad*, núm. 6, junio 2006. Consultado: 8/12/2015. Disponible en <https://www.yumpu.com/es/document/view/25438719/universidad-catolica-de-la-santisima-concepcion>

¹² Lo que sigue del apartado está basado en mi apropiación de los siguientes textos de Eliseo Verón: *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, *Óp. cit.* y *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, *Óp. cit.*.

¹³ VERÓN, Eliseo, Citado en Rubén Dittus, *Óp. cit.*

¹⁴ Habría que decir, que toda práctica social tiene una dimensión significativa, en consiguiente, el concepto de práctica discursiva sólo nos ayuda para abstraer y analizar esta dimensión del todo social.

En consiguiente, la producción discursiva puede entenderse como aquel proceso social de construcción y materialización de significaciones. Es decir, las acciones y relaciones sociales que un sujeto instaura y realiza para producir sentido (como significado y como dirección política) en un contexto determinado. Allí el producto es el discurso, la significación materializada, con capacidad de crear efectos en la realidad en tanto se relacionan con otros seres sociales que responden a su manera y sus condicionantes contextuales. Para esto, y matizando un poco la propuesta de Eliseo Verón, considero que en la producción discursiva operan *condiciones de producción* precisas tanto contextuales (las condiciones sociales “externas” al sujeto productor que le hacen posible configurar un orden discursivo) y las propias características del sujeto, (trayectoria histórica, recursos de toda índole, matrices de sentido, posición en las relaciones de fuerza, etc.).¹⁵ En las páginas siguientes el contexto se explicará bajo los aleros del **campo político** en combinación con las condiciones subjetivas de producción, lo que se denominará **poder-decir**, la capacidad y autorización de los sujetos para producir sentido y manifestarlo públicamente. En lo que refiere al caso de estudio, nos referimos a las pugnas por la democratización durante las jornadas de protesta y a la situación social, política, ideológica, histórica de la Democracia Cristiana durante éstas.

Asimismo puede decirse que si el discurso es una objetivación resultado de la práctica de los sujetos, los productos discursivos expresan y constituyen (en relación con otros procesos) a los sujetos que los han producido. Es decir, al estudiar un discurso específico se estudia al sujeto que lo ha constituido. O dicho de otra manera, se estudia la dimensión discursiva de un sujeto en cuestión y sus medios de relacionarse con su entorno. De este modo y sólo diferenciable analíticamente, el sujeto opera y existe tanto en las condiciones de producción como en el producto final. En las primeras como agente actualizador de ciertos recursos y relaciones sociales para poder-decir. En el segundo como significaciones materializadas que constituyen, instituyen y manifiestan las características y situación social y política del sujeto que habla. De esta manera, el sujeto es origen, mediación y producto del discurso que elabora en un contexto específico. A partir de esta triple cualidad, será él quien por medio de su acción discursiva (no el discurso en sí mismo), opere en su propia identidad social, en su situación sociopolítica (su poder-decir) y en el contexto en el que actúa (en el campo político), definiéndose en cada caso en concreto su capacidad para crear efectos.

¹⁵ La pequeña diferencia con este autor es que, si bien marca una relación dialéctica entre sujeto y contexto, Eliseo Verón atribuye sólo al segundo como las condiciones de producción. En cambio, sostengo, y tomando como punto de partida las reflexiones de este autor, que es posible considerar al sujeto dentro de las condiciones de producción, lo cual se expresa en lo que yo denominaré poder-decir. Asimismo, que es pertinente comprender al discurso como el sujeto en una de sus dimensiones constitutivas y no sólo como un producto final del sujeto.

Las consideraciones anteriores tienen una influencia directa en la estructura final de la tesis. Por un lado, la materialidad del sentido y su realización dialéctica con otras prácticas entrañaron que el capítulo IV, dedicado a la estrategia transitiva de la DC, se estructurara a partir de ciertas declaraciones verbales claves de este partido. La intención fue mostrar esta dialéctica, pero también porque, en la práctica, constituyeron las líneas de acción principales de la vía pacífica. La particularidad de este capítulo descansa en que resalta la dimensión “política” de estas declaraciones. Algo parecido ocurre con el capítulo II, dedicado a los factores históricos que hicieron posible el discurso antiviolencia en los ochenta. El capítulo V resulta así una abstracción analítica de las prácticas discursivas de la DC, para mostrar el universo de sentido que produjo. Igualmente, las explicaciones sobre las condiciones productivas implican que el capítulo IV y V sean sobre la subjetividad de la DC en dos de sus dimensiones constituyentes separadas sólo por el análisis: la “política” y la “discursiva”. Mientras que el capítulo III y también el IV sean a su vez los apartados dedicados a los factores que hicieron posible su producción. Como se ve, esta repartición muestra la triple situación de los sujetos en la producción discursiva: como productores, mediaciones y productos. Y en conjunto permiten comprender cuáles fueron las condiciones de producción principales para que la DC configurara un discurso específico y cómo éste le otorgó una identidad política precisa a partir de la cual actuó, se relacionó y posicionó en el campo político chileno durante las protestas. Si bien, en cada uno de los capítulos intenté mostrar la dialéctica entre todas las partes constituyentes de la acción discursiva de la DC, las Reflexiones Finales serán propiamente el lugar en el que trataré de sintetizarlas, para dar una visión de conjunto y comprender el sentido estratégico del discurso antiviolencia.

1.2 La disputa por la definición de la realidad

1.2.1 El campo político

Mi objetivo principal es analizar cómo la DC produjo un universo de sentido específico (una práctica y estrategia discursiva) para posicionarse en las disputas políticas del momento e intentar controlar la transición a partir de su propia propuesta estratégica. Ello implicó un conflicto por definir el tipo de transición y de sociedad pos-dictatorial en el que se quería, podía y debía vivir. Para comprenderlo resulta pertinente el concepto de **campo político**. Las movilizaciones como fenómeno de insubordinación social significaron un momento de crisis para el régimen militar en el que el horizonte de lo posible entró nuevamente en disputa. En seguida, los diversos sujetos implicados entrañaron un conflicto político público,

profundo y predominante en torno a las maneras en que se debía y podía transitar a la democracia. Ante eso, dicho concepto resulta útil porque permite vislumbrar una dimensión estratégica y de contienda política dentro de las luchas del periodo, en la que se centra las diversas acciones de la Democracia Cristiana y el desarrollo de esta investigación.

Los sujetos sociales (los grupos o actores colectivos) implicados en la disputa por la democracia participaron de un enfrentamiento que Pierre Bourdieu ha llamado un campo político: “un juego en el cual el objeto (*enjeu*) es la imposición legítima de los principios de visión y división del mundo social.”¹⁶ Las relaciones y disputas sociales en las que se compete por ganar la capacidad y la posibilidad de transformar, dirigir y vigilar la forma en que las sociedades se producen. Por *definir la realidad y realizarla de acuerdo a dicha definición*.¹⁷ Lo cual, para la vida social resulta de gran importancia ya que el derrumbamiento, la reforma o la conservación de una estructura social de manera más o menos contralada y extendida, pasa por la constitución de estos conflictos. Igualmente, el campo político puede considerarse como las relaciones y las pugnas que ciertos sujetos establecen entre sí para precisar y concretar las lógicas del ejercicio del poder dentro de un sistema social. Para intentar simbolizar, dirigir y pautar la forma en que éste se realiza, ejerce y transforma en sus sociedades y, a partir de ello, intentar controlar otros aspectos de éstas. Por lo tanto, pueden considerarse no sólo como las disputas estatales-institucionales, sino como cualquier forma instituida o disputable de organización política dentro de cualquier formación o espacio social.

¿Cómo se delimita un campo político? Sobre todo, el campo político es una categoría para identificar, abstraer y organizar analíticamente un tipo de prácticas específicas dentro de todo el cúmulo que implica la existencia social: las *acciones políticas*. Aquellas que intentan controlar o incidir en el modo en el que las sociedades se producen. Ello implica dos cosas. Una que la acción política cuenta con una lógica propia de realización. Dos, que está siempre relacionada con otro tipo de prácticas, que conforma una dimensión entre otras dimensiones y que es sólo por el análisis que puede separarse. A partir del concepto de campo político, pueden reconocerse a sujetos que abocan una parte de su existencia social (en diversos grados y formas) a la contienda política, pero no agotan su ser completo en ello. De la misma manera, deja ver que la lucha política no se constituye por sujetos políticos, dejando “a fuera” a los sujetos no políticos. Se constituye por sujetos que en un momento dado actúan políticamente

¹⁶ BOURDIEU, Pierre, “El campo político” en Pierre Bourdieu, *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001, p. 22.

¹⁷ Esta frase está basada en la siguiente cita: el discurso como la “‘realidad’ donde se desarrolla una lucha permanente para *definir* la ‘realidad’.” (BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, *Óp. cit.*, p. 92).

y en ello se enfrentan y compiten con otros sujetos por ciertos recursos (materiales, simbólicos, humanos, etc.) que de ganarlos, les posibilitará concretar su propio proyecto de sociedad.

Los sujetos que constituyen un campo político específico son siempre diversos. Cada uno cuenta con “horizontes diferentes de apuestas y expectativas, así como un repertorio diferenciado de prácticas sociales y discursivas.”¹⁸ Una **definición de la realidad** y una **estrategia política** para tratar de implementarla. Cada uno construye la manera en la que actuará y los fines que perseguirá, marcando su posicionamiento en el campo político y en parte las posibilidades y los efectos concretos de sus acciones. Pero su propia identidad será condicionada (y condicionará a su vez) la relación que mantenga con otros sujetos. Entre sí los diferentes actores implicados instaurarán relaciones de poder de diversa índole (de género, de raza, de rango político, de clase), de conflicto o de cooperación que los ubicarán políticamente de una manera precisa y diferenciada. Dichas relaciones tienen que ver con las relaciones de poder que se realizan en el sistema de dominación/explotación del que es parte el campo político en estudio y su posición en él y ante él. Pero también con la manera en que los sujetos en pugna las realizan, conservan o transforman dentro del campo político o, mejor dicho, entre ellos. Para nuestro caso de estudio estas relaciones de poder se referirán a dos grandes tópicos: la división dictadura vs. democracia, y la división de la guerra fría capitalismo vs. comunismo. Su situación en cada uno de los “lados” implicará el posicionamiento que tomará cada sujeto en el campo político durante las protestas.

Los conflictos que el campo político clarifica permiten percibir que hay una tendencia de la lucha política para sobre-politizar a unos y despolitizar a otros. Es decir, para impedir o reducir la capacidad de algunos para definir la realidad e incrementar (hasta dimensiones monopólicas) la facultad de otros para *hacer política*. Esto significa que la lucha política no es sólo por cómo debería definirse y practicarse la realidad: también de quienes deberían hacerlo. Las limitaciones de un campo político –como la conformación de sujetos que en cierto momento pugnan y actúan políticamente– son también un objeto de disputa. Igualmente, que esos límites se especifican por la capacidad y posibilidad de cada sujeto para causar efectos en dichos conflictos y sus resoluciones. En la práctica y en el análisis estos límites resultan siempre dinámicos e imprecisos. Pero, de acuerdo a qué proceso social de lucha por definición de la realidad y de su regulación/administración quiere estudiarse, se podrá observar las pugnas que los diferentes sujetos instauran para dominar el campo

¹⁸ PIRKER, Kristina, *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2008, p. 104.

político. En nuestro caso de estudio, se podrá ver cómo la DC además de pugnar por realizar su propuesta transitiva, lo hizo también por liderar los caminos de la transición.

1.2.2 El poder-decir: la expresión pública de los sujetos en el campo político

Los campos políticos no son más que los sujetos en pugna por definir, ganar y concretar el horizonte de lo posible. Las luchas y los procesos por los que buscan *autorizarse* sobre otros sujetos para *hacer política y crear realidad*. Esto involucra que el enfrentamiento “adquiere la forma de una lucha por el poder propiamente simbólico, de hacer ver y hacer creer, de predecir y prescribir, de hacer conocer y hacer reconocer.”¹⁹ Un poder que refiere a la capacidad de producir e instituir *sentidos*, como significaciones (concepciones de mundo) y como lógicas de producción social (acciones y relaciones sociales significadas). Evidentemente el poder simbólico tiene una dimensión discursiva. Pero el poder simbólico no es el poder de los discursos. Es el poder económico, político, discursivo que ciertos sujetos ejercen para producir una configuración de sentido específica, que en relación al contexto de enunciación y recepción puede hacer que los escuchas se reconozcan en la producción discursiva de un sujeto específico.²⁰ En consecuencia, si la mera enunciación es necesaria y fundamental, no es suficiente para ser obedecida o atendida. Es la convergencia de todos los factores constitutivos y contextuales lo que *autoriza* al sujeto en cuestión y lo que hace de esa autorización un proceso multifactorial y dialéctico. A pesar de ello aquí he decidido estudiarlo poniendo énfasis en su dimensión significativa, pero con esta inter-relación siempre presente.

Sostengo que el poder simbólico puede pensarse de dos maneras que mantienen diversas formas de relación según el proceso concreto. Como **poder-decir** (enunciar públicamente) y como poder-dictar (hacer que una enunciación sea obedecida). Bourdieu no utiliza esta distinción, pero a mí me parece pertinente hacerla para el estudio del caso chileno. En cualquiera de los dos tipos, permite la sociabilización del sujeto a partir de su práctica discursiva y, a partir de ello, le otorga la capacidad para desencadenar y producir otros actos y efectos sociales, aun cuando no sean los esperados. Como poder-dictar el poder simbólico alude a la potestad de algunos sujetos para signar y designar las acciones concretas, los proyectos estratégicos y los sujetos adecuados para realizar y realizarse conjuntamente a una configuración semiótica. El poder-dictar concreta el proyecto de sociedad de un sujeto

¹⁹ BOURDIEU, Pierre, “La representación política” en Pierre Bourdieu, *Óp. cit.*, p. 76.

²⁰ Ver BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, *Óp. cit.*

preciso y con ello modela las relaciones humanas. Permite *decir la verdad* y, sobre todo, tener la capacidad (política, económica, militar, discursiva) de hacerla cumplir, por convencimiento, por conveniencia o por coerción. O por todo en conjunto.²¹

El **poder-decir** es el tipo de poder simbólico al que nos dedicaremos en lo que sigue del capítulo y de la tesis. Cuando un sujeto no puede imponer su concepto de mundo a otros (o por lo menos a los suficientes para tener un sitio dominante en el campo político), por lo menos puede expresarlo públicamente. Así, la *capacidad de decir* aunque no sea del todo creída, comprendida o atendida, sigue teniendo y conservando *la capacidad de decir*. No todos los sujetos tienen la facultad social (el permiso, los recursos técnicos, materiales, la calificación, el reconocimiento, etc.) para concretar sus significaciones en forma de discurso. Para expresarse frente a otros sujetos con los que mantiene diversos modos y grados de relaciones de poder. En consiguiente, aun cuando no se tenga la fuerza para imponer a muchos sus principios de visión y división sociales, se tiene la fuerza suficiente para manifestarlos, para hacerlos públicos y, a partir de ello, para tratar de sostenerlos y defenderlos.

El poder-decir es, por tanto, la autoridad construida socialmente que un sujeto tiene para poder hablar. Implica dos procesos realizados orgánicamente: los condicionantes contextuales y la propia *subjetividad* del actor. El contexto y las características particulares que lo condicionan y reformulan, y la propia capacidad y libertad del sujeto que le permite manipular sus configuraciones discursivas. En esta dialéctica se encuentra la capacidad social del sujeto para producir una práctica política, estratégica y simbólica *pública, visible y accesible*. Es decir, la definición de la realidad, estrategia política y discurso público tal como aparecerán (tal como pudieron aparecer) en el campo político y que instaurará los modos y los principios con los que actuará y se relacionará dentro de él.

Ello configura su identidad concreta, así como su existencia social y política ya que la expresión pública es el medio:

por el cual el grupo práctico, virtual, ignorado, negado, rechazado, se hace visible, manifiesto, para los demás grupos y para *él mismo*, y atestigua su existencia en tanto que grupo conocido y reconocido, pretendiente a la institucionalización.²²

²¹ Lo cual significa que la definición de la realidad solo se logra a través de un discurso acompañado de otras prácticas políticas. Y que estas prácticas para sustentarse necesitan de un discurso que las legitime. Así mismo que debe hacerse un análisis completo del proceso de comunicación en el que se inserta el discurso en cuestión. Uno que atienda tanto los procesos de producción discursiva, como de difusión y recepción, con sus correspondientes sujetos y contextos particulares.

²² BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, *Óp. cit.*, p. 91.

Ante las dificultades de ganar un gran respaldo social, el sujeto por lo menos encuentra la constitución y el posicionamiento político que enuncia. Entonces, en conjunto con los mecanismos que le han hecho posible expresarse, puede convertirse en un referente político que sea percibido y validado cualitativamente por otros, que puede luchar para manifestarse (para poder ser) de una manera específica y tratar de convertirse en una fuerza con posibilidades de pugnar y hasta quizá de ganar la contienda. En consecuencia, el poder decir puede considerarse tanto como un intento de convencimiento, como una posibilidad de decir a otros, sobre otros o contra otros. Resulta un acto de apropiaciones concretas de una parte del campo político y de afirmación identitaria en él a través de ciertas prácticas políticas de toda índole, entre ellas, discursivas (significaciones materializadas, acciones significadas), más que del espacio ideológico-imaginativo de los sujetos sociales. Aunque estos dos espacios no estén separados y aunque haga mucha falta aún, sobre todo aquí, pensar sobre la naturaleza de sus uniones. De esta manera da pie a la manifestación pública de lo expresado a partir de las condiciones que lo hacen expresable, con la posibilidad de aumentar, conservar o disminuir su poder-decir inicial. A partir de ello implica dos procesos conjuntos. Por un lado permite a los sujetos competir políticamente al esgrimir un proyecto de sociedad específico, la forma de conseguirlo y los argumentos que lo justifican y valorizan. Por el otro, es evidencia y es resultado de la fuerza de los sujetos sociales y de las relaciones de poder que mantiene con otros, para ocupar, con permiso o por irrupción, un espacio propio en la lucha política que puede ayudarlo a lograr una cuota de poder propia y un medio de incrementarlo.²³ En conjunto, permite la ocasión de que los sujetos se confrontarán con otros sujetos y sus propias definiciones sobre lo real y, en ello, se disputarán el terreno de la *verdad* y el de la *práctica correcta*. O, analíticamente dicho, de la verosimilitud y el de la aceptación.

Para el caso chileno, la categoría de poder-decir resulta ampliamente benéfica ya que, durante 1983 y 1984, la DC no era un sujeto hegemónico pero tenía su propio espacio en el campo político. El cual le proporcionó las condiciones suficientes para producir su propio discurso y hacerlo público, sin que nadie la hiciera retractarse en sus líneas fundamentales.

²³ Considero que el poder-decir con permiso implica que su situación en la correlación de fuerzas imperante, le permite expresarse (relacionarse socialmente con otros de una manera específica) sin problemas en un espacio determinado porque domina una parte de él. Por el lugar privilegiado que ocupa en la relación de poder, o simplemente porque conoce el protocolo con el que las personas se conducen en dicho lugar y tiene permiso de los poderosos para hacerlo. Irrumpir conlleva que el espacio que se ocupa se invade y se arranca en contra de las normas permitidas de socialización, ya sea por la mera posibilidad de hablar de un sujeto no autorizado para hacerlo o por la manera específica en que se ha decidido hablar. Con el permiso, se conquista el derecho a la palabra aunque sea en los términos del dominador. Con la irrupción, el derecho a la palabra propia.

De este modo, analizar su poder-decir permitirá observar cómo la DC intentó dominar el proceso de la transición no sólo por la coherencia argumentativa de su discurso. Sobre todo por ser más visible y más sostenidamente producido y reproducido sobre otras creaciones simbólicas. A través de él, haré un acercamiento a sus intenciones de persuadir y convencer, al mundo que construyó semióticamente, a la finalidad política que tuvo para construirlo de esa manera y, sobre todo, a su capacidad histórica política para lograr materializar todo ello en forma de discurso y difundirlo y sostenerlo en el campo político de la protesta. En síntesis, el término de poder-decir hará visible la dimensión estratégica y contextual de la Democracia Cristiana.

Por otro lado, la capacidad de producir un discurso y de difundirlo da cuenta de las relaciones de fuerza en una sociedad, de las colocaciones de los sujetos en dichas relaciones y del tipo de prácticas sociopolíticas que las refuerzan, tensan o resisten. Por lo tanto, estudiar sólo la parte productiva del discurso democratacristiano, sin atender a los efectos que tuvo en otros sujetos, ayudará a comprender qué discursos se dejaron fluir más libremente y cuáles no durante la época de protestas. Qué estaba permitido decirse y cómo estaba permitido decirse y, sobre todo, a quién le estaba permitido decir y para qué le estaba permitido decir. Así, es posible acercarnos al campo propiamente discursivo de las jornadas de protesta, a la capacidad de la DC para ir posicionándose sobre otras o contra otras posibilidades narrativas y, a partir de ello, sobre otros sujetos con sus propuestas de transición y proyectos de sociedad.

1.2.3 Los dirigentes y voceros en el campo político

Normalmente en el campo político, el poder decir es un acto de representación política. Es decir, se realiza como la función de un sector de los sujetos sociales dedicado a producir el *discurso y los actos públicos legítimos* de la agrupación a la que pertenecen.²⁴ Este sector refiere a sus dirigentes y voceros, embestidos de la capacidad político-simbólica para pautar los rumbos centrales y concretos del accionar político y estratégico colectivo, a pesar de las divergencias internas (de otros poder-decir alternativos o heréticos). A partir de sus acciones, se crea la identidad y el sentido oficial de una colectividad, que se realiza a partir de figuras particulares para hacerlo. Ello es posible porque, por diferentes procesos, los dirigentes/voceros son tildados como los sujetos autorizados para *decir que se debe hacer*, para poder-decir y para poder-dictar. Éstos hablan y actúan frente a un grupo social determinado

²⁴ BOURDIEU, “La representación política”, *Óp. cit.*, p. 66.

y también por un grupo social determinado, adjudicándose (o por lo menos intentándolo) el monopolio del derecho a la palabra. Sin entrar en detalle en la cuestión de cómo se constituyen estos voceros, es importante explicar su papel:

El portavoz se adueña no solamente de la palabra del grupo de profanos [de los sujetos no dirigentes], sino también de la fuerza misma de ese grupo que él contribuye a producir, prestándole una palabra reconocida como legítima en el campo político.²⁵

El portavoz es el sujeto concreto que aparece en público (como un decir/hacer visible), cuya especificidad es tanto que es él quién habla, como quién habla por otros. Será quién al enunciar una definición de la realidad la convierta en una definición oficial: los principios de visión y división por los que se deberá luchar, la estrategia que se implementará y los justificantes que la respaldarán. Ello sólo es posible en tanto otros lo reconozcan: porque creen en él, porque no pueden decir que no creen en él o porque no creen en él pero hay otros mecanismos de poder que lo hacen actuar como si lo hicieran.²⁶ A partir de tal reconocimiento el portavoz tratará de convertirse y afianzarse como el único medio por el cual los otros pueden *actuar y hablar*, como el único miembro de la organización que puede *expresarse políticamente*. Se adjudicará el derecho a tomar decisiones, a fijar sentidos y a instituir prácticas, avalados por el respaldo del grupo que representan y por la capacidad de poder hacerlo: por la delegación política que otros hacen en él. Así los voceros se convierten también en dirigentes del proceso de producción de la definición de la realidad con la que se compite (como principios para la acción, como conceptualización de posibles acciones, como argumentos que legitimen a dichas acciones, como todo eso convertido en acción) que públicamente la agrupación representada dice defender... a través de su portavoz. De esta manera se controlan procesos, al tiempo que se controla quién maneja dichos procesos.

No significa que los representados/dirigidos sean sujetos pasivos, totalmente obedientes al mandato de sus dirigentes/representantes. Tampoco que éstos no ocupen la parte privilegiada y dominante de la relación de mando-obediencia que establecen con sus representados. Significa que entre ellos se entabla tanto una relación de poder como una relación de tensión y de resistencia. Para obtener el apoyo de los representados el dirigente tiene que esforzarse por *demostrar* que es un legítimo representante y recurrir a ciertas

²⁵ *Ibíd.*, p. 88.

²⁶ Ver SCOTT, James, *Los dominados y el arte de la resistencia*, ERA, México, 2000.

maniobras políticas (de consenso, de consentimiento, de coerción) para lograr una *apariencia* de control y un dominio práctico, aunque restringido, de las acciones colectivas. Es decir, para mostrar una colectividad unida. Allí las producciones de sentido cumplen su función primordial y dejan ver que esta delegación no es natural ni inevitablemente necesaria. Es resultado de procesos bien concretos e históricos, y por tanto estratégicos “de concentración y hasta monopolización del poder político.”²⁷ Es decir, de sujetos sociales que diseñar y dirigen sus acciones para posicionarse privilegiadamente dentro de un contexto específico. Entonces, lo que se estudia a través de ellos no es la dominación en sí, sino los procesos históricos de una voluntad de dominio que pretende instituirse a través de la acción política, estratégica y discursiva. Los intentos de oficialización de una versión de la realidad que tiene que ceder y configurarse para poder operar.

Como veremos en los capítulos posteriores, la Democracia Cristiana además de pugnar por un tipo de estrategia transitiva, lo hacía también por liderar los caminos de la transición. Por ser el sujeto designado que dictaría qué, cómo y para qué se debería arribar a la democracia. Si bien, este fue un objetivo no logrado durante el período estudiado, el discurso en contra de la violencia sí funcionó como un discurso de dirigentes/voceros. Es decir, de aquellos sujetos que se reconocieron a sí mismos y por otros, como los portavoces y representantes legítimos de la organización. A partir de ello, la directiva de la DC podía presentarse como la representante de toda su agrupación partidaria a pesar de las disidencias u otras corrientes de opinión al interior del partido. Con ello, pudo reforzar a la DC como un referente político de suma importancia dentro del campo político del momento. E incluso, como ocurrió en algunas ocasiones, arrogarse por completo (y aun cuando fuera a nivel discursivo) la representación de la Alianza Democrática y del grueso de la oposición democrática.

1.3. Discursividad y acción estratégica

1.3.1 Las estrategias políticas

Vivir en un mundo dominado y explotado involucra la facultad cotidiana de los sujetos para sustentarlo, sobrevivirlo, resistirlo y hasta transformarlo. Ejemplo de ellos es cuando los empleados trabajan un poco más lento de lo esperado y exigido por los patrones, pero se apuran cuando estos llegan. O cuando estos organizan la producción de cierta manera para

²⁷ BOURDIEU, P. “La representación política”, *Óp. cit.*, p. 64.

que el empleado no pueda robarles (lo que él antes les ha extraído). Ser parte de una relación de dominación involucra una capacidad habitual para hacerle frente y no sucumbir en el intento (o por lo menos no tan rápido ni tan atrozmente): un modo de estructurar y de dirigir la conducta propia. Es decir, entraña una dimensión estratégica de la existencia social para intentar controlar dichas relaciones a su favor.²⁸ En el campo político esta cuestión no sólo se mantiene, sino que es un elemento fundamental para sostenerse en él. Por ello gran parte del trabajo de los sujetos implicados tiene que ver con la elaboración de estrategias políticas lo más acabadas, viables y convincentes que puedan lograrse.

Si se mira con atención las estrategias políticas son también una producción discursiva. *El sentido* que un sujeto en particular condensa en un contexto también particular: una **definición de la realidad** que contiene los “principios de visión y división del mundo social,”²⁹ que se expresa como una propuesta/apuesta para la acción y que se reformula históricamente. Es decir, una **estrategia política**. Es por ello que a través de éstas se lucha y se construye al campo político. Porque se define la realidad como producción de sentido que categoriza al mundo social y político, justificando esta versión y a partir de ella otorgándole un sentido legítimo al sujeto social que lo presume. Y porque se delimitan los modos en que se puede concretar dicha realidad: “Horizontes diferentes de apuestas y expectativas” que configuran *líneas de acción* a seguir para conseguir los objetivos deseados, así como “repertorios de prácticas sociales y discursivas” que constituyen las acciones estratégicas concretas y *expresan* el sentido aludido.³⁰ Estos dos niveles constituyentes de la acción estratégica, están orgánicamente relacionados. No solo porque cada uno permite la existencia del otro, sino porque ambos están atravesados por una forma de conceptualizar la realidad. A pesar de eso, en algunas ocasiones aparecen separados organizativa y programáticamente, para proveer de un orden posible a la práctica política. A partir de ello los sujetos presentan y representan en el campo político un propuesta particular como posible y deseable. Y, la mayoría de las veces, como más posible y deseable que otros.

Las prácticas estratégicas son proyectos en un doble sentido. Proyecto en tanto que son ese horizonte de expectativas potencialmente planificables que consolida una tensión utópica entre el presente y el futuro, entre lo que es y lo que puede/debe ser. En la práctica esta tensión se enuncia como *lo que todavía no es*, marcando la posibilidad (y casi siempre la necesidad) de que *algo* en específico *se haga suceder*. Y allí es donde se resalta las acciones

²⁸ Un libro que trata sobre estas acciones estratégicas cotidianas en las relaciones de poder es SCOTT, *Óp. cit.*

²⁹ BOURDIEU, Pierre, “El campo político”, *Óp. cit.*, p. 22.

³⁰ Ambas citas son de PIRKER, *Óp. cit.*, p. 104.

concretas de los sujetos concretos, sin los cuales las estrategias ni pueden ser definidas ni pueden ser realizadas. Igualmente proyecto porque, a partir de esto último, es el sujeto el que se lanza a sí mismo: quién se proyecta en dicho plan de acción. Es a partir de sus características y de su situación social (de su poder-decir) que cada sujeto configura su propia estrategia. De modo que éstas resultan las maneras en que el sujeto busca realizarse a sí mismo a partir del trazo de sus propias acciones.

En la práctica, las estrategias políticas siempre se producen y reformulan históricamente, ya que cada uno de ellas:

[...] se dirige a otros seres humanos que como actores ocupan espacios prácticos, se jerarquizan, ofrecen resistencia o coadyuvan en la acción de unos y otros, en un campo de fuerzas que lo que hemos denominado *poder*. [...] El 'potencial estratégico' es la estructura práctica que se organiza de hecho ante el actor político. Es la situación coyuntural compleja de todas las fuerzas de sus aliados y antagonistas que hay que saber ponderar para saber utilizarlas hacia los objetivos propuestos.³¹

A pesar de las apuestas iniciales que cada actor social pueda formular, al ponerlas en acción, las estrategias políticas siempre resultan transformables y contingentes. Si el sujeto construye un diseño metodológico que evalúa el contexto a partir de ciertos principios, en lo que opera "sus capacidades para leer el momento político y tomar decisiones"³², ello no conlleva que esté garantizado su concreción y el nivel de éxito que alcanzarán. En la práctica no se realizan como una planificación absolutamente premeditada y controlada, que puede encontrarse y agotarse en los programas de acción de cada agrupación. Sino como el resultado de una pretensión política en relación a un número indeterminado de procesos que el sujeto en cuestión no puede controlar totalmente, o que controla con diferentes grados y formas. Allí el poder decir de cada uno marcará las condicionantes fundamentales para su concreción estratégica. En consecuencia puede decirse que, socialmente, las estrategias son también las acciones significadas y las maneras en que los sujetos se relacionan con otros sujetos para intentar cumplir ciertos objetivos políticos. Y que en ello ganan su cualidad histórica: se van reconfigurando, delimitándose a través del tiempo y el espacio en el que se estén ejerciendo. Así entre lo que se proyecta hacia el futuro como un plan de acción, entre las condiciones

³¹ DUSSEL, Enrique, *20 tesis de política*, Siglo XXI- CREFAL, México, 2010, pp. 49-50. Cursivas en el original.

³² PIRKER, *Óp. cit.*, p. 56.

concretas de realización de ese plan y entre lo que al final se ejecuta, se definen las estrategias políticas. Por lo que resulta más útil considerarlas como un conjunto de expectativas que se configuran abstractamente como objetivos a alcanzar y como formas de ser alcanzados. Pero que sólo al ponerlas en práctica y relacionarse con un contexto determinado, se definen, realizan, transforman, reconstituyen y concretan de un modo específico.

Lo anterior ayudará a comprender cómo la Democracia Cristiana configuró su propia estrategia de transición en el campo político de la protesta: la vía pacífica. Cómo, en un momento de gran efervescencia política y al igual que los diversos sujetos implicados, precisó no sólo actuar estratégicamente, también *inventar, reinventar y apostar* sus acciones y objetivos a seguir. Allí, un acercamiento histórico de la práctica estratégica de la DC, permitirá entender dos aspectos fundamentales. Uno, observar cómo este partido produjo una estrategia de transición capaz de rescatar y defender sus principales objetivos, concepciones e intereses particulares (su identidad política). Sea, entender a su estrategia de transición como una proyección del ser social demócratacristiano e identificar sus responsabilidades políticas e históricas en dicho proceso. Y dos, admitir y reconocer las vicisitudes favorables y desfavorables más importantes que la DC tuvo que sortear para poder actuar. Así, advertiremos a la vía pacífica como un proceso en construcción que se reformuló de diversas formas en diversos momentos, con diversos conflictos, para rescatar sus líneas principales y defender su lugar en la disputa por la democratización. Es decir, como un proceso histórico que por sí mismo (por su pragmatismo o moralidad intrínseca) no tenía ni tuvo garantizado el triunfo de su propuesta.

1. 3.2 El discurso público como estrategia discursiva

Una parte de las estrategias está dedicada a definir las, explicarlas y justificarlas. Presentarlas ante otros como *la mejor opción* dentro de un conjunto diverso de ofertas políticas. Denominado aquí como **discurso público**, ésta es la parte de la estrategia que *habla* sobre sí misma. Cuya especificidad no radica en ser la única parte significada de la estrategia general, descansa en ser la dimensión estratégica que intenta definir, legitimar e instituir su propuesta política en el campo político. La definición de la realidad que los sujetos *dicen* perseguir frente a otros. De esta manera, el discurso público se convierte en la *versión oficial* de la organización (en el discurso manifestado desde los voceros/dirigentes) que busca conseguir aceptación y reconocimiento, una producción de sentido hecha para ser vista, consumida y admitida por otros sujetos sociales. Como expresé anteriormente, éstas pueden ser de cualquier índole (marchas, imágenes gráficas, etc.) pero aquí sólo tomaré como tal a las expresiones verbales

de los sujetos u organizaciones, nombradas para el caso chileno como el discurso antiviolenencia activa.

La noción de discurso público no implica estudiar a la multiplicidad de posibles significaciones sobre el mundo. Simplemente a aquellas que lograron volverse discurso y a partir de ello, ser lo suficientemente visibles para comunicarse e incluso institucionalizarse de manera no monolítica. Así, lo que se estudia no es lo que *realmente piensan* los sujetos. Lo que se analiza es lo que, en el campo político *pudieron decir y dejaron dicho que pensaban*, el discurso como efecto o producto final de la acción política. A partir de ello, puede observarse la confrontación social directa o indirecta que implica el carácter público de las prácticas discursivas y políticas, cómo los sujetos manipularon su configuración identitaria con fines específicos y cómo fueron respondidos por los sujetos que los observaron. Es decir, cómo los sujetos construyeron **estrategias** propiamente **discursivas** que en un contexto público configuraron, posicionaron y manifestaron el sentido político autorizado de la organización

Ahora bien, si el discurso público es el conjunto de enunciaciones y declaraciones hechas en el campo político, las estrategias discursivas son las “lógicas simbólicas” que estructuran dichas verbalizaciones. De nuevo, dos dimensiones del análisis que en la práctica se realizan conjuntamente. La categoría de estrategia discursiva supone que el sujeto contextualizado produce tópicos simbólicos (temas) que se relacionan de formas específicas entre sí, que al hacerlo crean diferentes argumentaciones y orientan las conclusiones simbólicas y, por tanto, prácticas. Al mismo tiempo, que en ellas se expresan los “intereses, propuestas, formas de leer el mundo, argumentos, formas de representar”³³ que el sujeto avala y pretende poner en práctica. Es decir, la definición de la realidad y la estrategia política que propone. De esta modo, las estrategias discursivas resultan una explicación y exposición que el sujeto manifestó en el campo político y por la cual comunica públicamente el cúmulo de relaciones sociales que defiende. “Maneras de decir las cosas” que *modelan*, constituyen e instituyen *la mirada* (que “hacen ver” de un modo específico) para catalizar sus proyectos políticos. De esta manera, las estrategias discursivas conforman tanto la forma como el fondo de los discursos públicos, ya que lo que se dice sólo tiene sentido porque cómo es que se dice. A partir de eso, el sujeto elabora su propia *configuración de lo decible* (de lo que se puede

³³ CASTAÑOS, Fernando, “La representación, los partidos y las elecciones: acoplamiento problemáticos”, Ponencia presentada en el *Coloquio: Los claroscuros de la democracia: problemas actuales de la representación social y política en México*, Colegio de la Frontera Norte y Seminario Académico Institucional “Perspectiva Democrática”-IIS/UNAM, Tijuana, 30 de octubre de 2015.

decir y de cómo se puede decir) para expresarse políticamente: para hablar, ocupar, defender y extender un lugar propio en el campo político.³⁴

La elaboración de las estrategias discursivas ayuda a explicar y a conformar dos elementos importantes de la lucha política: el prestigio como un capital político de gran importancia y la constitución de subjetividades políticas (centralmente tratada en este trabajo). Ambas cuestiones por su mediación simbólica (o al ser analizados desde su impronta simbólica), pueden catalogarse de *efectos discursivos*, es decir, de interrelaciones y acciones sociales (incluyendo de tipo simbólico, es decir, de producción y de institución de sentidos) que resultan al hablar de una manera específica.³⁵ El primero de ellos resalta la conversión del poder político como “un capital reputacional, ligado a la notariadad, al hecho de ser conocido y reconocido, *notable*, [...] un capital simbólico ligado a la manera de ser percibido.”³⁶ Un tipo de poder que prioriza a la presentación pública y la estrategia discursiva utilizada por condicionar las posibilidades de aceptación de un sujeto y de su propuesta de sociedad. Así se señala la importancia del conflicto por la definición de lo posible y el gran valor de poder-decir las cosas de maneras convenientes. Es decir, *la agencia* de las prácticas discursivas. Pero no por el mero poder de las palabras, sino porque resultan una práctica y una relación social: porque el sujeto las construye a partir de las relaciones en las que pretende incidir y, al configurarlas y enunciarlas de una manera en particular, inciden en la constitución

³⁴ Las palabras en cursivas son de ANGENOT, Marc, *Óp. cit.*, pp. 21, 67.

³⁵ Para entender este proceso resulta más útil hablar de “efecto discursivo” que de “función discursiva”. La segunda, supone una forma discursiva para conseguir un resultado específico y pone el énfasis en la intensión del enunciador para alcanzar un objetivo final. El problema es que analíticamente resulta difícil acceder a las intenciones “reales” de los sujetos, que se corre el riesgo de imponerles una hiper-racionalización a sus acciones y que no explica con profundidad por qué la mayoría de las veces los resultados son distintos a los esperados. En cambio la noción de efecto discursivo implica poner el peso analítico en el resultado concreto que se obtuvo al implementar una estrategia discursiva precisa. O, mejor dicho, en las interrelaciones sociales que le permiten decir a un sujeto, hacerlo de cierto modo y obtener ciertas respuestas. Ello implica varias ventajas. Una que el discurso en cuestión se considera como resultado de la acción discursiva contextualizada y no sólo como el origen de acciones desencadenadas por la enunciación: el discurso tal y como apareció públicamente, efecto discursivo de su poder-decir. Dos, que lo analizado no es la intensión prístina de los sujetos, sino sus maneras concretas de argumentar (es decir ya enunciadas) para construir ciertas conclusiones y reacciones. Y tres, permite ver las reacciones de otros sujetos y los procesos desatados después de la enunciación, y compararlos con las expectativas originales del sujeto enunciador. Es decir, “medir” su poder simbólico al momento de hablar. Así, puede decirse que la noción de efecto discursivo entraña a la de función discursiva, pero que la trasciende al colocar al sujeto y a su práctica discursiva en relación a un contexto mayor. Es decir, que la forma/contenido final que toma el discurso es lo que expresa y constituye sus orientaciones simbólicas y políticas, pero su posibilidad de acreditar y “crear realidad” está en función de las relaciones sociales que lo sustentan. Reflexiones surgidas en y a partir del *Taller de Análisis de Discurso*, impartido por Fernando Castaños en la Maestría en Sociología Política del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 5-13 de noviembre de 2015.

³⁶ BOURDIEU, Pierre, “El campo político”, *Óp. cit.*, p. 20.

propia del sujeto y en las relaciones sociales de las que surge, aunque los resultados no sean siempre los esperados.

Con respecto a la constitución de las subjetividades políticas, específicamente la del sujeto enunciator, las estrategias discursivas conforman dos elementos importantes: la construcción de un “horizontes de apuestas y expectativas”, la estrategia política general, y el otorgamiento de las fórmulas simbólicas (el discurso público como estrategia discursiva) que explican por qué ésta es posible, deseable y correcta. Entendido como dos procesos que se realizan sincrónica y correlativamente muestran que, con sus estrategias discursivas, el sujeto diseña y ensaya su estrategia, mientras habla favorablemente de ella. El resultado es una *imagen pública* y un *posicionamiento político* reconocibles en el campo político, con los cuales se presenta y participa en el conflicto en cuestión. Dentro de ello se encuentra el tipo de relaciones que el sujeto espera instaurar a partir de su práctica discursiva, para lo cual construye significaciones que caracterizan otredades y con ello “roles” y “funciones políticas” para los aludidos. Su importancia radica en que manifiesta la valoración que el sujeto hace de su contexto social, pero también en que construye a sus interlocutores: aquellos a los que habla, en función de los cuales organiza su discurso y de los que espera una respuesta (la mayoría de las veces, precisa). Indudablemente es significativo el grado del éxito final que obtenga y el análisis debe conllevar un balance de éste. Pero resulta igual de trascendente porque, a través de la caracterización de los otros y de la interlocución, se pauta y condicionan el tipo de relaciones sociales que el sujeto mantiene y mantendrá con estos sujetos y el tipo de acciones que tratará de operar sobre ellos. Y porque al hacerlo, dará lugar a la respuesta concreta que éstos le confieran y determinará su lugar en el campo político después o durante su producción discursiva.

Al considerar al discurso antiviolencia como una estrategia discursiva, se comprenderán diversos asuntos. Una, la configuración del discurso final: las lógicas, relaciones y tópicos discursivos que estructuró diferenciadamente y que le otorgaron sus formas concretas de enunciación. Asimismo, las conclusiones simbólicas y políticas que sugirió a partir de ello: el tipo de realidad que intentaba instaurar y las explicaciones que configuraron a su práctica discursiva como una guía para la acción. También dará cuenta de cómo conceptualizó a los principales sujetos políticos del momento (potenciales aliados y rivales), al atender la manera en que eligió, categorizó y jerarquizó a sus interlocutores. Saber para quién o quiénes habló, a quién consideró su interlocutor principal (y a quién no), qué le quiso decir a cada uno y qué respuestas o comentarios de éstos tomó en cuenta para hacerlo. En consiguiente se podrán observar los silencios, exaltaciones, continuidades,

rupturas y distinciones operados en el discurso en contra de la violencia como producto de sus relaciones sociales y como una manera de tratar de operar sobre ellas. Se podrá encontrar un *sentido*, como dirección política y como significación, a pesar de sus aparentes contradicciones, carencias y fragmentaciones, y enlazarlo con el resto de su práctica política. Ello se comprenderá en sí mismo como un efecto discursivo de gran importancia: la capacidad y posibilidad de definir la realidad, de hacerlo y expresarla públicamente y de volverla una estrategia política competente. A partir de ello y en relación con otras condicionantes subjetivas y contextuales, podrá verse cómo la DC se enfrentó y posicionó en el campo político de la protesta, las relaciones de poder y de fuerza en las que estaba inmersa y a las que quiso/pudo mantener o simplemente reformular. En síntesis, será factible observar las disputas por definir la realidad durante las protestas y el trabajo que la DC realizó para insertarse en ellas. Allí, se podrán apreciar otros efectos discursivos de su discurso antiviolencia que permitan valorar qué tan cercanos o lejanos estuvieron de sus objetivos principales.

*

A partir de este concepto y de los anteriores se puede ubicar y diseccionar la práctica discursiva de la DC dentro de su estrategia general y entenderla como acción en sí misma estratégica. Para su aplicación metodológica sirve apoyarse en la siguiente gráfica:

Esquema sobre la dimensión discursiva de la acción política estratégica:

Concepto	Definición	Aplicación al caso demócratacristiano
Campo político	Las pugnas sociales por definir la realidad e intentar realizarla de acuerdo a dicha definición	Las diversas pugnas por la democratización durante las jornadas de protesta
Poder-decir	Las condiciones sociales y subjetivas que conforman los recursos de un actor social para expresarse públicamente.	El campo político durante la protesta, en conjunción a la trayectoria histórica y política de la DC.

Definición de la realidad/estrategia política	Proyecto político y estrategia con el suficiente apoyo social para institucionalizarse o, al menos, competir políticamente	La vía pacífica
Discurso público	El proyecto y la estrategia presentada a otros	El discurso en contra de la violencia
Estrategia discursiva	La manera específica y concreta de significar, estructurar y presentar públicamente al proyecto y a la estrategia política	La estigmatización y normalización

Elaboración propia.

Tanto el campo político como el poder-decir son parte de las condiciones de producción del discurso anti-violencia. Así mismo, tanto el poder-decir como el propio discurso, son parte del sujeto que lo produce, es decir, de la DC. En el poder-decir se muestra la dialéctica entre sujeto y contexto que hace posible una producción discursiva. Mientras que al identificar a este y al discurso como parte del sujeto, se muestra la interrelación de los tres elementos. En conjunto puede decirse lo que sigue respecto al caso chileno. Dentro del campo político durante las protestas, la Democracia Cristiana pudo configurar y manifestar una estrategia de transición democrática: negociación con las FF.AA, con exclusión de la izquierda marxista y movilizaciones contraladas, denominada la vía pacífica. Si bien, no pudo concretarla tal cual, le fue posible asegurar su lugar en el conflicto del momento y convertirse en un competidor político de gran importancia. La manera de explicar públicamente (presentar y justificar frente a otros) su propuesta transitiva estuvo marcada por la producción del discurso en contra de la violencia. En la práctica, éste funcionó como el discurso público de toda la agrupación, *la palabra autorizada*, que narraba porqué la DC poseía y defendía la estrategia de transición correcta. Para estructurarlo y darle credibilidad el partido cristiano hizo uso de una estrategia discursiva peculiar: buscó normalizar a su propia propuesta transitiva y estigmatizar a la acción violenta como método de lucha, en aras de dominar y marcar las pautas de una posible transición para Chile. De esta manera, el discurso en contra de la violencia resulta estratégico en un doble sentido. Primero, como el discurso que habla sobre la estrategia misma: explica y justifica quiénes y cómo se debería actuar políticamente, así como los componentes concretos de la estrategia propia y de los demás. Y

dos, conforma a su vez una estrategia discursiva: una manera específica de decir las cosas para intentar tomar terreno en la contienda política. Ambas dimensiones, advertidas analíticamente, forman parte integral de la estrategia general demócratacristiana, es decir, de la vía pacífica. E intentan, en conjunto con otras acciones, extender y afianzar la autoridad de la DC para continuar con su poder-decir y, en el mejor de los casos, para poder-dictar los derroteros finales de la transición.

3. LA ESTIGMATIZACIÓN COMO ESTRATEGIA DISCURSIVA

Puede decirse que las estrategias discursivas son las maniobras simbólicas (mecanismos, funciones, caracterizaciones) con las que un sujeto se presenta frente a otros y presenta a otros, para asegurar su lugar en el campo político. Son el discurso público – analizado aquí sólo en su dimensión verbal– que se estructura de cierto modo para intentar controlar una representación de lo real, con la capacidad de crear ciertos efectos aunque no sean los esperados. En lo que sigue se analizará un tipo de estrategia discursiva específica que se estructura bajo la lógica de la **estigmatización y normalización**. En primer lugar puede decirse que ésta es aquella estrategia discursiva que caracteriza a otro sujeto como una “anomalía peligrosa” o una “identidad deteriorada” y así mismo como un referente sacralizado o normalizado.³⁷ Ocurre cuando un sujeto construye diferencias y otredades negativas que, supuestamente, evidencian y “designa[n] preferentemente al mal en sí mismo” en función de algo que se considera correcto y benéfico.³⁸ Es decir, cuando las características identitarias que se simbolizan se presentan como una *naturaleza* perversa o pervertida en relación a lo naturalizado como normal. Ésta es la lógica general que las prácticas estigmatizadoras ejecutan y comunican.

Ante eso es importante resaltar que “El normal y el estigmatizado no son personas, sino, más bien, perspectivas.”³⁹ No son sujetos poseedores de una forma esencial de ser que marca sus menoscabos o sus apegos a la manera correcta de serlo y que por ello dificulta e incluso amenaza sus relaciones. Más bien, son producto de un trabajo humano que crea anormalidades y normalidades, que las presenta como un *descubrimiento positivo* y que niega su contingencia, construcción e institucionalización social. Ante eso, resulta factible

³⁷ La primera frase entrecomillada es de FOUCAULT, Michel, *Los anormales. Óp. cit.*. Y la segunda de GOFFMAN, Erving, GOFFMAN, Erving, *Óp. cit.*

³⁸ GOFFMAN, *Óp. cit.*, p. 11.

³⁹ *Ibíd.*, p. 160.

considerarlas como *formas de caracterizar* a otros y a sí mismos, y de vivir socialmente esa caracterización. Una serie de significaciones (de definiciones sobre lo real) que se realizan prácticamente y que cobran sentido y fuerza dentro de las relaciones de poder en las que se ejecutan. Sólo en ellas se signa y se designa qué práctica o sujeto es normal o anormal, diferente o peligroso, ya que de acuerdo a la capacidad y situación política de los sujetos y de su régimen de referencias (la institucionalización de ciertas producciones simbólicas), será la capacidad misma que el estigma en cuestión tenga para existir. En consiguiente, dicho proceso puede comprenderse como una producción de sentido objetivado en un discurso público y configurado estratégicamente, que indica cuáles formas son correctas y cuáles no, que señala qué prácticas o características serán consideradas normales o patológicas.

Dentro de ello, los sujetos estigmatizadores construyen un código (tópicos discursivos, argumentos, conclusiones) para caracterizar al estigma y al referente normal en cuestión y a partir de allí poder *reconocerlo* en la realidad, en el doble sentido de identificarlo (de registrar su existencia) y de autorizarlo (de hacerla *verdadera*). Este código está basado en ciertas propiedades reales del sujeto a estigmatizar o normalizar, cuyo sentido es transformado al abstraerse de su contexto original y recolocarse en un nuevo sistema signifiante. De esta manera cuando el estigma socialmente es reconocido es porque las características que lo componen existen, pero son descifradas con el nuevo significado que el estigma marca. Es decir, responden a un orden de sentido totalmente distinto, en el que puede ser que existan los mismos significantes pero con nuevos significados o en el que se creen signos absolutamente nuevos para referirlo. Ello, no indica que la estigmatización sea sólo una cuestión de interpretación o un problema de cómo son las cosas leídas. Apunta a que, como producción de sentido y como estrategia discursiva, el estigma es un conjunto de prácticas sociales que están significadas de una manera específica, cuyo eje primordial es la institución de referentes normales y anormales. Un tipo de acciones y relaciones sociales que intentan establecer un sistema de otras relaciones multidimensionales, entre ellas discursivas, en el cual un atributo específico se convierte en desacreditador de la persona individual o colectiva que lo posee o realiza, obstaculizando su aceptación por parte de otros sujetos sociales.⁴⁰ De esa manera, la estigmatización/normalización es ante todo una estrategia discursiva creadora y transformadora sobre la identidad de ciertos sujetos, que realza la construcción social de los estigmas al mostrarlos como productos de la práctica viva de los sujetos.

En síntesis, ésta construye dos grandes tópicos discursivos que operan como categorías deónticas: lo **normal** y lo **anormal**. A partir de ellas, el sujeto trata de controlar la

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 13.

incertidumbre, complejidad e historicidad de la realidad social y de la lucha política al reducirla a dos grandes tópicos discursivos que presumen aprehender y comunicar la *esencia* de los sujetos aludidos. Sostengo que pueden estudiarse algunos mecanismos y al mismo tiempo *efectos discursivos* de esta caracterización. El primero refiere a una definición dicotómica de lo real que simbólicamente construye dos mundos totalmente diferentes, contradictorios e inmiscibles, donde uno resulta moralmente mejor que el otro, suponiendo su subordinación y exclusión. En la práctica, esto muestra la interdependencia entre todo proceso de normalización y estigmatización. El segundo efecto tiene que ver con la manera en que opera sobre sí mismo y otros, el sujeto enunciador. Para poder marcar a alguien o algo como normal o anormal, el sujeto estigmatizador ejerce una violencia propia capaz de transformar a los sujetos sociales diferentes en referentes sacralizados o anomalías peligrosas. Resaltar esta violencia como efecto discursivo (como forma de operar de un discurso y como sus consecuencias simbólica-políticas), permite comprender que estas nuevas identidades emergen y se naturalizan solamente a través del daño sobre los caracterizados. Un tercer efecto discursivo es la moralización de la lucha política que la convierte en una pugna entre “buenos” y “malos”, donde se juega (y peligra) el bienestar general de la sociedad. Lo importante de este efecto discursivo es que muestra la alusión a un nosotros más amplio del que conforma la organización enunciativa y que intenta implicarlo en la pugna contra sus rivales políticos. El último efecto tratado, será la exclusión política que contrae la difamación pública de los estigmatizados, sólo posible por los efectos anteriores.

En lo que respecta a su aplicación al caso chileno, debe hacerse la siguiente aclaración. En realidad, la dicotomía utilizada, es decir, nombrada como tal por la Democracia Cristiana no es normal/anormal, sino lo racional/irracional o razón/fuerza, pacífico/violento. Aun así he decidido utilizar la primera porque a pesar de tener significantes diferentes, en lo que refiere a los significados o contenidos pueden homologarse. Es decir, funciona a partir de la lógica discursiva de la estigmatización/normalización. En ese sentido, puede decirse que la DC construyó una estrategia discursiva en torno a dos elementos (la razón y la fuerza, la paz y la violencia) con los que caracteriza dos estrategias de transición diferentes, bajo las lógicas de lo normal y lo anormal. De esta manera, la alusión en el discurso demócratacristiano a lo irracional y racional, a la vía pacífica y a la vía violenta, es el tipo de referentes normales y anormales que la DC constituye. En lo que sigue, se tratarán sus principales componentes y efectos discursivos.

3. 1. Los tópicos discursivos de la estigmatización/normalización

3.1.1 Lo normal

Ante todo, lo normal como categoría social es un referente autorizado, porque construye un modelo ideal de cómo son, deben y pueden ser *las cosas* e implica una naturalización de lo existente que intenta contenerlo en límites bien precisos e inamovibles. Una definición estática de *lo que es* que, en teoría, impediría su variación o subversión. A partir de allí, lo normal intenta signar y designar a lo correcto, lo perfecto y lo deseable. Asegurarse como una definición estática que sacraliza y beatifica a los contenidos que defiende, que los aleja de la contingencia de la acción humana y que los eleve al rango de lo indiscutiblemente venerable y transcendente. Su *verdad intrínseca* la vuelve referencial: todo lo que existe deberá relacionarse (medirse, compararse) con lo que se ha dictado como normal. En ello, “el reino de este mundo” no sólo tomará su forma, también su valor y validación.⁴¹ Su razón, posibilidad y derecho de ser o de no ser. De allí, que lo normal como construcción social se erija como una autoridad instituida e instituyente. Un conjunto de acciones humanas dedicadas a negar la historicidad de sus mandatos:

Instituir es consagrar, es decir, sancionar y santificar un estado de cosas, un orden establecido. [...] Instituir, es asignar una esencia, una competencia, es imponer un derecho de ser que es un deber (o un deber de ser). Es significar a alguien lo que es y significarle que tiene que conducirse consecuentemente a como se le ha significado.⁴²

Socialmente instituir es lograr que una *definición de la realidad* obtenga el suficiente poder simbólico para realizarse. (Aquel poder que los sujetos se disputan en el campo político). Con su ejecución, en incluso sólo con su propuesta, se pautan una serie de prácticas, incluyendo castigos y privilegios, para reproducirla y resguardarla. Para mantener la identificación entre el *ser natural* y el *hacer correcto*. Ello, no es más que la acción humana permitida que obedece y concreta la referencia de lo normal a partir de un proceso doble. Por un lado las instituciones establecerán los contenidos que se entenderán por normales. Por el otro, también se llevará a cabo una institucionalización de lo normal como precepto categórico, como regla, canon o ley. A partir de ello, tratarán de imponerse ciertos límites a la vida social que buscan reducir

⁴¹ Frase tomada de CARPENTIER, Alejo, *El reino de este mundo*, Siglo XXI, México, 1983.

⁴² BOURDIEU, P., *¿Qué significar hablar?*, *Óp. cit.*, p. 81.

lo posible a lo permitido y lo permitido a lo inevitable. Y sobre todo, legitimar dicha reducción y resguardarla de la eventualidad y diversidad humana.

En el discurso demócratacristiano la vía pacífica fue signada como la estrategia más correcta y deseable para transitar a la democracia. La única que podría lograr una verdadera sociedad democrática. A partir de ello, normalizó fórmulas estratégicas, un tipo de sociedad pos-dictatorial y un tipo de sujeto democratizador igualmente correctos y deseables. De esta manera, el concepto de lo normal ayudará a entender cómo la DC pudo estructurar estos tópicos discursivos y políticos, en un momento que la correlación de fuerzas no le favorecía totalmente.

3.1.2 Lo anormal

Como construcción social, lo normal siempre se encuentra amenazado por su propia historicidad y por la historicidad de los otros. Ante lo segundo, los sujetos normalizadores, tienen un mecanismo de defensa: la estigmatización de cualquier desviación o diferenciación de lo sacralizado. Su designación como “anomalía peligrosa” o “identidad deteriorada”.

Ante todo, el estigma es una marca: una señal que busca evidenciar y especificar. Funciona como un signo de cualquier índole que pretende revelar, anunciar y fijar la *naturaleza* del ente marcado y su distancia con el resto de las cosas. En ese sentido es una significación encarnada o una representación democratizadora que se realiza como un signo metonímico: un indicador que se supone suficiente para transmitir la identidad del sujeto en cuestión. La huella se vuelve estigma cuando “la marca distingue a ‘lo otro’ de ‘lo sano’.”⁴³ En este proceso y en primer lugar el estigma señala a lo distinto, aquello que se sale de la norma. Hasta allí, puede tomarse como simple excepción o hecho extraordinario. Incluso, simple curiosidad que escapa a los valores o referente comunes. Pero, salirse de la norma entraña siempre un peligro: puede ser que aquello distinto no sea más que una degradación o una forma de ser monstruosa que se escapa de lo que se considera normal. De esa manera se convierte en un rasgo estigmático: en una “naturaleza *contra natura*”⁴⁴ que “combina lo imposible y lo prohibido”.⁴⁵ Que vuelve a los estigmatizados/as seres imperfectos cuyas diferencias son tomadas como anomalías y que muestran a cualquier disidencia o diferencia como síntoma de descomposición y de peligros.

⁴³ FEIERSTEIN, *Óp. cit.*, p. 119.

⁴⁴ FOUCAULT, *Op. cit.*, p. 108.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 61.

Esta caracterización pretende indicar el carácter patológico de lo diferente: su capacidad indómita e infinita de destrucción. ¿A quién o a qué? No a los estigmatizados, en ellos se considera que el estigma ya no es un peligro, por la simple razón de que ahora existen en el campo de lo anormal, en “una configuración parcial y estable que se refiere a un estado general de anomalía.”⁴⁶ Pero si el cáncer no destruye al cáncer mismo, sí destruye a las células sanas con las que se relaciona. Desde el discurso estigmatizador se dice que en las relaciones anormal/normal se descubren: “las torturas infinitas que seres afectados por un mal a veces incurable imponen a naturalezas excelentes, vivaces, productivas.”⁴⁷ De esta manera, quién corre verdadero riesgo ante la anormalidad es la normalidad misma: en su dimensión canónica y en los sujetos concretos que la entrañan. Entonces el estigma (como marcación de lo peligrosamente desviado o diferente) muestra la violencia que se ejecuta sobre lo normal: la diferencia que al existir daña y en ese daño transforma, al alejar a lo correcto de su forma esencial, original y verdadera. O, que lo transforma y en esa transformación (en esa diferenciación) no hace más que perjudicarlo. En consecuencia, y si se mira con atención, la amenaza terrible que entraña lo anormal es por su potencial propagación: por la producción de más anormalidades y la conversión de lo normal en anormal. El peligro mismo de la acción transformadora.

Si bien el estigma se presenta como una normalidad violada, pronto se convierte, en una nueva normatividad que dicta –en el sentido político de esta palabra– cómo *debe ser lo anormal*. Se construye un estigma ideal que prescribe como es, invariablemente, el estigmatizado en cuestión. Una identidad que se le impone y encierra al ser humano de carne y hueso en una máscara monstruosa. De esta manera, el estigma se vuelve no sólo la característica fundamental del sujeto estigmatizado. También un conjunto de elementos descontextualizados que es capaz de “explicar en sí mismo todas las desviaciones que puedan derivan de él, pero ser en sí mismo ininteligible.”⁴⁸ Por un lado, incomprensibles, irracionales. Alejados de la Razón, pero también sin razón de existir. Por el otro, naturalmente terribles y terriblemente riesgosos. Un estado esencial que implica que el estigmatizado responde a una naturaleza en sí y por sí misma corrupta, riesgoso. Ante eso, el paso siguiente: la sustitución total del sujeto marcado por la marca misma. La afirmación inapelable de que el sujeto estigmatizado no contiene un mal particular, sino que es el mal en sí mismo. La capacidad misma de destruir y devastar.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 288

⁴⁷ TRÉLAT, Ulysse, *La Folie lucide étudiée et considérée au point de vue de la famille et de la société*, [1861], Citado en *Ibíd.*, p. 141

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 63.

En el discurso democratacristiano el estigma recae sobre la violencia como práctica estratégica. Ésta es tomada como el rasgo estigmático que diferencia a lo correcto de lo incorrecto, a lo deseable de lo indeseable, a lo sano de lo enfermo, por el cual el sujeto marcado, el PC, resulta peligroso y rechazable. Lo que el análisis discursivo e histórico tratará de analizar es cómo se construye esta estigmatización: sus principales contenidos y lógicas, para demostrar que encubre o constituye una estigmatización más: aquella que recae sobre la *violencia política popular* del comunismo, sobre el comunismo en sí mismo y la posibilidad de instituir una transición rupturista. De esta manera, la violencia resulta la marca de una *naturaleza política* que se caracteriza de por sí corrupta y amenazante.

3.2. Los efectos discursivos

3.2.1 Dicotomización de lo real

Todo proceso de normalización social lleva a cabo prácticas de estigmatización que lo defienden y todo proceso de estigmatización alude y se justifica en un marco normativo que le otorga sentido y posibilidad de ser. En consecuencia, los procesos de normalización (como naturalización de lo normal) y de estigmatización (como naturalización de lo anormal o como normalización de un rechazo), son parte de los procesos y proyectos sociales que intentan producir mundos esenciales y esencializados bajo una lógica de lo correcto y lo incorrecto, lo saludable y lo perjudicante. En conjunto, construyen una concepción dual sobre el mundo que reduce la existencia social o a la lucha política en el campo político a dos únicas posibilidades: a ser normal o a ser anormal, siempre y únicamente a ser uno o lo otro, nunca los dos y nunca ninguno. Estas dos condiciones aparecen como conceptos contradictorios y dicotómicos que intentan explicar el funcionamiento de la realidad y que impiden la existencia fuera de esos modos de ser. Pretenden mostrar proyectos y estrategias políticas no sólo diferentes, totalmente contradictorias, inmiscibles e incluso una preventiva de la otra. De este modo, instauran entre sí una relación de dominio: el elemento diferente no sólo se convertirá en *lo otro*, en *alternos*, porque el normal funcionará como el referente para que el otro se sostenga fundamentalmente. También se conceptualizará como el lado negativo e inferior del par, volviéndose el subordinado, el *sub-alterno*, que legitimará su dominación por los primeros.

En consecuencia, resultan dos criterios de oposición que se convierten en dos autoridades y dos prácticas autoritarias, que intentan controlar el mar de posibilidades de la existencia humana y de la contienda política, que subrayan la imposibilidad de acercamiento

y fusión entre ambos y que marcan a uno correcto, deseable y permitido, al otro incorrecto, indeseable y reprimible. De esta manera, vivir y actuar políticamente desde la estigmatización/normalización resulta siempre la colocación en uno de los dos únicos límites de lo real: en lo normal o lo anormal, con sus inevitables consecuencias. Definen un *mundo naturalizado* que impide cambiar la relación social entre los elementos de dicho par o, en el mejor de los casos, permitiendo el traspase valórico-positivo o valórico-negativo de un elemento a otro, pero conservando siempre el sistema de dominación o el proyecto de sociedad en el que el estigma se produce y reproduce. Así, marcando qué es normal y qué es anormal, se dictaminará qué lugar debiese ocupar cada quién en el conflicto político de acuerdo a la valoración social de sus características y de sus prácticas.

Esta dicotomización permitirá entender las relaciones simbólicas que la DC operó entre la vía pacífica y la vía violenta, a través de las cuales intentó reducir el horizonte de lo posible abierto por las jornadas de protesta y tildar “buenos” y “malos” caminos para una posible democratización.

3.2.2 La violencia estigmatizante y normalizante

Como estrategia discursiva, la estigmatización/normalización muestra a los sujetos socialmente “indeseados” como anomalías peligrosas. Los presenta como una violencia sobre lo normal que lo transforma y lo lastima, y en ello lo anormaliza. Pero la transformación simbólica (materialmente significada) de sujetos sociales en sujetos naturalmente anormales o normales, en realidad implica una violencia propia para marcarlos como tal: una acción de cambio que al transformar daña y al dañar transforma, que implica la construcción de un nuevo orden y de una configuración de sentido a través del daño. De esta manera puede reconocérsele como una violencia propiamente discursiva, porque el sujeto la ejecuta a través de la significación.

La asignación de un estigma, por mínimo que sea, no transforma una particularidad de la persona. Al tildarse como el elemento que la caracteriza y la singulariza, transforma a la persona completa. El traspaso de alguien diferente a alguien anómalo implica un cambio de su *naturaleza* socialmente hablando y de su *identidad*, en términos sociológicos. Lo cual la hará existir y funcionar en una lógica social totalmente distinta a la que estaría si no fuera estigmatizada. En esa transformación estructural es evidente que el paso de una identidad distinta a una identidad anormal conlleva siempre la fabricación de una “identidad deteriorada”. El estigmatizado siempre será un sujeto perjudicado: a través de su estigma, cargará con una mala reputación que lo afectará negativamente al restringirle sus

posibilidades de aceptación social. Ante ello, el estigmatizador dirá que más que un sujeto dañado es un sujeto dañino y que el daño terminará cuando el sujeto anormal desaparezca (porque se ha corregido, porque se ha marginado o porque ha dejado de existir). Pero, tomando en cuenta a la estigmatización como una estrategia discursiva, puede sostenerse que el daño al sujeto estigmatizado no terminará si se despoja de su diferencia. Lo hará si se libera de su estigma. Así, en *la transformación dañina de sustancia* se encuentran la violencia de todas las prácticas estigmatizantes, que sólo con la revocación de los estigmas será posible disolver.⁴⁹

La institucionalización de lo normal como contenido y como precepto categórico se ejerce como otra acción violenta:

Cuando percibimos algo como un acto de violencia [quizá como un estigma] lo medimos por un principio básico acerca de lo que es una situación ‘normal’ no violenta, y la más alta forma de violencia es la imposición de este principio con referencia al cual algunos acontecimientos se muestran como ‘violentos’.⁵⁰

Si la violencia solo existe en donde un estado de cosas es alterado por medio del daño, por paradójico que parezca, la sacralización de ese estado de cosas es siempre un acto violento. Hace falta una coerción primigenia y constante para ir en contra de la historicidad humana y para transformar y mantener algunos componentes de la realidad social como estereotipo. Esta coerción *impone* un universo de sentido a las cosas que ocasiona perjuicio a aquello que ejerce resistencia ante esa transformación. Ya sea “corrigiéndola” en contra de su voluntad o beneficio, ya sea haciéndola desaparecer, o simplemente comenzándola a marcar como desviada y violenta. De esta manera la normalización no es más que una violencia constante para evitar el cambio (su propio cambio), que se realiza además como una violencia autoritaria y autorizada para garantizar su conservación. Como referencia, lo normal se vuelve el patrón de medida y el paradigma del que dependerá la clasificación de otros elementos. Será la autoridad capaz de decir y delimitar lo que entra y lo que sale de su rango, porque no todas las diferencias serán tomadas como desviaciones. Se arrogará la facultad de decretar que aquello considerado desviado implica un peligro para lo que se

⁴⁹ Considero que la diferencia entre estigmatización/estigma y violencia es que las primeras, siempre serán violentas mientras que pueden existir violencias no estigmatizadoras. Es decir, acciones de fuerza que dañan una normalidad, pero que la nueva normalidad no resulta absolutamente normativa.

⁵⁰ ZIZEK, Slavoj, *Sobre la Violencia: Seis Reflexiones Marginales*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 83

conserva dentro de la regla. En consecuencia, lo normal como *la* referencia naturalizada no permitirá objeciones, ni críticas, ni cambios a las prescripciones que su autoridad manda. Ésta se volverá una práctica autoritaria que exigirá siempre su pulcro cumplimiento, a riesgo certero de punición. A riesgo certero de estigmatizar (de ejercer una violencia más) a quién lo desafíe y cuestione.

De esta manera la naturalización como acción política y estratégica resulta violenta tanto porque tildan a alguien de anormal, como por sostener una normalidad definitiva que resulta inapelable. Pero, para que resulten socialmente efectivas, es necesario ejercer una violencia más, aquella destinada a borrar, ocultar o matizar la violencia propia de esta estrategia discursiva:

La intensidad de la violencia, por lo tanto, no se puede concebir apropiadamente observando solamente la destrucción que pueden generar nuestras acciones, sino tratando de concebir la efectividad con la que éstas pueden hacer olvidar su propio poder de destrucción.⁵¹

La eficiencia y profundidad de la violencia estigmatizante y normalizante, su grado de transformación identitaria de los sujetos en cuestión y su aceptación y reconocimiento en el campo político, precisa no ser advertida como tal, negarse como acción en sí misma violenta. De allí los esfuerzos de los sujetos que estigmatizan para auto-presentarse como *reveladores naturales* de otras violencias, caracterizadas como verdadera y únicamente violentas. Sólo allí la construcción de un nuevo orden (el que surge en su propuesta) basado en la destrucción del anterior o de otros órdenes, es verdaderamente efectiva: incluso, la imagen o recuerdo sobre su pasado y transformación ha sido violentada y en ello negada la transmutación. De esta manera, en el debate público queda obnubilada la práctica estratégica que se implementó para mostrar a alguien o a algo como anormal o normal. Ante eso surge la importancia de rescatar no sólo la memoria, los procesos de olvido, las maneras de “hacer ver” y los silencios operados, sino reconocerlos como actos de una violencia aguda y eficiente que logra borrar sus propios vestigios y su manifestación explícita. Que logra conjurar la posibilidad de que otros la reconozcan como violenta y con ello, negar la responsabilidad social y política que le acompaña, por haber marcado violentamente a otros como peligrosos y espurios.

Al atender esta violencia, se podrá comprender por qué le fue posible a la Democracia Cristiana denominar a una propuesta de transición negociada como la “vía pacífica” y a la

⁵¹ GÓMEZ CHOREÑO, Rafael, *Estigmatización y exterminio. Apuntes para una genealogía de la violencia*, CEGE, 2011, p. 82.

Política de Rebelión Popular de Masas del Partido Comunista, como la “vía violenta”. Entender que a partir de ello, desvió la atención sobre la construcción social de las estrategias y las presentó como la consecuencia natural del uso o desdeño de la Razón y de la Verdad. Con esto el análisis dará cuenta de que, para lograrlo y aun cuando su objeto de estigmatización fuera la violencia, la DC operó una violencia propia que transformaba fundamentalmente (que modelaba la mirada) la identidad de estos actores, implicando un daño constante para simbolizarlos de esa manera y mantenerlos como tal.

3.2.3 La defensa de lo normal

En el campo político, a través de la estigmatización y normalización como estrategia discursiva, algunos sujetos intentan mostrar el conflicto como una pugna entre lo normal y lo anormal, que se encarnan en competidores específicos. De esta manera, la resolución del proceso no implicaría simplemente la institucionalización de una definición humana de la realidad. Sobre todo, sería el triunfo del buen o el mal camino de la Historia, que podría redimir o condenar al martirio al conjunto social en cuestión. En la práctica ello implica diferentes maniobras discursivas para poder identificar y hacer visible aquellos elementos y sujetos que deben considerarse como dañinos o benéficos. En ese sentido se realiza una producción de sentido que se inscribe en la pugna política de y por la definición pública de los sujetos. En la pugna por conseguir la reputación suficiente (el reconocimiento social y político) que autorice a los sujetos frente a sus posibles bases de apoyo y frente a sus posibles aliados, para hacerse, en parte, de una cuota importante de poder simbólico. En ello, la estigmatización como estrategia discursiva proporciona un beneficio doble para quién la utiliza. Primeramente, normaliza su propio proyecto sobre otros. Ayuda a auto-presentarse como los *únicos* que cuentan con un programa y un concepto de mundo posiblemente existente e inobjetablemente deseable, por la *justicia, verdad y eficiencia* de los principios que sustentan. En seguida, desacredita por medio de la difamación y el daño a aquellos que considera rivales. Los delinea como una *desviación natural* de los proyectos correctos (¿del suyo propio?), altamente perjudicante para el resto de la sociedad.

En ello, habría que hacer una especificación importante: no todos los rivales, no todos los constituyentes de un campo político, son elegidos para ser estigmatizados. Los elegidos son aquellos que resultan amenazantes... pero no a la sociedad misma, sino a los propios intereses del sujeto en potencia estigmatizador. Comúnmente ello sucede cuando un sujeto observa que su lugar en el campo político y su posibilidad de hegemonizarlo, se encuentran reducidas y desafiadas por otros sujetos que van tomando la delantera, cuyo proyecto

cuestiona la legitimidad, esencialidad y necesidad de su propia propuesta. Y cuando tiene la necesidad política y el poder suficiente para aplastar a las competencias o disidencias. Ante eso, la estigmatización no es la respuesta obligatoria, pero sí una elección estratégica que puede resultarle útil. Con ella el sujeto que se siente amenazado se abocará a demostrar que si bien, (ya) no es el único sujeto con una propuesta de sociedad, sí es el único que representa a los buenos valores y principios de la humanidad. Igualmente a demostrar que ese otro no es sólo anormal, también es un anormal espurio y peligroso.

En síntesis, el estigma impuesto buscará dejar en claro que la normalidad existe, que es deseable y que se condensa en el proyecto político propio, pero que es una normalidad vulnerable, destruible, necesitada de seguridad eterna. Entonces, el sujeto estigmatizador dirá que sus propios planteamientos “funcionan simplemente como protección de la sociedad contra los peligros definitivos de que puede ser víctima por parte de gente que se encuentra en un estado anormal.”⁵² Es así que en el campo político (y quizá en cualquier relación social en la que se ejecute) la estigmatización y normalización no funcionan para negar la diferencia. Lo hacen para evidenciarla y demostrar lo perturbador y riesgoso de ser diferente. Se desempeñan como los mecanismos precisos para marcar al *sujeto descompuesto*, para evidenciarlo públicamente, tomar las previsiones adecuadas y elegir el proyecto político correcto: el suyo propio.

Lo anterior resultará una orientación analítica útil, ya que el discurso en contra de la violencia funcionó como una explicación sobre el momento político y sus posibilidades de resolución. En específico, fue la ubicación y narración de la estrategia transitiva de la DC dentro de ese contexto en relación a otras estrategias que caracterizó bajo una lógica estigmatizante. Con ello, la Democracia Cristiana buscó presentar a la lucha política como una Cruzada Moral y una pugna entre la Razón realista y la Fuerza irracional, donde la primera aseguraría el buen camino de la historia. Así, al aludir a la defensa de la normal en nombre del bien común, se podrá entender que lo que procuraba era resguardarse a sí misma del cúmulo de posibilidades de concreción histórica y política que parecían factibles dentro del campo político del momento.

⁵² FOUCAULT, *Óp. cit.*, p.294

2. 4 La desacreditación y marginación política del sujeto estigmatizado

Sin lugar a dudas la estigmatización resulta la construcción de una difamación pública. Y “La función evidente de la mala reputación es el control social.”⁵³ El desprestigio ayudará a obstaculizar la comprensión y aceptación que el estigmatizado podría obtener de otros sujetos sociales, designando el lugar que debería ocupar en la sociedad en general y en el campo político en cuestión. De aceptarse el estigma, el sujeto marcado caminará con una serie de restricciones sociales que no le perjudicaban antes y que podrían ir excluyéndolo de ciertas dinámicas y espacios de sociabilidad. De esta manera, la estigmatización siempre presupone:

La expulsión de esos individuos hacia un mundo exterior, confuso, más allá de las murallas de la ciudad, más allá de los límites de la comunidad. Constitución, por consiguiente, de dos masas ajenas la una de la otra. [...] prácticas de exclusión, prácticas de rechazo, de *marginación*.⁵⁴

Es verdad que a los sujetos disidentes puede obligárseles a acatar la norma o también puede hacerlos desaparecer. Entre la normalización de los estigmatizados y su exterminio, la marginación resulta una nueva opción, no menos atroz pero que puede reducir el costo político. Ésta opera con dos supuestos principales. Uno, da por sentado que aquel al que se tilda de anormal, es incurable. Hágase lo que se haga será imposible redimir su anomalía y conjurar el peligro que esta entraña. A su vez, también se admite que no se quiere o no se puede esfumarlo físicamente. Ante esa doble problemática, sostiene que existe la posibilidad de que el normal y el anormal sobrevivan: si ambos permanecen tajantemente separados. Específicamente, si el anormal es expulsado del tejido social o de la disputa política en cuestión. Ello provoca que el espacio al que el anormal es arrojado sea uno de destierro. Una exclusión y una proscripción que se vive como un acto de castigo y de desecho del entramado social, que funciona como un despojo y disolución de sus relaciones sociales, de su identidad, de su posibilidad de participar en el campo político mismo y de obtener un posicionamiento privilegiado en él. Es decir, de no tener la posibilidad de luchar por definir la realidad y de hacerlo a su manera.

⁵³ GOFFMAN, *Óp. cit.*, p. 87.

⁵⁴ FOUCAULT, *Óp. cit.*, p. 51.

Todo lo anterior puede suceder cuando la estigmatización como estrategia discursiva posee cierta capacidad de modelar la realidad más allá de su propia enunciación. Es decir, cuando los sujetos estigmatizadores cuentan con un grado importante de poder simbólico como poder dictar. ¿Pero qué sucede cuando no se logra el quórum suficiente para ello? ¿Cuál es el objetivo entonces de lastimar la imagen de los otros si no se le marginará por completo de la disputa política? A pesar de esas limitantes, lo que por lo menos se consigue es enunciar esa identidad deteriorada tal cual y marginar al estigmatizado de las propuestas y acciones del estigmatizador. Como se había especificado antes: **poder decir**. Los estigmatizadores lograrán enunciar a sus rivales no queridos de una manera específica: proclamarlos públicamente como una anomalía temible, no retractarse de dicha proclamación y en ello presentarse como la opción política correcta. Es decir, normalizarse aunque sea a nivel enunciativo. En consecuencia, los estigmatizadores podrán producir y utilizar políticamente “una ideología para explicar su inferioridad [la del rival] y dar cuenta del peligro que representa esa persona racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias.”⁵⁵

De esta manera, si los discursos estigmatizadores intentan advertir, sobre las anomalías peligrosas, en realidad pueden servir para encubrir los desencuentros políticos así como las prácticas autoritarias que se tienen con aquellos a los que se caracteriza de anormal. Ello no sólo reforzará su poder simbólico como poder decir. Igualmente delimitará el tipo de relaciones que el estigmatizador mantendrá con el estigmatizado. Allí, el estigma, como un tipo de estrategia discursiva violenta, explicará y llenará de contenido la forma concreta de esas relaciones y las marcará bajo los parámetros de aceptación y rechazo. En consiguiente, se marginará al sujeto indeseado de los espacios en los que manda los estigmatizadores, haciendo que su aprobación e inserción dependan únicamente de ellos y que la legitimación propia dependa del perjuicio y exclusión que pueda ejercer sobre sus rivales estigmatizados. En pocas palabras, que su lugar en el campo político esté avalado por la violencia efectiva y eficiente de su práctica estigmatizante y normalizante.

A partir de lo anterior podrá comprenderse la orientación política del discurso antiviolencia (su opción por contener una transición rupturista y de excluir a la izquierda marxista de la democratización), su efecto discursivo más importante (la difamación pública del PC), así como sus alcances concretos que, si bien no lograron excluirlo de las pugnas por la transición durante las protestas, si le permitieron a la DC marginarlo de la Alianza Democrática y de la vía pacífica.

⁵⁵ GOFFMAN, *Óp. cit.*, p. 15.

*

Las disertaciones anteriores permiten construir ciertos lineamientos conceptuales para analizar el universo de sentido específico que la Democracia Cristiana produjo bajo la lógica de la estigmatización y normalización, dentro de su estrategia de transición democrática. Asimismo, nos permitirá entender los mecanismos y dispositivos propiamente discursivos que emprendió para posicionarse en la lucha política y para configurar su estrategia desde su dimensión discursiva: los objetivos que buscaba, los repertorios de acción que eligió y legitimó, las consecuencias políticas y simbólicas que ocasionó. También podremos acercarnos a la visión que tuvo sobre el momento político, como caracterización y como propuesta práctica de resolución del conflicto. En el siguiente cuadro se muestra una relación de las definiciones empleadas en este apartado y su relación y aplicación al caso de estudio. El cual servirá como una guía para ir analizando, relacionado y organizando los diferentes contenidos, conceptos, objetos y formas de enunciar que la Democracia Cristiana realizó durante las Jornadas de Protesta.

La estigmatización/normalización como estrategia discursiva:

Concepto	Definición	Estigmatización, normalización	Aplicación al caso demócratacristiano
Tópicos discursivos	Categorías deónticas que presumen aprehender la esencia de lo real.	Normal/ anormal	Vía pacífica/ Vía violenta
Efectos Discursivos	Interrelaciones y acciones sociales (incluyendo de tipo simbólico, es decir, de producción y de institución de sentidos) que operan y resultan al hablar de una manera específica	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dicotomización de lo real. 2. Violencia sobre lo real. 3. Presentar la lucha política como una cruzada entre el Bien y el Mal, para legitimar la propia estrategia. 4. La desacreditación y marginación de las estrategias rivales 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dicotomización de la lucha por la democracia. 2. Violencia sobre los sectores populares y el Partido Comunista 3. Presentar la lucha por la Democracia como una cruzada entre el Bien, la vía pacífica, y el Mal, la vía violenta, para legitimar la estrategia de la DC. 4. La aceptación de la vía pacífica a partir de la desacreditación y marginación de la vía violenta en la lucha por la democracia. .

Elaboración propia.

4. CONCLUSIONES

A partir de todo lo esbozado, será posible estudiar el discurso en contra de la violencia como acción simbólica y política. Ello puede lograrse porque las definiciones vertidas permiten comprenderlo no como un producto objetivado y autónomo, sino como una serie de acciones y relaciones sociales que su productor, la Democracia Cristiana, tuvo que emprender

para hacerlo existir y operar en un contexto determinado de lucha política. Así, el discurso no se entenderá como un objeto capaz de lograr efectos por sí mismo, (como podrían aludir ciertas corrientes posmodernas) ni como un mero reflejo sólo reproductivo que enmascara de lo verdaderamente real, (como podrían afirmar cierto marxismo ortodoxo).⁵⁶ Sino como una serie de prácticas materializadas, significadas, significantes y contextualizadas a partir de las cuales el sujeto se realiza a sí mismo y se posiciona en un entorno específico. Es decir, como prácticas sociales que intentan definir la realidad y concretarla de acuerdo a dicha definición.

De esta manera, puede comprenderse dos asuntos. Primero, cómo la lucha política puede ser apreciada como una lucha simbólica, en el sentido de que el principal objeto de disputa es ganar la definición de la realidad conceptual y práctica a través, entre otras acciones, de prácticas discursivas. Y dos, cómo desde su dimensión discursiva la Democracia Cristiana se insertó en la lucha política del momento. Desde el diseño mismo de su estrategia de transición, su presentación y explicación pública, así como la puesta en marcha de ésta, diversas prácticas simbólicas se hicieron presentes y abonaron activa y fundamentalmente a cada una de estas facetas. A través de las disertaciones de éste capítulo resultará más claro comprender su lugar e inserción y también uno de sus modos concretos de operar discursivamente. Allí el concepto de estrategia discursiva, permite ver cómo este tipo de prácticas implican diversas consideraciones y repertorios de acción significativa para lograr objetivos precisos, es decir, efectos en el campo político. Y cómo ello dependerá de su relación concreta con el entorno de acción y la identidad del sujeto en cuestión. Asimismo, al comprender a la estigmatización/normalización como la estrategia discursiva empleado en el caso demócratacristiano, se podrá observar dos cosas más. Una, que su *versión* sobre lo real (como explicación del conflicto y como propuesta de resolución) es una construcción social. Es decir, el posicionamiento político de un sujeto en específico. Y dos, acercarnos a las lógicas discursivas que constituyeron dicha versión de una manera particular y no de otras. Entender cómo, por qué y para qué fue posible que la DC normalizara a la vía pacífica y estigmatizara a la vía violenta en un contexto de amplia y profunda insubordinación social y política.

⁵⁶ Esto último es, sobre todo, el aporte de las obras de Eliseo Verón.

CAPÍTULO II

De la Tercera Vía a la Derecha.

El anticomunismo histórico de la Democracia Cristiana

1. INTRODUCCIÓN

Si en 1973 la Democracia Cristiana había dado su apoyo sin restricciones al régimen militar, diez años después se contaba entre los principales convocadores a las Jornadas de Protesta. Las razones habían sido diversas, desde una dictadura prolongada hasta un apoyo demócratacristiano rechazado, suficientes para operar un cambio significativo en su sistema de alianzas al incluir a un antiguo miembro de la Unidad Popular, pero no demasiadas para abandonar su arraigado anticomunismo y su cercanía con los sectores dominantes. En 1983, a pesar de ubicarse claramente en el campo opositor y de ser repudiada por la dictadura, la DC apelaba a una transición negociada con las FF.AA y a un rechazo tajante a todas las propuestas de lucha conjunta con el Partido Comunista. Es decir, como anunciaban algunos otros sujetos opositores al régimen, la DC respondía a “La rebuscada polémica con los marxistas, alentada desde el Gobierno”¹ y despreciaba “a quienes desde el comienzo estuvieron contra la Dictadura.”² De esta manera, participaba en la actualización de un viejo conflicto en el país y en el mundo: la guerra fría. Aquellas disputas y enfrentamientos, dicho a *grosso modo*, entre “los sistemas sociales rivales del capitalismo y del comunismo”³ en su versión chilena, que condicionaba la lucha por la democracia en el país.

Para comenzar a analizar esta situación, este capítulo indagará sobre las razones históricas de la estrategia transitiva de la Democracia Cristiana, dentro del frente chileno de la guerra fría. El objetivo principal es ver cómo se posicionó en este conflicto a partir de su configuración política, como un modo de comprender “las raíces” del discurso en contra de

¹ *Revista Análisis*, año VII, núm. 90, 11- 25 de septiembre de 1984, p. 24.

² *Revista Análisis*, año VII, núm. 89, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, p. 47.

³ SAULL, Richard, “El lugar del Sur Global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico” en Daniela Spencer (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, CIESAS-SRE-Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 32-33. Cursivas en el original.

la violencia durante la segunda década del gobierno militar. A partir de ello realzaré el componente anticomunista dentro del proyecto político y la trayectoria histórica de la DC. E igualmente haré un breve recuento sobre los principales ejes de constitución de esta organización como partido político, con sus concernientes transformaciones, continuidades y rupturas, su proximidad con las derechas en turno y sus distancias con la izquierda chilena.

Este capítulo se encuentra dividido en dos partes que representan a dos grandes períodos de la historia demócratacristiana:

- 1938-1964: Configuración de su propio proyecto de sociedad.
- 1960-1973: Definición histórica-política del partido.

La imbricación de las fechas, es porque los procesos que atraviesan a los dos periodos no tienen precisión cronológica. La denominación de cada uno refiere al proceso que analíticamente busco resaltar en ellos. El primero implica un proceso de conformación de su propio concepto y proyecto de sociedad. Se refiere a un momento en que la DC busca y consigue erigirse como una agrupación formalmente autónoma (aunque dependiente de otras fuerzas sociopolíticas para llegar al poder) y en rápido ascenso político, con posibilidades de realizar un programa propio sin que sus alianzas con otras agrupaciones logren subordinarla. Por eso, se trata de analizar los principales *sentidos*, como dirección política y como significación, que fue construyendo para orientar su práctica política y el tipo de anticomunismo que simbolizó dentro de este proceso. El segundo, está centrado en los momentos en los que la DC tuvo oportunidad de concretar su proyecto de sociedad y de confrontarse directamente con las otras fuerzas en pugna. Mi supuesto es que, ante ello la DC se redefinió políticamente para ocupar un lugar en la política chilena y salvar sus principales propuestas de sociedad, exaltando su posición anticomunista y eligiendo “un lado” de la guerra fría chilena. Allí, lo que importa son las transformaciones y prolongaciones de los principios que conformaron la Revolución en Libertad y la producción simbólica que remarcaba sus diferencias y rechazos con la izquierda marxista que le hicieron factible a apoyar el golpe de estado de 1973. En conjunto nos ayudarán a entender las matrices ideológicas y políticas, que la llevaron a optar por estigmatizar la violencia en 1983 y 1984.

2. “LA DEMOCRACIA CRISTIANA ALTERNATIVA DEL COMUNISMO”. LA OPCIÓN POR LA REFORMA ESTRUCTURAL

A partir de la segunda mitad del siglo XX, la Democracia Cristiana se convirtió en una de las principales fuerzas políticas del país, capaz de constituir una *definición de la realidad* propia, consolidada y sistematizada en un proyecto de sociedad íntegro, conocido como la Revolución en Libertad. Éste prometía al país transformar hondamente el orden social en vigencia y llevarlo a un estadio libre de explotación y dominación, dentro de los marcos de la democracia liberal. Con ello, no sólo se equiparaba con la izquierda chilena en su afán de disolver el sistema capitalista imperante. A su vez, se auto-presentaba como una opción mejorada. Entendida como una *Tercera Vía* entre el capitalismo y el socialismo de la guerra fría, la DC no sólo lograría dicho objetivo, también sería capaz de evitar el totalitarismo que, según ella, la izquierda marxista contenía y contraería. En lo que sigue se analizarán los principales componentes ideológicos de este proyecto, a partir de los cuales se presentó como *otra alternativa de cambio revolucionario*, dentro de las posibilidades políticas del momento.

2.1. Los inicios: el socialcristianismo y la Falange Nacional

2.1.1 La doctrina social de la Iglesia

La principal vertiente histórica, política e ideológica de la Democracia Cristiana se encuentra en la doctrina social de la Iglesia. A partir de la encíclica de León XII *Rerum Novarum* (1891) y después reforzada por la *Quadragesimo Anno* de Pío XI (1941), el Vaticano se había declarado en contra de la excesiva explotación y miseria que azotaba a la clase trabajadora, abogando por un capitalismo más humano, capaz de elevar la vida de los trabajadores sin la necesidad de una acción revolucionaria. Mucho menos marxista.

Esta doctrina tenía dos fundamentos principales. Uno, que “es justo que el fruto del trabajo sea de aquellos que pusieron el trabajo.”⁴ Y dos, que “la propiedad privada ha de conservarse inviolable”.⁵ Si en un razonamiento común estos dos postulados sólo existirían en conflicto, la Iglesia tenía una propuesta argumentativa que lo resolvería. Según el Vaticano, cada principio hacía alusión a las dos clases sociales que debían considerarse como “naturales” y “necesarias” para la vida en común: los capitalistas y los trabajadores. Los

⁴León XIII, *Rerum novarum*, citado en FERRARO, José, *El capitalismo en la doctrina social de la Iglesia ¿Bien común o propiedad privada?*, Ítaca, México, 2006, p. 73.

⁵ *Ibíd.*, p. 72.

propietarios y “Los que carecen de propiedad [y] lo suplen con el trabajo.”⁶ Su relación era indispensable para que cada uno se desarrollara: “fuera de los casos en que el propietario trabaja con sus propios objetos, el trabajo y el capital deberán unirse en una empresa común, pues el uno sin el otro son completamente ineficaces.”⁷ También debían concebirse como una relación siempre amable e inmutable: “ha dispuesto la naturaleza que, en la sociedad humana, dichas clases gemelas concuerden armónicamente y se ajusten para lograr el equilibrio”.⁸

Precisamente, el socialcristianismo reclamaba la consecución de ese equilibrio como base para una mejora social. Por un lado, podría lograrse con la caridad, la ayuda no obligatoria (ni legal ni moralmente) que los ricos podrían dar a los pobres.⁹ Por el otro estaba la distribución de la riqueza. Si ambas clases participaban en la producción, era legítimo que ambas disfrutaran de los productos finales: “es totalmente injusto que el uno o el otro, desconociendo la eficacia de la otra parte, se alce con todo el fruto.”¹⁰ La cuestión era saber qué le tocaba a cada una. Al capitalista (que era dueño de los medios de producción) le correspondía los objetos producidos. Al trabajador (que aportaba mera fuerza de trabajo), una remuneración monetaria. La justicia social para la Iglesia Católica estribaba en que se respetara esa distribución, tomando en cuenta que el salario recibido fuera suficiente “para alimentar a un obrero frugal y morigerado.”¹¹ Así, cuando los salarios eran miserables era únicamente cuando el capitalismo se volvía explotador, violento e injusto. Y, en consiguiente digno de denunciarse y contenerse. De la misma manera debía protegerse a la otra clase gemela, ya que también “sería injusto pedir salarios desmedidos, que la empresa, sin grave ruina propia y consiguientemente de los obreros, no pudiera soportar.”¹² En consecuencia, no se consideraba que la explotación capitalista era resultado del tipo de relaciones sociales que establecía: simplemente lo era por el exceso y abuso que estas pudieran contraer, incluso para la parte dominante de la relación.

Asimismo, la gran importancia de mantener este equilibrio era resguardar el sistema social en vigencia de una amenaza latente. Para Pío XI era importante darse cuenta que, si se dejaba que el capital explotara atrozmente a los trabajadores, lo que verdaderamente peligraba no era su condición de explotados, sino la sociedad capitalista misma. Si no se mejoraban las

⁶ *Ibíd.*, p. 83.

⁷ Pío XI, *Quadragesimo anno*, citado en FERRARO, José, *Óp. cit.*, p. 91

⁸ León XIII, *Rerum novarum*, citado en FERRARO, José, *Óp. cit.*, p. 72.

⁹ *Ibíd.*, p. 85.

¹⁰ Pío XI, *Quadragesimo anno*, citado en FERRARO, José, *Óp. cit.*, p. 91

¹¹ León XIII, *Rerum novarum*, citado en FERRARO, José, *Óp. cit.*, 79.

¹² Pío XI, *Quadragesimo anno*, citado en FERRARO, José, *Óp. cit.*, 102.

condiciones de los obreros “es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promotores de la revolución.”¹³ Para conseguirlo, las dos clases debían poner de su parte al respetar los preceptos anteriores y permitir al estado ser el encargado de preservar esta propuesta social, resguardando la propiedad privada como un derecho inalienable y garantizando ciertos derechos básicos para los trabajadores, así como alentando y dirigiendo su organización social.¹⁴ Con ello se aseguraría que la relación capital-trabajo se realizara armónicamente, dando a cada quién lo que merecía y, sobre todo, evitando la lucha de clases que otros sujetos sociales defendían y podrían desencadenar.

2.1.2 La Falange Nacional (1939-1958)

En Chile desde las primeras décadas del siglo XX, diversos grupos católicos progresistas hicieron uso de la doctrina social de la iglesia, entre ellos algunas corrientes dentro del Partido Conservador. A partir de sus postulados crearon asociaciones de obreros católicos y propusieron reformas legales que permitieran mejores condiciones laborales. El objetivo tenía que ver con la contención de las movilizaciones sociales, la mayoría ligada a grupos marxistas y anarquistas. Así mismo algunos clérigos e intelectuales católicos organizaron Círculos de Estudios con jóvenes universitarios de clase alta y media, en los que se discutía y analizaba los problemas nacionales bajo la óptica del socialcristianismo, con el propósito de renovar la práctica y la dirigencia del catolicismo conservador. Este último proceso se entrecruzaba con el activismo estudiantil de la mayoría de estos jóvenes, que habían formado la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) como una organización que le hiciera frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH). Poco después se movilizarían en conjunto contra la dictadura de Ibáñez. La socialización de los jóvenes católicos en el socialcristianismo también se encontraba en ciertas organizaciones sociales, como Acción Católica o la Liga Social, que intentaban tener un acercamiento con el mundo popular y obrero a través de acciones de caridad, celebración

¹³ *Ibíd.*, p. 98.

¹⁴ BARAÑANO CALDENTEY, Ana Margarita, *Orígenes y desarrollo de la Democracia Cristiana en Chile (1891-1970)*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM-FFyL, 1988, p. 63.

de hechos religiosos, organización de sindicatos de trabajadores, etc., en diversas comunidades del país.¹⁵

En la década de los treinta, una parte de esta juventud social cristiana buscó concretar su producción doctrinaria en la política chilena. Pasando y saliendo rápidamente de las juventudes del Partido Conservador, en 1938 formaron su propio partido político: la Falange Nacional (FN), que participaría en comicios electorales por primera vez en 1941. Hasta 1953 la Falange tuvo muy poca fuerza electoral y en consiguiente, muy poca capacidad de influir en los rumbos estatales del país. En contraparte durante estos años su importancia política residió en ser una agrupación de élites mesocráticas cristianas con funciones de socialización política e ideológica.¹⁶ Asimismo, a pesar de su corta estadía con los conservadores, los falangistas obtuvieron un triunfo importante: algunos de sus miembros habían ocupado cargos políticos en las administraciones conservadoras y adquirieron aunque fuera pequeño y a manera individual, un lugar dentro del sistema político chileno.¹⁷ Como partido independiente esta situación se profundizó. Gracias a las alianzas a las que habían recurrido en este período, personalidades falangistas ganaron diversas candidaturas, lo cual les otorgó un lugar ahora propio aunque todavía reducido en la política-partidaria. Así, aunque la FN como agrupación no tuviera la posibilidad de incidir en la política nacional, en este período extendió y consolidó la posición política de sus dirigentes.¹⁸ Cuestión que sería de gran ayuda para el futuro demócratacristiano de la Falange Nacional.

2.2. La Democracia Cristiana y su Revolución en Libertad (1958-1964)

La Falange no era la excepción. Había otros grupos católicos y otras corrientes políticas al interior y fuera del Partido Conservador que abogaban por practicar el socialcristianismo en Chile. Pero la especificidad de la Falange era que admitía la necesidad y deseabilidad de un cambio estructural de la sociedad chilena a través de una “sociedad comunitaria” (con una

¹⁵ Dos textos que tratan los orígenes del socialcristianismo chileno y en los que nos hemos apoyado para este párrafo: BOTTO, Andrea, “Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia” en *Teología y Vida*, vol. XLIX, 2008 y BARAÑANO, *Óp. cit.*, p. 63. Uno tercero que habla específicamente de la DC: YOCELEVSKY, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985, p. 290.

¹⁶ MOULIAN, Tomás, *La Democracia Cristiana en su fase ascendente (1957-1968)*, Documento de Trabajo, núm. 288, FLACSO-Chile, 1986, pp. 15-17.

¹⁷ WALKER, Ignacio, “El futuro de la democracia cristiana chilena” en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *La Democracia Cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, FCE, México, 2010, p. 228.

¹⁸ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 292.

tensión no resuelta en lo que se refiere al resguardo de la propiedad privada), en el desarrollismo cepalino y en la aceptación de la democracia liberal como régimen político. Tres innovaciones importantes con respecto al socialcristianismo emitido desde Roma y de otras corrientes socialcristianas chilenas. Estas características se mantendrían y profundizarían en 1957, cuando la Falange en unión con otras organizaciones fundó una nueva estructura partidaria: la Democracia Cristiana.

La DC intentaba rescatar un elemento que había enarbolado desde su pasado falangista: la pretensión de funcionar como una Tercera Vía dentro del conflicto de la guerra fría (a nivel nacional e internacional), que intentaría trascender tanto al capitalismo como al socialismo en la construcción de un mundo nuevo. De esta manera, y aduciendo a dicha situación y específicamente a la política chilena, la nueva Democracia Cristiana explicaba que, con la derecha chilena tomaba distancia porque “sostiene el régimen capitalista. Y el capitalismo es la sumisión del hombre al interés del lucro.”¹⁹ Asimismo porque se negaba “al más mínimo atisbo de cambio.”²⁰ Con la izquierda marxista, porque engañando al pueblo chileno pretendía cambiar “el régimen de ‘explotación del hombre por el hombre’ por el de ‘explotación del hombre por el Estado’.”²¹ Ante eso, la Democracia Cristiana se auto-presentaba como aquella organización que ofrecía a Chile lo mejor de las dos opciones: la democracia y la revolución. Ello, plasmado en un proyecto de sociedad integral que rescataba las tres características mencionadas, fue conocido y defendido como la Revolución en Libertad. En lo que sigue se analizarán sus principales componentes.

2.2.1 La sociedad comunitaria

La nueva Democracia Cristiana expresaba que la fe católica y la práctica política partidaria no se abocarían a la conservación del sistema social actual o a simples ajustes: estarían dirigidas a la construcción de un *Mundo Nuevo*. Para ello, se propugnaba por un

¹⁹ PDC, *EL ABC de la Democracia Cristiana*, Cuadernos de Divulgación Doctrinaria-Instituto de Estudios Políticos del PDC en Concepción, Concepción, 1962, p. 27.

²⁰ Juventud Demócrata Cristiana, *La Democracia Cristiana y la Revolución en Libertad*, citado en GARRIDO GONZÁLEZ, Pablo, “‘Revolución en Libertad’. Concepto y programa político de la Democracia Cristiana Chilena, 1958-1964”, Documento de Trabajo núm. 2, Universidad Diego Portales, Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile, Santiago, diciembre de 2012, p. 16.

²¹ PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 28.

“cambio de estructuras” en diversos niveles de la vida social a través de “reformas progresivas” que consolidarían una verdadera revolución social.²²

Este orden nuevo fue reconocido por los demócratacristianos como la sociedad comunitaria, en la que:

[...] los asalariados [y no el estado] tienen pleno y directo acceso a la propiedad de los bienes de producción de las empresas en que trabajan. Ellos son dueños de la empresa, en forma cooperativa, y ellos tienen tuición y dirección sobre la misma. [...] **en un régimen comunitario**, desaparece totalmente el sistema capitalista puesto que el capital y el trabajo están en las mismas manos. Los trabajadores son sus propios patrones.²³

A través del comunitarismo se proponía un cambio radical en la estructura social chilena, que apuntaba a una disolución de la diferenciación clasista y de la propiedad privada capitalista. En ese sentido, resultaba, por lo menos ideológicamente, un planteamiento que fácilmente puede catalogarse de revolucionario, incluso dentro del sentido de época. La Democracia Cristiana no sólo aparecía como una fuerza renovadora o modernizante: también liberadora. Al mismo tiempo, le era posible delinear una identidad política propia dentro del espectro partidario del momento, afianzando su independencia política: se alega una distancia clara con la derecha tradicional de la cual había surgido, al proclamar un orden nuevo sin explotación y al proponer, aunque fuera a largo plazo, propietarios diferentes al estado y a los empresarios.

Pero si en el discurso demócratacristiano la propiedad comunitaria implicaba un claro peligro para la propiedad privada capitalista, para efectos prácticos se acordó que, por el momento, la DC se propondría únicamente “limitar la propiedad privada en cuanto el exceso de riqueza en unos deja en situación de miseria a otros.”²⁴ La consecuencia directa resultaba no atacarla directamente como institución social. A cambio proponían reducir *propiedades privadas específicas* (como el latifundio), apoyar a otras que movilizaran la economía nacional, (como la industrial) y darle ímpetu a la propiedad comunitaria al organizar a los trabajadores

²² Existía otro grupo socialcristiano, La Liga Social, que también apoyaba un cambio estructural, pero se diferenciaba de la Falange por no apoyar la vía partidaria para lograrlo. Ver BOTTO, Andrea, *Óp. cit.*

²³ PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 22. Negritas en el original.

²⁴ *Ibíd.*, p. 21.

en sindicatos y “en comunidades de trabajo, cuyos intereses están ligados y coordinados entre sí.”²⁵ De esta manera el comunitarismo, como apunta R. Yocelevsky, podría irse construyendo desde la constitución de diversos núcleos auto-gestivos que servirían tanto para integrar a los sectores “marginados”, como para alentar células de producción y consumo nacionales.²⁶

En el acercamiento con los sectores populares, campesinos y obreros, puede verse algo parecido. Por ejemplo, en la cuestión obrera la DC abogaba por la estabilidad laboral, la participación en las ganancias y en la administración en la empresa, así como por la paulatina apropiación de la estructura productiva por parte de los trabajadores.²⁷ Para ello, proponía una nueva legislación laboral que apoyara la organización sindical, especificando que sería un medio provisorio de defensa mientras el capitalismo existiera. Pero, si en la práctica ello podría traerle ventajas y beneficios al movimiento obrero organizado, era la manera en que la DC intentaba quitarle poder a los partidos marxistas que tenían un fuerte lazo con esos sectores.²⁸ De esta manera si sus políticas comunitaristas estaban dedicadas a la construcción de una nueva sociedad, en este caso para construir cooperativas obreras, también funcionaban para fundamentar una base clientelar estable que le disputara el liderazgo de la transformación social a la izquierda chilena.

2.2.2 El desarrollismo

El comunitarismo contenía una dosis importante de ambigüedad que hacía difícil marcar el rumbo concreto de su aplicación. Por un lado, en la Democracia Cristiana no hubo un acuerdo claro ni concreto sobre los ritmos y velocidades para implementar una sociedad comunitaria. Por el otro, existían concepciones diferentes sobre lo que ésta significaba. Para algunas corrientes demócratacristianas el comunitarismo refería a una sociedad auto-gestiva libre de explotación, para otras era la manera de darle ímpetu al desarrollo nacional al dejar atrás un capitalismo en clave monopólica.²⁹ Estas discrepancias le ocasionarían graves problemas a la Democracia Cristiana ya durante el gobierno de Eduardo Frei. Pero antes de 1964 pudieron conciliarse en un programa de gobierno que apoyaba la mayoría de la

²⁵ *Política y Espíritu*, núm. 181, 1957, Citado en SOSA, Ignacio, *Conciencia y Proyecto Nacional en Chile, (1891-1973)*, UNAM, México, 1981, p. 194.

²⁶ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, pp. 288-298.

²⁷ *Política y Espíritu*, núm. 181, 1957, Citado en SOSA, *Óp. cit.*, p. 194.

²⁸ VALDIVIA, Verónica, *Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha política chilena. 1964-1973*, Santiago, LOM, 2008, p. 63.

²⁹ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, pp. 294-295.

agrupación, al presentar un conjunto de políticas desarrollistas como una etapa en la construcción de la sociedad comunitaria y la superación del capitalismo. Ello propició que en la práctica cercana, como apunta V. Valdivia, aunque los demócratacristianos se amparaban bajo una retórica anticapitalista, en realidad propusieran una profundización del capitalismo chileno en clave modernizadora. En efecto, bajo los principios del desarrollismo de la CEPAL la Democracia Cristiana proponía un nuevo revuelo en la industrialización del país, a través de la participación estatal como principal accionista dentro de la gestión de los recursos naturales y de:

[...]la capacitación tecnológica de los trabajadores, la atracción del capital extranjero [aunque no en sectores claves de la economía nacional], la necesidad de aumentar la producción del cobre y de dar a cada actor del proceso económico su papel [tanto a trabajadores como capitalistas].³⁰

Con ello además podría aspirarse a la reconstitución y profundización de un mercado interno nacional. Cuestión que evaluó y consignó a la reforma agraria como indispensable e inevitable para dotar de materias primas baratas a la industrialización y de alimentos accesibles a la población. Concretamente implicaba una amenaza para el latifundio chileno, que además de algunas expropiaciones, liberalizaría y sindicalizaría a los campesinos incentivando su organización cooperativa. A cambio, le ofrecía a la oligarquía terrateniente “apoyar a los exportadores y desarrollar obras de infraestructura.”³¹

De esta manera proponía un programa de gobierno que incluía a varios sujetos sociales dentro de él, *aparentemente*, contrarios entre sí. A una emergente burguesía industrial, a algunas corrientes de derecha que apoyaban ciertas reformas sociales y a los grandes agroproductores que estuvieran dispuestos a apoyar la reforma agraria. Igualmente al sector obrero y a los sujetos “marginados”, el campesinado chileno y las poblaciones populares urbanas, que se convertirían en una de las principales bases sociales demócratacristianas. En referencia a éstos últimos la DC signaba uno de sus pilares revolucionarias. Apoyándose en la teoría de la marginalidad de Roger Vekemans, la DC sostenía que la pobreza y la miseria sociales eran el resultado de la exclusión de varios sectores del funcionamiento del sistema que los dejaba,

³⁰ VALDIVIA, Verónica, *Óp. cit.*, p. 63. Corchetes míos.

³¹ *Ídem*.

justo, al margen de los beneficios que éste producía.³² En consiguiente, la solución estaba en *incluir e integrar* en él a un mayor número de personas, lo cual mejoraría su posición socioeconómica y conjuraría la problemática lucha de clases.³³ Para lograrlo la condición de posibilidad era, nuevamente, el cambio social en clave desarrollista: integración sólo posible en tanto se transformase el sistema social actual por medio de algunas reformas estructurales.

En este proceso transformador e integrador el estado y el propio partido demócratacristiano tenían papeles clave. Por su parte, “El Estado, en especial en los países en sub-desarrollo, [...] debe ejercer su función de planificar, orientar y dirigir la economía.”³⁴ Él sería el gran administrador del que dependería el desarrollo nacional en todos sus aspectos. Sin embargo, sus funciones tendría que estar limitadas lo suficiente para que no amenazaran la integridad de sus ciudadanos. De la misma manera, si podría considerarse como el gran árbitro político facilitador del desarrollo social, no podría erigirse “como dirigente de un movimiento popular desde arriba”.³⁵ Allí entraría el partido. Éste, se encargaría de convertirse en la vanguardia que diseñara y dirigiera el camino del cambio estructural, “aglutinando en toda su extensión a la masa realizadora de este proceso en todas sus actividades y posiciones dentro de la sociedad”.³⁶ Así el partido aportaría los cuadros políticos e ideológicos que electoralmente ocuparían puestos en el gobierno y darían marcha y arraigo social a la Revolución en Libertad.³⁷

2.2.3 La Democracia Liberal

Para la DC, el concepto de Democracia en su versión liberal se convirtió en un eje estructural de su proyecto social y político. En ese proceso su máximo logro e importancia histórica fue que consiguió articularlo íntimamente con otro concepto clave, la Revolución. Encuentro que esta articulación puede analizarse bajo dos ejes discursivos y políticos: la democracia como medio-forma y como objeto-fin de la acción revolucionaria.

³² El jesuita Roger Vekemans en 1957 fue “enviado al país por el general de la orden con la misión de ayudar a detener el avance del marxismo” (CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2001, p. 75).

³³ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, 292-294.

³⁴ PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, pp. 11-12.

³⁵ PDC, *Un programa que se cumple y no se traza: como avanza la Revolución en Libertad* citado en GARRIDO, *Óp. cit.*, pp. 12-13.

³⁶ Jaime Castillo Velasco, *Preposiciones para una política Demócratacristiana*, citado en *Ibíd.*, p. 19.

³⁷ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 296.

Como la mayoría de los sujetos políticos de la época y, sobre todo como agrupación partidaria, la Democracia Cristiana se proponía conseguir los cambios planteados a través de la toma del poder, es decir, desde la administración estatal. La vía para hacerlo, al igual que sus competidores, era por medio de elecciones libres.³⁸ La DC aclaraba que esto no significaba la mera instrumentalización de las instituciones liberales de la democracia. Era la puesta en práctica del tipo de régimen político más apropiado y legítimo para cualquier organización social. A partir de ello ganar la presidencia implicaría que la revolución de los demócratacristianos promulgaría su continuidad: “Ella se realiza dentro de la legalidad democrática, sin abusos, sin arbitrariedades, sin ahogar la libre expresión de ideologías espirituales y políticas.”³⁹ Así, la DC podría conjurar los excesos autoritarios que reconocía de otros procesos revolucionarios, sobre todo comunistas y aun así llevar a cabo los cambios planteados.

Pero si lo anterior podría ser posible no era porque la revolución demócratacristiana simplemente amoldara momentáneamente las formas democráticas a los contenidos revolucionarios. Era porque, para la DC, cualquier revolución real *debía* incluirlos. Según esta agrupación la revolución en Chile:

[...] será democrática, por cuanto no hay revolución sin dar al pueblo más libertad. [...] Nosotros creemos que la democracia es la forma política de la revolución y nos negamos a aceptar que en nombre de esta última, transitoria o definitivamente, se acabe con la libertad.⁴⁰

A partir de estas declaraciones la Democracia Cristiana construía asociaciones simbólicas que serían de gran utilidad para otras prácticas políticas. Para empezar se creaba una identificación lineal entre democracia y libertad. Se admitía que la libertad era un bienpreciado para las sociedades humanas y que se concretaba en la fórmula democrática de gobierno, acotada siempre a su versión liberal.⁴¹ A partir de eso podría caracterizarse de

³⁸ PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 28.

³⁹ PDC, *Un programa y un Gobierno*, citado en GARRIDO, *Óp. cit.*, p. 18.

⁴⁰ PDC, *La Revolución, la democracia y el movimiento popular*, Del Pacífico, Santiago, 1963, p. 5.

⁴¹ “¿Cuál es la Democracia Política que profesa el PDC?”

-Es un sistema político que quiere:

- 1) Que todos los ciudadanos puedan elegir a sus representantes y autoridades
- 2) que todos tengan derecho a ser elegidos;
- 3) que se asegure la libre expresión de las ideas;
- 4) que nada tuerza la voluntad popular;

autoritario a cualquier régimen o agrupación que se alejara de estos valores, rescatando del bloque político del “Mundo Libre” de la guerra fría, la consigna Democracia vs. Totalitarismo. La innovación democratacristiana al respecto es que, del *otro bloque*, redimía el concepto de Revolución como una práctica política legítima, deseable y necesaria. Así, podía mostrarse como una *Tercera Vía* de desarrollo social que la hacía trascender tanto uno como otro campo. Ello la llevó a configurar una identificación simbólica más ahora entre revolución y democracia, de la cual surgía el lema de la Revolución en Libertad. Para la DC, cualquier revolución para ser realmente revolucionaria debía de ser liberadora. Y si la libertad era esencialmente democrática, la revolución para liberar *tendría*, como una obligación moral, que serlo. Con ello, la DC suponía que se podría conjurar la violencia que habían supuesto revoluciones anteriores y contemporáneas, ya que “su revolución no es VIOLENTA, ni de fuerza sino que es pacífica y democrática.”⁴² Construyendo ahora una dicotomía entre democracia y violencia.

La identificación seguía cuando se aseguraba que la democracia para concretar la libertad, debía ser revolucionada. Entonces, el sistema democrático chileno tendría que ser tanto protegido como profundizado. En ese sentido se declaraba que “El PDC es revolucionario en cuanto quiere cambiar el estilo de la política.”⁴³ En cuanto busca el “cambio del actual sistema de democracia formalista por una democracia plena, en la cual las mayorías nacionales tengan auténtica representación y en la que todos realmente gocen de los mismos derechos y cumplan, sin privilegios, con los mismos deberes.”⁴⁴ Al lograrlo se contribuiría al cambio de estructuras que la DC planteaba. Y al enunciarlo, se reforzaba la identificación revolución/democracia, que ahora ponía a la segunda como objetivo de la primera.

Todo lo anterior contenía dos supuestos e implicaciones importantes. Uno que la democracia debía considerarse en sí misma revolucionaria, ya que podría trascender sus ataduras con el capitalismo vigente desde sus propias estructuras e instituciones. Por ello debía ser resguardada y perfeccionada. Al igual que permitir que sea “esa misma democracia,

-
- 5) que el Poder Ejecutivo responda realmente de sus actos ante el pueblo;
 - 6) que el Poder Legislativo tenga y decisiva injerencia en la formación de las leyes y amplia autoridad para fiscalizar;
 - 7) que ninguna influencia política o de otro orden enturbie la pureza del procedimiento ni la ecuánime aplicación de la Justicia; y que exista una efectiva separación de los Poderes del Estado, a fin de limitar claramente sus respectivas esferas de acción.” (PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 16).

⁴² *Ibíd.*, p. 30. Mayúsculas en el original.

⁴³ *Ídem.*

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 20.

no el Jefe del Poder Ejecutivo, la que determine la manera como ella ha de defenderse de los reaccionarios y de los terroristas.”⁴⁵ Dos, se deducía que cualquier proceso revolucionario para ser considerado como tal, debía estar atado a las instituciones democráticas y que cualquiera que se alejara de ellas debía ser considerado como violento. De esta manera, a partir de las identificaciones aludidas se construía una nueva dicotomía política sobre la acción revolucionaria que ponía en dos extremos contrarios a la libertad/democracia consagrada en la Democracia Cristiana y a la violencia/autoritarismo, referida al otro proyecto revolucionario, la izquierda marxista.

2.2.4 El anticomunismo de la Revolución en Libertad

A partir de estas tres líneas programáticas la DC se presentaba como “la otra vía revolucionaria contra el orden establecido”⁴⁶, “tan tajante como la Marxista pero más integral.”⁴⁷ De esta manera, la Democracia Cristiana no sólo se presentaba como una fuerza política que buscaba la transformación estructural del país. Sobre todo, como una fuerza diferente, alternativa y mejorada de la propuesta revolucionaria de la izquierda chilena, agrupada en el Frente de Acción Popular (FRAP). Con el comunitarismo, según la DC, quedaba demostrado que a pesar de que ambas fuerzas políticas postulaban la lucha por un Mundo Nuevo, el suyo resultaba más deseable en tanto ponía a los trabajadores y no al estado como los nuevos propietarios de ese nuevo orden. Con el desarrollismo en clave reformista postulaba que, al no apoyarse en la lucha de clases para aplicarlo, daba lugar en su proyecto a diversos sujetos sociales más allá de la clase trabajadora y “marginada”, teniendo un carácter realmente nacional. Y con la defensa de la democracia liberal, era capaz de presentar a su revolución como la única democrática y, en consiguiente, la única verdaderamente revolucionaria

Para reforzar estos supuestos, y como un argumento para negar los ofrecimientos del Partido Comunista para un trabajo en conjunto con la DC, los socialcristianos se dedicaron a remarcar las diferencias ideológicas y críticas concretas que tenían con el marxismo.⁴⁸ En

⁴⁵ PDC, *La Revolución, la democracia y el movimiento popular*, *Óp. cit.*, p. 9.

⁴⁶ PDC, “Dos Vías Revolucionarias”, en *Dice la Democracia Cristiana*, Editorial Pacifico, Santiago de Chile, 1963.

⁴⁷ Juventud Demócrata Cristiana, “Lo que pensamos sobre el trabajo” en Informe del II Congreso Nacional de la JDC citado en GARRIDO, *Óp. cit.*, p. 13.

⁴⁸ Para un ejemplo de tales ofrecimientos por parte del Partido Comunista ver “Carta dirigida por el Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán al Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei”, en *La Democracia Cristiana Alternativa del Comunismo*,

primer lugar, aun cuando la DC se proclamaba un partido no confesional, hacían referencia al ateísmo de sus rivales: “para nosotros lo que hace del Comunismo una amenaza temible es sobre todo su tentativa de organizar un universo moral del cual Dios es suprimido y un orden histórico en el cual el hombre es mutilado en su esencia espiritual.”⁴⁹ Para la Democracia Cristiana Dios no sólo daba sentido existencial a los seres humanos, también había otorgado los principios para su verdadera liberación: el cristianismo era la base ético-política que permitiría el cambio de estructuras, en tanto otorgaría la guía moral para luchar contra la explotación. Sin ese sistema de valores (y sin explicar claramente que se entendía por espiritual y material) lo que quedaba era la pura materia vacía de la sociedad que era regida por el dinero, los criterios de raza, de clase, etc. que cancelaba “los valores del espíritu” y “la dignidad del hombre.”⁵⁰ De esta manera, cualquier agrupación que no lo reconociera, no sólo contraería una revolución incompleta, sino absolutamente dañina y contraproducente.

Aunado a lo anterior, según la DC, el comunismo siempre “impone sobre el pueblo el yugo de la opresión económica [...] y política.”⁵¹ La segunda, era obvia para los demócratacristianos porque, según ellos, los partidos socialistas y comunistas veían a las instituciones democráticas solamente como un paso para poder imponer una dictadura. Posteriormente se diría que la del FRAP era “una candidatura socialista-comunista, o sea, pre dictatorial.”⁵² Lo peor, continuaban, es que ni siquiera era del proletariado: en la práctica resultaba siempre la dictadura del estado. Así, para la DC el comunismo era una corriente ideológica-política claramente totalitaria, porque todos sus miembros “son partidarios de un sistema jurídico en que el Estado absorbe todas las funciones: ni organización ni opinión pública fuera del Estado están permitidas al pueblo.”⁵³ En consiguiente los comunistas eran un peligro rapaz para cualquier tipo de sociedad, porque atacaban la forma misma de una revolución verdadera: a la democracia en su versión liberal.

Santiago, 25 de abril de 1961. Disponible en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/irujo/8099.pdf>. Consultado: 24/07/2015.

⁴⁹ “Respuesta del Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei al Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán”, mayo 1961, p. 12, en *La Democracia Cristiana Alternativa del Comunismo*, Santiago, 25 de abril de 1961. Disponible en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/irujo/8099.pdf>. Consultado: 24/07/2015. p. 11. En otra parte la DC apunta: “serían mucho mayores los daños para la Religión y para el país, de dividir a los chilenos por sus creencias religiosas en lugar de unirlos en una gran tarea nacional.” (PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 15).

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 28.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 27.

⁵² *Política y Espíritu*, enero-mayo de 1964, citado en VALDIVIA, *Óp. cit.*, p. 60.

⁵³ PDC, “Dos Vías Revolucionarias”, *Op. cit.*, p. 18.

Este totalitarismo sería lo que preservaría la explotación económica si los comunistas llegaran al poder: “en un régimen comunista, el capitalismo subsiste plenamente, ya que el Estado –representado por las clases dirigentes– es el que controla el capital, en tanto los trabajadores siguen percibiendo el jornal que les asigna el patrón-Estado.”⁵⁴ En realidad el principal atributo de los partidos del FRAP sería falso: su posición anticapitalista (aunque después será matizada y contradicha en otras declaraciones del partido cristiano). Para la DC el comunismo sería una especie de capitalismo encubierto que no busca la socialización de los medios de producción. Simplemente estatizar la propiedad privada, con el mismo nodo de explotación. De esta manera, resultaría doblemente absurdo votar por el FRAP. Primero, porque cancelaría la democracia. Segundo, porque preservaría la dominación del capital. Ambas cuestiones posibles por el sentido totalitario y violento del estado que buscaban imponer.

Ante ello, la Democracia Cristiana reiteraba una solución política que le parecía la más viable: su propia propuesta. Ésta sería capaz de ofrecer al país los cambios que requería y necesitaba, sin los peligros de una revolución marxista. A su vez y a diferencia de lo que ofrecía la derecha, sería capaz de conjurarlos sin mantener las estructuras caducas e injustas del sistema de dominación/explotación en vigencia. Los años que vinieron fueron la oportunidad para poner en marcha este proyecto y, prácticamente, el proceso que lo definió por un rumbo específico.

3. “LA DEMOCRACIA CRISTIANA ALTERNATIVA (PREVENTIVA) DEL COMUNISMO”. LA OPCIÓN POR LA DERECHA

La Democracia Cristiana construyó una estrategia político-electoral, conocida como “el camino propio”, que no necesitaba de alianzas con otras fuerzas partidarias para implementar su proyecto social. Tradicionalmente los partidos políticos chilenos habían formado coaliciones para incluir en sus proyectos a diversos sectores de la sociedad. En cambio, la DC optó por representar a un cúmulo diverso de sujetos sociales, o por lo menos crear una base clientelar lo suficientemente amplia para bastarse a sí misma: la burguesía industrial, algunos agroproductores, los campesinos, los obreros, las clases medias, los “marginados” urbanos, los sectores cristianos progresistas.⁵⁵ En ese proceso se enfrentaba y debilitaba tanto a la izquierda como la derecha, ya que la DC intentó y logró cooptar cuadros

⁵⁴ PDC, *El ABC de la Democracia Cristiana*, *Óp. cit.*, p. 21.

⁵⁵ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 295.

políticos y clientelas de ambas tendencias políticas. Asimismo, fue lo que le permitió presentarse y posicionarse en el campo político chileno de los sesentas, como la agrupación partidaria capaz de defender y representar por sí misma al grueso de la población.

Pero si la DC pretendía constituirse como una *tercera vía* entre el capitalismo y socialismo, en la práctica su opción por el anti-comunismo, entre otras cuestiones, la fue colocando en el bloque capitalista. El camino propio, en gran parte le otorgó el poder suficiente para ganar la presidencia en 1964 y, como había advertido Frei, no cambiar una sola línea de su programa de gobierno. Pero la otra gran parte de su triunfo tuvo que ver con que, a partir de las elecciones presidenciales de ese año, la DC redefinió su lugar y posición en el conflicto de la guerra fría abiertamente en defensa del “Mundo Libre” y en el rechazo vehemente a una revolución comunista. Ello será atendido a través de tres procesos históricos: la elección de 1964, las resoluciones de los conflictos internos de la DC durante el gobierno de Frei y la oposición a la Unidad Popular que la llevó a apoyar el golpe de estado de 1973. A través de ellos puede mostrarse las acciones, cambios y posiciones de la DC que la definieron a favor de la defensa de la democracia liberal y de la modernización capitalista, más que por la sociedad comunitaria. E, incluso, elegir posteriormente la ruptura de la institucionalidad democrática como un modo de conservación del *statu quo*.

3.1 De la Tercera Vía a la Derecha. Las elecciones presidenciales de 1964

Las elecciones presidenciales de 1964, uno de los momentos más críticos de la guerra fría en Chile, pueden analizarse a partir de tres procesos políticos de gran importancia. El primero refiere a una contienda electoral marcada por dos propuestas de transformación estructural en clave desarrollista aunque con diferentes objetivos políticos, la de la DC y la del FRAP. Es decir, a una contienda en que los principales competidores tenían diversos puntos de acuerdo al rechazar el orden social en vigencia que, en teoría, podrían permitir un trabajo en conjunto. El segundo, fue el desvanecimiento de esa posibilidad al ocurrirse la rearticulación del bloque anticomunista en torno a la candidatura de Eduardo Frei, justo, para impedir el triunfo de Salvador Allende. Lo que implicó la reactivación de la guerra fría chilena en su dimensión contrainsurgente. El tercer y último proceso resulta la aceptación de la DC de este protagonismo político, al considerarse como la única fuerza partidaria capaz de contener al marxismo en el país. Ello significó a su vez dos asuntos más. El primero, su auto-aceptación como defensora del “Mundo Libre” en clave reformista (posteriormente, como se verá en el gobierno de Frei, capaz de anteponer dicha defensa a la reforma) y su

rechazo confirmado hacia el comunismo chileno. Dos, la convergencia de estos tres actores (DC, EU y derechas) que dieron vida a la “campaña del terror” durante las elecciones de 1964, presentándolas bajo la dicotomía de Democracia vs. Totalitarismo que intentaba mostrar los horrores que se consideraban intrínsecos al comunismo. A continuación se analizarán brevemente estos procesos.

3.1.1 El FRAP. Puntos de encuentro y desencuentro con la postura demócratacristiana

A pesar de su posición tercerista, el proyecto de gobierno de la DC la acercaba programáticamente a la izquierda marxista, incluso más que a la derecha chilena, ya que el FRAP había optado también por el desarrollismo como un modo de llegar al socialismo.⁵⁶ En su campaña presidencial, la izquierda chilena defendía un programa al que caracterizó de *antiimperialista, antioligárquico y antifeudal*, y declaraba que “Nuestra posición, de palabra y de hecho, es democrática y corresponde en su letra y espíritu, a un principio democrático burgués, el principio del sufragio universal por el cual luchó la burguesía en épocas no muy lejanas.”⁵⁷ Con ello, se resaltaba su adherencia a la democracia liberal en un doble sentido. Primero en rescatar a la vía electoral como la forma de llegar al poder. Y segundo, en pronunciarse por la profundización de este tipo de régimen, a través de ciertas reformas políticas que permitieran una mayor representatividad de los sectores populares. Asimismo, enarbolaban el fomento a la industrialización nacional, apoyando la nacionalización del cobre y otras empresas mineras, financieras y de servicios públicos, al igual que una reforma agraria que destruyera el sistema latifundista en el campo y fuese sustituido por pequeños propietarios y por propiedades comunales. Todo bajo la dirección política del estado nacional.⁵⁸

En cambio, el punto de quiebre entre el FRAP y los demócratacristianos, fue que el primero exigía el fin de los compromisos y acuerdos militares con EU y un acercamiento con

⁵⁶ Entre el Partido Socialista y el Partido Comunista existieron divergencias importantes con respecto al camino que debía seguir la revolución socialista en Chile. Si bien son de gran importancia para entender su papel en la historia de este país, para fines de este trabajo sólo retomaré los puntos en los que se pusieron de acuerdo para construir una propuesta política en la contienda electoral de 1964.

⁵⁷ Citado en Carlos Núñez, *Chile y la última opción electoral*, citado en HELLER, Claude, *Política de unidad en la Izquierda chilena, (1956-1970)*, COLMEX, 1973, p. 68.

⁵⁸ Todo el párrafo apoyado en HELLER, Claude, *Política de unidad en la Izquierda chilena, (1956-1970)*, COLMEX, 1973, pp. 71-72.

el bloque comunista internacional.⁵⁹ Igualmente, en que diferían en la intensidad y dirección política de los cambios propuestos. En lo que respecta a la reforma agraria la DC, a diferencia del FRAP, prometía indemnizaciones a las empresas privadas por las expropiaciones agrícolas,⁶⁰ mientras, en lo referente a la propiedad nacional sobre los recursos naturales, su propuesta fue:

‘chilenizar’ el cobre, mediante un nuevo convenio con las empresas norteamericanas a través del cual el Estado chileno se convertiría en el accionista mayor de las empresas cupríferas. Por su parte, la izquierda era partidaria de la ‘nacionalización’, es decir el control completo y directo del Estado chileno de la gran minería del cobre.⁶¹

A pesar de las similitudes, en 1964 la DC prefirió acentuar las diferencias y enfrentarse férreamente a la izquierda. Entonces, retomando argumentos pasados, presentó a su propia candidatura como una forma de prevenir los males que el comunismo traería para Chile, auto-presentándose como la principal defensora de la democracia y la libertad en el país.

3.1.2 El bloque anticomunista y la opción por la Democracia Cristiana

En ese proceso coincidió y obtuvo el apoyo de sujetos claves de la élite dominante, la derecha chilena y el gobierno de los EU, que le ayudaron a enfrentarse a la postura frapista. En lo que respecta el segundo, ante la revolución cubana, J. Kennedy había propuesto una nueva política anticomunista para América Latina, conocida posteriormente como la Alianza para el Progreso, a partir la Conferencia de Punta del Este en 1961. Acompañando a las acciones de contrainsurgencia militares, la Alianza implicaba una “fórmula democrática” para fomentar el desarrollo latinoamericano en contraposición a la defendida y realizada por el régimen de F. Castro y el Movimiento Comunista Internacional.⁶² El supuesto era, como lo anunció el mismo Kennedy, que “si las únicas alternativas del pueblo de América Latina son el *statu quo* y el comunismo, inevitablemente escogerá el comunismo.”⁶³ De esta manera, la

⁵⁹ Todo el párrafo apoyado en *Ibíd.*, p. 91.

⁶⁰ LEVINSON, Jerome y Juan de Onis, *La Alianza Extraviada: un informe crítico sobre la Alianza para el Progreso*, FCE, México, 1970, p. 95

⁶¹ GARCÉS, Mario, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, LOM, Santiago de Chile, 2002, p. 290

⁶² LEVINSON, *Óp. cit.*, p. 22

⁶³ Referido *Ibíd.*, p. 65.

Alianza implicó para los gobiernos latinoamericanos reconocidos como una “izquierda democrática”, la promesa por parte de EU de:

ayuda con capitales, primordialmente en forma de empréstitos a largo plazo, otorgados por entidades oficiales, más que privadas; asimismo restó importancia al papel de las empresas particulares de los Estados Unidos, y aceptó la planeación económica y la importancia de la iniciativa estatal para promover el desarrollo económico latinoamericano.⁶⁴

En la práctica, ello involucraba una profundización de la industrialización latinoamericana y una mayor inversión en los servicios y derechos básicos de la población, (educación, salud, vivienda), a través de “programas de desarrollo nacional apoyados en esfuerzos internos” que dieran lugar a reformas estructurales sobre todo agrarias y fiscales.⁶⁵ Así, la Alianza para el Progreso apoyaría a los gobiernos o fuerzas políticas en asenso que ya tuviesen una propuesta de desarrollo dentro la línea marcada. En lo que respecta a Chile, la Revolución en Libertad fue alta y doblemente coincidente con los planes norteamericanos, tanto por su propuesta de reforma estructural, como por sus tintes anticomunistas. Pero sería hasta marzo de 1964, cuando se aseguraría el apoyo de EU para los demócratacristianos. Si desde meses antes se habían mantenido contactos entre la DC y algunos representantes de la Alianza en Chile, no sería hasta que Óscar Naranjo, candidato del FRAP, ganara la elección de Curicó que EU trasladara todo su apoyo de la derecha a la DC. La consecuencia directa fue que “... los demócratacristianos chilenos recibieron 2.6 millones de dólares de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) por canales ocultos para ayudar a financiar, en 1964, la victoria de Eduardo Frei sobre el candidato socialista-comunista Salvador Allende.”⁶⁶

Fue esta misma elección, lo que también llevó a la derecha chilena a favorecer a la DC y a sostener que, para la elección de 1964, todos los chilenos deberían votar por Frei, “¡el hombre que reúne más fuerzas para derrotar a Allende y al marxismo internacional!”⁶⁷ Este apoyo inusitado estaba basado en la debilidad política que la derecha había sufrido desde la década de los cincuenta, exacerbada al final del gobierno de J. Alessandri con el fracaso de su programaneoliberal y de la crisis económica de 1960. Ello provocó, en diversas tendencias

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 7.

⁶⁵ *Ibíd.*, pp. 26-27.

⁶⁶ SIGMUND, Paul, “La transformación de la ideología demócratacristiana: trascendiendo a la izquierda y a la derecha, o ¿qué le ocurrió a la Tercera Vía” en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *La Democracia Cristiana en América Latina*, FCE, México, 2010, p. 109.

⁶⁷ *La Nación*, 5 de julio de 1964, citado en VALDIVIA, *Óp. cit.*, pp. 68-69

derechistas, declinarse por la realización de ciertos cambios estructurales (tales como la reforma agraria), pero controlados y dirigidos a aumentar la productividad capitalista. Es decir, a proponer desde sus filas la alteración de algunos aspectos del orden en vigencia como un medio de sobrevivencia política y socioeconómica. Asimismo se veía socavada por la existencia misma de la Democracia Cristiana, en dos aspectos fundamentales. Uno, porque su crecimiento político y electoral había sido sobre bases sociales importantes de la derecha. Y dos, porque la había desprovisto del apoyo de la Iglesia Católica, ya que el nuevo Papa Juan XXIII desplazó su apoyo del Partido Conservador al centro socialcristiano.⁶⁸

Aun así, como apunta V. Valdivia, diversas tendencias de derecha (como los conservadores) y desde antes de la elección de Curicó, abogaban por una alianza con los demócratacristianos para enfrentar a Salvador Allende y para llevar a cabo ciertas políticas, por lo menos, modernizantes. Esto tomó fuerza ante el triunfo de Oscar Naranjo, sobre todo cuando J. Duran renunció a la candidatura de la derecha y ésta se quedó sin opción presidenciable. Ante ello, de nuevo los conservadores anunciaron que tenían “una disposición absoluta a aceptar cualquier fórmula de unión democrática que signifique la derrota del marxismo.”⁶⁹ Pero la derecha apoyó a Frei, no sólo para impedir la victoria del FRAP. También porque ciertos puntos del programa demócratacristiano podían beneficiarla: tales como la modernización en el campo a través de la creación de infraestructura, la atracción del capital extranjero, el fomento a la industria nacional, así “como reponer el control estatal sobre el movimiento obrero, quitándole la autonomía alcanzada bajo la gestión de la CUT y neutralizando la influencia de los partidos marxistas.”⁷⁰ Ello porque, como apunta Valdivia, los puntos más radicales del programa de Frei no serían especificados sino hasta meses después de iniciado su gobierno. En la práctica cercana esta cuestión implicó que, ante la negativa de la DC de pactar abiertamente con la derecha, ésta tuvo que darle toda su ayuda sin compromisos por parte del centro político. En consiguiente, “El apoyo de la derecha a la candidatura de Frei significó no sólo sus votos, sino puso a su disposición todos sus recursos económicos, organizaciones y los medios de comunicación bajo su control.”⁷¹ Sin que la DC le asegurara ninguna condición ni privilegio.

La importancia del apoyo de estos dos sujetos en torno a la Democracia Cristiana no fue sólo que possibilitó su victoria. Sobre todo que se constituyó un bloque político anticomunista que defendía la reforma social (en diferentes formas, grados y objetivos) como

⁶⁸ Todo el párrafo apoyado en *Ibíd.*, pp. 45-50.

⁶⁹ *El Mercurio*, 18 de marzo de 1964 citado en *Ibíd.*, p. 58.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 63.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 67.

una fórmula contrainsurgente anticomunista y como una manera de defender y profundizar el capitalismo en el país. En ese sentido, a partir del siguiente rubro, podemos ver cómo se ubicó la Democracia Cristiana dentro de la defensa de este sistema.

3.1.3 La campaña del terror: Democracia (Cristiana) o Muerte

Los últimos meses de la contienda electoral estuvieron marcados por lo que se conoció como “La campaña del terror”. Los esfuerzos de derecha, socialcristianos y norteamericanos, entre otros actores, para mostrar las amenazas inminentes que un gobierno marxista traerían para el país. Apoyados por dinero estadounidense para las elecciones de 1964 la DC y otros agentes distribuyeron masivamente “películas, volantes, panfletos, afiches, mensajes radiales, campañas por correo, [...] miles de copias de la carta pastoral anticomunista del ex Papa Pío XI” que, a través del miedo, intentaban mostrar lo riesgoso que resultaría un régimen comunista en Chile.⁷² Asimismo, diversos grupos derechistas se dedicaron activamente a prácticas mediáticas y de propaganda en contra del marxismo. Éstas, explicando a todo chileno que “lo más valioso de tu vida está en peligro”⁷³, estaban basadas en “un esfuerzo sostenido por representar iconográficamente a la nación productiva, estableciendo vínculos simbólicos entre propiedad privada, libre iniciativa y orden social legítimo.”⁷⁴ Es decir, a identificar el sistema capitalista con un orden benigno y civilizado, puesto en peligro por el marxismo chileno. Tal y como se aduciría en 1983.

En ese proceso, la Democracia Cristiana aportó su propia producción simbólica anticomunista. En diversas ocasiones anunció que estaba en contra del FRAP porque promulgaba los principios “de la omnipotencia del Estado en todas las manifestaciones de la vida nacional; de la colectivización y de la desviación del porvenir de Chile hacia la órbita del mundo comunista.”⁷⁵ Asimismo porque:

⁷² *Ibíd.*, p. 66.

⁷³ Afiche del grupo anticomunista “Foro de la Libertad del Trabajo” citado en CASALS, Marcelo, “‘Chile en la encrucijada’. Anticomunismo y propaganda en la ‘campaña del terror’ de las elecciones presidenciales de 1964” en Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la Guerra Fría Global*, Instituto de Historia/Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2014, p. 107.

⁷⁴ *Ídem.*

⁷⁵ FREI, Eduardo, “Discurso en el Teatro Caupolicán”, 18 de junio de 1964, citado en RIQUELME, Alfredo, “La Guerra Fría en Chile: los intrincados nexos entre lo nacional y lo global” en Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la Guerra Fría Global*, Instituto de Historia/Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2014, p. 18.

La victoria del FRAP significaría el dominio de dos partidos (socialista y comunista) sobre los otros grupos en la coalición. Esto no es una mentira. Es imposible separar a la coalición socialista-comunista de las grandes experiencias mundiales a las que admiran. Sentimos que tales experiencias, realizadas en nombre del marxismo, han producido sistemas políticos dictatoriales, la colectivización, la regimentación intelectual.⁷⁶

En continuidad con sus declaraciones anteriores al periodo electoral, la Democracia Cristiana seguía manteniendo una caracterización de la izquierda marxista como absolutamente totalitaria. De nuevo, el gran peligro que albergaba era la destrucción de la democracia chilena y la instauración de un régimen dictatorial donde el estado no respetaría las libertades ni derechos de ningún ciudadano. Por el contrario, anexaba ahora el problema de la guerra fría global. En primer lugar, sin mencionar que del lado del “Mundo Libre” existían dictaduras militares (como la de Brasil impuesta pocos meses antes con apoyo de EU) la DC aceptaba por completo que en todos los países comunistas el sistema dictatorial era una condición inherente, invariable y exclusiva. A partir de ello se admitía y se sostenía que la adscripción al marxismo-leninismo sería motivo suficiente para que los integrantes del FRAP reprodujeran las mismas situaciones en el país. Como apunta Valdivia, ello no sólo implicaba una naturalización de los regímenes comunistas internacionales, también una negación de la propia historia del marxismo chileno y, en específico, de su respeto en la práctica a la democracia liberal.

En el discurso demócratacristiano se ocultaba e incluso justificaba una ruptura futura con la institucionalidad democrática por parte del FRAP, por su tendencia a la violencia. Según la DC “El Frente de Acción Popular, cualesquiera sean sus tácticas electorales, propone al pueblo el camino del marxismo-leninismo; de la violencia moral y política.”⁷⁷ Y “Así como ha sido insidioso, violento y atropellador en el campo de la discusión verbal, así también estará dispuesto a recurrir a todos los métodos físicos para impedir nuestra victoria.”⁷⁸ Anteriormente la DC ya había construido una identificación simbólica entre comunismo y dictadura, y entre dictadura y violencia, que permitía ligar tangencialmente al comunismo con la violencia. Para 1964 esta filiación se profundizaría y sería resaltada con mayor fuerza. La DC admitía que la violencia estructuraba tres aspectos del FRAP. Una, la

⁷⁶ “La Tercera Declaración de Millahue”, citado en GRAYSON, George, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1968. Disponible en: <http://www.blest.eu/biblio/grayson/index.html> Consultado: 10/12/2015.

⁷⁷ FREI, Eduardo, “Discurso en el Teatro Caupolicán”, 18 de junio de 1964, citado en *Óp. cit.*, p. 18.

⁷⁸ *Política y Espíritu*, enero-mayo de 1964, citado en VALDIVIA, *Óp. cit.*, p. 60.

defensa de un sistema de valores que implicaba la destrucción y corrupción de una manera de vida, el marxismo-leninismo. Dos, su violencia verbal que lo llevaba a atacar y agredir a sus contrincantes. Y tres, su propensión al uso de la violencia física que sería el medio por el cual destruiría los mecanismos e instituciones de la democracia chilena. De esta manera, si el FRAP no había dado muestras visibles de llevar a cabo acciones “físicas” violentas, para la DC esta era una probabilidad inscrita, latente y peligrosa por su condición de partidos marxistas que, de no contenerlos, en cualquier momento se activarían.

Igualmente, a diferencia de su concepción anticomunista anterior, la DC ya no crítico al FRAP por su conservación capitalista al proponer, según los socialcristianos, al estado como el principal propietario. Ahora, el otro gran peligro era “la colectivización”. Sin explicar tal cual a que se referían, puede pensarse que los demócratacristianos estaban aludiendo a la extinción de la propiedad privada: la institución social principal del sistema capitalista. De esta manera, si pocos años anteriores la DC era preferible a la izquierda chilena porque sí ofrecía una “revolución integral”, ahora lo era porque su revolución impediría una revolución radical. De esta manera, en 1964, a pesar de todos los riesgos en juego, el problema era sencillo: “adherir, aunque sea con desagrado, a una gran empresa de libertad o arriesgarse a perderlo todo en una candidatura socialista-comunista.”⁷⁹ Es decir:

[...] o se realizan las transformaciones urgentes e impostergables bajo el signo y la inspiración de una filosofía que nos ha inspirado siempre y que garantiza el respeto al hombre y sus derechos... o se realizarán inevitablemente por el camino que señala la filosofía y los métodos del comunismo, fuerza indiscutiblemente predominante en la combinación del FRAP.⁸⁰

Ante las debilidades de la derecha y ante los problemas sociales en vigencia, la Democracia Cristiana admitía que la única opción política era la reforma controlada y moderada y, en consiguiente, las propuestas que lo sostenían. Con ello, la Democracia Cristiana reiteraba *la necesidad* de un cambio importante para el país. Admitiéndolo en su doble acepción: como resultado de carestías urgentes que habría que atender y como destino inevitable de realización. Igualmente al aceptar que las dos únicas fuerzas políticas que podrían llevarla a cabo eran la demócratacristiana y la marxista, convertía a la lucha electoral

⁷⁹ *Ídem.*

⁸⁰ *El Mercurio*, 17 y 19 de marzo de 1964, citado en *Ibíd.*, p. 59.

en una lucha para definir quién lideraría la transformación. Lo que daba cuenta de que la propia Democracia Cristiana reconocía las semejanzas programáticas que tenía con la postura del FRAP. Pero también daba la oportunidad de reiterar sus diferencias. Si la DC admitía que llevaría a cabo cambios impostergables, también se consideraba radicalmente diferente a la revolución marxista porque, actuando bajo los preceptos del cristianismo y de la democracia liberal, sin imponer ninguna dictadura ni violencia, podría defender ciertos elementos del orden actual. De esta manera se rescataba la dicotomía anterior entre socialcristianismo y marxismo, pero ahora bajo el matiz de reforma *vs.* revolución. Asimismo, aludía que la realización de su transformación *evitaría* la transformación marxista. De esta manera la DC respecto a los partidos marxistas del FRAP, no sólo se consideraban una candidatura presidencial distinta y alternativa, sino además preventiva. La única solución para frenar el marxismo y sus peligros en el país.

Evidentemente estas declaraciones también estaban hechas para recabar el apoyo de los diversos grupos anticomunistas que tenían incidencia en el país y que, durante la campaña presidencial, se fueron decidiendo por Frei. Porque, como había anunciado tiempo antes, si la propuesta de la DC por sí misma “vaciaría de justificación histórica al Comunismo en Nuestra Patria,”⁸¹ hacía falta un apoyo más grande a dicho proyecto para restarle posibilidad factual. Así, la Revolución en Libertad, fue presentada y defendida por la Democracia Cristiana como la única opción que tendrían los anticomunistas chilenos para frenar al marxismo en ese país. Pero, si ello es cierto también habría que considerar que todas estas declaraciones conformaron una identidad democratacristiana en contraposición declarada a los sectores marxistas del momento. La cercanía programática con la izquierda no bastó para que la DC (o para las corrientes dominantes dentro de ella, como se verá más adelante) aceptara un trabajo conjunto. Más bien ocasionaron una exaltación de las diferencias mutuas que justificaba la falta de entendimiento. En consiguiente, el anticomunismo democratacristiano fue también una elección política propia sobre los aliados pertinentes, necesarios y aceptables para la ejecución de su proyecto de sociedad, sustentada en una exclusión de la izquierda marxista y en un acercamiento a veces directo, a veces indirecto con las diversas derechas chilenas. Con esto se probaba que la Revolución en Libertad, a pesar de proclamarse como la tercera vía y de elegir el camino propio, iba encontrando cada vez

⁸¹ “Respuesta del Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei al Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán”, *Op. cit.*, p. 13.

más puntos de contacto con el sistema capitalista en vigencia y con sus representantes, que con la construcción de un *Mundo Nuevo*.⁸²

3.2. ¿Comunitarismo o capitalismo nacional? La depuración y definición política de la Democracia Cristiana (1964-1973)

3.2.1 Las disputas demócratacristianas durante el gobierno de Eduardo Frei

Para 1964, año en que Eduardo Frei ganó la presidencia de Chile, la DC contaba ya con un cierto ideario completo y con estatutos definidos que le daban cohesión al partido, al igual que con cuadros políticos “cuya composición social era bastante homogénea”.⁸³ Pero si la Democracia Cristiana en su conjunto defendía la transformación social en función de una sociedad comunitaria, no todos sus integrantes lo conceptualizaban del mismo modo. Al interior de la agrupación existían diferentes posiciones con respecto al tipo de cambio social que traerían las reformas planteadas, reconocibles principalmente en dos tendencias ideológicas que atravesaron a la agrupación vertical y horizontalmente y que se enmarcaron en dos posibilidades de configuración partidaria:

Una ser un partido reformista-desarrollista, que no pretendía sustituir al sistema capitalista, sino modernizar y ‘humanizar’ el capitalismo atrasado que existía en la sociedad chilena. La otra era ser un partido revolucionario alternativista, cuyo proyecto ideal y final era sustituir el sistema capitalista por una forma nueva de sociedad, diferente de los socialismos históricos.⁸⁴

El primero correspondía sustancialmente a los líderes fundadores de la Falange, que habían ocupado la mayoría de las direcciones demócratacristianas y convertido en sus principales voceros. Su objetivo final buscaba la consolidación de un capitalismo avanzado no monopólico, con élites nacionales productivas y autónomas con respecto a los centros imperialistas de poder y con concesiones importantes para los sectores populares y clase

⁸² En particular, considero que esto es cierto para la corriente freísta dentro de la DC. Pero creo que para las otras influía, sobre todo, la posibilidad de liderar la “revolución”, la creencia en que se tenía la fuerza social propia para hacerlo y el rechazo a los regímenes comunistas de la época.

⁸³ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 301.

⁸⁴ MOULIAN, Tomás, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM-Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2006, p. 229. Las fuentes de este autor son la revista demócratacristiana *Política y Espíritu*, fundada en 1945.

medieros. Pero a pesar de que “emitía juicios de valor contra el sistema capitalista, en la práctica no se vinculaba con los movimientos sociales”⁸⁵ y tampoco apoyaba la completa disolución de la propiedad privada. El segundo, enraizado sobre todo en las juventudes del partido, también admitía un estado desarrollista con una sociedad modernizada. Pero la concebía como la manera de ir transformando el sistema social en vigencia para el arribo a la sociedad comunitaria, para lo cual defendía y llevaba a cabo un acercamiento más profundo con los sectores populares.⁸⁶

Las dos corrientes al interior del partido pudieron ser conciliadas durante la década del cincuenta y sesenta, cuando construyeron un proyecto de sociedad común.⁸⁷ Éste, capaz de transformarse en las ideas fuerza de toda la agrupación partidaria y en su programa de gobierno, le contrajo dos triunfos políticos importantes. Por un lado facilitó su ascenso a la presidencia, ya que delineó a la Democracia Cristiana como una opción autónoma de cambio real pero anticomunista que atrajo a los sectores populares y a ciertos sujetos de las clases dominantes. A su vez, confirió la posibilidad de que las dos corrientes demócratacristianas aspiraran a implementar su concepción específica del comunitarismo. Por ejemplo, durante el gobierno de Frei el intento clientelar de la DC con respecto a ciertos sectores populares, también ayudó a la organización de éstos y a un proceso propio de autonomización política, que expuso al sistema político a un número mayor de demandas sociales en cantidad y profundidad.⁸⁸

En 1964 con la posibilidad de concretar el camino a la sociedad comunitaria, las diferencias fundamentales se agudizaron, volviéndose claramente reconocibles tres corrientes demócratacristianas. La corriente dominante fue conocida públicamente como *los oficialistas* o *freístas*. Ésta había ocupado hasta entonces los puestos de dirección, se había encargado principalmente de la campaña electoral de Frei, durante su gobierno había ocupado los puestos en las instituciones estatales y era la que buscaba transformar al partido

⁸⁵ SOSA, *Óp. cit.*, p. 197.

⁸⁶ Ver MOYANO, Cristina, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del paritismo de nuestra transición (1969-1973)*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2009.

⁸⁷ En esta cuestión, es importante resaltar que desde antes de que Eduardo Frei llegara a la presidencia, personeros de la corriente demócratacristiana, posteriormente conocida como *los rebeldes*, ya hacían críticas a la dirección demócratacristiana y proponía un entendimiento con las fuerzas del FRAP, siempre y cuando se subordinaran a la conducción de la DC. (Ver SOSA, *Óp. cit.*, pp. 196-197).

⁸⁸ ROSENKRAZ Hernán y Benny Pollack, “Estrategias políticas divergentes, movilización convergente y sectores medios: la izquierda y la Democracia Cristiana en Chile 1963-1973” en *Foro Internacional*, Colegio de México, vol. 17, núm. 2, oct-dic, 1976, p. 225.

también “en la representación política de la burguesía”⁸⁹. Después de la reforma agraria y del distanciamiento que ocasionó con la derecha, los demócratacristianos en el gobierno comenzaron a detener las reformas restantes del programa, a otorgar concesiones que favorecían a los sectores dominantes y que perjudicaban a las clases medias y populares, acompañadas de una fuerte política represiva para éstos últimos.⁹⁰ Con ello, buscaban reafirmar el apoyo de la derecha y sus representados a su gobierno, al garantizar que las reformas emprendidas protegerían la propiedad privada, al igual que otorgarían la existencia de un movimiento social controlado.

Ante eso, se levantaron dos de los sujetos más críticos al gobierno de Frei: *los rebeldes* y *los terceristas*, las otras dos corrientes al interior de la Democracia cristiana. Además de repudiar públicamente los actos represivos, los rebeldes presionaron cada vez más por un papel más activo del estado en la economía, por acelerar y profundizar las reformas plateadas en 1964 y por poder “satisfacer las demandas de los sectores populares.”⁹¹ La gran sorpresa fue que, para alcanzar la velocidad y el nivel de cambio deseado y para enfrentar los embates de la derecha partidaria y socioeconómica propusieron aliarse con la izquierda marxista, con la que reconocía puntos políticos de contacto. Los terceristas, también apoyaban la urgencia de incentivar ciertas reformas, pero pensaban que algunas podrían retrasarse para destensar el contexto político, mientras defendían la tesis del camino propio y la posibilidad de aliarse con la izquierda sólo en tanto ésta se subordinara a los proyectos de la DC.⁹² En este proceso, es importante observar que ambas tendencias defendían la aplicación del programa de gobierno pactado en 1964 y no su sustitución por un programa más radical. Ideológicamente admitían que era por la vía de las reformas desarrollistas que sería posible construir una sociedad más justa, apoyándose, sobre todo en los sectores populares para lograrlo. De esta manera puede hablarse de una dimensión de la Democracia Cristiana que “creía” en la transformación social radical por medio de la reforma, que la volvería coincidente con los partidos del FRAP.

Las disputas sólo se resolverían a través de la separación partidaria. En 1967 los rebeldes ganaron la dirección de la Democracia Cristiana, que “se encontraba anquilosada en

⁸⁹ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, 304.

⁹⁰ Con el gobierno de Frei “El ejército [...] se transformó, a partir de 1966, en un instrumento más de represión del régimen en contra de toda fuerza potencialmente capaz de alterar el *status quo*.” [IZE, María Francisca, “La Democracia Cristiana en Chile: Análisis de una experiencia” en *Foro Internacional*, Colegio de México, vol. 10, núm. 2, oct-dic 1969, p. 120.](#)

⁹¹ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 305.

⁹² *Ibíd.*, p. 302.

la misma generación fundadora de la Falange en los años 40.”⁹³ En respuesta Frei llamó al partido a rechazar sus propuestas y a elegir otra dirección. Pero cuando esta nueva resultó de tinte conciliadora pero todavía con perspectiva popular, sus propuestas también fueron obstaculizadas por la corriente oficialista. Es así, que los integrantes de esta última dirección reprimida decidieron renunciar no sólo a los cargos sino al partido mismo en 1969.⁹⁴ De allí surgiría el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que radicalizaría sus postulados acercándose al marxismo ideológica y políticamente, formando parte de la Unidad Popular en 1970. Suerte parecida tendrían y elegirían los terceristas pocos años después. Por la situación que dejó a la DC la salida de los rebeldes, se acordó que los terceristas dirigirían la campaña presidencial de 1970, siendo posible lanzar un candidato *más a la izquierda* con Radomiro Tomic.⁹⁵ Pero, después del triunfo de Allende, hubo nuevos conflictos internos y la fracción freísta “retomó el control del partido”.⁹⁶ Para 1971, los terceristas también se separaron de la DC, formaron una nueva agrupación llamada la Izquierda Cristiana que de igual forma se integró a la UP poco tiempo después.

3.2.2 Implicaciones políticas e históricas de las divisiones partidarias de la DC

Los desgajamientos de los rebeldes y de los terceristas impactaron profundamente en el estado y constitución de la Democracia Cristiana. Por un lado le ocasionaron un debilitamiento como partido privilegiado dentro del campo político chileno, así como una merma profunda para su tesis del camino propio. Por el otro, abonaron a la derechización de la Democracia Cristiana como agrupación política y a su distancia con la izquierda chilena, que probaría sus efectos en el gobierno de la Unidad Popular.

La primera cuestión tiene que ver con los siguientes aspectos. Aun cuando el gobierno de Frei privilegió las políticas en apoyo a las clases dominantes, no pudo convertirse en su principal representante. Es que, ante la reforma agraria “En vez de producirse una diferencia entre los intereses burgueses e intereses latifundistas, se produjo la unidad de ambos sectores contra las modificaciones del derecho de propiedad.”⁹⁷ Más tarde, esta alianza se expresaría en la conformación del Partido Nacional que agruparía a estos dos sectores y a sus antiguos

⁹³ MOYANO, *Óp. cit.*, p. 92

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 95-97.

⁹⁵ OSORIO, Jaime, *Raíces de la democracia en Chile, 1850-1970*, ERA-UAM, México, 1990, p. 177.

⁹⁶ YOCELEVEVSKY, *Óp. cit.*, p. 310.

⁹⁷ MOULIAN, *Fracturas*, *Óp. cit.*, p. 228.

representantes, los partidos Liberal y Conservador. Sin contar con que la década de los sesenta vería surgir a nueva derecha, el gremialismo. Un grupo conservador en lo político y liberal en lo económico, que se volvería un ideólogo y actor protagónico de la dictadura militar.⁹⁸ Además, los empresarios que, por la crisis política de la derecha tradicional habían quedado momentáneamente sin representación partidaria, en vez de recurrir a la DC, buscaron una práctica política independiente. Por ejemplo, a través de la Confederación de la Producción y del Comercio, que sirvió para movilizar a la pequeña burguesía.⁹⁹

En ese contexto, la separación de los rebeldes profundizó la pérdida de su representatividad social y de su pertinencia política. “La escisión produjo la renuncia al partido de una generación juvenil y de un grupo significativo de dirigentes campesinos” que se integraron al MAPU y la IC.¹⁰⁰ En consiguiente la DC disminuyó su presencia e influencia en los sectores populares y de los más radicales de la comunidad cristiana. Asimismo con la existencia misma de estas dos agrupaciones “se terminaba el monopolio político del ‘cristianismo avanzado’ por parte de la Democracia Cristiana.”¹⁰¹ La existencia por separado de la DC, el MAPU y la IC manifestó que el socialcristianismo podía ejecutarse políticamente de maneras distintas a las propuestas por los primeros y con ello, se atenúo o borró la idea de que era una alternativa irreconciliable con el capitalismo o el socialismo. Se dejó ver que el camino emprendido por la corriente oficialista de la DC era un posicionamiento más entre otros y que era posible avanzar hacia otros rumbos, con otros aliados, en apoyo mayor a los sectores dominantes o dominados. De este modo, ante la incapacidad de la Democracia Cristiana de representar mayoritariamente a la derecha industrial y ante la pérdida de influencia en los sectores populares, este partido fue perdiendo poder a finales de los 60. Y vio, junto a sus antiguos aliados, resultar electa a la Unidad Popular.

En lo que respecta a la derechización de la DC puede verse lo que sigue. Durante los sesenta al interior de la agrupación había todavía un dilema no resuelto entre “revolución y reforma”, que sólo se resolvió con la separación partidaria. Si ello ocurrió fue porque la tendencia oficialista no cedió ante las presiones de las corrientes izquierdistas y más aún obstaculizó directamente su accionar. Lo importante de esto no fue sólo que la DC perdiera los mecanismos internos de negociación suficientes para la cohesión del partido. Sino que, con la imposición de los oficialistas y la no subordinación de los rebeldes y terceristas, los desprendimientos fueron por las fracciones más radicales. Radicales en tanto pedían el

⁹⁸ Ver VALDIVIA, *Óp. cit.*

⁹⁹ YOCELEVESKY, *Óp. cit.*, p. 306.

¹⁰⁰ MOULIAN, *Fracturas, Óp. cit.*, p.230.

¹⁰¹ *Ídem.*

cumplimiento del programa de gobierno acordado por el partido, pero a favor de los sectores populares y de la clase media. La gran importancia histórica de ello fue que la Democracia Cristiana se deshizo de los sectores que, con cierta capacidad sociopolítica, optaban por un cambio social más profundo. Con ello, la corriente más conservadora fue afianzándose cada vez más en el partido, derechizando al grueso de la organización y posicionándola cada vez más a favor de un capitalismo (para este momento) desarrollista y democrático como sistema social.

Esto es importante porque la Democracia Cristiana logró constituirse como un partido cohesionado y disciplinado en defensa de ese modelo de sociedad: el capitalismo, (posteriormente, en cualquiera de sus versiones) bajo los preceptos de la democracia liberal.¹⁰² La corriente oficialista del PDC pudo restarle poder a los grupos más radicales, permanecer en el control del partido durante la UP y posteriormente ir siendo sustituida por otra generación de dirigentes que actualizarían a su manera los mismos planteamientos políticos de sus fundadores, evitando hasta la fecha una nueva división de la Democracia Cristiana. Sería esa misma corriente demócratacristiana la que tomarían la dirección del partido durante la Unidad Popular y la que en 1973 le daría su apoyo al golpe de Estado, en desacuerdo con algunos otros afiliados del partido. Igualmente, esa la línea de dirigentes se volvería aquella que producirá el discurso anti-violencia durante las Jornadas de Protesta.

3.3 La democracia por el capitalismo. El período de la Unidad Popular (1970-1973)

3.3.1 De la oposición crítica a la ruptura de la institucionalidad. La DC ante el gobierno de Allende

El período de la Unidad Popular significó para la Democracia Cristiana su consolidación dentro del bloque capitalista de la guerra fría, que exaltó sus posiciones y estrategias anticomunistas. Con las elecciones de 1964 había decidido “volver” a su origen político y recibir el apoyo de las derechas y de EU. Así como en el gobierno de Eduardo Frei se había redefinido políticamente dejando atrás la revolución comunitarista. En esa línea, durante la UP y en nombre del resguardo de la democracia, se sumaría a la ruptura de la

¹⁰² Justo, puede pensarse a la década de los ochentas como el período en que la Democracia Cristiana va abandonando un capitalismo en clave desarrollista por uno neoliberal, aceptando administrarlo en 1990 bajo la coalición de la Concertación de Partidos por la Democracia.

institucionalidad para apoyar el golpe de estado de 1973 y para deponer a la izquierda marxista, conservando al anticomunismo como uno de sus elementos ideológicos-políticos constantes.

Ello fue un proceso de diferentes etapas en las que la DC fue radicalizando su oposición al gobierno de Allende hasta sumarse (y en ello subordinarse) a los actores que apoyaban una intervención de las FF.AA. La primera de ellas refiere a un momento en el que la Democracia Cristiana, después de barajar con la derecha una posible destitución de Allende, con fuertes discusiones internas decidió otorgarle su reconocimiento al nuevo gobierno electo. La condición para hacerlo fue la exigencia hacia la Unidad Popular de la firma de un Estatuto de Garantías Constitucionales.¹⁰³ Un acuerdo en el que la UP se comprometería a respetar la democracia liberal como régimen político ya que, según la DC, era necesario “Precaver los riesgos, que para la supervivencia de nuestro sistema democrático y de las libertades públicas planteaba el advenimiento de un gobierno con participación preponderantemente de partidos marxistas.”¹⁰⁴ Si esta cuestión podría resultar una disputa ideológica, en la práctica también era una cuestión estratégica. Los puntos del Estatuto podrían simbolizar el apego de la DC a la institucionalidad liberal, pero en la práctica también “limitaban la autoridad e iniciativa del Poder Ejecutivo, haciéndolo más dependiente del Congreso.”¹⁰⁵

Ya que la DC contaba con una mayoría parlamentaria, esto le contrajo a la UP la necesidad de negociar su programa gubernamental para poder aplicarlo, sobre todo con los demócratacristianos. Asimismo, para la DC significó la posibilidad de detener los puntos más radicales de éste, la aspiración de colocarse “como árbitro de la acción del gobierno”¹⁰⁶ y mantenerse en el ámbito institucional, sin trascender mayoritariamente a la lucha callejera o ilegal. Pero, sobre todo, le permitió destensar momentáneamente los conflictos al interior del partido, ya que con esta política opositora los terceristas pudieron apoyar ciertas reformas sociales que consideraron convenientes y los freístas tuvieron espacio para atacar férreamente a la Unidad Popular al remarcar lo que ellos consideraban como incoherencias inconstitucionales, legales y políticas.¹⁰⁷

¹⁰³ GODOY SEPÚLVEDA, Eduardo, “La Democracia Cristiana y el primer año de la Unidad Popular” Ponencia presentada en las II Jornadas de Historia Política de Chile, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, 9 y 10 de noviembre de 2005, p. 4.

¹⁰⁴ *La Prensa*, 28 de octubre de 1970, citado en *Ibíd.*, p. 5.

¹⁰⁵ SMIRNOW, Gabriel, *La revolución desarmada, Chile 1970-1973*, ERA, México, 1977, p. 20.

¹⁰⁶ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, p. 311.

¹⁰⁷ GODOY SEPÚLVEDA, *Óp. cit.*, p. 4.

Como un segundo momento, se apreciaron los paulatinos acercamientos entre la DC y las diversas derechas, que en un principio se había mantenido separados. Desde abril de 1971 el Partido Nacional (PN) afirmó que se definía por “una oposición total al gobierno sin compromisos o acuerdos con otros partidos.”¹⁰⁸ Y por su parte la DC había declarado que: “Más allá de algunas acciones coincidentes como la del rechazo a los Tribunales Populares, nada nos liga a la derecha.”¹⁰⁹ Ambas posiciones irían cambiando después el asesinato del demócrata cristiano Edmundo Pérez, a partir del cual la DC profundizó la identificación entre la violencia política de otros sujetos con el gobierno de la Unidad Popular. En ese contexto se iniciaron varios acercamientos que la llevarían a apoyar el golpe de estado en 1973. El primero tuvo que ver con la presentación de un candidato de la DC apoyado por el PN y la Democracia Radical, que provocaría grandes discusiones internas y la consiguiente salida de los terceristas del partido. Con ello no sólo se acercaba al bloque de oposición más férreo al gobierno de Allende. También se desprendía de la fracción demócratacristiana que podía mediar entre los freístas y la UP.¹¹⁰

Un segundo plano de acercamientos tuvo que ver con la participación activa de la Democracia Cristiana en las movilizaciones contra la Unidad Popular que la aproximaría y subordinaría a la estrategia golpista.¹¹¹ Es verdad que la inmersión de la DC en las protestas callejeras fue para consolidar una fuerza social de apoyo que avalara sus acciones todavía en el ámbito institucional. El objetivo era reforzar su papel de opositor principal en el Congreso chileno y a su vez “enfrentar al gobierno con el respaldo de una votación fuertemente mayoritaria, e incluso con los dos tercios que le permitan deponer constitucionalmente al presidente Allende.”¹¹² Pero el efecto práctico fue legitimar y dar apoyo concreto a las fuerzas sociales y políticas que renegaban de la capacidad de las instituciones para detener las políticas marxistas. Este proceso se afianzó cuando la propia Democracia Cristiana comenzó a emitir declaraciones y llevar a cabo ciertas acciones que cuestionaban la capacidad del sistema

¹⁰⁸ *El Mercurio*, 2 de mayo de 1971, citado en DOONER, Patricio, *Crónica de una Democracia Cansada. El Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1985, p. 40.

¹⁰⁹ *Política y Espiritu*, núm. 321, mayo 1971, p. 7, citado en *Ibíd.*, p. 37.

¹¹⁰ La salida de los terceristas explica que todos los diálogos entre la Democracia Cristiana y Allende no fructificaran después de 1971. Ya que, lo que quedaba de la Democracia Cristiana ya no tenía puntos de acuerdo con la UP, ni en la manera de proceder, ni en las políticas económicas a implementar.

¹¹¹ YOCELEVSKY, *Óp. cit.*, pp. 310-316.

¹¹² SMIRNOW, *Óp. cit.*, p. 169.

político chileno para contener a la izquierda chilena. Las cuales, en la práctica algunos resultaban ilegales, a pesar del discurso “democrático” que los avalaba.¹¹³

El resultado fue inequívoco: a pesar de que la DC continuó con un discurso de deposición constitucional e inició diversos diálogos con la UP para solucionar la crisis política (todos detenidos por la DC), en la práctica fortaleció la estrategia de la lucha extra y anti-institucional.¹¹⁴ Esto fue posible no sólo porque “se dejara llevar” por los planes propios de las derechas o por la radicalidad del movimiento social opositor.¹¹⁵ Sobre todo, ocurrió porque apoyarlos resultaba funcional para proteger su propio proyecto histórico: la defensa de un tipo específico de capitalismo que precisaba la contención de la izquierda marxista. Así, en septiembre de 1973 entre resguardar a la democracia liberal o al capitalismo, la Democracia Cristiana eligió a este último. Pero si esta resolución logró derrocar a Allende y proteger al proyecto histórico de la DC, el precio de ello fue demasiado alto. No sólo comenzaría una de las dictaduras más consolidadas de toda América Latina. También, en el futuro inmediato, la DC no fungiría como un sujeto incidente dentro del campo político que estaba por instaurarse. Esta vez la “historia” había dado la vuelta y a diferencia de 1964, su discurso y prácticas anticomunistas no habían logrado posicionarla a la cabeza de la salvación del “Mundo Libre”. Aunque sí habían contribuido a resguardarlo.

¹¹³ Por ejemplo, después del ‘Tancazo’ de junio de 1973, Eduardo Frei, entonces presidente del Senado, dio un comunicado por televisión para acabar con el gobierno de Allende a través de un “tácito llamado a las Fuerzas Armadas a ‘restituir’ la legalidad”. (ELGUETA, [Belarmino, “La coartada política del golpismo”, p. 3. Consultado: 25/05/2014. Disponible en: \[http://www.archivochile.com/Chile_actual/16_hue_dict/chact_huedict0007.pdf\]\(http://www.archivochile.com/Chile_actual/16_hue_dict/chact_huedict0007.pdf\)](#)). Igualmente, en el Parlamento, la DC junto al PN declararon inconstitucional e ilegal al gobierno de la UP, siendo que éstas en realidad no eran atribuciones legales de los diputados. (YOCELEVEVSKY, *Óp. cit.*, p. 311).

¹¹⁴ Ya que “Entre julio y septiembre de 1973 “la posibilidad de llegar a acuerdos significaba para la Democracia Cristiana perder influencia, porque la masa opositora ya había acabado su proceso de radicalización.” (MOULIAN, *Fracturas, Óp. cit.*, p. 258).

¹¹⁵ Al respecto, esta es la visión de Moulian: la DC “empezó a percibir [después de octubre del 72] que la masa clase media y más en general la masa por ella movilizada, era cada vez más hostil a la Unidad Popular. Ésta, en una previsible reacción frente a la agudización del conflicto se fue derechizando.” (*Ibíd.*, p. 257). Matizando un poco, sostengo que la corriente de derecha de la DC existía desde antes, y que encontró en las movilizaciones una forma de posicionarse en el campo político del momento, aunque después en dictadura resultara contraproducente para ella misma. Aunque sí es importante resaltar que su subordinación a la derecha fue posible, porque la Democracia Cristiana se relacionó con un movimiento social que ya tenía dirigentes altamente instituidos y que poseía una capacidad propia y considerable de desestabilización política. Lo cual ocasionaba que, aun cuando los demócratacristianos se presentaran a sí mismos como dirigentes, en realidad iban perdiendo la posibilidad de hegemonizar la oposición contra Allende. En la dialéctica de ambos procesos, se explica la situación política demócratacristiana durante este momento.

3.3.2 “El mundo de la violencia”. El anticomunismo democratacristiano durante la UP*

Uno de los principales tópicos discursivos a partir de los cuales giró el anticomunismo de la DC durante este momento fue la alusión a un “imperio de la violencia, como una responsabilidad gubernamental más que como una dinámica social.”¹¹⁶ Si bien, como apunta Ulises Cárcamo, los partidos de la UP respondieron que los hechos de violencia social y política no eran exclusivos ni de su gobierno en la historia chilena, ni de Chile en la historia mundial, esta construcción simbólica fue un elemento clave en la oposición al gobierno de Allende y en la posterior legitimación del golpe de estado antes y después de que ocurriera. Así funciona como una antecedente de suma importancia para el discurso anti-violencia de la DC durante los ochenta.

De acuerdo a su tradición anticomunista, durante la Unidad Popular la DC siguió manteniendo la identificación simbólica entre comunismo y totalitarismo. Afirmaba que este gobierno “so pretexto de los cambios, pretende establecer un sistema de estatismo centralista que involucra, necesariamente, sojuzgar ciertas libertades de grupos importantes de la población”.¹¹⁷ La dimensión revolucionaria defendida por la UP resultaba de nuevo para el discurso democratacristiano, el argumento justificador y encubridor de la instalación de un régimen dictatorial para el país. Un tipo de mampara democrática de la izquierda chilena que le permitía sostener “la vía legalista en la apariencia externa, pero que, en lo interno, alienta la violencia hasta donde les conviene”.¹¹⁸ De esta manera se rescataba y profundizaba las lógicas discursivas que la DC empleó durante la “campaña del terror” de 1964. La violencia se presentaba otra vez como un elemento intrínseco pero obnubilado del gobierno marxista, listo para ser empleado como un medio práctico para la resolución de sus necesidades. El cual, como tópico discursivo durante el gobierno de Allende, tomó sus propias características.

En efecto, la Democracia Cristiana afirmó muy tempranamente que “Mientras el gobierno sea regido por una filosofía que tiene su raíz en la violencia y hace posible un clima de división y ociosidades, siempre existirán quienes atenten contra la paz social y radicalicen

* Frase tomada del título: SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo *El mundo de la violencia*, FCE, México, 1998.

¹¹⁶ CARCAMO, Ulises, *La dialéctica del poder popular en Chile. Entre la Democracia de Base y la Participación de Política Acotada*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago de Chile, 2013, p. 130.

¹¹⁷ Sesión N°30 de la Cámara de Senadores, 19 de julio de 1972, citado en *Ibíd.*, p. 176.

¹¹⁸ *Ídem.*

los principios en acciones perturbadoras y sangrientas.”¹¹⁹ Con esta declaración, se configuraban dos líneas discursivas importantes. La primera, como una continuidad discursiva, era la referenciación del comunismo como un sistema de valores y principios que resultaba en sí mismo violento. La segunda, como una especificidad del período y siguiendo a Cárcamo, era la significación de la violencia y práctica comunista como desencadenante y responsable de otras violencias ajenas a éstas, al organizar y tolerar a los grupos armados dentro del país. Según la Democracia Cristiana, y a partir de estos dos supuestos, una “filosofía” de por sí violenta (el comunismo) creaba las condiciones adecuadas (“un clima de odios, de venganza y de calumnias”¹²⁰) para que otros sujetos emprendieran sus propias acciones violentas. La izquierda marxista funcionaba como un agente *diabólico*, en su sentido etimológico, que separaba a los chilenos y los enfrentaba entre sí, ocasionando que la mayoría de las veces estos actuaran violentamente para enfrentar el conflicto. Allí, la UP volvía abonar a la profundización de la violencia, según la DC, al no hacer nada para detenerlos. De esta manera, el origen y continuidad de la violencia social se tildaba en la existencia de un gobierno marxista que, por su misma existencia, desestabilizaba al país y lo llevaba a niveles máximos de degradación social.

Pero, dentro de ello, el problema no era sólo la opción por la violencia, sino su tintura política:

Desde hace más de un año, el país presencia perplejo la impunidad con que actúan, se organizan y proliferan grupos armados que no ocultan su propósito de desencadenar una revolución violenta, para imponer lo que califican de verdadero socialismo. Pero el gobierno niega su existencia y se encoge de hombros.¹²¹

La existencia de un gobierno comunista habría llevado, permitido y justificado la radicalización de otros sujetos que optaban por la vía violenta para conseguir sus objetivos políticos. Ello implicaba una doble amenaza para el país. Por un lado el uso mismo de la violencia con sus irreparables males. Por el otro, la apertura de otro frente revolucionario que intentaba derrocar al capitalismo chileno de manera ilegal. A ello, se sumaba la propia práctica violenta de una filosofía violenta: “Los partidos Comunista y Socialista mantienen

¹¹⁹ *Política y Espíritu*, núm. 322, junio de 1971, p. 6, citado en DOONER, *Óp. cit.*, p. 42.

¹²⁰ *Política y Espíritu*, núm. 322, junio de 1971, citado en CÁRCAMO, *Óp. cit.*, p. 138.

¹²¹ *Política y Espíritu*, núm. 331, abril de 1972, citado en *Ibíd.*, p. 164.

brigadas armadas. Las brigadas Ramona Parra y Elmo Catalán despliegan su actividad violentista impunemente y con la tolerancia de la autoridad”.¹²² De este modo se afirmaba la existencia de un movimiento armado no sólo alentado por la existencia de la UP, sino como parte misma de su gobierno. Prueba inobjetable de que la izquierda chilena utilizaba sus puestos gubernamentales y su discurso legalista, para ir imponiendo un estado autoritario y violento.

Efectivamente, omitiendo la crítica social que implicaban estos sujetos armados, la Democracia Cristiana aludía que en ambas situaciones el peligro era uno solo: la disolución de la democracia. Ante ello:

Nos reunimos impulsados por el deber cívico de expresar nuestra reacción ante una escalada creciente de violencia, arbitrariedades y atropellos a la ley que está hiriendo día a día la conciencia moral de los chilenos y pone en peligro las bases esenciales de nuestra convivencia democrática.¹²³

La consecuencia simbólica de este argumento resultaba la caracterización del emprendimiento violento, con su epicentro en el comunismo, como el camino que cancelaría a la democracia en el país. O, dicho de otro modo, la conceptualización de la violencia como la condición de posibilidad y como la principal estrategia comunista para la instauración de un régimen dictatorial. De esta manera se acababa de cerrar y de afirmar la triada alegórica entre comunismo/ dictadura/ violencia que servía a la DC para caracterizar a la izquierda chilena bajo una lógica estigmatizante, que le ayudaría a constituirse en una de las principales fuerzas de oposición al gobierno de Allende y que le permitiría justificar su participación en el golpe de estado de 1973. Es decir, a romper en la práctica con la institucionalidad democrática a través de la defensa discursiva de la institucionalidad democrática.

Posteriormente la DC utilizó la síntesis de estos argumentos para legitimar y defender dentro y fuera de Chile al nuevo gobierno militar. Pocos días después del ataque a La Moneda, la directiva democratacristiana declaró: “Los hechos que vive Chile son consecuencia del desastre económico, el caos institucional, la violencia armada y la crisis

¹²² *Política y Espiritu*, núm. 327, noviembre de 1971, citado en *Ibíd.*, p. 152.

¹²³ *Política y Espiritu*, núm. 331, abril de 1972, citado en *Ibíd.*, p. 164.

moral que el Gobierno depuesto condujo al país.”¹²⁴ Asimismo, posteriormente mantuvo que:

La gente no se imagina, en Europa, que este país está destruido. No saben lo que ha pasado. Los medios informativos, o callaron lo que estaba ocurriendo desde 1970, en que Salvador Allende, rompiendo todas sus promesas, y alejándose de la legalidad, inicia una obra de destrucción sistemática de la nación... que hoy no tiene más salida salvadora que el gobierno de los militares.¹²⁵

De nuevo, el actuar violento de otro sujeto ajeno a la Unidad Popular, ahora las FF.AA, seguía signándose como responsabilidad de este gobierno. Una consecuencia de su propia existencia y características que había hecho que la crisis social y política por él desencadenada, ahora lo hubiera alcanzado, derrocándolo, como única alternativa para intentar solucionarla. Si la consecuencia simbólica fue la legitimación de la nueva dictadura a partir de la estigmatización de la izquierda chilena, la consecuencia política fue la consolidación de la DC a favor del capitalismo, sus representantes y sus aliados. Con su apoyo al golpe de estado, la Democracia Cristiana daba por terminada su posición como una Tercera Vía y se posicionaba por completo en el bloque capitalista anticomunista. Con la responsabilidad directa e ineludible de ser uno de los principales avales de una de las dictaduras más largas de América Latina, que institucionalizaría el terror como práctica política e instauraría el neoliberalismo en el país. Y que, ni siquiera le reconocería el mérito de haberlo posibilitado.

4. CONCLUSIONES

Durante las décadas estudiadas, el anticomunismo se convirtió en un factor clave, fundamental y constante en la historia de la Democracia Cristiana. Desde que se perfiló como una fuerza política defensora del cambio estructural hasta que apoyó el golpe militar de 1973, la DC se decantó por un rechazo tajante de la izquierda marxista y posteriormente, por su exclusión del sistema político chileno. A partir de ello se posicionó, primeramente como una

¹²⁴ Declaración oficial, Directiva Democracia Cristiana, 12 de septiembre de 1973, s/p. Inédita, citado en TORRES, Isabel y Pablo Rubio, “Reacciones y respuestas de la Democracia Cristiana frente al golpe militar de 1973: ¿Colaboración u oposición?” en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 1, vol. 19, 2015, pp. 49-50.

¹²⁵ ABC, 10/10/1973: s/p, citado en TORRES, Isabel y Pablo Rubio, *Óp. cit.*, p. 51.

alternativa revolucionaria a la revolución ofrecida por el FRAP, después como una fuerza preventiva a su ascenso a la presidencia y, por último, como una aliada indispensable de las fuerzas golpistas para su contención política. De esta manera, su rechazo a una alianza con los comunistas durante las jornadas de protesta no fue un asunto de mera coyuntura, resultado de la diferencia en los métodos de lucha de ambas organizaciones. Sobre todo, descansa en una larga tradición anticomunista del socialcristianismo chileno que, históricamente, ha esgrimido diferentes argumentos para evitar un trabajo conjunto y, más aún, evitar una revolución comunista en el país.

Lo anterior no implica en lo absoluto que la DC *sólo existiera* para contener o excluir a la izquierda marxista. Más bien, se refiere a que dicha contención/exclusión ha sido una de los ejes fundamentales de la acción política demócratacristiana que se refleja nítidamente en su sistema de alianzas y en el carácter de su proyecto histórico-político. Si la Democracia Cristiana se presumía como una alternativa a la izquierda y a la derecha, ello no implicó relacionarse con ellas de una manera equitativa. Programáticamente (a través de las políticas desarrollistas, de la promoción popular y de ciertas líneas del comunitarismo) la DC tenía mayores cercanías con la izquierda marxista. Pero ideológicamente (en lo que se refiere al resguardo de la propiedad privada, el cristianismo y el apoyo a algunas reformas sociales) además de compartir el origen social, la DC se acercaba más a la derecha.¹²⁶ Entre una y otra, eligió la segunda. De esta manera, paulatinamente con sus propias características, grados y matices fue reafirmando su posición dentro del bloque del “Mundo Libre” dentro de la guerra fría. Asimismo y a ello aparejado, su configuración como una fuerza política que defendía la permanencia de un orden capitalista específico, en clave modernizante y bajo los aleros de la democracia liberal, la posicionó como una agrupación decidida a conjurar los peligros de una revolución marxista. Es decir, a contener los peligros de extirpar al capitalismo como modo de producción social. De esta manera, su definición de este tipo específico de sociedad, la llevó a aliarse con las distintas derechas históricas y a otros sujetos de la élite dominante como un modo de defensa conjunta en contra de los enemigos que se consideraban comunes.

En ese proceso se inscribe una producción de sentido propia de la Democracia Cristiana dedicada a narrar y caracterizar los riesgos y amenazas de un régimen comunista.

¹²⁶ Tanto lo programático como lo ideológico están atravesados y estructurados por una producción de sentido. Pero aquí me refiero a dos formas de acercarse analíticamente la práctica de los sujetos, que entiende a lo programático como aquello que se ha de realizarse y lo ideológico como los fines y valores que se persiguen a través de tal metodología política. Como se ve, son dos dimensiones íntimamente relacionadas en la práctica social.

El tópico central es la identificación simbólica ya conocida entre comunismo y totalitarismo. Se sostenía que, por su naturaleza ideológica-política, la izquierda chilena aspiraba a instaurar un régimen dictatorial en el país, de modo que su adscripción a la institucionalidad democrática, resultaba ser una pantalla para que, una vez en el poder, pudiera comenzar su desmantelamiento. A partir de ello se introducía un segundo concepto, la violencia, que ligaba al comunismo de dos maneras sustanciales. La primera al referirlo como un sistema de ideas en sí mismo violento al ir en contra de un orden de vida establecido: la democracia liberal y capitalista. La segunda, al afirmar que entre el comunismo y el totalitarismo, la violencia como práctica estratégica sería el elemento a partir del cual el marxismo chileno destruiría el orden democrático. De esta manera se creaba una filiación y relación de necesidad entre éstas tres tópicos discursivos, que intentaba justificar las diferentes exclusiones y violencias del bloque capitalista sobre la izquierda marxista. Así, a partir de la *defensa de la democracia*, la DC pudo legitimar su participación antidemocrática durante el golpe de estado y darle concreción a su propia postura anticomunista. Al igual que, durante las jornadas de protesta iniciadas en 1983 erigiría una estrategia transitiva que, en función del rechazo a la violencia en abstracto, fuera capaz de continuar con el resguardo de su concepto propio de sociedad: un capitalismo “democrático” inmune a las organizaciones marxistas.

CAPÍTULO III

La Transición en disputa.

El campo político chileno durante 9 las Jornadas de Protesta

(1983-1984)

*Te estoy hablando del año 83-84, en que tú
fuiste un poder real.*

Leandro, militante y poblador chileno.¹

*Hay historia desde que la gente se rebela, resiste,
reacciona.*

Pierre Bourdieu.²

1. INTRODUCCIÓN

Las Jornadas de Protesta en Chile implicaron una insubordinación social y política masiva en contra de la dictadura, así como una agudización de la violencia estatal sobre los disidentes. Compuestas de once movilizaciones masivas, con diferentes acciones en los intermedios (pequeñas marchas, conmemoraciones, acciones armadas, seminarios, reuniones, congresos, intentos de negociaciones, etc.), significaron un momento de efervescencia política que hizo tambalear a la dictadura y que abrió el *horizonte de lo posible* respecto al futuro político de Chile. Si anteriormente el régimen militar controlaba la política nacional y había proclamado un único proyecto de sociedad y de estrategia de transición, las protestas erigieron otros sujetos con otros modos, proyectos, espacios y relaciones que demandaban su derecho a *actuar políticamente*. La consecuencia fue inobjetable: un conflicto de alcances nacionales que se configuró como una disputa sobre las maneras más viables y deseables de regresar a la

¹ Entrevista con Leandro Torchio, 19/10/2005 hecha por BRAVO, Viviana, “Chile rebelde: las Jornadas de Protesta contra la dictadura 1983-1987” en *Nostramo. Revista Crítica Latinoamericana*, año 2, núm. 2, 2009, p. 114.

² “Entrevista a Pierre Bourdieu –La lógica de los campos: habitus y capital” en *Una invitación a la sociología reflexiva*, Pierre Bourdieu y Loic Wacquant, Siglo XXI, Argentina, 2005.

democracia. De esta manera puede considerarse que “El 11 de mayo de 1983 se inició el ciclo de ‘Protestas Nacionales’ que, a lo menos durante los dos años siguientes, pareció poner en jaque todo el diseño de institucionalización y consolidación dictatorial.”³

En ese sentido resulta útil considerar a dicho momento bajo la categoría de **campo político**. Entenderlo como un entramado conflictivo de relaciones sociales por las que diferentes sujetos contienden y compiten para producir lo social de una manera específica. *Por definir la realidad y realizarla de acuerdo a dicha definición*. Este concepto permitirá entender qué los sujetos implicados en el conflicto pugnaron por controlar y capitalizar el dinamismo histórico-político de las jornadas de protesta para, en el mejor de los casos, pautar los rumbos de la democratización. Es decir, qué a partir de las protestas se puso en primera línea la lucha por la democracia, se cuestionó abiertamente la propuesta transitiva oficial y los sujetos opositores lograron ser parte activa del momento político al construir y defender sus propias definiciones sobre lo real y sus propias propuestas de acción. De esta manera, puede delinear a las luchas chilenas por la democracia como luchas por el poder simbólico. Aquel poder que le permitiría al ganador concretar su definición de lo real y marcar los rumbos concretos de la democratización. A partir de ello, el objetivo principal de este capítulo será el análisis de las diversas estrategias transitivas en pugna (diversas concepciones de mundo, con diversos objetivos y repertorios de acción), en un contexto de insubordinación, movilización y represión profundizada, que les permitiría a sus creadores ganar, consolidar o perder su lugar en el conflicto del momento y en el resto de la transición chilena. En lo que sigue se harán algunas especificaciones para volver aprehensible este objetivo.

Si durante las protestas la discusión no giraba en torno al proyecto de sociedad que vendría después de la dictadura, sí es posible admitir que cada una de las estrategias transitivas contenía diversos principios deónticos sobre lo social y lo político, al igual que una idea (aunque fuese rudimentaria) sobre el tipo de sociedad y régimen pos-dictatorial al que se aspiraba. Es decir, “En el diseño de las mismas se ponen en escena las imágenes que representan a la dictadura, así como a los actores sociales y la transición deseada.”⁴ De esta manera el análisis pondrá énfasis en la definición simbólica de los sujetos sobre estas cuestiones y las formas que se especificaron para conseguirlo, por encima de otras dimensiones de su constitución aunque relacionadas con ellas. Asumo que con esto se podrá

³ VALLEJOS, Julio y Sebastián Leiva, “Punto de quiebre: en MIR en los ochentas” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008, p. 108.

⁴ MOYANO, Cristina, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2010, p. 371.

acceder a su **definición de la realidad** objetivada como una **estrategia política**. Igualmente, sostengo que podrá conocerse qué tipo de transiciones se encontraban en disputa, se podrá ubicar políticamente a la Democracia Cristiana dentro de ellas, saber a qué competidores políticos se enfrentaba, comprender qué tuvo que hacer en la defensa y consolidación de su propia propuesta y lugar en el campo político y qué sentido tuvo para ello producir un discurso en contra de la violencia. Es decir, permitirá entender qué horizonte de lo posible se constituyó en este momento y servirá para analizar cómo la DC buscó posicionarse en él y en el conflicto por la democracia a partir de la estigmatización de la violencia.

Asimismo, al ubicarnos en las movilizaciones masivas en contra del gobierno de Pinochet resalta una primera división política, por lo demás, demasiado obvia: aquellos que apoyaban a la dictadura y aquellos que se le oponían. Resulta de gran importancia porque la existencia misma de régimen militar (con sus propias propuestas y proyectos y aun seriamente cuestionada) será la condicionante principal para la acción política del momento: tanto para su rango de posibilidad como de naturaleza (formas y grados de apoyo o de rechazo). A partir de esta primera situación los diversos sujetos harán una toma de posición respecto a lo que el régimen “ofrecía” políticamente y delinearán sus propias propuestas de democratización. La otra gran división política refiere a la actualización del frente chileno de la guerra fría. En primer lugar, porque las jornadas iniciarán la contienda final (sólo visto analíticamente *a posteriori*) entre sus principales representantes. Durante las jornadas diversos sujetos se movilizaron no sólo por derribar o proteger a la dictadura. También para posicionarse en contra o a favor del sistema socioeconómico en relación a sus efectos o modalidad (capitalismo neoliberal vs. capitalismo desarrollista) o en contra de todo su núcleo de explotación y dominación, proponiendo una democracia socialista o popular. De esta manera, el tipo de transición defendida implicaba también un posicionamiento anti o pro capitalista, con todos sus matices y contradicciones, aunque no siempre fuera expresada clara o centralmente por los actores. Por lo que podrá observarse que en algunas ocasiones el conflicto de la guerra fría capitalismo vs. comunismo resultó una condicionante mayor que la oposición dictadura vs. democracia. Al menos lo suficiente, para hacer converger a diversos actores de uno y otro bando en contra de una transición rupturista, latente desde la izquierda marxista y los sectores populares.

Por último, para poder analizar este proceso, el tipo de sujetos políticos elegidos hace alusión a aquellos que funcionaron como interlocutores implícitos o explícitos del discurso antiviolencia y de la estrategia de la negociación pacífica de la Democracia Cristiana, en el

marco de la Alianza Democrática. Si, durante las protestas existieron y operaron infinidad de sujetos que intentaron incidir en la política chilena desde la tribuna o desde la calle (como los grupos feministas o las poblaciones originarias), no todos fueron tomados en cuenta ni influyeron directamente en la producción discursiva de la DC, (justo como los grupos feministas o las poblaciones originarias). Así, la exclusión analítica de dichos grupos entre otros, no tiene que ver con un intento de negación de su politicidad y de sus alcances, solamente es resultado de las acotaciones que involucra nuestro tema de estudio. Con todas las consideraciones anteriores, se verá un tratamiento central tanto de la dictadura y su bloque de apoyo, como de los sujetos radicalizados que optaron por una transición rupturista, principales objetos e interlocutores del discurso democratacristiano.

2. LA REORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA BAJO LA DICTADURA MILITAR, 1973-1983

Siguiendo a Guillermo O'donnell, Omar Núñez sostiene que las dictaduras en América Latina, incluyendo la chilena, fueron posibles porque diversos actores (defensores en distintos niveles y formas del *statu quo*: militares, tecnocracia, empresarios, las derechas políticas, la centro derecha, etc.) convergieron en que “los déficit fiscales, la inflación creciente, el endeudamiento público y privado o la baja tasa de reinversión productiva no resultaban tan solo de desajustes técnicos y problemas estructurales propios de economías en transición, sobre todo eran achacados al poder social alcanzado por actores corporativos (movimiento obrero en particular),” que sólo se resolvería con la suspensión del sistema político democrático, la exclusión de éste de los sectores populares y de sus representantes (las izquierdas sobre todo marxistas) y la reformulación de nuevas relaciones de producción.⁵ Esto implicó una ola contrarrevolucionaria en casi todos los países de la región que buscó tanto proteger al capitalismo como destrabarlo económicamente a través de una perspectiva tecnocrática posibilitada por el terrorismo de estado que, en conjunto y en la mayoría de los casos, dieron lugar a procesos de reorganización social, política, económica y cultural.

En ese contexto, el golpe de estado en Chile en contra del gobierno de la Unidad Popular, también significó la supresión violenta de un estadio y de un proceso histórico en el que la izquierda marxista y los sectores subalternos organizados y radicalizados se habían

⁵NÚÑEZ, Omar, “*Cuando el destino nos alcance*”. *Problemas civilizatorios y del desarrollo en el Chile del siglo XX*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, mimeo, p. 25.

posicionado centralmente en el campo político, con la capacidad de revertir, controlar o por lo menos aminorar algunos aspectos y bastiones del capitalismo chileno. Para revertirlo la Junta Militar anunció una refundación nacional de tiempo indefinido, ya que “Las Fuerzas Armadas y de Orden no fijan plazo a su gestión de Gobierno, porque la tarea de reconstruir moral, institucional y materialmente al país, requiere de un acción profunda y prolongada. En definitiva, resulta imperioso cambiar la mentalidad de los chilenos.”⁶ En ese sentido, la instalación de la dictadura militar expresó la reconfiguración de la guerra fría en Chile a través de diversas y profundas medidas contrainsurgentes que, signadas bajo las egidas del anticomunismo, comandados por los militares y llevadas a cabo por y a favor del bloque misceláneo, complejo pero capitalista del conflicto, dieron lugar a la refundación nacional aludida que años después institucionalizaría a la democracia de mercado como régimen político y económico de reproducción social.

Para lograrlo “Como primera condición, [la dictadura] requirió despejar el camino de un movimiento popular ascendente que había sintetizado su trayectoria en la elección del presidente Salvador Allende.”⁷ Allí el anticomunismo marcado siempre desde una perspectiva bélica, “Chile como fortaleza sitiada por el comunismo y en guerra con él”,⁸ fue la construcción simbólica y política de esta ofensiva capitalista con tintes genocidas. A través de la estigmatización, ilegalización y represión de los partidos marxistas de la UP, la dictadura no sólo trató de excluirlos para siempre del sistema político, también de la sociedad chilena en general, al igual que reestructurar y contener al movimiento obrero y popular organizado y radicalizado que había atentado profundamente contra el orden social imperante.⁹ Ello se sustentó en la creencia y en el argumento de que, en palabras de Pinochet, “El marxismo no es una doctrina equivocada [...] es [...] intrínsecamente perversa”,¹⁰ ya que “los comunistas son maestros en la lucha subterránea, en la guerra de propaganda y en acciones subversivas.”¹¹ Infiltrados del comunismo soviético que, al igual que sostendrá la

⁶ Declaración de Principios del Gobierno Militar, 11 de marzo de 1974. Citado en BRAVO, Viviana, *La voz de los 80': protesta popular y neoliberalismo en América Latina. El caso de la resistencia subalterna en Chile (1983-1987)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2012, p. 45.

⁷ *Ibid.*, p. 45.

⁸ VALDIVIA, Verónica, “‘¡Estamos en Guerra, Señores!’ El régimen militar de Pinochet y el ‘Pueblo’, 1973-1980” en *Revista Historia*, núm. 43, vol. I, enero-junio, 2010, p. 172.

⁹ NÚÑEZ, *Óp. cit.*, p. 82. Aunque la cita se refiere para el periodo en que se instaló la Ley de defensa de la Democracia en 1948 que proscribía al partido Comunista, el argumento que expresa sirve para referirse al periodo de la dictadura, con lo cual puede suponerse un continuo contrainsurgente expresado en términos anticomunistas durante el siglo xx chileno.

¹⁰ “Discurso del general Pinochet”, en Academia Superior de Seguridad Nacional, Seguridad Nacional, Santiago, La Academia, 1976, 3-4, citado en VALDIVIA, *Óp. cit.*, p. 174.

¹¹ Pinochet, citado en NÚÑEZ, *Óp. cit.*, p. 84.

Democracia Cristiana, se aprovechaban y profundizaban de la situación de miseria de los marginados al explotarlos políticamente para satisfacer sus propios intereses. Fue así que a partir de esta doble dimensión (contrainsurgencia y legitimación discursiva de ésta) el anticomunismo como práctica simbólica y política vendría en un “conjunto de paradigmas, modelos, imágenes, símbolos, valores y representaciones con los cuales crecientes sectores, y en particular los civiles y militares directamente involucrados en el golpe, moldearon una ideología capaz de construir un enemigo donde había un adversario político.”¹² Es decir, un sujeto destinado a ser derrocado y hacerlo desaparecer por exclusión o exterminio, para desestructurar y evitar la propagación y conservación de un tipo de relaciones sociales de corte contra-hegemónico, expresadas también en los demás sujetos sociales anti-dictatoriales y/o anticapitalistas del momento.

A partir de ello una de las principales acciones fue la paralización y consiguiente destrucción del sistema político de 1973, que paulatinamente estaría dirigido a su refundación a partir del Plan de Chacarillas de 1977 y de la Constitución de 1980. Con el golpe de estado los partidos de izquierda fueron ilegalizados (brutalmente reprimidos), las demás organizaciones partidarias y políticas, entre ellas la Democracia Cristiana, puestas en receso y algunas otras, como el Partido Nacional, auto-disueltas. Y, posteriormente, todas puestas fuera de la Ley en 1977. El principal efecto sería que “la clase política y sus organizaciones queda[ron] particularmente desconectadas tanto del referente de su acción, el Estado, como de la base social que articulaban”,¹³ con la consecuencia de desactivar a las fuerzas políticas principales y de agudizar la atomización social. Esto se acompañaría con la prohibición a las “organizaciones gremiales, vecinales, estudiantiles y comunitarias” de renovar electoralmente a sus directivas, pudiendo ser retiradas de su cargo por el régimen militar. Y se profundizaría con la municipalización del país a partir de la cual se trató de hacer más eficiente la administración pública al “descentralizar el proceso de las decisiones que no revisten carácter político”, lo que al mismo tiempo consolidó el poder vertical de la Junta Militar ya que los diferentes intendentes y gobernadores regionales eran designados por el Jefe de Estado, Augusto Pinochet.¹⁴

Como bien se sabe, todo esto estuvo atravesado y sostenido por el terrorismo de estado que se sistematizaría e institucionalizaría como una práctica política organizadora de lo social

¹² *Ibíd.*, p. 87.

¹³ GARRETÓN, “Modelo y proyecto político del régimen militar chileno” en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIV, núm. 2, abril-junio de 1982, pp. 370-371.

¹⁴ VERGARA, Pilar, “Las transformaciones del Estado chileno bajo el régimen militar” en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIV, núm. 2, abril-junio de 1982, p. 439.

agenciada principal, aunque no únicamente, por la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), luego sustituida en 1977 por la Central Nacional de Informaciones (CNI), que continuaría con las mismas funciones represivas aunque de manera más selectiva. Lo importante de ello es que a través de las desapariciones, centros de tortura, censura, exilios, en conjunto con las delaciones, “traiciones” y microautoritarismos sociales, la dictadura fue capaz de desarticular el tejido social en general, y a la organización sociopolítica antisistémica en particular, que preparó el terreno para la reestructuración de las diversas esferas de la sociedad chilena y que devendría en la implementación del sistema neoliberal.

En efecto:

Hablamos de la destrucción y aniquilamiento de un conjunto de mediaciones sociales visualizadas con capacidad de promover un programa cultural alternativo y acciones políticas de desobediencia (partidos de izquierdas, organizaciones culturales), defender marcos legales, derechos políticos y cívicos y prácticas republicanas instituidas (Iglesias, asociaciones de derechos humanos, organizaciones estudiantiles) o encabezar estrategias de resistencia cívicas y territoriales (juntas de vecinos y organizaciones sindicales y mapuches)¹⁵

Que al ser eliminadas o contenidas por medio del terror, el dolor y la violencia del régimen militar, permitieron instaurar un paquete de modernizaciones neoliberales que aplicarían su propia violencia a lo largo del tejido social al redoblar la explotación capitalista en el país y legitimar de vuelta la represión estatal para sostenerse. Fue así que desde un principio, la dictadura optó por revertir las principales acciones del gobierno de la UP, reprivatizando las empresas intervenidas por el estado y las tierras expropiadas u ocupadas por el movimiento popular durante el gobierno de Allende. Igualmente, liberalizando la economía para mejorar las condiciones para el capital internacional y para los grandes capitales nacionales. Pero a partir de 1975 y prácticamente de 1979, con el triunfo de los sectores tecnocráticos sobre la derecha nacionalista, el régimen avanzó claramente en la reestructuración del capitalismo en clave neoliberal. A partir de ello extendió las privatizaciones a las áreas clave del desarrollo nacional: a los sectores energéticos y de telecomunicaciones, a la seguridad social y a la legislación laboral, que reducía de manera atroz las condiciones favorables de los trabajadores y sus posibilidades de organizarse para

¹⁵ NÚÑEZ, *Óp. cit.*, p. 20.

defenderlas o ampliarlas.¹⁶ El costo social de estas políticas resultó demasiado alto: “rebaja del 50% del poder adquisitivo de los trabajadores, una cesantía cercana al 20% y la quiebra de pequeños comerciantes y talleres artesanales,”¹⁷ y la reorganización de las relaciones sociales del anterior modelo de producción, con sentido neoliberal.

Esto fue posible porque, como apunta Verónica Valdivia, la dictadura acompañó las reformas neoliberales estructurales con la construcción de una asistencia social que intentaba recabar y reorganizar el apoyo, en especial, de los sectores populares, “lo cual supuso complementar la decisión de resocializarlo exclusivamente a través de la represión, con políticas sociales que permitieran su cooptación.”¹⁸ Dicha opción política se basaba en el supuesto de que la expansión del marxismo tenía que ver con la situación de subdesarrollo y pobreza del mundo popular que era aprovechada por las diversas izquierdas para sus planes “subversivos”.¹⁹ Para ello “El pueblo fue definido por el mundo militar como aquel que amaba la libertad y repudiaba el marxismo y sus intentos de dividirlo,”²⁰ lo cual justificaba que, también por medio de diversos mecanismos clientelares y de asistencia social, se llevaran a cabo acciones de resocialización en clave neoliberal. Ejemplo de ello fue la idea del ahorro familiar en manos de las amas de casa frente a la caída de los salarios y el desempleo en lugar de la organización sindical en los lugares de trabajo, a partir de lo cual “los hogares debían ser entendidos como una unidad económica, manejada con criterios empresariales,” acompañados de un sesgo anticomunista importante.²¹ De esta manera, la relación “no represiva” sobre el “pueblo de Chile”, igualmente resultó una práctica contrainsurgente,

¹⁶ BRAVO, *La voz de los 80'...*, pp. 45-51.

¹⁷ VITALE, Luis, “Gobierno de Pinochet y Fuerzas Armadas como institución” en Luis Vitales, (et. al.), *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende y Pinochet*, Chile-América/CESOC, Santiago de Chile, 1999, p. 14.

¹⁸ VALDIVIA, *Óp. cit.*, p. 166.

¹⁹ Esto puede verse en la siguiente cita que recoge Valdivia: “nuestra reciente experiencia nacional confirma este análisis. Se acentúa así la relación entre seguridad y desarrollo nacional, ya que obviamente todas aquellas lacras propias de una institucionalidad anticuada, del subdesarrollo económico y de la injusticia social, crean condiciones de inestabilidad política y en última instancia conforman una latente y poderosa amenaza a la seguridad nacional, al ser explotadas por activistas”. “Declaración de Principios del Gobierno de Chile, p. 177. Según la autora, esta preocupación por el subdesarrollo como elemento potencial de la subversión es una especificidad de la dictadura chilena en América Latina, ya que otras, por ejemplo, tildaban única o mayoritariamente al actuar perverso del comunismo soviético y nacional. Ver, Valdivia, *Óp. cit.*”

²⁰ *Ibíd.*, p. 179. Ejemplo de ello es la siguiente cita: “Las fuerzas armadas [...] reiteran una vez más que la lucha no es contra el pueblo de Chile, sino que en defensa de ese pueblo que ama la libertad. En defensa de esa mayoría absoluta que repudia el marxismo.”²⁰ (Bando N° 6 y 9, en Manuel Antonio Garretón, *Por la fuerza, sin la razón. Análisis y textos de los bandos de la dictadura militar*, Santiago, Lom Ediciones, 1998, 62 y 64, ambos del 11 de septiembre, citado en *Ibíd.*, p. 178.)

²¹ *Ibíd.*, p. 187 y p. 196.

aunque de corte diferente, que intentaba aislar a la izquierda marxista de sus potenciales bases sociales, sembrar el neoliberalismo en el corazón del mundo popular bajo una perspectiva despolitizada de los problemas cotidianos y proveer al régimen de una base social de gran importancia.

Para cristalizar todos estos aspectos, la dictadura también avanzó en su institucionalización, proceso clave para esta investigación. En 1977 el régimen militar anunció a Chile su propia propuesta para transitar a la democracia: el “Plan de Chacarillas” de julio de dicho año, fue la promesa de un incipiente proceso de institucionalización del régimen que se afianzó y definió con la Constitución de 1980. En él, se anunciaba la necesidad de legalizar un nuevo Estado de derecho en el que existiera una “democracia que sea autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social.” El corte autoritario se definía como la única manera en que un marco jurídico podría garantizar el respeto a los derechos individuales: sólo con instituciones políticas “firmes” e irreprochables se podría asegurar el suficiente poder para que el Estado se convirtiera en un repartidor efectivo de justicia. Una democracia protegida era necesaria porque debía observarse que no se contaminara con valores ajenos a los que el régimen entendía como nacionales (como el comunismo). Integradora, porque tendría que ser capaz de dirigir políticamente un único modelo de desarrollo socioeconómico (el neoliberalismo), que sería entendido como modelo nacional y continuado por los gobiernos posteriores a Pinochet. Tecnificada, porque atendería más a los principios de eficiencia y científicidad económica, acorde a una lógica tecnocrática del poder. De participación social, porque la acción del capital privado debía entenderse como acción social y política.

Con ello, también declaraba una forma de transitar a la democracia. El arribo a la “democracia protegida” aludía a un proceso lento y gradual que tendría que pasar por la etapa “de recuperación, la de transición y la de normalidad o consolidación.” La primera se identificaba con la “salvación” de la patria del germen marxista-comunista, que iba del golpe de Estado hasta el momento actual del Plan de Chacarillas. Ésta había involucrado, según los militares, un momento de tensión (violenta) para el ordenamiento de la vida social en todos sus aspectos, lo que había hecho “necesario” una fuerte presencia de las Fuerzas Armadas y de Orden en la dirigencia política chilena, con una pasiva cooperación de la sociedad civil. La segunda, refería a la construcción de un marco institucional-jurídico creado desde el momento anterior, en el cual los ya semi-adiestrados políticos civiles pasaran a ser copartícipes del gobierno con las Fuerzas Armadas. La última, suponía el arraigamiento completo de dicho marco en todas las esferas sociales, políticas, económicas... en Chile, por

lo que era posible que la civilidad se encargara fundamentalmente de gobernar y las FFAA solamente de tutelar.

Con la Constitución de 1980 —que desarrollaba el marco legal para la realización de la “democracia protegida” y de un sistema socioeconómico neoliberal—el régimen militar anunció el momento de la transición. Fijaba que por los próximos ocho años Augusto Pinochet seguiría encargado del poder ejecutivo y la Junta militar del poder legislativo, para encargarse a través de artículos constitucionales transitorios del arraigo institucional arriba comentado. Al final de ese período, para 1988 se preveía la realización de otro plebiscito para decidir si Pinochet seguiría como presidente de la República por un lapso de ocho años más o si sería preciso elegir a otro candidato propuesto por la misma Junta y con la vigencia plena ahora sí de la Constitución del ochenta. Era, pues, la promesa jurídica de que el régimen podía (y tenía ahora el derecho) de extenderse hasta 1996 para terminar y afianzar su magna obra: una nueva sociedad.

Pero la historia estaba a punto de dar la vuelta y en 1983, en el contexto de una de las crisis económicas más profundas y desgarradoras del país (por lo demás, causada por la implementación del modelo neoliberal), ocurriría uno de los movimientos de protesta más grandes de América Latina, con la capacidad de desestabilizar a la dictadura y de gritar en voz alta y por casi dos años enteros y seguidos “¡Democracia ahora!”.

3. LA DISPUTA POR LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA, 1983-1984

3.1 Las Jornadas Nacionales de Protesta

El 11 de mayo de 1983, la Confederación de los Trabajadores del Cobre (CTC) convocó a una protesta de base amplia en contra del régimen militar. El grueso de la sociedad chilena, incluidos militares, convocantes y partidos políticos de oposición, fue sorprendida con la respuesta masiva y diversa que obtuvieron los mineros: trabajadores(as), estudiantes, una parte importante de las clases medias —gremios profesionales, pequeños y medianos empresarios— viejas y nuevas organizaciones políticas y un amplio número de poblaciones populares acudieron al llamado y se movilizaron de manera distinta y persistente esa y diez veces más.

A partir de entonces las protestas comenzaron a expandirse más allá de Santiago y a repetirse cada mes —con la excepción del periodo que va de noviembre de 1983 a marzo de 1984 y de abril de 1984 a agosto del mismo año, en la que sólo se consumaron dos

manifestaciones cada 4 meses—hasta su suspensión en noviembre de 1984 cuando Pinochet impuso nuevamente el Estado de Sitio. Pero, a pesar de ello, las protestas ya habían tenido uno de sus efectos políticos más importantes: la rearticulación pública de los partidos políticos que, en parte, dirigieron su accionar a la conformación de bloques para consolidar su presencia en el campo político. El primero en aparecer fue la Alianza Democrática el 8 de agosto de 1983 que nucleaba a la Democracia Cristiana, al Partido Socialista- Núñez, al Partido Radical, a la Derecha Republicana, entre otros, y que representaban una tendencia de centro-derecha. A la par surgió el Bloque Socialista (BS) que intentaba reunificar al socialismo chileno bajo los aleros de lo que se denominó la “renovación socialista”. Y por último se conformó el Movimiento Democrático Popular (MDP) el 20 de septiembre de 1983 constituido por el Partido Comunista, el Partido Socialista-Almeyda y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.²² De diversas maneras, todos los conglomerados se sumaron a las protestas durante casi todo el periodo, iniciando una disputa entre sí por el control de las manifestaciones y su redirección política.

Si bien, en todas las movilizaciones se convocó con un instructivo de manifestación específico, la multiplicidad identitaria de los participantes impedía que la protesta se redujera a los límites de acción que marcaban dichas instrucciones. De esta manera, durante el periodo pudo observarse diferentes arsenales de lucha, donde los más confrontativos y radicalizados surgían de los sectores estudiantiles, populares y partidos de izquierda marxista: mítines, concentraciones, paros y huelgas en las escuelas, en los lugares de trabajo y en los espacios públicos, al igual que marchas por las avenidas principales (sobre todo, sindicales, estudiantes, clases medias y gremios profesionales), toque cacerolas desde las ventanas de las casas (clases medias), marchas locales con prácticas de autodefensa como barricadas, miguelitos, etc. (poblaciones), estallidos de bombas y ejecución de ciertos atentados, por ejemplo a tendidos eléctricos, que la mayoría de las veces antecedía o sucedía a las protestas. Todo esto, acompañado de la represión legal e ilegal, física y discursiva del régimen antes, durante y después de las movilizaciones. Igualmente, durante este periodo, aun cuando se acordaba uno o varios días específicos para la protesta nacional, la lucha anti-dictatorial no se redujo simplemente a los días convocados, ni tampoco las acciones de la dictadura y de sus partidarios. La posibilidad de llevar a cabo manifestaciones en contra de la dictadura, al igual que las acciones represivas del régimen, operaban en cualquier momento fuera o dentro del día elegido para protestar. En consecuencia a los días oficiales marcados por cada

²² TOVAR MENDOZA, Justo, *La negociación de la transición democrática en Chile (1983-1989)*. Consultado el 18/05/2013. Disponible en: <http://www.dii.uchile.cl/~webmgpp/estudiosCaso/CASO42.pdf>

convocatoria deben sumársele los días que conmemoraban algún hecho importante del pasado o uno que iba aconteciendo en las mismas protestas. Al igual que otras prácticas distintas a la movilización, pero referidas a ellas siempre de alguna manera, que tienen que ver con los encuentros entre diversas agrupaciones opositoras entre sí y con el régimen, tales como seminarios, reuniones, congresos, intentos de negociaciones, etc.

En conjunto los días “oficiales” de protesta con el resto de las acciones mencionadas, constituyeron e inauguraron un momento histórico de insubordinación generalizada y pública, atravesado por “una praxis cotidiana de organización y rebeldía ante el contexto en que hombres y mujeres se encontraban,”²³ que fue resultado de situaciones concretas y coyunturales, pero también de una acumulación histórica de opresión/explotación y de indignación/lucha en contra de ellas.²⁴ Y que, si bien durante este período no lograron derrocar a Pinochet, sí pudieron mantenerse por casi dos años con la potencialidad de causar ciertos efectos políticos de gran importancia. Entre ellos, como se dijo, la reactivación de los partidos políticos de oposición e, incluso, de apoyo al régimen, la “apertura política” de la dictadura que sucedería en agosto de 1983 y que daría lugar a un diálogo con la Alianza Democrática, el surgimiento de nuevas estrategias de transición y de nuevos grupos insurgentes, el rescate de la prensa como un sujeto comunicacional crítico, etc. Todo ello implicó la existencia de un poder propio de la oposición generado y sustentado en y a partir de las protestas, que centralizaba a la acción directa en primera línea para el cambio social. De esta manera, la protesta como método de lucha anti-dictatorial ocupó un lugar privilegiado en las estrategias de transición democrática del grueso de la oposición (incluso de aquellos con una política moderada y reformista como la Democracia Cristiana), que a su vez cobijó la posibilidad de manifestarse fuera de los días convocados. Fue así como, durante 1983 y 1984, se configuró una dimensión de lucha y de insubordinación social importante dentro del campo político chileno, sólo posible por “la explosión de las mayorías”, que hizo tambalear la correlación de fuerzas instaurada por la dictadura (sin que ello impidiera la represión estatal), que ensanchó el horizonte de lo posible concerniente al futuro político y

²³ VRABO, Viviana, “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989” en *Revista Política y Cultura*, núm. 37, primavera 2012, p. 97.

²⁴ En efecto, las protestas fueron el resultado de diversas resistencias públicas o clandestinas de distintos actores al régimen militar que hasta 1983 pudieron convergen en un espacio común de insubordinación. De esta manera, las protestas no son el inicio espontáneo ni inmediato del conflicto social y de la lucha antidictatorial en Chile, sino la reconfiguración, reconstitución y masificación de ello. La forma pública y medianamente compartida en la que diversas resistencias, anteriormente clandestinas, coartadas, indirectas, pudieron al fin “explotar”. Para mayor información Ver BRAVO, *La voz de los ochentas...*

a las formas de democratizar al país y que no se había visto en los diez años de régimen militar.

3.2. La disputa por la transición. El caso de los partidos políticos

El período de las Jornadas de Protesta puede estudiarse desde distintas aristas. En este capítulo, para entender la producción y sentido del discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana, sirve atender una dimensión del proceso en particular: la disputa por capitalizar la insubordinación movilizadora y poder dirigirla (en el sentido de liderarla y de conducirla de una manera específica) hacia una posible transición democrática. Para ello, no importa si todos los involucrados contaban con un proyecto bien definido o si esa competencia tenía reglas claras e instituidas. Lo que importa es que todos contaban con una definición de la realidad más o menos establecida y con una estrategia política o una propuesta transitoria más o menos acabada, en competencia y disputa con otras en el campo político chileno.

Para estudiar este proceso debe tenerse en cuenta que durante 1983 y 1984 las diversas fuerzas políticas de oposición y de apoyo al régimen comenzaron a definirse y redefinirse estratégicamente. Es decir que, si para algunos era claro que se debía capitalizar el descontento de las protestas para un fin específico, no lo era el modo en que se lograría o incluso si se alcanzaría. Es por ello que debe considerarse que éste es un periodo de política incierta y de apuestas estratégicas, sin capacidad de saber y/o poder controlar los desenlaces y los procesos políticos generales. Igualmente, que es un periodo en el que la participación y la estrategia política versaron sobre “quién debía planificar, desarrollar y liderar las iniciativas contra el gobierno militar.”²⁵ Y por lo tanto, quién decidiría los agentes, las maneras y los tiempos en los que debería hacerse. Una discusión teórica/práctica del sujeto histórico de la transición, por llamarlo de alguna manera, y del proceso que éste debía llevar a cabo y a cargo para arribar a la democracia, que implicaba en la lucha en contra de la dictadura no sólo la posibilidad de sacar a Pinochet del poder, sino de quién lo sacaría, cómo lo sacaría y sobre todo, para qué sería sacado. En consiguiente la lucha por la democracia no fue sólo una disputa por los medios, sino también por los fines y por el tipo de orden social perseguido. En los años estudiados esta contienda por el control de la transición no se resolvió por completo. En consecuencia, es importante reconocer que no pudo imponerse un proyecto de democratización sobre otros, ni controlar o excluir los modos, tiempos y sujetos de la protesta. Lo cual, no significó que las acciones de uno no incidieran en las acciones de las

²⁵ FREI ORTEGA, Eugenio, *Historia de una Alianza Política. El partido socialista de Chile y el partido demócrata cristiano*, CED-CESOC, Santiago de Chile, 1990, p. 37

demás, simplemente que ningún sujeto participante, sobre todo en el campo opositor, pudo hegemonizar la contienda política durante este período.

Ahora bien, esta fue una disputa que atravesó a la mayoría de los sujetos implicados en las protestas, pero en lo que sigue sólo se atenderá al conflicto mantenido entre los partidos políticos, aunque se hará referencia a otros actores. El motivo, no es sumarse a la tesis historiográfica que asumen a las organizaciones partidarias como aquellas que controlaron desde el principio al movimiento de protesta y, más aún, a la transición democrática en su conjunto.²⁶ Por el contrario, sostengo que 1983 sí fue el año en el que los partidos políticos volvieron a la escena pública, en el que fueron resaltados más que nunca en los diarios y revistas nacionales e internacionales y en el que algunos dejaron la clandestinidad incluso para marchar cara a cara con los demás manifestantes. Pero también que en esta reaparición en sí misma, se inscribía la reconstrucción de los partidos y su rearticulación con sus bases sociales. Como se vio en el primer apartado, la primera década de dictadura, en lo que respecta a la represión política, no había pasado en vano y para 1983 la intensidad y magnitud de las protestas también habían tomado a los partidos de oposición por sorpresa.

De esta manera, sin negar el papel de los partidos políticos en la transición chilena y sus lazos profundos con otros sectores sociopolíticos, “Es importante tener presente que” con las protestas “el pueblo de Chile ha salido a la calle sin defender [únicamente] ningún proyecto ideológico que pueda asignarse a alguna de las fuerzas políticas tradicionales [DC, PS. PC, MIR, etc.]”²⁷ Más bien, en esta ocasión los partidos políticos, y quizá sería más preciso decir, las directivas partidarias, tuvieron que encontrar la manera de articular sus proyectos con las de las acciones sociales que protestaban, e inscribirse a lado de ellas para poder participar (con las pretensiones de direccionarlas) en la efervescencia social que “explotaba”. Pasaba que, si es cierto que varios militantes no habían abandonado su trabajo comunitario, incluso algunas veces éste le había ayudado en su propia sobrevivencia clandestina, entre las estrategias que iban dibujando las directivas (muchas en el exterior) y entre lo que se iba viviendo dentro de Chile, existía en algunas ocasiones una distancia abismal.²⁸ Así pues, como narraba un diario de la época, “Es posible, entonces, pensar, que esa clase política que Pinochet desea erradicar de la sociedad chilena haya encontrado,

²⁶ Para un ejemplo ver BOENINGER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997.

²⁷ ZAPATA, Francisco, “Fuerzas Sociales en Chile” en *Estudios Sociológicos*, vol. 2, núm. 4, enero-abril, p. 195.

²⁸ Un ejemplo de ello se puede encontrar en el libro de Rolando Álvarez, *Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, LOM, Santiago de Chile, 2003.

obligado por la acción social en la base, la forma de responder al desafío del general y defender su razón de ser,”²⁹ cualquiera que fuera ésta y cualquiera que fuera su propuesta transitiva. De esta manera, *los señores políticos*, como llamaba Pinochet a los partidos, podían sentirse de regreso en el campo político siempre y cuando no se alejasen de las protestas.³⁰

La opción por centrarse en los partidos, en cambio, tiene el objetivo de ubicar a los interlocutores directos de la Democracia Cristiana, que además fungieron como sus potenciales y prácticos aliados o rivales, igualmente convertidos en enemigos políticos. Esto permite hacer una observación más, también acaecida en otras esferas y con otros actores no partidarios: la guerra fría como un conflicto estructurante de la lucha por la democracia. A partir de ello, los sujetos implicados tomaron posición respecto a los otros sujetos, respecto al orden social en vigencia y respecto a lo posible y deseable para transitar a la democracia. Se perfilaron entonces, visto a grandes rasgos, dos procesos contrarios pero relacionados. Por una parte “el renacer de la amenaza social, acompañada ahora de una política de perspectivas rupturistas de un importante sector de la izquierda.”³¹ Ello sostuvo en gran parte a las protestas, y sobre todo, su parte más radicalizada y contraria a la dictadura tanto como régimen político como orden socioeconómico, que bajos las lógicas de la *violencia política popular*, inscribió en el horizonte de lo posible una salida democrática de corte popular y anticapitalista, con la exigencia de la unidad opositora. Al mismo tiempo se fueron constituyendo distintos frentes que optaron por contener esta centralidad y dinamismo de los sujetos radicalizados y de la izquierda marxista, cuya importancia estriba en que provinieron de dos lugares diferentes: de la dictadura y de la propia oposición moderada. Con distintos matices, dispositivos políticos y objetivos, ambos sectores incluyeron en sus propuestas transitivas la necesidad de contener al movimiento popular radicalizado con las protestas, y de excluir a la izquierda marxista de la transición.

De ninguna manera la tipificación de estas experiencias políticas puede pensarse como constitutivas de dos bloques homogéneos y herméticos. Más bien, tendrían que considerarse como ciertas acciones y disposiciones que los llevaron a coincidir en ciertos propósitos y en ciertos espacios, que además unían también a la oposición moderada y a la oposición marxista

²⁹ ZAPATA, *Op. Cit.*, p. 196.

³⁰ Por lo tanto, no estamos de acuerdo con la segunda parte en cursivas de la siguiente aseveración: “[...] la explosión social forzó al régimen a aceptar una liberación de facto del orden político, abriendo espacio para la acción de los partidos, *para convertirse en poco tiempo en conductores indiscutibles de la disidencia.*” (BOENINGER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997, p. 297. Las cursivas son nuestras.)

³¹ GASPARTAPI, Gabriel, “La ofensiva política de la dictadura”, p. 186. Consultado el: 07/09/2012. Disponible en:

<http://www.worldcat.org/title/chile-la-ofensiva-politica-de-la-dictadura/oclc/048285216>

en varios momentos. Pero observar analíticamente sus puntos de encuentro y de rechazo sí permite sostener que fueron marcando una dinámica histórica y política en la cual la izquierda marxista y el movimiento popular radicalizado tenían una presencia política importante durante el periodo de las protestas. Y que, al mismo tiempo entre la dictadura y la oposición moderada, se comenzaba a perfilar una posible aunque lejana alianza, que se expresaba en estos momentos como puentes políticos e ideológicos y ciertas acciones (como el dialogo de 1983) para contener la radicalidad del movimiento popular y excluir a la izquierda marxista de la transición. Lo cual, como se verá en el siguiente capítulo, llevará a la Democracia Cristiana, a alinearse poco a poco con la propuesta transitoria del régimen militar, y con ello, a contribuir a sus posibilidades de ejecución, gracias a su principal punto de encuentro: el anticomunismo. Así, se podrá realzar y reconocer la responsabilidad de la oposición moderada, principalmente de la AD posteriormente convertida en la Concertación de Partidos por la Democracia, en la consolidación y continuación del proyecto político y social de la dictadura, la democracia protegida y el régimen neoliberal que sobrevivió casi íntegro después del fin del gobierno de Pinochet.

3.3 La violencia política popular: la izquierda marxista y el movimiento popular radicalizado durante las protestas

En la lucha por la democratización en Chile, varios sujetos actuaron bajo las lógicas de la *violencia política popular* a partir de la cual, aunque se discutiera a profundidad el modelo de democracia por venir, se instauró en el campo político una vertiente democratizadora de corte violento con una perspectiva anti-capitalista, en abierta contradicción con la institucionalidad del régimen militar. Partiendo de Gabriel Salazar, la violencia política popular puede entenderse como una práctica colectiva que toma “actitudes de protesta” y de insubordinación en forma de acción directa y/o violenta, entendida y orientada a la transformación social. Así, según Salazar, puede considerarse como la violencia ejercida por el movimiento popular y sus aliados partidarios, la izquierda marxista en este caso, que históricamente en Chile ha estado dirigida en contra del estado y del sistema de dominación capitalista en turno (sobre todo en clave liberal) y, en consiguiente, sobre los sujetos y las representaciones materiales que lo encarnan y defienden (“autoridades, patrones, FF.AA, adversarios políticos”, símbolos del orden y del capital), con el propósito de cambiar el estado

de las cosas en función de una sociedad más justa e igualitaria.³² Considero que resulta política en tanto se introduce en la disputa social por *la definición de la realidad*, porque busca producir efectos en el campo político e incidir en la producción de lo social a partir de la violencia popular. Ello implica que los sujetos populares y sus representantes intentan y aspiran a participar, influir y, en el mejor de los casos, a dirigir el conflicto social incorporando la acción directa y violenta (entre otras), en función de manifestar, pautar y producir un tipo de sociedad específica que los libere o aligere su situación de oprimidos y explotados.

Durante las jornadas de protesta diversos sujetos hicieron suyos algunos aspectos de la *vvp*, como los estudiantes, militantes de diversos partidos aun demócratacristianos, religiosos de base, etc. Pero hubo algunos que volcaron en gran medida su accionar colectivo y su organización a la lógica de la violencia política popular. A partir de ello convergieron entre sí y produjeron propuestas de transición democrática doblemente rupturistas: tanto con el orden político instaurado por la dictadura, “la democracia protegida”, como con el sistema resguardado por ella, el capitalismo en clave neoliberal, tomando una posición tanto en el conflicto por la democracia, como dentro del conflicto final de la guerra fría. En lo que sigue se analizarán algunos de ellos, los más representativos del periodo e importantes para la producción del discurso anti-violencia de la DC.

3.3.1 La centralidad política del Partido Comunista durante las protestas

El principal representante de esta tendencia fue el Partido Comunista de Chile. A inicios de los ochentas, y todavía cuando iniciaron las protestas, el MIR se encontraba altamente debilitado por la represión dictatorial y otros grupos, como el MAPU-Lautaro, comenzaban apenas a constituirse y a ensayar la violencia dentro de su práctica política. Mientras, otros sujetos como las poblaciones, a pesar de su alto grado de organización y radicalidad, limitaban su accionar a una escala local. Por su parte, aunque en estrecha relación con estos actores, el PC no sólo tenía presencia en diversos sectores sociales a nivel nacional, también sostuvo al interior de su organización una discusión y una implementación más consistente sobre las maneras de introducir a la violencia en una estrategia democratizadora y anti-dictatorial, igualmente acababa de constituir un brazo armado altamente especializado (el Frente Patriótico Manuel Rodríguez) que no había sufrido el terrorismo de estado, mientras extendía un llamado a la DC para constituir un frente opositor amplio y unido en contra de la dictadura, (que a pesar de los rechazos obtenía críticas favorables de otras partes

³² SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las “Grandes alamedas”*. Santiago de Chile, 1947-1987 (*Una perspectiva histórico-popular*), SUR, Santiago de Chile, 1990, pp. 52, 56, 112.

de la oposición) y lograba articular en torno suyo a los otros sujetos que buscaban derrotar violentamente a la dictadura en el Movimiento Democrático Popular, al igual que mantener un trabajo de masas con los sujetos sociales más radicalizados, como los estudiantes, algunos sectores de trabajadores, y sobre todo, las poblaciones populares.

Esto no significó que el PC controlara totalmente al sector radicalizado de la oposición ni al movimiento popular. Tampoco que fuera la única o principal fuerza opositora o democratizadora. Aunque era una de las principales, y aunque tenía una presencia importante en el movimiento social antidictadura, desde mi punto de vista su importancia radica en que representó a una fuerza política con el capital político, social y simbólico necesario para definir (como proyecto estratégico) una dirección rupturista de la transición democrática. Con esto no quiero decir que otros sujetos políticos, como los de corte popular, no fueran capaces de crear organización o sentido político para su accionar y sus demandas democratizadoras. Sino que el PC, por el tipo de recursos con los que contaba, (mayores a los de otras fuerzas marxistas, pero al mismo tiempo convergentes con la sensibilidad política de su propia militancia radicalizada y de otros sujetos sociales), tuvo mayor capacidad de construir un discurso público, una estrategia discursiva y una estrategia transitiva consolidada en el campo opositor, siempre avalada por su ligazón al movimiento popular y a las otras fuerzas de izquierda marxista. A partir de ello, puede signarse como “la amenaza política” más importante del momento para el régimen militar. Y, como se verá posteriormente, también para la propia Democracia Cristiana, que hará del PC el principal sujeto de estigmatización de su discurso antiviolencia. Estigmatización sólo entendible, además de la raigambre anticomunista de la DC, por este potencial político del comunismo chileno que – de manera similar a como había sucedido con la elección de 1964 y 1970– convertiría al PC en el rival principal de la Democracia Cristiana para liderar el proceso político en ciernes.

3.3.2 De la vía chilena al socialismo a la defensa armada de la Revolución: la violencia en la estrategia transitiva del PC

Desde la primera mitad del siglo XX el Partido Comunista (PC) había configurado y elegido “la estrategia gradualista de construcción socialista y la tesis de la colaboración con la llamada ‘burguesía nacional’, ”³³ aunque, como afirmaba el propio PC “por aliarnos con

³³ MOULIÁN, Tomás e Isabel Torres, “¿Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?” en Augusto Varas, *Op. cit.*, p.292.

otros sectores jamás abandonaremos la unidad socialista-comunista”.³⁴ Ello involucraba optar por la participación electoral, como una manera de llegar al poder por medios de las urnas y comenzar desde allí un tránsito progresivo al socialismo. En la práctica significaba priorizar la unidad de las fuerzas partidarias marxistas-leninistas y el trabajo legal de masas principalmente obreras, confiar en *la tradición democrática chilena* y en la *neutralidad de las FF.AA.*, así como tender diferentes líneas de acción conjunta con el centro político y las clases medias. En consonancia, las directivas comunistas en Chile se alejaban de las perspectivas armadas y habían hecho frente a algunas corrientes al interior del partido que, de diferentes maneras, proponían el uso de la violencia como práctica política-estratégica. A pesar de ello, como explicaba el propio PC, la agrupación “no ha desalojado la posibilidad [de] que la revolución chilena se abra paso algún día a través de las armas”³⁵. Y en la actualidad, cómo afirmaba su secretario general Luis Corvalán, “‘la vía pacífica’ sólo excluía la guerra civil y la insurrección armada, pero, en ningún caso, acciones de masas que podían tener componentes de violencia, como las huelgas, o las tomas.” Al igual que sólo seguiría siendo una opción política en tanto las clases dominantes no eligieran a su vez un enfrentamiento violento para frenar la revolución socialista.³⁶

Si el triunfo electoral de la Unidad Popular en 1970 parecía darle la razón al PC, el golpe de 1973 lo obligó a serias auto-críticas y reformulaciones ideológicas, políticas y estratégicas. Desde ciertos sectores de la militancia comunista y del movimiento popular adepto, hasta el Partido Comunista de la Unión Soviética con diversas perspectivas y razones, hicieron sentir y saber al partido la ausencia y deficiencias que había tenido para “defender” la revolución en Chile. Con ello, el militar comenzó a entrar en el debate interno entendido como un vacío estratégico por parte de la UP que, en parte, había hecho posible el avance de la reacción al no oponer una resistencia eficiente. Esta discusión tomó fuerza después de los grandes golpes represivos contra el PC a mediados de los setentas, de los intentos infructuosos por construir Frentes Anti-fascistas para derrotar a la dictadura (ofrecidos al centro político y rechazados sistemáticamente por éste) y de la aprobación plebiscitaria de la Constitución de 1980 que mostró la fuerza del régimen militar y que, en conjunto, hicieron necesario una nueva estrategia de lucha antidictatorial. Fue entonces cuando la producción intelectual del partido (con centro en la República Democrática de Alemania, en Berlín y al

³⁴ “Informe del Comité Central del Partido Comunista de Chile al X Congreso” 1956, citado en *Ibíd.*, p. 293.

³⁵ GONZÁLEZ, Galo, “Vigilancia revolucionaria en la lucha por la línea del Partido”, *Boletín interno En Marcha*, núm. 1, octubre 1957, citado en *Ibíd.*, p. 294.

³⁶ Basado en L. Corvalán, “Acerca de la vía pacífica”, 1961, “La vía pacífica y la alternativa de la vía violenta” 1961 y “Nuestra vía revolucionaria”, 1964, citado en *Ibíd.*, pp. 294-295.

interior de Chile en el Equipo de Dirección Interior), sobre la derrota de la UP y la necesidad de un componente militar para enfrentar al régimen, así como la situación propia de los militantes radicados en Chile que radicalizaron sus acciones cotidianas como medios de autodefensa, fueron escuchados por la directiva del PC.³⁷ Subrayando la lucha de masas como soporte fundamental de la política comunista en cualquier momento, en 1980 Luis Corvalán anunció desde Moscú un viraje histórico: ante una dictadura que se eternizaba, resultaba imperioso aceptar la pertinencia de *todas las formas de lucha*, admitir sin lugar a dudas que “el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida”.³⁸

La opción por la violencia aparecía legítima frente a un régimen que actuaba despiadadamente y que había cerrado cualquier vía en la que se pudiera incidir de otra manera. En consiguiente era preciso considerar que “El grado de la violencia depende del régimen que se está enfrentando. Sin duda es diferente desarrollar la lucha de masas bajo un régimen democrático como los existentes antes de 1973, a desarrollar la lucha de masas bajo un régimen fascista”.³⁹ En las condiciones actuales, y si se quería regresar a un sistema democrático, la violencia debía considerarse tanto como un derecho del pueblo para enfrentarse a los abusos y excesos de la dictadura, como una condición de necesidad para poder hacerlo.⁴⁰ Porque incluso, refiriéndose a la Democracia Cristiana: “La doctrina Social de la Iglesia, ya desde Santo Tomás de Aquino establece que la rebelión es legítima en ciertas condiciones. ¡Una de ellas es que exista un exceso de tiranía!”⁴¹

Si ello quedaba lo suficientemente claro para anunciarlo como una posición oficial, todavía no se acordaba la manera concreta en que la violencia debía implementarse, pues “El

³⁷ Todo el párrafo basado en ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007, pp. 166-172.

³⁸ “Discurso pronunciado por el compañero Luis Corvalán en un acto celebrado por el Comité de Solidaridad con Chile”, Moscú septiembre de 1980, citado en ÁLVAREZ, Rolando, *Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, LOM, Santiago de Chile, 2003, p. 216. Por otro lado, Viviano Bravo sostiene que uno entre varios de los factores que hizo que el PC admitiera la “violencia aguda”, como la llamó Luis Corvalán, fue que no pudo aliarse con la DC para un frente unitario, lo que hacía que la estrategia violentista que pugnaba con la estrategia unitaria de las diversas fuerzas de oposición dentro del PC ganara dentro del partido. (BRAVO, Viviana *Rebeldes audaces: pasajes de la resistencia contra la dictadura en Chile. El caso del Partido Comunista. (1973-1986)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2007, p. 147).

³⁹ “Mesa redonda con la Dirección Clandestina del Partido Comunista” en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior nº 56, noviembre-diciembre de 1982, citado en ÁLVAREZ, *La tarea de las tareas...*, *Óp. cit.*, p. 206.

⁴⁰ MOULIÁN, Tomás e Isabel Torres, *Óp. cit.*, p. 302.

⁴¹ “Las acciones de violencia material armada y no armada y el probable curso del proceso político”. Septiembre de 1980, citado en ÁLVAREZ, *La tarea de las tareas...*, *Óp. cit.*, p. 210.

derecho a la rebelión plantea que puede haber más salidas, las cuales aún no se pueden determinar, sin dejar de lado la posibilidad de la insurrección.”⁴² En cambio, sí pudieron conformarse algunos lineamientos político-estratégicos que dieron lugar a la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM). En primera instancia, el objetivo político de esta estrategia quedaba establecido como la consecución de una “democracia avanzada” con miras al socialismo.⁴³ Posteriormente, en marzo de 1983, en pos de lograr la unidad política con la Democracia Cristiana, el PC afirmaría que no era necesario discutir por ahora el tipo de democracia aspirada y que no pretendía ser parte de los primeros gobiernos democráticos o de transición. Asimismo explicaba que la nueva estrategia no implicaba la constitución de un Ejército del Pueblo, sino que se insertaba dentro del tradicional trabajo de masas de los comunistas.⁴⁴ De esta manera, el PC podría relacionarse íntimamente con las necesidades y disposiciones del “pueblo chileno”, al igual que ayudarlo y radicalizarlo desde sus propias luchas para poner fin a la dictadura. En concreto, ello significaba llevar a cabo diversas formas de lucha tanto pacíficas y legales, como de acción directa y armada especializada o rudimentaria, con un doble objetivo. Por un lado, debilitar materialmente al régimen; por el otro, despertar, sembrar y desarrollar en el movimiento popular un sentido y ánimo combativo que lo hiciese rebelarse en todo espacio frente al orden imperante. De esta manera, la estrategia de transición comunista debía conseguir que “la gente pueda expresarse, participar, operar, salir a la calle, darles ánimo para protestar...”⁴⁵ y al mismo tiempo “contribuir a mostrar nuestra fuerza, a generar confianza en ella y a indicar que existe una alternativa al fascismo.”⁴⁶ En síntesis, a construir una subjetividad social capaz de rebelarse en tanto constatar la debilidad de la dictadura al ejecutar sus propias “acciones audaces”, creando un clima extremo de ingobernabilidad que provocaría la división de las FF.AA y potenciaría la caída del gobierno de Pinochet.

El inicio de las protestas fue tomado por los comunistas como una evidencia innegable de que la rebelión popular era factible y dedicó mayormente sus esfuerzos a conseguirla. Pero, de nuevo, si este objetivo resultaba claro, no lo era aún la forma concreta de lo político-militar que debía efectuarse para conseguirlo. El supuesto era que en el proceso mismo de radicalización de la lucha de masas, el movimiento popular construiría históricamente el

⁴² “Sobre carta de Álvaro”. Diciembre 1981.7. AIPC., citado en *Ibíd.*, p. 204.

⁴³ “Mesa redonda con la Dirección Clandestina del Partido Comunista” en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 56, noviembre-diciembre de 1982, citado en *Ibíd.*, p. 205.

⁴⁴ Ver *Ibíd.*

⁴⁵ Entrevista con Leonardo Fonseca 26/01/2006. Hecha por Rolando Álvarez en *Ibíd.*, p. 190.

⁴⁶ “Comunicación del Exterior al Interior”. (fecha probable noviembre de 1980). AIPC., citado en *Ibíd.*, p. 147

desenlace que fuera posible. Es decir, se admitía que con un movimiento de masas fuerte y preparado militarmente para atacar en cualquiera de sus modalidades, se podría vencer a la dictadura sin especificar por ahora el proceso social en el que sucedería. E incluso, en el mejor de los casos, como afirmaba la Comisión Política que operaba desde el exterior, esta falta de especificidad podría evitar un conflicto armado tal cual o una guerra civil y al mismo tiempo terminar con la dictadura. De esta manera, el PC barajó diversos desenlaces democratizadores, sin decidirse por uno hasta octubre de 1984. Por ejemplo, todavía en mayo y junio de 1984 el PC se decantaba por un Paro Nacional capaz de hacer caer a la dictadura, también resultado de seguir considerando a la clase obrera como el sujeto revolucionario por excelencia y de caracterizar al movimiento poblacional no como un sujeto social en sí, sino como los trabajadores en casa.⁴⁷ Asimismo, el año anterior el PC había declarado:

[...] estamos abiertos a que se contemplen todas las formas que permitan lograr los objetivos superiores... no somos ingenuos. Lo que corresponde es que logremos tener un movimiento tan grande de la ciudadanía que ojalá conjure la posibilidad de un enfrentamiento armado. Ese es el ideal. Pero si al pueblo se le cierran las puertas, si hay una represión persistente, ¿qué le corresponde? Levantarse, rebelarse...⁴⁸

De esta manera para los comunistas, durante 1983 y todavía en 1984 (es decir, durante todo el período de protestas aquí estudiado), un conflicto armado o una insurrección popular no sólo eran difíciles de lograr, sino que tampoco era absolutamente deseable. Pero aun así, era elegible en tanto existieran las condiciones que lo volvieran necesaria y posible: un contexto altamente represivo y un movimiento de masas grande y radicalizado que le pudiera hacer frente. Sería hasta el paro nacional de octubre de 1984, que el PC definiría el proceso haciéndolo por una perspectiva insurreccional:

Lo prevemos como un levantamiento o sublevación de masas que involucre a toda la población, a la mayor parte de las fuerzas políticas y sociales, y ojalá también parte de las FF.AA. que estén contra la dictadura. Se trata de llegar a un estado de rebelión generalizada, que logre la paralización real del país: alzamientos populares en los principales centros urbanos, con participación decidida del proletariado industrial, de los

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 221.

⁴⁸ *Revista Análisis*, 17 al 29 de agosto de 1983, núm. 62, citado en *Ibíd.*, p. 221.

estudiantes, de las capas medias y del campesinado. Tales acciones se verían fortalecidas por golpes efectivos en apoyo a la paralización, que ayuden a acelerar el desmoronamiento político-moral de las fuerzas represivas. La culminación de este proceso debiera ser el copamiento por las masas de los principales centros políticos del país.⁴⁹

En ese sentido, y a pesar del Estado de Sitio en noviembre de 1984 por el régimen militar, por fin se dejaba asentada en el campo político la posibilidad explícita de luchar por la insurrección nacional y popular para terminar con la dictadura.

3. 3.3 La organización militar del PC

Si conceptualmente la PRPM podía rescatar principios del pasado, en los hechos esta opción estratégica sí implicó una reformulación del trabajo político del partido y de su orgánica, que diera cabida a la formación, especialización, planeación e implementación de las “acciones audaces” a todo nivel. En la práctica, la PRPM se concretó a partir de tres dimensiones: la alianza o neutralización de una parte de las FF.AA, un aparato militar propio y las Unidades de Combate junto con las milicias populares.⁵⁰ En el primero, no tuvo casi ningún avance. Pero en las últimas pueden reconocerse sus más grandes logros. Dentro del PC llegaron a existir aproximadamente 500 Unidades de Combate, que contaban con 2500 militantes con una formación militar elemental pero suficiente, que utilizaba armamento casero y algunas subametralladoras y pistolas, con la función de proteger a los manifestantes durante las protestas.⁵¹ Asimismo, se constituyeron las Milicias Rodriguistas que funcionaron como “órganos de combate auténticamente populares” propuestas por el FPMR, pero dependientes políticamente del PC.⁵² Prósperas sobre todo en las poblaciones y en segundo lugar en los colegios, las milicias buscaban incorporar y formar a los individuos no militantes en las acciones de auto-defensa ante la represión dictatorial. La función compartida por los dos organismos era:

radicalizar la lucha callejera con acciones paramilitares de envergadura limitada, tales como: barricadas, lanzamiento de bombas molotov, implementación de trampas o zanjas en las calles para impedir la entrada

⁴⁹ “Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, enero de 1985”, en Hacia el XV Congreso Nacional. Documentos para el enriquecimiento del debate, citado en *Ibíd.*, p. 224.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 210.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 232.

⁵² BRAVO, *Rebeldes audaces*, p. 256.

de vehículos policiales, cadenas a los tendidos de electricidad, detección y amedrentamiento de informantes de la dictadura, protección de marchas y mítines.⁵³

Igualmente el 14 de diciembre de 1983 “[...] un sabotaje al sistema eléctrico nacional que produjo un apagón en gran parte del país”⁵⁴ anunciaba la aparición del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Si en ese momento por motivos de seguridad no se admitieron sus filiaciones con el Partido Comunista, el Frente era el aparato armado promovido por la Política de Rebelión Popular de Masas que, en consonancia con ella, anunciaba:

La violencia del pueblo es legítima y tiene su explicación en la brutalidad salvaje que ha sufrido y sigue sufriendo bajo la dictadura. [...] El FPMR es el brazo armado de todo el pueblo en su lucha contra la tiranía, es la respuesta que se da al pueblo de Chile que reclama una conducción en el terreno militar.⁵⁵

Asimismo:

no nos gusta la violencia y hubiéramos querido evitarla. Pero no nos falta el valor para combatir, cuando nos han puesto en la disyuntiva de morir de hambre o luchar sin claudicar, hasta la victoria, por nosotros y nuestros hijos”.⁵⁶

El Frente tuvo su origen en Cuba y en la RDA, cuando las Juventudes Comunistas exiliadas fueron entrenadas militarmente para que pasaran a ser parte de las nuevas Fuerzas Armadas una vez que se derrotara a la dictadura.⁵⁷ En ese sentido, los comunistas entrenados

⁵³ PÉREZ, Cristian, “¡A las armas, camaradas!: Frente Patriótico Manuel Rodríguez (1983-1990)” en *Naveg@merica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, núm. 9, 2012. Disponible en <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. Consultado: 21/11/14.

⁵⁴ KOHAN, Néstor, Entrevista al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), 20/11/ 2006. Consultada el 12/06/2010. Disponible en: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1660>. Todavía no encontramos el momento exacto o el modo en el que se descubre que el Frente es parte del PC. Pero sabemos que ya para agosto de 1984, se sabía que el Frente era comunista. Ver *El país*, 4 de agosto de 1984.

⁵⁵ FPMR, “FPMR. Brazo armado del pueblo. 01/01/1984”. Consultada el 12/06/2010. Disponible en: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1660>.

⁵⁶ “Comunicado de la Dirección Nacional del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, al cumplir 6 meses de vida y combate junto al pueblo de Chile”. (Transmitido el 07/06/1984). AIPC, citado en ÁLVAREZ, *La tarea de las tareas...*, *Óp. cit.*, p. 230.

⁵⁷ PÉREZ, *Óp. cit.*

en el exterior se volvieron un grupo especializado en las actividades de cualquier ejército regular, que se reforzó cuando mandaron a los chilenos resididos en Cuba a participar en la lucha sandinista y en la reestructuración militar de Nicaragua después del triunfo del Frente Sandinista. Pero, ante la irrupción de las protestas, su función política tuvo un viraje: volver a Chile para apoyar militarmente la lucha contra la dictadura. Después de ser autorizados por el PC para regresar al país su propuesta y apuesta fue, que a través de acciones armadas y de sabotajes especializados, se pudiese debilitar materialmente al régimen y conducirlo hasta su derrocamiento final. En ese proceso el FPMR tenía un doble objetivo, acorde con la PRPM. Por un lado, intentaría que la lucha de masas contara con técnicas militares avanzadas y eficientes que, sin pretender que la lucha sustancial en contra de la dictadura se diera exclusivamente en el terreno militar, le permitiera a la oposición avanzar. Por otro, el Frente a partir de su propia práctica armada constituiría un clima subjetivo de sublevación en diversos sujetos sociales, para que éstos decidieran llevar a otro nivel su propia práctica política. En ese sentido, las acciones del Frente estarían también encaminadas a acompañar, respaldar y radicalizar las acciones rupturistas de algunos sujetos sociales en pos de crear un sujeto revolucionario que admitiera que el derrocamiento de Pinochet era posible.

Ya en Chile las acciones del Frente estuvieron orientadas al “sabotaje a líneas férreas y al tendido eléctrico, al Metro, hostigamiento a cuarteles policiales, al sistema bancario y a las Municipalidades de la dictadura.”⁵⁸ Dos veces lograron un corte de luz que afectó a casi todo el territorio nacional y en variadas ocasiones pudieron tomarse momentáneamente noticieros y emisoras radiales (incluso oficiales), para difundir sus consignas y comunicados.⁵⁹ Así mismo se contaron cerca de 400 bombas que estallaban antes y después de las protestas, marchas y concentraciones que iba desarrollando la oposición no armada.⁶⁰

En conjunto, estos tres niveles militares más la producción teórica en torno a la rebelión popular, mostraban que el PC había integrado estructuralmente el componente “violento” en el partido.⁶¹ Y que se había vuelto la fuerza de izquierda rupturista más importante y extendida del periodo, siendo capaz de aglutinar alrededor de él a otras fuerzas radicales para intentar derrocar a la dictadura con un desenlace popular. Es decir, instaurando en el horizonte de lo posible una transición rupturista.

⁵⁸ FPMR, “Lucha de clases y el surgimiento del FPMR en Chile”. Consultado el 2/06/2010. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/8579750/FPMR-Lucha-de-clases-y-el-surgimiento-del-FPMR-en-Chile>

⁵⁹ *El país*, 4 de agosto de 1984.

⁶⁰ Ver el diario *El país* durante el año de 1984.

⁶¹ ÁLVAREZ, *La tarea de las tareas...*, *Óp. cit.*, p. 232.

3.3.4 La convergencia política de la violencia política popular durante las protestas.

Los sujetos radicalizados

A pesar de posicionar a la democracia como su principal objetivo, El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, consideraba que la vía armada debería de terminar con la dictadura y al mismo tiempo de retomar la lucha contra el capitalismo:

Sólo una revolución social, que acabe con la concentración monopólica de la riqueza, que resguarde al trabajador de la explotación, que abra paso a un nuevo orden social y económico sustentado en la solidaridad y la justicia, que garantice el pleno desarrollo y ejercicio del poder popular, podrá llevar a la total realización de las aspiraciones democráticas de nuestro pueblo.⁶²

De acuerdo al MIR, la recuperación de la democracia iba más allá de la restitución de la institucionalidad liberal. Para que esta fuera alcanzada y efectivamente democrática debería acompañarse de una serie importante de transformaciones sociales que construyeran un orden nuevo, libre de explotación y dominación. De esta manera, la lucha contra la dictadura se inscribía dentro de la lucha por el socialismo. Una etapa más en la que el “pueblo de Chile” iría alcanzando su liberación. Así, durante las protestas, contribuyó a constituir en una propuesta de transición y dar una respuesta y una justificación política al uso de la violencia, como una forma de lucha necesaria, eficiente y legítima para derrocar y defenderse de los horrores de la dictadura. Ya que:

Quienes se suman a la campaña dictatorial contra la violencia [...] están intentando conducir al pueblo, consciente o inconscientemente, a una, masacre, al sacrificio de más vidas, porque ya se ha visto que el pueblo no puede levantarse indefenso contra todo el poder represor de la tiranía.⁶³

⁶² MIR, “Carta Pública”, citada en PINTO, Julio y Sebastián Leiva, “Punto de quiebre: el MIR en los ochentas” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008, p. 90

⁶³ *El Rebelde en la clandestinidad*, núm. 206, enero de 1984, citado en *Ibíd.*, p.115

De acuerdo a Julio Pinto Vallejos, lo particular del proceso, y a pesar de su adscripción al marxismo-leninismo, fue que comenzó a considerar a las poblaciones como el nuevo “sujeto revolucionario” que derrocaría a la dictadura. En ese sentido, el MIR se inclinó por la insurrección popular contra la dictadura, anunciando que era posible en tanto se potenciara la dinámica combativa ya existente en las poblaciones. Para ello, enarboló la idea de los “levantamientos locales” como un modo de ir consolidando, entretejiendo y extendiendo la “violencia insurreccional”.⁶⁴ Lo local fue presentado como una escala social de lucha legítima y estratégicamente eficaz, por contener y condensar tanto los nodos de la explotación y dominación capitalista, como de su resistencia. En este rango de lo social, según el MIR, se encontraban “los problemas más acuciantes de las masas, [...] se concentra el hambre y la opresión que desata el régimen [y] también florecen la solidaridad, la organización y el espíritu combativo y rebelde de nuestro pueblo.”⁶⁵ Al desarrollar estas características, cuya expresión más diáfana se encontraba en los barrios populares, sería posible lograr una transición rupturista, insurreccional y socialista. Así, lo único que faltaba era que el Movimiento dedicase sus fuerzas, recursos y trabajo a “transformar las protestas populares en enfrentamientos cada vez más intensos, más ofensivos” a partir de conformar “en cada población, en cada industria, en las escuelas y campos, Milicias de Resistencia Popular para hacer frente con violencia organizada y armada a las fuerzas represivas de la tiranía.”⁶⁶

La apreciación mirista, además de la evidencia histórica, muestra la convergencia en la acción de los distintos agentes que operaban bajo la violencia política popular, al mismo tiempo que daba cuenta del otro actor que constituyó el ala fuerte de las protestas: las poblaciones populares. En los barrios pobres, que fueron percibidos por sus coetáneos “como una especie de sociedad desconocida y peligrosa”,⁶⁷ era donde las manifestaciones se prolongaban, intensificaban y eran reprimidas más que en ningún otro lado, convirtiéndose en el factor constante de todas y cada una de las protestas del período. Y, por ello, también como un “campo en disputa” como clientela o base social de diversas fuerzas partidarias de izquierda, centro y derecha. Las poblaciones también funcionaron como un punto de encuentro, organización, resucitación y amparo para las organizaciones o militantes de izquierda marxista.⁶⁸ Desde antes de 1973, varias comunidades populares habían surgido de

⁶⁴ *El Rebelde en la clandestinidad*, núm. 201, agosto de 1983, citado en *Ibíd.*, p. 113.

⁶⁵ *Ídem.*

⁶⁶ *El Rebelde en la clandestinidad*, núm. 204, noviembre de 1983, citado en *Ibíd.*, p. 114.

⁶⁷ *Revista Análisis*, núm. 90, año VII, 11- 25 de septiembre de 1984, p. 49.

⁶⁸ Ante ello es importante rescatar que hubo muchas tensiones entre los partidos políticos y el movimiento poblacional, que expresaba el conflicto entre la conservación de la autonomía de las organizaciones de pobladores y el intento de los partidos de adscribirlos a sus propias estrategias de

las tomas de terrenos acompañados de militantes comunistas, socialistas y miristas. Con el golpe de estado, varios militantes no habían abandonado su trabajo comunitario e incluso en algunas ocasiones, éste les había ayudado a conservar su sobrevivencia clandestina, muchas veces rebasando las orientaciones de sus dirigencias. De manera parecida ya durante las protestas, las diferentes organizaciones de izquierda encontraron en las poblaciones un espacio para implementar sus estrategias transitivas. En la práctica ello significó un intento de especializar y redirigir la violencia y prácticas políticas de los pobladores dentro de una estrategia de transición específica, así como el entrelazamiento íntimo entre diversos sujetos de tendencia rupturista con raigambre histórica y en ocasiones también en conflicto. Pero, a pesar de ello o en relación a ello, pueden vislumbrarse un sentido político propio de los pobladores y pobladoras de la época.

Era verdad que la dictadura había logrado permear en algunas de ellos a través de diversas políticas públicas (culturales, económicos, etc.) y, en 1983, también por medio de la UDI, consolidar una base social importante dentro de este sector.⁶⁹ Pero, a pesar de esta situación, diversas poblaciones sí se manifestaron profunda y persistentemente por el fin del régimen militar. Sobre todo, aquellas que contaban con una tradición histórica de lucha propia y con lazos políticos y también de larga data con la izquierda marxista como, por ejemplo las poblaciones de El Pinar, La Legua, La Victoria, Germán Riesco, Pudahuel, La Cisterna, Nueva Habana, Caro-Ochagavía, Villa Francia, entre otras. Principalmente ubicadas en la zona oeste y sur de la ciudad de Santiago, éstas dieron vida al “cinturón de fuego” de cada una de las protestas (con neumáticos encendidos, barricadas, “miguelitos”, apagones) con el que intentaban hacer caer (o por lo menos tambalear) a la dictadura y defenderse de la represión militar y policial.⁷⁰

Respecto al primer eje los pobladores y pobladoras protestaban para mostrar la injusticia y el descontento con el modelo de sociedad que la dictadura había instalado en Chile y que pretendía consolidarse a través del cronograma constitucional. Sus principales consignas de “justicia, pan, libertad y trabajo” exigían la resolución de sus problemas cotidianos a partir de la retirada de los militares del poder estatal.⁷¹ Por lo que, como anunciaba Eduardo Valencia, presidente de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores:

transición. Ver BAÑO, Rodrigo, *Lo social y lo político, consideraciones acerca del movimiento popular urbano*, Vol. II, Documento de Trabajo, núm. 208, junio de 1984.

⁶⁹ Ver VALDIVIA, Verónica, ““¡Estamos en Guerra, Señores!’ ...”.

⁷⁰ Ver Bravo, *La voz de los ochentas...*

⁷¹ IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010.p. 226.

“Para todos [los pobladores implicados], la vuelta a la democracia es el primer paso urgente.”⁷² No habría, pues, concesiones o reformas a considerar: el movimiento poblacional de las jornadas iba por el fin sin tregua de la dictadura, por considerarla como la principal responsable de las problemáticas del país. Para ello, según el mismo dirigente, “No se discute si lo que deberá venir es el socialismo u otro sistema, aunque sí hay que reconocer que en poblaciones como La Legua o La Victoria se siente que la solución de los problemas pasa por un cambio de sociedad.”⁷³ Ya que, según otro dirigente poblacional: “Uno tiene claro que bajo este régimen no hay solución a problemas, y aunque los hubiera, la presión del capitalismo es así. Tratarían de robar como fuera, seguirían creando problemas, al final la pelea se armaría.”⁷⁴ Las carencias multidimensionales que los más pobres de la ciudad padecían, eran consideradas por ellos mismos como producto de un modelo de sociedad general siempre problemático y abusivo. Por ello, para algunos pobladores, el régimen militar resultaba doblemente inviable y repudiable, tanto por su formato dictatorial como por el sistema social bajo el que se reproducía y resguardaba. Ante esta situación se admitía que para dismantelar a la dictadura y para resolver los problemas sociales que había ocasionado, harían falta transformaciones sociales profundas. Es decir, “armar la pelea” contra el orden social en vigencia.

Su peculiaridad fue que se realizó en una escala distinta a la nacional. Allí, “lo local como referencia de acción [iba] tomando importancia. La temática del gobierno local, de la gestión local, el Municipio como espacio de participación y solución de los problemas de los pobladores” operó como el objetivo de la práctica política de estos sectores sociales y de sus organizaciones.⁷⁵ A partir de ello se consiguió y reforzó una especie de territorialización del conflicto que estuvo atravesado por diversas prácticas de empoderamiento popular. Ante eso, las acciones violentas con las que se identificaron en el período (la destrucción de variados “símbolos del orden” —alumbrado público, semáforos—, el ataque a sedes comerciales y a sedes sociales del gobierno, el enfrentamiento con la autoridad, la toma de terrenos, fogatas, barricadas) tenía la intención de protegerlos y resguardarlos ante la fuerza represiva del régimen, además de *expresar* su rechazo tajante hacia la dictadura.⁷⁶ Lo importante de ello es que para varias poblaciones el uso de la violencia también fue

⁷² *Revista Análisis*, núm. 65, del 27 de septiembre al 11 de octubre de 1983, citado en IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 226.

⁷³ *Ídem*.

⁷⁴ Dirigente poblacional de La Cisterna, en BAÑO, *Óp. cit.*, p. 39.

⁷⁵ VALDÉS, Teresa, *El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales*, Documento de Trabajo núm. 283, FLACSO, Santiago de Chile, enero 1986, p. 38.

⁷⁶ Ver DELA MAZA, Gonzalo y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-1984*, Educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1985.

legitimada. Al igual que otros grupos rupturistas, la violencia propia se consideraba justa y elegible por ser una respuesta hacia la violencia original del régimen. Ante ésta, que atentaba contra la dignidad, integridad y subsistencia de los pobladores, la violencia popular resultaba una última opción para poder sobrevivir a todos los atropellos y vejaciones a los que los sometía la dictadura. Una opción que, ante tan horrible situación, había que tomar, defender, valorar y explicar:

La violencia es del régimen que nos humilla con el PEM, con el POJH, que nos reprime con allanamientos, que nos hambrea, que nos niega la salud, la vivienda y la educación para nuestros hijos.⁷⁷

Asimismo:

¿Qué quiere que le diga? Mire, nosotros vemos a nuestros niños llorar de hambre. Yo le digo que hay más violencia en la falta de pan, de trabajo, de libertad. Y como protestamos, se nos dejan caer los pacos. Nos allanan, nos golpean, nos destruyen lo poco que tenemos, nos balean. Nos matan como a animales. Entonces no queda otra cosa que luchar. Y ya está visto que a las balas solo se puede responder con balas.⁷⁸

De esta manera, se construía una concepción propia sobre la violencia que la volvía prácticamente una estrategia legítima. En su misma conceptualización se dejaba ver la doble ruptura que se tenía con el régimen militar: como un sistema político opresor, pero también económico social. Se consideraba que la violencia del régimen refería tanto a la represión política y al terrorismo de estado, como a la situación de pobreza y explotación cotidianas. De esta manera, la violencia popular resultaba doblemente legítima y doblemente redentora, porque permitiría elevar y mantener la vida y sobre todo la vida digna, de los pobladores y pobladoras. Con ello, acrecentaban los puntos de encuentro con otros sujetos rupturistas, lo que permitió que, antes del Estado de Sitio de noviembre de 1984, fuese posicionando en la lucha contra la dictadura la posibilidad de derrocarla violentamente y de darle una salida

⁷⁷ *Revista Análisis*, núm. 65, del 19 de julio al 2 de agosto de 1983, citado en IGLESIAS, *Óp. cit.* p. 236.

⁷⁸ *El Rebelde en la clandestinidad*, núm. 216, diciembre 1984, periódico del MIR. citado en VALLEJOS, *Óp. cit.*, p. 236. Otra visión con respecto a la violencia que no es analizada aquí es la del movimiento poblacional “Solidaridad”, cercano a la Democracia Cristiana: “Evitar la violencia promovida por el gobierno y sus provocadores y por los extremistas que le hacen el juego, ya que la violencia solo conduce a separar a la comunidad internacional. Para ello optamos por la vía pacífica de la no violencia activa.” (*Codo a codo*, núm. 22, diciembre de 1983, citado en IGLESIAS, *Óp. cit.* p. 246.

popular al conflicto que pautara una transición alejada de la “democracia protegida” y del modelo neoliberal.

Otro punto de encuentro de las fuerzas rupturistas durante las protestas fue la constitución del Movimiento Democrático Popular, que contenía importantes significaciones históricas y políticas. Por una parte, proveyó a sus integrantes de un referente político de alcance nacional que resguardaba la importancia de la unión socialista-comunista y rescataba del aislamiento político a algunos de sus miembros, como al MIR e incluso al propio PC.⁷⁹ Sobre todo, cuando parecían quedar relegados con la formación de la AD y las negociaciones con el ministro Jarpa.⁸⁰ En efecto, el MDP había surgido ante los rechazos de la DC para formar una alianza anti-dictatorial y en el contexto de la renovación del socialismo que llevaba a cabo un alejamiento del marxismo leninismo y un acercamiento a los principios liberales. De esta manera, funcionaba como un reagrupamiento de la izquierda chilena que se mantenía dentro de este paradigma y buscaba representar y centralizar a la clase obrera y a los sectores populares dentro de la lucha por la democracia. Según el MDP, surgía para representar “a todos aquellos sectores del pueblo que han sido los protagonistas de estas

⁷⁹ VALLEJOS, *Óp. cit.*, p. 119.

⁸⁰ A continuación lo que algunos autores piensan sobre ello: “En el nacimiento del MDP, influyó la negativa de la Alianza Democrática a incorporar al PC en esa instancia de coordinación; todos los partidos que conformaban ese pacto -excepto los socialistas- se opusieron a la entrada de los comunistas por considerar que su presencia entorpecería cualquier negociación con la dictadura”. (IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 238). “Lo tardío de la conformación de este bloque indica que el Partido Comunista privilegiaba la posibilidad de conformación de una oposición unidad por sobre la constitución de un reagrupamiento de la izquierda exclusivamente”. (YOCELEVSKIY, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985, p. 342). El MDP “surgido precisamente, una vez que el PC fue notificado de que su incorporación a la Alianza o a una coalición más ancha imposibilitaría cualquier trato con la dictadura” (FUENTEALBA, RAFAEL, “El ADN del pacto de la DC y el socialismo” en *La Nación*, 31 de diciembre de 2006. Consultado el: 5/05/2013. Disponible en: http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20061230/pags/20061230161405.html p. 3). “A través de José San Fuentes, que tenía nexos familiares con Ignacio Palma y Tomás Reyes, se envió directamente el mensaje a la DC: los comunistas deseaban integrarse a la Alianza Democrática, o generar un nuevo pacto que los incluyera. Los socialistas dijeron estar de acuerdo, pero anotaron que el mecanismo de consenso debía respetarse. Los demás partidos se opusieron. El rechazo tenía que ver con las protestas pero también con el diálogo. La AD estaba convencida de que la incorporación comunista entorpecería cualquier negociación con el régimen, incluso si se aceptara (y no todos lo hacía) que la vía insurreccional no era aún una táctica seriamente asumida por los comunistas.” (CAVALLO, Ascanio (*et. al.*), *La historia oculta del régimen militar, 1973-1988*, Diana, México, 1998, p. 413).

protestas y que no están suficientemente expresados en las instancias de la vida nacional.”⁸¹

Y argumentaba que era:

una organización política portadora de un proyecto estratégico que busca la más amplia unidad y lucha del pueblo y de todos los demócratas, para poner término a la dictadura, construir una democracia real y profunda para Chile, en la perspectiva de establecer un Gobierno democrático popular nacional que avance hacia el socialismo.⁸²

Igualmente, conformaba una alianza inédita, en tanto que unía a la izquierda tradicional y a la izquierda armada, resultado del nuevo viraje del PC respecto a la violencia como práctica política.⁸³ En consiguiente, este conglomerado representaba el principal referente de legitimación de la violencia como un método más de lucha necesario y eficiente políticamente: la unión de la izquierda aun marxista que se deslizaba por una democratización rupturista con el proyecto total de la dictadura y con el objetivo de darle una resolución popular al conflicto.

El Movimiento Democrático Popular compartía con la AD la propuesta comunista de la renuncia de Pinochet y la opción por una Asamblea Constituyente.⁸⁴ Pero encontraban disenso en tres cosas sustanciales. Primero en el llamado a un acuerdo nacional de toda la oposición política, que para estos momentos la Democracia Cristiana ya negaba explícitamente a través del discurso antiviolencia. Segundo en que el MDP no aprobaba las negociaciones con Jarpa: “No puede haber diálogo con un régimen como éste. No puede haber diálogo, ni menos conciliación, con Pinochet y quienes lo sostienen.”⁸⁵ En ello concordaba con el Bloque Socialista que manifestó: “no hay dialogo posible mientras se aplica al art. 24 transitorio, se mantiene la CNI y los propios partidos llamados al

⁸¹ *Revista Análisis*, núm. 63, del 30 de agosto al 13 de septiembre de 1983, citado en IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 237.

⁸² “Declaración del MDP”, documento mimeografiado, Archivo del ICAL, citado en CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, Editorial Sudamericana, 2001, Santiago de Chile, pp. 394-395.

⁸³ Después de 1973, el PC había señalado a la “ultraizquierda” junto al fascismo de las FF.AA, como una de las responsables del golpe de estado. Pero a partir de 1980, con el anuncio de Luis Corvalán de la aceptación de todas las formas de lucha, los comunistas iniciaron diversos acercamientos con el MIR que pocos años después darían vida al MDP. (ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas...*, p. 166).

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 220.

⁸⁵ “Manifiesto al pueblo de Chile. Partido Comunista de Chile, agosto de 1983” citado en *Ídem*.

entendimiento permanecen en la ilegalidad”.⁸⁶ Incluso el mismo PS-Núñez, miembro de la Alianza, se había negado a asistir a las negociaciones. Y tercero en que, rescatado de las primeras reuniones entre los diversos grupos de izquierda marxista, se mantenía la opción por “un combate decidido de las masas en una actitud pluralista y, [...] el derecho del pueblo a utilizar todas las formas de lucha.”⁸⁷ El MDP consideraba que la transición a la democracia debía contener tanto un rechazo al régimen dictatorial como a su proyecto de sociedad. En ese sentido, resultaba necesario que el movimiento popular fuera el principal protagonista del derrumbe de la dictadura. Las protestas debían entenderse como el proceso mismo de recuperación democrática (y no únicamente como un instrumento de presión para la negociación), que irían aumentando en intensidad y extensión hasta derrotar a la dictadura. De esta manera, la distancia entre el MDP y la AD no era de simple métodos de lucha: sobre todo, se centraba en sus consideraciones sobre lo social y lo político, expresado en el lugar primordial que dentro de su estrategia el MDP le daba a la transformación social en clave popular, y lo que se imaginaban para el Chile pos-dictatorial: una democracia liberal y capitalista y una democracia con miras al socialismo.

3.3.5 Posiciones opositoras favorables a la oposición rupturista

Las protestas dejaron en claro que tenían la capacidad de hacer tambalear a la dictadura y de arrancarle ciertas concesiones de gran importancia. Si para unos, eso significó la posibilidad de derrocar al régimen por medios insurreccionales, para otra parte de la oposición chilena, significaba la consideración de la unidad opositora como el principal requisito y condición que lograría el regreso a la democracia. Ello, constituyó un clima político que alentaba a las alianzas entre diversos sujetos anti-dictatoriales más allá de las diferencias ideológicas, políticas e históricas, para consolidar una fuerza de oposición capaz de enfrentarse al bloque de la dictadura. Por ejemplo, la *Revista Análisis*, una de las revistas de oposición más importante del momento declaraba:

No es dividiendo ni clasificando a los chilenos como católicos o marxistas, un dilema tan falso como dividirnos entre civiles y militares, que saldremos adelante. Es uniéndonos en la acción, en la movilización de las masas, por

⁸⁶ Citado en AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998, p. 239.

⁸⁷ Mesa Redonda con la dirección clandestina del Partido Comunista de Chile, 1980 (mimeo) citado en PUCCIO, Osvaldo, “La política del Partido Comunista de Chile. Elementos de su evolución y permanencia en el último periodo” en, Augusto Varas (*et. al.*), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, USACH/ FLACSO/ Catalonia, Santiago de Chile, 2010, p.292.

un imperativo ético y patriótico, que Chile, en su conjunto saldrá adelante.⁸⁸

De igual manera, un representante del Partido Radical, integrante de la AD, anunciaba:

A mi juicio, la alianza opositora debe abarcar de comunistas a derechistas. [...] Yo incluso, no hago asco de marchar con quienes fueron golpistas y colaboraron en las primera épocas de la Dictadura, si ahora están porque vuelva la democracia. Lo que no entiendo es que se acepte y cobije a estas personas, mientras se desprecia a quienes desde el comienzo estuvieron contra la Dictadura.⁸⁹

E incluso, un dirigente demócratacristiano explicaba:

La unidad no está viniendo por las cúpulas, pero por el lado de la base veo que la cosa está bien, y en el caso del militante demócratacristiano, pese a que no se la ha hablado con claridad como partido en este período, está pasando lo mismo que está pasando la gente de izquierda. Tenemos los mismos problemas comunes y se comprende que la única forma de enfrentarlos es en conjunto. El problema es que a nivel de partido, de dirigencia no se ha dado una línea clara y definida, pero la gente en las bases tiene claro que hay que estar juntos para terminar con la Dictadura.⁹⁰

La importancia histórica de estas enunciaciones, que expresan posicionamientos políticos, reside en que al provenir de sujetos “no violentos” cuestionaban *de facto* la dicotomía política que la DC (vía pacífica vs. vía violenta) y la dictadura (marxistas vs. chilenos) estaban construyendo para enmarcar al conflicto político en turno. Ante ello proponían una línea divisoria diferente que se consideraba más útil para regresar a la democracia: aquellos que apoyaban al régimen vs. los que se oponían a él. Este planteamiento, contuvo dos implicaciones que resultaron muy significativas. La primera, fue que se puso en primera línea la movilización social y la unidad opositora excluyente de la dictadura, como el método de lucha principal para recuperar la democracia. De esta manera, las propuestas de transición negociada no contaban durante este periodo con un apoyo social y político

⁸⁸ *Revista Análisis*, año VII, núm. 89, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, p. 53.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 47.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 34.

suficiente para volverse dominantes y más aún, contenían cierto grado de crítica (por ejemplo: “Felizmente son pocos ahora los que continúan encandilados con la “apertura” o con la pírrica tribuna que ganaron en la prensa uniformada”⁹¹). La segunda, fue que se impugnó abiertamente el rechazo hacia los comunistas que ciertos actores sostenían. En cambio, se rescataba y resaltaba su legitimidad en tanto organización constantemente antidictatorial y, puede pensarse, constantemente pro-democrática. Asimismo, se probaba por la vía de los hechos la pertinencia, posibilidad y eficiencia del trabajo en conjunto entre demócratacristianos y comunistas, contradiciendo la posición de la directiva de la DC. E incluso, algunos de sus aliados, iban un poco más allá y no descartaban la legitimidad de su opción por la violencia, tal como lo explicó Rafael Gumucio del PS-Núñez: “Sobre la no violencia activa es el método que la mayoría quiere y por lo tanto debemos seguirlo. Eso sin perjuicio de reconocer que, en doctrina, contra la dictadura son legítimas todas las vías.”⁹²

Todo en conjunto probaba que durante 1983 y 1984, el momento más álgido de la lucha contra la dictadura, la opción por derrocar a la dictadura y los sujetos que la defendían no eran negados ni rechazados por todo el grueso de la oposición. Al contrario, varios de ellos le otorgaron un lugar de primera importancia dentro de las posibilidades para terminar con el régimen en contraposición a una negociación con sus representantes. Reconociéndoles su legitimidad y potencialidad política para arribar a la democracia.

4. De zanahorias y garrotes: La “apertura política” y la represión de la dictadura militar

En 1982 a pesar de la crisis económica y en 1983 en el contexto de las jornadas de protesta, el cronograma político inventado e institucionalizado por el régimen ocupó un lugar fundamental en los conflictos sociopolíticos del momento y en el resto de la década. El cronograma constitucional en sí mismo fungía como una propuesta de transición democrática. Más aun, era *la propuesta oficial* de transición democrática. En consiguiente, se convirtió en uno de los referentes políticos más importantes para organizar estrategias opositoras y contra-opositoras de transición que versaran sobre la posibilidad de proteger, reformar o derrocar al programa constitucional del régimen. Así, todos los sujetos políticos

⁹¹ *Ibíd.*, p. 3.

⁹² *Revista Análisis*, núm. 62, 16 de agosto- 3 de septiembre de 1983, citado en LÚNECKE, REYES, Graciela Alejandra, *Violencia política: (violencia política en Chile 1983-1986)*, Arzobispado de Santiago, Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, Santiago, 2000, p. 89.

en pugna por hacer realidad su estrategia transitiva no pudieron evadir ni en la práctica ni en lo ideológico a la propuesta o mandato dictatorial. En sus acciones propias de aceptación, transformación o desacato de dicha propuesta se incluía de manera directa la forma en que el régimen se relacionaría políticamente con ellos y la manera en que cada sujeto político se relacionaba entre sí. Por lo tanto, puede considerarse como un elemento estructural del campo político durante las protestas. A continuación se analizará brevemente la forma en que el régimen protegió a dicho cronograma constitucional.

Desde la primera protesta hasta la última, el régimen atacó y contra-atacó. Hizo un uso intensivo de la represión física por medio de “carabineros y civiles no identificados, bombas lacrimógenas y balas”,⁹³ con fuerzas parapoliciales que disparaban desde automóviles sin placas, con “manguerazos” y “guanacos”, con golpes frontales, con detenciones judiciales que devenían en torturas y a veces en desapariciones, toques de queda, allanamientos a los barrios populares participantes, entre otros, causando un número elevado de muertos, heridos, detenidos y desaparecidos.⁹⁴ Del mismo modo, encarceló a los principales convocadores de las protestas y a muchos líderes sociales, como una forma de “descabezarlas” (justo que las protestas hayan seguido puede ser una muestra de movimientos autónomos dentro de ellas), al igual que a cualquier manifestante. Todo esto acompañado de un discurso que negaba y “vandalizaba” a la protesta social.

A finales de julio de 1983, el régimen comenzó a utilizar nuevos métodos de contención: anuncios y realizaciones de negociaciones y diálogos políticos profundamente reducidos y controlados. Si desde la década pasada había negociado con ciertos actores, la importancia de estos anuncios estribaba en que el régimen prometía una apertura política institucional que (como pensaron algunos actores políticos de la época) podría conllevar a un apresuramiento del cronograma constitucional, a su posible reformulación o desecho. Pero en el plan político de la dictadura estas promesas formaban parte de la estrategia que había intentado hacer desde años atrás, a falta de un movimiento de apoyo social propio: “la cooptación si no del centro político o parte de él, al menos de núcleos importantes de su base social: los sectores medios,”⁹⁵ que ahora marchaba a lado (o por lo menos el mismo día) de los pobladores y militantes marxistas.

⁹³ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 29.

⁹⁴ Para una mayor descripción sobre ello: LÚNECKE, *Óp. cit.*, BRAVO, Viviana, *La voz de los 80...*

⁹⁵ GARRETÓN, “Modelo y proyecto político...”, *Óp. cit.*, p. 369. Si bien, esta es una publicación de 1982, esa aseveración me parece pertinente para la época de las protestas, por lo que se analizará a continuación.

Se profundizó entonces una pequeña “apertura política” que el régimen venía realizando desde junio, pero que en este momento alcanzó a algunos partidos políticos (porque otros estaban expresamente prohibidos por el artículo 8° de la constitución y porque, además, se negaron a participar). Dentro de esta apertura apareció en agosto una nueva lista de exiliados a los que les era permisible regresar a Chile. Entre ellos “Carlos Briones, Aníbal Palma, José Antonio Viera- Gallo, Andrés Zaldívar, Jaime Castillo Velasco, Renán Fuentealba, Claudio Huepe, Luis Maira, César Godoy”,⁹⁶ miembros y dirigentes del PS-Núñez, de la DC y del PR. Igualmente el 26 de agosto, el régimen retiró el estado de emergencia en el que vivía el país desde 1973 (aunque lo reimplantaría dos semanas después) y sustituyó “parcialmente las balas por balines”, junto con la retirada del toque de queda y de los 18 mil soldados que había instalado en la protesta anterior. Comenzó por primera vez desde su instalación, a conceder permisos para la concentración en espacios públicos, a la vez que anunciaba “leyes orgánicas constitucionales, registros electorales y congreso”, sin llevarlas explícitamente a cabo.⁹⁷

Como parte de la “apertura” y de las cosas más publicitarias y espectaculares que sucedieron durante ella, comenzó un “diálogo” político entre el régimen y los partidos de oposición moderada que conformaban a la Alianza Democrática, a excepción del PS-Núñez que se negó a participar. En un principio la oposición de centro derecha se había mostrado incrédula ante los primeros ofrecimientos del régimen a “dialogar” y los rechazaba públicamente. Pero, rápidamente, se decidieron a acudir a tres reuniones con el Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa: el 25 de agosto y el 5 y 29 de septiembre, con una protesta que se alargó varios días en el intermedio. Estos diálogos fueron presentados por parte del régimen y entendidos por la oposición, como la posibilidad de dialogar los conflictos que animaban a las protestas y como la posibilidad de dialogar los términos de una transición democrática. Pero, si el fin del estado de emergencia se vivió como la garantía de que el gobierno militar estaba dispuesto a platicar y acordar en serio, en las reuniones entre oposición y ministro esa “opinión pública” observó algo totalmente distinto:

[...] la AD se vio dos veces sentada a la mesa del Arzobispado, con un Jarpa que respondía ‘todo es posible’ y con un ‘estudiémoslo y avancemos con calma’, aunque sin tomar nota de lo conversado, mientras en La Moneda el general Pinochet seguía hablando de los ‘enemigos’, de que no

⁹⁶ FREI, *Óp. cit.*, p. 237.

⁹⁷ QUIROGA, Patricio, “Las Jornadas de Protesta Nacionales. Historia, estrategias y resultados” en *Encuentro XXI*, año 4, núm. 11, octubre de 1998, p. 48

reconocía a los partidos políticos y que todo se haría a su modo y a su tiempo.⁹⁸

Pasaba que la “apertura” no implicaba el fin de la represión física directa, mucho menos el regreso a la democracia: se había convertido sólo en un método más de contención que duró hasta octubre de 1983 y que sincrónicamente venía acompañada de viejas y nuevas estrategias represivas.⁹⁹

Esta lógica represiva tendría uno de sus puntos más demoledores a inicios del siguiente año, cuando se aprobó la Ley Antiterrorista vigente desde abril de 1984, y por la que en años a nosotros cercanos se juzgó duramente a integrantes de la lucha mapuche. Era una legislación importante que venía a reemplazar o a consolidar el artículo 8° de la constitución y que se erigió como la forma en que el régimen se dotó de artilugios legales contrainsurgentes sin abandonar la represión ilegal:

Los ataques contra figuras públicas y miembros de las Fuerzas Armadas y sus familias son definidos como actos terroristas, lo mismo que la colocación de bombas, el secuestro de aviones, los asaltos contra transportes públicos “con un objetivo revolucionario o subversivo”. [...] Penas de prisión que abarcan desde cinco años hasta cadena perpetua cubren la mayor parte de los delitos. La pena de muerte puede ser aplicada por asesinato. Los tribunales pueden decretar la incomunicación de un sospechoso durante un plazo de 10 días. Las fuerzas de seguridad pueden ejecutar arrestos y otras acciones para investigar crímenes terroristas sin orden judicial, aunque se dispone que los tribunales sean informados en un plazo de 48 horas.¹⁰⁰

Lo cáustico de esta legislación no era sólo las penas tan altas para los que efectuasen actos violentos o que se institucionalizara constitucionalmente el término de terroristas para

⁹⁸ *Revista Hoy*, 21-27 de septiembre, 1983 citado en LUNECKE, *Op. Cit.*, p. 69.

⁹⁹ Por ejemplo, el dialogo no implicó que durante la protesta de septiembre el régimen no reprimiera directamente como lo había hecho antes, durante y después de todas las anteriores: en la sexta protesta dejó un saldo de 15 muertos, 400 heridos, 600 detenidos e, incluso, las concentraciones que autorizó fueron desarticuladas con la presencia de carabineros y sus carros lanza aguas y gases lacrimógenos, de sus *guanacos* y sus *zorrillos*. (DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 42.)

¹⁰⁰ *El país*, 17 de mayo de 1984. También se puede ver en: GARCÉS SOTOMAYOR, Antonia, *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2011, p. 49.

ellos. (Por lo demás, la misma palabra usada para nombrar a la oposición rupturista en el discurso antiviolencia de la DC). Era además que la intención o la voluntad en sí misma de revolución o de subversión cuando esta se concretaba en actos específicos, se ilegalizaba y se criminalizaba. La punición no era sólo porque se decidiese robar un banco de manera armada, si no que se hiciese en nombre de la transformación sociopolítica, equiparando a la posibilidad y a la elección de *cambiar al mundo* a cualquier acto delictual común.

La ley antiterrorista, enmarcada y en conjunto con todo el resto del discurso anticomunista –producido y repetido desde el golpe de estado hasta la década octogenaria–, tenían una importancia específica en la época de las protestas nacionales: además de reprimirlas, dividir a la oposición aislando a los sujetos políticos más radicalizados. Es que en Chile, según Pinochet: “a los únicos que trato un poco duro, es a los comunistas, porque no son nuestros.”¹⁰¹ Con estas acciones se reafirmaba la tesis del enemigo interno de la doctrina de seguridad nacional y se sugería la conveniencia de encontrarse lejos y diferenciados. Porque “la ley [antiterrorista] abarca también a aquellos que inciten, encubran o toleren los actos terroristas, así como la conspiración y el entrenamiento de los activistas.”¹⁰² Los castigos no irían sólo para aquellos sujetos que en sus mismas maniobras llevaran a cabo el acto político violento, eran también para aquellas redes sociopolíticas de solidaridad y colectividad en las que se inscribían y producían, y que con tanto esfuerzo se habían ido construyendo durante los primeros años (y desde más atrás), de la dictadura.

Bajo esta lógica discursiva con fines de atomización política, un día antes del paro de octubre de 1984 Pinochet ratificó lo que ya había dicho en otras ocasiones: “no se puede continuar arriesgando el bien común ni el interés general de la nación ante una acción opositora que reúne seudos demócratas con marxistas leninistas y sólo busca derribar el gobierno constitucional utilizando incluso la violencia para lograr este objetivo.”¹⁰³ Con esto la dictadura y sus grupos de apoyo expresaban una exigencia a la oposición moderada, sobre todo hacia la Democracia Cristiana, sobre su definición ante el comunismo: específicamente, a otorgarle un tajante rechazo. Esto suponía la continuación del reclamo del régimen hacia la clase política chilena por su pasada “tolerancia mostrada hacia movimientos políticos que por esencia eran subversivos, dados los antivalores que profesaban, por lo que permitir su exposición y expansión constituía un síntoma del estado de degradación en que se encontraba la élite política y el ordenamiento institucional” antes del golpe de estado.¹⁰⁴

¹⁰¹ *El país*, 23 de agosto de 1984.

¹⁰² *Ídem*.

¹⁰³ *El Mercurio*, 30 de octubre 1984, citado en GARCÉS SOTOMAYOR, *Óp. cit.*, p. 53.

¹⁰⁴ NÚÑEZ, *Óp. cit.*, p. 71.

En eso entraba la propia DC cuando Pinochet, antes de las protestas, expresaba que bajo el gobierno de Eduardo Frei:

pude palpar con inquietud creciente que emergían las bases de extremismo, y que la aparición del MIR y las acciones de otros grupos ideológicamente revolucionarios, como el MAPU y la Izquierda Cristiana, presagiaban un inquietante futuro. Luego se iniciaron los asaltos a los bancos, a los supermercados y a diversas organizaciones financieras. Y se sucedieron los actos de violencia en forma permanente y día a día con mayor intensidad ante la falta de resolución y autoridad de un Gobierno complaciente.¹⁰⁵

De esta manera, el anticomunismo y exigencia del régimen, instauraba una responsabilidad moral y política en los sujetos no comunistas sobre la expansión o detención del comunismo en Chile que, si bien podía señalar negativamente a la DC, también tendía un puente ideológico con esta agrupación. Como se verá en el capítulo 5, la DC no sólo tenía una postura anticomunista, también compartía con la dictadura la idea de la responsabilidad extra-comunista para contener al comunismo. Lo importante, y que le daría una particularidad al proceso, es que entre estos puntos de encuentro existían diferencias significativas: por un lado el régimen buscaba instaurar una democracia protegida y cumplir con el cronograma pautado para evitar que el comunismo se apoderara del país, con la exclusión incluso, de la oposición moderada. Mientras la DC tildaba por una rápida transición democrática a partir de una negociación con las fuerzas armadas, con los demócratacristianos como los principales interlocutores del régimen. Es decir, lo que estaba en juego en ambas actores no era la legitimidad del comunismo, ya que ambos coincidían en su rechazo. Lo que realmente estaba en disputa era la legitimidad de los “señores políticos” no comunistas, la propia DC encuadrada en la Alianza Democrática, para participar en la transición democrática. Lo cual expresaba la situación poco favorable de la DC en el campo político respecto a la dictadura, y al mismo tiempo los puentes y las distancias entre ambas posiciones que, en relación a la correlación de fuerzas y a la elección política de la DC por dejar fuera a la izquierda marxista y evitar una transición rupturista, marcaron las condiciones de posibilidad y elección por parte de la DC para la aceptación del proyecto transitorio y político de la dictadura.

¹⁰⁵ Pinochet, Augusto, *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973*, citado en NÚÑEZ, p. 74.

Estos hechos puntuales, pero no únicos en su naturaleza histórica, dan cuenta de la lógica en la acción política dictatorial: la dictadura actuaba y trataba a la oposición diferenciadamente, como una forma de fragmentar el campo opositor y volverlo más manejable. A los más moderados, como a los partidos de centro, de derecha y a las clases medias, los desactivaba políticamente con ciertas reformas y concesiones minúsculas. Incluso con simples promesas de inclusión política o económica. A los más radicales, como los pobladores y militantes de izquierda, los intentaba desactivar con todo el peso de la represión física, legal e ilegal. Este trato específico no sólo contenía a cada uno a su manera, sino que también ayudaba a profundizar las divisiones ya existentes entre los diversos opositores. A su vez, el trato “privilegiado” que el régimen tenía hacia los sectores moderados dependía tanto del tipo y la forma de exigencias que éstos le hacían, como de que estos le aseguraran que se mantendrían alejados de los sectores más rupturistas (las citas de Pinochet demuestra esta condición claramente), al tiempo de que su integridad física dependía algunas veces de esa distancia. De esta manera, las concesiones otorgadas por “la apertura” no implicaron la desaparición de la coerción, sino que legitimaban aplicarla sobre aquellos que no querían admitir dichas concesiones, con su respectiva desactivación política.¹⁰⁶ Por lo tanto, un campo político fragmentado, donde el principal aliado de los participantes fuese la misma dictadura o donde esta pudiera ganar adeptos dentro de la propia oposición mientras reprimía de manera brutal a los sectores más radicales, sería uno de los principales logros y objetivos de la lógica contrainsurgente del régimen durante este periodo.

4.4.1 Los partidos de apoyo a la dictadura

Durante las protestas existieron diferentes agrupaciones de derecha que en general actuaron cada una a través de su propia organización, aun cuando intentaron conjuntarse en 1984 en el “Grupo de los 8”. A pesar de ello, como parte del bloque dictatorial tenían un núcleo común: el apoyo a Pinochet, la aceptación de una democratización no popular y un declarado y arraigado anticomunismo, con lo cual cada una organizó su propio posicionamiento político y estrategia de transición. La importancia de estas derechas para la Alianza Democrática estribaba en que ésta las había elegido como sus principales aliadas e interlocutoras políticas. En ese sentido, en sus diversos proyectos se encontraban los

¹⁰⁶ Así, en el discurso del régimen podría decirse que, si algunas personas actuaban violentamente no era porque no hubiese espacios de diálogo, sino porque esa era su *naturaleza ontológica*. Forma esencial y patológica de ser que, por los peligros que involucraba, habría que contener o erradicar, para la conservación y seguridad del mundo “occidental y cristiano”. Esta lógica estigmatizante marca puntos de encuentro con la lógica estigmatizante de la DC, que explica sus potenciales lazos políticos.

elementos que la Alianza debía admitir para una posible transición: principalmente, la aceptación en mayor o menor grado de la estrategia transitiva del régimen y el rechazo ferviente y declarado del comunismo chileno.

Una de las derechas más apegadas al régimen fue la Unión Demócrata Independiente (UDI), nacida el 24 de septiembre de 1983. Agrupaba al gremialismo de Jaime Guzmán, principal ideólogo de la Constitución de 1980, que había surgido a mediados de los sesentas, definido políticamente como corporativista y económicamente como liberal. Ya en dictadura, era la máxima defensora de la economía de mercado y de la democracia protegida del régimen, concebida por ellos como el producto de “una mezcla entre conservadurismo cristiano y liberalismo restringido”.¹⁰⁷ Era cierto que los gremialistas, al igual que los militares, buscan construir un sistema político que redujera la incidencia y la capacidad de acción de las organizaciones partidarias. Pero, la intensidad de las jornadas de protesta, combinada con una izquierda marxista que apelaba a “todas las formas de lucha” y a otra derecha que públicamente aparecía negociando un posible cronograma político de transición (aunque en la práctica “Jarpa no amenazaba el proyecto político” pero sí “la opción neoliberal radical”¹⁰⁸), hizo que el gremialismo se conformara como partido político para defender el proyecto social y la estrategia de transición pauta constitucionalmente.¹⁰⁹ Para la AD, ello significó una exigencia constante sobre su definición (específicamente sobre su rechazo) hacia el Partido Comunista.

Por otro lado, algunos dirigentes derechistas se dedicaron en 1984 a la reorganización del Partido Nacional (PN), autodisuelto con el golpe de estado 1973. Críticos del modelo neoliberal, poco a poco fueron alejándose también del cronograma constitucional, proponiendo en julio de 1984 una transición democrática acelerada con respecto a la pauta por Pinochet, así como reformas importantes a la Constitución de 1980.¹¹⁰ Ello, llevó a esta organización a ubicarse ambiguamente entre la oposición y el bloque de apoyo a la dictadura. Asimismo, a no negar ni admitir por completo a la Alianza Democrática dentro de sus propias estrategias, pero sí a exigirle una serie de condiciones para una posible acción conjunta, entre estas, abandonar las protestas. Otros exdirigentes del PN, formaron a fines de 1983 un nuevo partido de derecha: el Movimiento de Unión Nacional (MUN). Liderada

¹⁰⁷ VALDIVIA, Verónica, “Los guerreros de la política. La Unión Demócrata Independiente, 1983-1988” en Verónica, Valdivia, *Op. Cit.*, p. 142.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 156.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 142.

¹¹⁰ TORRES, Isabel, “La trayectoria de la derecha, desde la incondicionalidad de Pinochet, al gobierno de los gerentes” en *Observatorio Latinoamericano*, Universidad de Buenos Aires/Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, núm. 8, agosto 2011, pp. 48-49.

por Andrés Allamand, esta organización buscaba dar apoyo a las gestiones de Jarpa con respecto a la “apertura política” y a políticas económicas que también se alejasen de la ortodoxia neoliberal. En un principio apoyaban la reactivación de ciertas instituciones republicanas, como el Congreso, pero seguían defendiendo el aplazamiento del resto hasta 1989. Con el correr de los años, irían poco a poco tomando distancia crítica con respecto al régimen militar, hasta aliarse con la AD en 1985, pero volviendo rápidamente al bloque de apoyo dictatorial.¹¹¹

4.5 Pactar la transición: la oposición moderada

A la par de los sujetos anteriormente analizados, desde la oposición misma se fue constituyendo un entramado de actores en contraposición a la oposición rupturista, que tendría ciertos puntos de encuentro con el régimen militar, sobre todo en lo que respecta al anticomunismo. Reconocidos aquí como la oposición moderada, a pesar de sus diferencias coincidieron en ciertos puntos de gran importancia para otro tipo de transición democrática. Primero, sostuvieron una distancia explícita con el marxismo-leninismo, ya fuese como constructo conceptual de mundo y/o como fuerza política. Esto los llevó, de diferentes maneras, a irse acercando cada vez más o consolidar cada vez más su antiguo lugar en el bloque capitalista de la guerra fría chilena. Para ello, opusieron y construyeron argumentos en contra de una salida rupturista en clave popular y distintas líneas estratégicas que pudiese evitarlo, entre ellas un acercamiento político con la dictadura, configurando un tipo de sujetos opositores de corte anticomunista y antidictatorial.

El resultado fue la construcción de propuestas estratégicas que priorizaron un sentido politológico para una posible y deseable transición democrática, que se centró en el cambio de régimen más que en el cambio de estado y de sociedad. Así, con la centralización del problema “político” de las instituciones, la oposición moderada pudo sacar de sus coordenadas de discusión el problema socioeconómico de la explotación/dominación capitalista e intentar dirigir la democratización por otros derroteros. Con sus matices, esta ha sido la corriente política dedicada a naturalizar las transiciones latinoamericanas como las únicas posibilidades de resolución inscritas en la historia, regido por la democracia procedimental y el sistema neoliberal. En lo que sigue se hará un breve recorrido sobre sus principales exponentes.

¹¹¹ *Ibíd.*, pp. 44-46.

4.5.1 La Alianza Democrática

En el campo opositor, el 6 de agosto de 1983 se anunció la aparición de la Alianza Democrática.¹¹² De tendencias centro-derecha, el nuevo conglomerado político estaba conformado por la Democracia Cristiana, una parte de la derecha democrática y por el Partido Socialista Núñez, de la corriente del socialismo renovado. Para la DC, la importancia de este bloque consistió en que pudo conformar una alianza política sin necesidad de responder a los llamados de unidad del PC y con la capacidad de excluirlo de sus propios acuerdos. Asimismo, en que se convirtió en el centro y partido más importante de la coalición, con la posibilidad de ir produciendo e imponiendo su propia estrategia al interior, a pesar de las diferencias con algunos de los miembros.

Posteriormente, se analizará en detalle la estrategia política de este conglomerado, pero por ahora puede hablarse de ciertas generalidades. Durante las protestas, la AD se convirtió en el principal referente de la lucha institucionalista en contra de la dictadura. Sin dar una discusión profunda sobre el modelo económico post-dictatorial, pero aludiendo a la necesidad de revertir los estragos sociales de la crisis de 1982, apelaba por un regreso rápido a la democracia en clave liberal. Para ello, propuso de inicio la salida de Pinochet del poder, una Asamblea Constituyente y la constitución de un gobierno de transición.¹¹³ Puntos que, posteriormente, la historiografía transitológica ha denominado “maximalistas”, pero que en el contexto de las protestas se vislumbraban como posibles. Para conseguirlos la AD decidió apoyarse y profundizar las movilizaciones sociales en clave “pacífica”: manifestaciones, concentraciones, mítines, congresos y seminarios académicos, etc. Éstos, funcionarían como un medio de presión para lograr los objetivos deseados. Si bien, ello funcionó como la estrategia general de la coalición, el diálogo con la dictadura de agosto de 1983, produjo disidencias al interior. La DC comenzaría entonces a diseñar una estrategia de transición negociada con los militares que, poco a poco, la llevaría a aceptar ciertos principios de la estrategia transitoria del régimen y a profundizar su propio anticomunismo.

¹¹² GARCÉS SOTOMAYOR, *Óp. Cit.*, p. 42.

¹¹³ ALIANZA DEMOCRÁTICA, *Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional ante Chile, su pueblo y su historia, 22 de agosto de 1983*. Consultado: 21/08/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1665&Itemid=55

4.5.2 El Bloque Socialista (renovado)

El 6 de septiembre de 1983 apareció el Bloque Socialista (BS) “integrado por el Partido Socialista (XXIV Congreso), el MAPU, el MAPU Obrero y Campesino (MAPU OC), la Izquierda Cristiana (IC), el grupo por la Convergencia y la Convergencia Socialista Universitaria.”¹¹⁴ El BS representaba a las principales corrientes del socialismo renovado: aquellos que abandonaban los principios del marxismo leninismo, y abrazaban los tópicos de la democracia liberal. “Con la mitad de sus componentes adentro de la AD y la mitad afuera,”¹¹⁵ intentaba unificar a las corrientes y grupos socialistas que se habían ido fragmentando y separando del histórico Partido Socialista, sin volverse un partido único. En consecuencia, según, Jorge Lavandero, el BS surgió como una coordinación de esta izquierda que, reconociendo y respaldando a la Alianza Democrática, intentaban representar a los sectores populares y de no excluir a ningún sector, como en este caso habían hecho la propia AD con los comunistas.¹¹⁶ A pesar de esas intenciones, según De la Maza, el BS no logró articular su estrategia con las protestas porque no consiguió recoger en ella la subjetividad de los sectores populares.¹¹⁷ En cambio, si formuló una estrategia de transición que sería proclive a la Democracia Cristiana durante el período y a los caminos que tomaría la transición chilena a partir de 1984.

El BS aducía “representar a un importante segmento de las clases populares y contribuir con la lucha contra la dictadura”, para lo cual:

[...] es necesario reponer al Bloque Socialista una capacidad propia efectiva de realizar una política popular y autónoma, orientarlo hacia la movilización popular y constituirlo en un factor articulador de la unidad democrática de toda la oposición.”¹¹⁸

De acuerdo a Cristina Moyano, en términos generales, la estrategia de transición de este conglomerado buscaba lograr un contexto amplio de ingobernabilidad a través de la

¹¹⁴ GARCÉS SOTOMAYOR, *Óp. cit.*, p. 43.

¹¹⁵ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 43.

¹¹⁶ LAVANDERO, Jorge, *El precio de sostener un sueño*, LOM, Santiago de Chile, 1997, p. 114.

¹¹⁷ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 104.

¹¹⁸ “Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU”, 1984 citado en MOYANO, Cristina, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2010. pp. 360-361. En lo que sigue, nos basaremos principalmente en la visión estratégica del MAPU sobre el BS, en el entendido que existieron otras, pero que esta resulta de mayor importancia para este trabajo.

movilización social-popular. Apoyaba la existencia de un sujeto popular múltiple y diverso, que trascendía y complejizaba las categorías de clase, cuya cualidad refería a cualquiera que ocupara un puesto de subordinación social. Éste podía participar activamente en la lucha contra la dictadura a través de la resistencia pacífica y de la desobediencia civil. Lo cual, si en la práctica era difícil que no contuviera ciertos rasgos de violencia, en el discurso del socialismo renovado se consideraba que evitaría “el choque frontal, más aún en el terreno que la dictadura es superior: el militar”¹¹⁹ y lograría constituirse como un medio de presión efectivo para lograr una apertura democrática.¹²⁰

El problema era que, por el estado de *anomía* actual en el que se consideraba que estaba la sociedad chilena: “la movilización (sic) popular por sí misma no se constituye mecánicamente en alternativa política”.¹²¹ Según el BS, la dictadura había actuado tan represivamente sobre diversos sectores sociales y había introducido tantas reformas estructurales, que éstos no habían podido adaptarse a los cambios y se encontraban en un estado crítico de desintegración y degradación social, con incapacidad de una práctica propia, mucho menos organizada ni eficiente. Esto se enlazaba con lo que algunos intelectuales también renovados explicaban sobre los pobladores:

La movilización juvenil asume antes que nada el carácter de una revuelta propiamente anómica: movilización cuya dirección es la agresión contra las instituciones estatales. [...] Para estos jóvenes, la vida cotidiana es un espacio de aburrimiento, miseria y soledad. La lucha (e incluso la muerte), en cambio, dignifican, liberan y reconcilian consigo mismo y con la sociedad. La ética sacrificial se reproduce seguramente ya no en nombre del futuro, pero al menos como defensa de la dignidad propia y la de sus semejantes.¹²²

Si el socialismo renovado reconocía el protagonismo político de los pobladores, también construía una doble estigmatización sobre el movimiento popular. Por un lado, recaía sobre su práctica violenta que se caracterizaba como resultado de impulsos irracionales en contra de la autoridad. Por el otro, operaba sobre su propia práctica política que se

¹¹⁹ “Un camino de movilización popular y unidad democrática”, 1983, citado en *Ibíd.*, p. 375.

¹²⁰ Todo el párrafo basado en *Ibíd.*, pp. 374- 376.

¹²¹ “Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU”, 1984 citado en *Ibíd.*, p. 373.

¹²² Espinoza, Vicente, “Movimiento popular urbano y proceso de institucionalización política”, ponencia presentada en el Primer Congreso Chileno de Sociología, agosto 1984, citado en IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 47.

despolitizaba discursivamente, al mostrarla como una manera de llenar el vacío existencial de los pobladores y no una forma de incidir en el conflicto social del momento. Una reacción emocional (es decir, irracional) a sus problemas individuales, y no una práctica colectiva organizada en contra el contexto de opresión y explotación dictatorial que contenía posicionamientos políticos propios. En suma, le restaba la posibilidad de construir por sí mismo, al igual que el BS, una alternativa política para transitar a la democracia.

Ante esa problemática (la necesidad de una movilización social que en la práctica resultaba para el socialismo renovado políticamente ineficiente), el BS daba una doble solución. La primera era llevar a cabo un proceso de tecnificación de la política, que fuera capaz de convertir a la sociedad anómica, en una verdadera sociedad civil. Este paso era entendido como un proceso de ciudadanización posible al “politizar las reivindicaciones parciales con los problemas de la democracia.”¹²³ La segunda, como punto de gran importancia para este trabajo, era constituir las alianzas políticas adecuadas:

Incluso en el marco de la movilización del pueblo pueden desarrollarse fuerzas distintas a la izquierda que capitalicen la lucha democrática en el seno de la sociedad. Hoy por hoy, por la fase histórica que vive nuestra patria, el centro político puede jugar un papel importante en la generación de salidas frente al régimen autoritario.¹²⁴

A la par de incentivar las movilizaciones *civilizadas*, debería irse constituyendo una alianza política-partidaria amplia con el centro político, la Democracia Cristiana. Ésta se consideraba el eje principal de una alianza democratizadora porque permitiría llegar y representar a un número mayor de sujetos sociales, que las anquilosadas categorías y estrategias de la izquierda tradicional no permitían. Igualmente, la alianza centro-izquierda renovada sería capaz de capitalizar políticamente los logros conseguidos con las movilizaciones, para encausar una transición democrática denominada “política” en contraposición a la que se nombraba violenta.¹²⁵ De esta manera, su propuesta abonaba al rechazo de las estrategias rupturistas y le otorgaba una gran centralidad política a la DC dentro de un posible proceso democratizador. En consecuencia, si su propuesta transitiva no fructificó durante las protestas, sí resultaba de gran importancia para el momento político

¹²³ “Un camino de movilización popular y unidad democrática”, 1983, citado en MOYANO, *Óp. cit.*, p. 374.

¹²⁴ “Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU”, 1984, citado en *Ibíd.*, p. 373.

¹²⁵ *Ibíd.*, pp. 373-374.

y para una posible reestructuración de la correlación de fuerzas del momento: el socialismo renovado no se decantaba aún por una transición negociada y una exclusión ferviente del comunismo chileno, pero ya aportaba a los aliados y a los argumentos pertinentes para legitimar y viabilizar la estrategia de transición de la Democracia Cristiana.

4.5.3 La Iglesia Católica

En 1973 las autoridades eclesiales dieron su apoyo a los militares, aunque con la desaprobación por los hechos de violencia cometidos. Con el tiempo esta brecha crítica se profundizó y convirtió a la Iglesia chilena en general (aunque con sus excepciones) en una de las principales instituciones que luchaban en contra del terrorismo de estado. Ejemplo de ello fue el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad en “donde se acumulaba información respecto al carácter represivo del régimen, se denunciaban los abusos, se canalizaban mínimas demandas de sobrevivencia y se articulaban las formas de defensa judicial”.¹²⁶ Aun así, la consolidación como un actor crítico e importante en la lucha por los derechos humanos contribuyó al proceso de politización de importantes sectores de la Iglesia, pero no alcanzó para que sus cúpulas emitieran una condena enérgica y total contra la tortura y la existencia en sí de la dictadura. No fue hasta 1980, cuando unos pocos obispos en contra de la opinión del Cardenal Silva Enríquez, publicaron un comunicado en el que se excomulgaba a todo aquel que participara en hechos de tortura.¹²⁷ Igualmente, hasta 1982, la Iglesia Católica no exigió el fin del régimen militar.

Estas confrontaciones se reconfiguraron con las jornadas de protesta de 1983. En la Vicaría y en las comunidades de base se vieron exacerbadas, surgiendo incluso nuevos grupos de acción directa (aunque no de violencia física), como el movimiento Sebastián Acevedo. Por el contrario, por el lado de las autoridades religiosas las confrontaciones buscaron ser redirigidas. Las jornadas estuvieron marcadas por el ascenso del Cardenal Juan Francisco Fresno al Arzobispado de Santiago, quién había apoyado a la dictadura desde sus inicios. A pesar de eso, y aun con sorpresa para el mismo Pinochet, el Cardenal Fresno siguió firme en la exigencia del regreso a la democracia pero con dos peculiaridades. Por un lado, intentó contener la acción política de las bases eclesiales y de la Vicaría, tratando de llevarla más por

¹²⁶ GARRETÓN, Manuel, “La oposición política partidaria en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición” en GARRETÓN, Manuel y Marcelo Cavarozzi (eds.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur*, FLACSO-Chile, Santiago, 1989, p. 179.

¹²⁷ FERNÁNDEZ, David, *La “Iglesia” que resistió a Pinochet. Historia, desde la fuente oral, del Chile que no puede olvidarse*, IEPALA, Madrid, 1996, p. 132.

asuntos de orden meramente religioso y de prohibir su participación en las protestas sociales.¹²⁸ Esto no se logró del todo, porque diferentes grupos religiosos y católicos participaban en ellas, de las cuales una de sus principales acciones fue cuando la Vicaría organizó una movilización propia llamada la Jornada de la Vida en agosto de 1984, con un alto grado de participación de diversos sectores y agrupaciones. Ante ello el Cardenal Fresno dio una acometida importante contra la politización de la Iglesia. Cuando dos meses después el régimen exilió al vicario Ignacio Gutiérrez por esta alza de la combatividad religiosa, Fresno no sólo no se declaró en contra de ello: también lo despojó del cargo de la Vicaría.¹²⁹

La otra dimensión política del ascenso de Fresno, tiene que ver con la incentivación de ciertos acercamientos a la junta militar. Desde el inicio de la dictadura, la Iglesia oficial se mostró proclive a dialogar con los militares para llegar a ciertos acuerdos, aun cuando varios sectores de las bases eclesiales lo desaprobaban.¹³⁰ Pero, la trascendencia de estas aproximaciones en 1983, fue que el Arzobispado alentó un dialogo entre la dictadura y la oposición. De esta manera, fue Fresno el principal intermediario entre la Alianza Democrática y Sergio Onofre Jarpa, e incluso quién proveyó los espacios para los encuentros. Y con el fracaso de este diálogo, fue quién siguió buscando y declarándose a favor de nuevos entendimientos entre la oposición y la dictadura, instando “a poner en práctica la exigencia, inderogable por los poderes públicos, de ser acogidas instancias eficaces de diálogo para evitar actos de violencia.”¹³¹ De esta manera la Iglesia Católica chilena, comprendida como institución social de poder, fue importante en este período porque abonó al discurso de la no violencia, ya fuera de la oposición o del régimen. Más allá de los propios alcances políticos y sociales de la Iglesia, ello implicó para la Democracia Cristiana contar con el apoyo y la coincidencia ideológica y político de un sujeto con una autoridad moral importante en la sociedad chilena, en incluso para la Junta militar. Con ello, la DC no sólo encontraría ciertos nexos y facilidades políticas para la realización fáctica de su estrategia transitiva, sino la justificación ética para su propia práctica política.

¹²⁸ VEIT STRASSNER, M., “La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico” en *Teología y vida*, vol. XLVII, 2006, p. 85.

¹²⁹ FERNÁNDEZ, *Óp. cit.*, p. 97

¹³⁰ CANCINO, Hugo, “La Iglesia Católica y su contribución a la reconstrucción de la Democracia en Chile” en *Revista del CESLA*, núm. 2, 2001, p. 10

¹³¹ Declaración de la Conferencia Episcopal en la *Publicación del centro de documentación social católica latinoamericana de Ilades*, núm. 73, año XI, noviembre-diciembre de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 251.

4. CONCLUSIONES

A pesar del gran trabajo de refundación nacional de la dictadura, al ser capaces de sacar a la calle diversas resistencias contra-hegemónicas hasta ahora clandestinas, poco visibles o fragmentadas, las jornadas de protesta configuraron un momento de crisis política para el régimen militar como proyecto de sociedad hegemónico. En conjunto, lograron lo que ningún actor por separado había hecho hasta entonces: abrir el horizonte de lo posible institucionalizado por los militares. Esto significó poner en primera línea el tema y el proceso de la recuperación democrática, con vistas a derrotar a la “democracia protegida” y, desde algunos actores, también al sistema neoliberal. Así, se consolidó una dimensión importante de insubordinación sociopolítica dentro del campo político chileno, con la capacidad suficiente para sostenerse a sí misma a través de las protestas, como para hacer tambalear la correlación de fuerzas instaurada por la dictadura y causar efectos políticos en las disputas del momento. (Tales como la reactivación de los partidos políticos de oposición y apoyo al régimen, la “apertura política” arrancada a la dictadura, el surgimiento mismo de nuevas estrategias de transición y de nuevos grupos movilizados, el rescate de la prensa como un sujeto comunicacional crítico, etc.). En esa situación, pudo verse que los diversos sujetos involucrados defendían diversos modos de terminar con el régimen, constituyendo un campo político que giraba en torno a *definir* y ganar una definición posible de la realidad: los modos y objetivos de una posible transición democrática para Chile.

Es verdad que para 1984, este objetivo no se cumplió para ninguno de los sujetos participantes. Pero aun así permitió instaurar un conflicto duradero y consistente sobre el proceso democratizador chileno, que duraría el resto de la década y alcanzaría a la sociedad pos-dictatorial. De esta manera, la importancia histórica de este momento se delinea en tres sentidos principales. Uno, en la existencia de un campo político que logró dañar la correlación de fuerzas establecida por la dictadura y condicionar algunas de sus acciones, a través de la movilización social, sostenido en una medida importante por la acción directa y violenta. Dos, en la importancia que tuvo para los sujetos políticos de la época participar del conflicto social e intentar controlarlo. Y tres, en la viabilidad analítica de considerar a este primer intervalo de protestas como un periodo histórico en la transición democrática chilena, resolutivo de la guerra fría en el país. Porque permitió la disputa sobre la transición de una manera pública y masiva, colocando el fin de la dictadura como un “tema” ineludible en la política chilena de estos años y de los venideros. Porque tuvo la capacidad de causar efectos en ese proceso, aunque el desenlace (el arribo mismo a la democracia en 1988) no reflejara la estrategia ideal y única de un sujeto en específico. Y porque activó, dentro del conflicto por

la democracia, las disputas entre comunismo y capitalismo, marcando las líneas de sus resoluciones.

En ese sentido, puede considerarse que durante estos dos años las diversas fuerzas políticas de oposición y contra-oposición *comenzaron a definirse y redefinirse* estratégicamente, lo que implicó una fuerte competencia política entre los sujetos comprometidos en el proceso. La diversidad de los participantes convertía a las protestas “en una suerte de espacio de validación (test) y disputa respecto a las formas de lucha que debían ser predominantes”¹³² dentro de las estrategias generales de transición. Por lo tanto conformaban un campo político diverso y en conflicto para probar, ejecutar y ocupar (con permiso o por irrupción) el espacio público con las estrategias propuestas y congratuladas por cada uno de los sujetos participantes. Igualmente, si para la mayoría era claro que se buscaba capitalizar el descontento de las protestas para un fin específico, no lo era el modo en que se lograría o incluso si se alcanzaría. Es por ello que éste fue un periodo de política incierta y de apuestas estratégicas para todos los sujetos participantes, sin capacidad de saber y poder controlar los desenlaces y los procesos políticos generales. Igualmente, fue un momento en el que la participación política y estratégica de los diversos actores versó sobre quiénes podían y debían actuar políticamente y cómo podían y debían hacerlo. En consecuencia, no sólo se cuestionó con viva voz (discursiva y práctica) al poder instituido. También se definieron y practicaron nuevos sujetos, nuevas formas y lugares de hacer y en dónde *hacer política*.

A pesar de todo lo anterior, la contienda por la democratización chilena no se resolvió durante estos dos primeros años, objetivo de muchos tanto del lado de la dictadura como de la oposición. Durante las jornadas de protesta, no pudo imponerse un proyecto de transición sobre otros, ni controlar o excluir los modos, tiempos y sujetos de la lucha por la democracia. De este modo, ningún sujeto participante pudo hegemonizar por completo la contienda política durante este período ni terminar con la dictadura a su manera. Aun así la variedad estratégica mostrada durante las protestas puede catalogarse dentro de tres grandes tendencias de democratización, que se insertaron tanto en la línea divisoria democracia vs dictadura, como en la de la guerra fría marcada por la pugna capitalismo vs comunismo.

La primera y con mayor fuerza y grado de recursos de distinta índole, fue la que giró en torno al apoyo al cronograma constitucional de la dictadura, también principal exponente del bloque capitalista. Su importancia histórica reside en que se convirtió en el referente principal para construir diversas estrategias de transición a favor o en contra, tanto en el periodo estudiado como en el resto de la época. Su núcleo estratégico descansó en asegurar

¹³² DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 85.

en un régimen pos-dictatorial tanto la “democracia protegida” y el modelo económico neoliberal, como una exterminio político de la izquierda marxista. Los diferentes grupos dentro del bloque de la dictadura, defendieron sustancialmente estos principios, aunque en diversos grados y modos. Ante la intensidad y extensión de las protestas que amenazaron políticamente a la Junta Militar, ésta respondió con una lógica estratégica doble: con concesiones y acercamientos políticos a la oposición moderada, y con fuertes acciones represivas a la oposición rupturista. El objetivo y el efecto (también posible por la propia identidad política de los sujetos opositores) fue impedir la unidad opositora y aislar a los sujetos más radicales para contenerlos por medio de la fuerza física. Ello abonó a la opción de radicalización de éstos últimos y a la opción de derechización de los primeros.

La segunda, fueron las estrategias bajo la lógica de la violencia política popular. Pueden considerarse como un conjunto de fuerzas políticas que convergieron y constituyeron una insubordinación generalizada, expresada principalmente a través de acciones directas y violentas y en función de una transición rupturista tanto con el modelo dictatorial como con el orden capitalista. De las cuales, la más importante del período fue defendida por el Partido Comunista, en el marco del MDP, y las poblaciones populares. Su importancia histórica, además de analítica para este trabajo en particular, fue que amenazaron potencial y factualmente tanto a la dictadura como a otros sujetos de la oposición moderada que rechazaban una transición en clave popular y marxista. Y que, ante dicha posibilidad, ambos actores decidieron tender lazos políticos entre sí, a pesar de ser “contrincantes”. Ello fue posible gracias a que coincidieron en su rechazo común al comunismo, que fue más fuerte que el rechazo común a la dictadura entre la oposición rupturista y moderada. En la práctica eso se mostró en la disposición del régimen a dialogar con la AD, y en la resolución de la DC de abandonar los elementos más radicales de su programa e ir aceptando la estrategia de transición dictatorial, como una forma de aislar y contener a la oposición rupturista.

Asimismo, esta tendencia de democratización rupturista tiene su valor histórico y político en que dominaron el conflicto del momento durante 1983 y 1984. No en el sentido de lograr el arribo a la democracia a partir de su propuesta transitoria. Pero sí en que fueron los principales sostenedores del movimiento de protesta, principal medio de acción y de desestabilización política del período. Es decir, los principales responsables de abrir, por mucho o poco que fuera, el campo político que la dictadura había impuesto y ensanchar el horizonte de lo posible. Aun cuando las clases medias no protestaban y se veía una merma en las movilizaciones en general, la protesta lograba reestructurarse por los grupos barriales, armados y partidistas más radicales. Igualmente, a lo largo del período, la participación en las

jornadas de este tipo de sujetos se mantuvo más constante que la participación de los sujetos moderados. También fueron preponderantes porque fueron reconocidos y apoyados por parte importante de la oposición “pacífica”. Esto en conjunto, les dio un lugar importante dentro del abanico opositor como una fuerza política legítima con posibilidades de incidencia en el proceso democratizador, donde el principal referente fue el Partido Comunista. O, dicho de otra manera, este periodo de protestas configuró un campo político que puso en primera línea de acción y de importancia en tanto producción de efectos, a los grupos que optaron por una transición rupturista en clave popular, con el PC como su principal representante.

Esta importancia también pudo verse en tanto que la opción por la violencia de la oposición rupturista configuró una de las pautas centrales del debate político del momento. La posibilidad, legitimidad y necesidad de incluir acciones directas y violentas dentro de la estrategia de los actores, se convirtió en uno de los puntos de discusión que intentaba definir el rumbo factible para transitar a la democracia. Así, configuró algunos de los argumentos principales para definir la relación que los sujetos mantendría con las otras fuerzas políticas y la forma en que participarían en la pugna política. De esta manera, el posicionamiento ante la violencia como método de lucha legítimo o no (enmarcando siempre en un contexto estratégico más amplio elegido por cada uno de los actores) ayudó a construir un posicionamiento político que definió alianzas, fracturas y objetivos políticos, entre otros asuntos. Así, se convirtió en un referente ineludible para la constitución estratégica de diversos sujetos participantes, más allá de los que optaron por la violencia política popular.

Por último, la oposición moderada también jugó un papel clave en este momento aunque de manera diferente. Su propuesta de transición democrática no parecía la más factible durante las protestas ni la más legítima, ya que la dictadura no se mostró factible a otro dialogo con este sector opositor y las derechas no lo incluyeron dentro de sus propias propuestas transitivas. Asimismo porque recibió diferentes críticas tanto por la opción de la negociación como por el rechazo a los grupos “violentistas”. Sin embargo, su significación histórica estriba, primero, en que existió y pudo mantenerse todo el período como un referente político consolidado e incluso, en constante definición y producción. Y segundo, *en que conformó un núcleo opositor dispuesto a trabajar entre sí, a entenderse con la dictadura y a contener el dinamismo y la radicalidad del movimiento popular y de sus aliados partidarios. Es decir, a evitar una transición rupturista.* Es verdad que, para estos momentos, no consiguió dichos objetivos, pero sí fue capaz de producir, enunciar y mantener los argumentos, posicionamiento y hechos que expresaban esta línea estratégica, resguardando su lugar en el campo político.

Ello, a su vez, implicó dos cosas. Una que la diferencia sustancial entre esta tendencia opositora y la rupturista no se encontraba simplemente en la elección de métodos de lucha, pacíficos vs. violentos. Sobre todo descansaba en su posicionamiento y relación ante el orden imperante y al tipo de democracia que se aspiraba construir. Estos principios serán los que determinarán las estrategias concretas que se considerarán necesarias, eficientes y legítimas. Es decir, donde se funden los sentidos políticos de cada uno de los actores y de sus elecciones o no de acción conjunta. De esta manera, el rechazo del bloque moderado a los partidos de izquierda marxista (en distintos grados y formas, según cada organización), se inscribe dentro de un propósito político más amplio de desactivación de este tipo de fuerza política que trasciende el mero rechazo a un medio de lucha específico. Y que, de nueva cuenta los hará posicionarse en la defensa del “Mundo Libre” durante los ochentas, sin ser enunciado como tal por los actores del momento, ya que uno de sus potenciales aliados (la dictadura) aparecía como el principal enemigo del campo opositor. La otra cuestión tiene que ver con la viabilización de la estrategia demócratacristiana. Particularmente, para la DC la existencia de este bloque resultó de suma importancia porque encontró un respaldo para su postura anti-violencia y anti-comunista, aunque con sentidos distintos. Asimismo porque fue señalada como el sujeto político principal que le permitiría al país una transición controlada y ordenada, capaz de contralar la “irracionalidad política” de la izquierda marxista y de los sectores populares. De este modo, se constituyó la génesis del bloque político que, años después, se alinearía con la estrategia de transición del régimen en pos de lograr una salida negociada y en clave (política y económicamente) liberal.

En general, este campo político fue importante porque modeló el contexto político en el que actuó la Democracia Cristiana. A partir de él se da cuenta de que esta agrupación era un competidor más del proceso democratizador que, como otros, tampoco pudo dirigirlo. Se expresa un conflicto con desenlaces múltiples y todavía no resueltos, en los que la DC *debía esforzarse* para volverse preponderante e intentar ganar la contienda. Por otro lado, manifiesta un campo político atravesado por diversos hechos de *vvp* como prácticas estratégicas que, para varios agentes, eran centrales y legítimas, o por lo menos aceptables, para su propia producción estratégica o en función de la unidad opositora. Ante eso, la Democracia Cristiana con su condena de la violencia “venga de donde venga” se ponía en una situación puntillosa para las alianzas políticas y para la justificación y viabilidad de su propia propuesta. Su discurso en contra de la violencia podría acercarla al régimen militar y sus colaboradores. Pero la colocaba en conflicto directo con algunos compañeros opositores, con posibles o consolidadas bases sociales e incluso aliados oficiales (como el PS-Núñez)

que no estaban de acuerdo en marginar a los grupos que optaban por la violencia. Por el contrario, explica también las “ventajas” que la DC tenía sobre sus rivales comunistas: un sector opositor capaz de darle su apoyo político y legitimar sus principales postulados: la transición negociada y el rechazo al comunismo chileno. Igualmente, la existencia de una dictadura y de sus grupos de apoyo con las cuales compartía un enemigo histórico: la izquierda chilena que se mantenía dentro de los paradigmas marxistas-leninistas. Que, en conjunto, podrían hacer factible uno de sus principales objetivos: evitar una transición rupturista en Chile.

CAPÍTULO IV

Luchar por la democracia no es luchar en contra de la dictadura.

La estrategia de transición de la Democracia Cristiana

De una situación como ésta sólo se sale por la guerra civil -con la derrota y aniquilamiento de unos por otros-, o por el reencuentro y la reconciliación de los dos o tres Chiles que hoy coexisten -tolerándose apenas- en el suelo patrio. La primera es la salida violenta, impuesta por la fuerza. La segunda es la salida pacífica, conseguida por los caminos de la razón y el derecho. Vale decir, política y jurídica.

Patricio Aylwin, 1984¹

1. INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XX la Democracia Cristiana diseñó un proyecto de reforma estructural para construir una sociedad comunitaria en Chile. Referido como la Revolución en Libertad, dicha propuesta enarboló el desarrollismo cepalino y la profundización de la democracia liberal como sus principales fundamentos, consiguiendo el apoyo de diversos sujetos y la presidencia del país en 1964 para comenzar a implementarla. Pero, desde su conformación hasta 1973, la DC experimentaría diversas transformaciones en su ideario y prácticas políticas. La más importante de ellas sería la aceptación del sistema capitalista en clave

¹ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, (Exposición del autor en el Seminario del ICHEH en julio de 1984), citado en Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998, p. 398.

modernizante en lugar del comunitarismo. Esto definiría la naturaleza política del partido al provocar diversas fracturas y separaciones, al abandonar la construcción de un orden nuevo y al apoyar la ruptura de la institucionalidad democrática con el golpe de estado en contra de la Unidad Popular. En conjunto estas transformaciones marcarían la abdicación de los pilares fundamentales de su proyecto de sociedad.

Dentro de ese recorrido, entre otras cuestiones, algo sí permanecería constante: su clara posición anticomunista. Entre 1957 y 1973 la DC había creado una matriz simbólica entre comunismo, totalitarismo y violencia para identificar y estigmatizar a la izquierda chilena. Bajo esta argumentación se había alejado cada vez más de este sector y afianzado sus lazos y su lugar en el bloque capitalista de la guerra fría, hasta ayudar a apuntalar la dictadura encabezada por Pinochet. El problema estaría en que, una vez consolidado el gobierno militar, éste no la incluiría dentro de sus grupos de apoyo y la desterraría al campo de sus enemigos políticos con su ilegalización en 1977.² A partir de entonces, la DC se dedicaría a formular una estrategia de transición que combinara su oposición a la dictadura, el reconocimiento de ésta como un sujeto democratizador, su propio lugar en el campo opositor y su ferviente rechazo a los sujetos que representaban una transición rupturista. De esta manera nos encontramos con un sujeto que se ubicaba en contra de la dictadura, pero a favor del capitalismo como sistema societal. Este capítulo estará dedicado a estudiar esa doble condición y dicho proceso, a partir de los cuales la DC produjo la estrategia democratizadora de la *vía pacífica*, avalada por un repertorio discursivo que estigmatizaba a la violencia como estrategia antidictatorial. En ese sentido, su objetivo es conocer la **definición de la realidad** demócratacristiana y sus maneras de implementarla, su **estrategia política**, para poder ubicar el discurso en contra de la violencia y viceversa, para comprenderla también como uno de los efectos de su producción discursiva.

Acorde al concepto utilizado de producción y práctica discursiva, mi intención es analizar el discurso antiviolencia en relación directa con el resto de prácticas estratégicas (también significadas pero, en este caso, no verbales) que la directiva de la DC (en lo que sigue sólo DC) diseñó y ensayó durante las Jornadas de Protesta. Para ello la propuesta metodológica será analizar algunas declaraciones claves que conforman el discurso antiviolencia a través de su contextualización en los conflictos del momento y resaltando su dimensión “política” (su capacidad para realizar la propuesta de transición en cuestión), sobre

² YOCELEVSKY, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985, p. 326.

su dimensión “simbolizante” (el universo semiótico que construye y que constituye a dicha propuesta), que será estudiada en el capítulo siguiente y que resultan separables sólo a través del análisis. Con ello, se podrá observar que el discurso no es una serie de prácticas externas al resto de prácticas estratégicas de los sujetos. Sino que se produce y opera, con sus propias características, al interior de éstas. Al mismo tiempo será posible comprender la constitución histórica y política de la estrategia de transición de la DC. Como para cualquier sujeto político de este período (1983-84), para la Democracia Cristiana fue un momento de configuración y reconfiguración estratégica. En ese sentido, el *diseño* mismo de su propia estrategia de transición como su puesta en marcha, eran una propuesta y una apuesta a realizarse y a ganarse. Por ello, vale la pena analizar cómo este partido, en el marco de un bloque político específico, fue construyendo su manera de luchar contra la dictadura, las metas y formas de cumplirlas que fue definiendo, practicando y transformando, así como los obstáculos y facilitaciones que encontró para poder concretarlas. Es decir, entender la estrategia demócratacristiana como un proceso histórico que trascendió pero no perdió la relación con una dimensión programática.

Para ello, este capítulo está dividido en dos partes. La primera está dedicada al **poder-
decir** de la Democracia Cristiana. En ella se analizarán las condiciones de producción de dicho discurso y de la estrategia general, los factores fundamentales que hicieron posible, pertinente y sostenible una estrategia de transición negociada en un contexto de franca insubordinación y rebelión, con la acción directa y violenta por delante. En suma, una manifestación pública para competir políticamente. En ese sentido, no me centraré en las respuestas de otros sujetos a las prácticas demócratacristianas (aunque habrá algunas referencias), sino a la manera en que la DC reaccionó a su contexto y a su propia constitución subjetiva (histórica, política, simbólica, estratégica) para construir su definición de la realidad. A partir de ello se constituirá la segunda parte, que estará dedicada a comprender sus contenidos. Es decir, a analizar el tipo de transición que buscaba instaurar la Democracia Cristiana para precisar y a la vez configurarse a partir de un discurso en contra de la violencia. Su propuesta transitiva será estudiada a partir de tres líneas estratégicas: su opción por una transición negociada, por constituir un movimiento de protesta controlado y por definir un proceso democratizador con exclusión de la izquierda marxista. En conjunto, estos dos niveles de análisis permitirán conocer las razones históricas y políticas para optar por una

transición que intentaba dejar fuera la transformación profunda del sistema capitalista en un contexto demoliberal.³

Como se verá el poder-decir (las condiciones que hacen posible la expresión pública) y la definición de la realidad y estrategia política (la expresión pública en sí) sólo son diferenciables analíticamente. Es decir, “en los hechos” parte de las condiciones de posibilidad forman parte también del diseño y la práctica estratégica de los actores y parte de la expresión pública, condiciona y hace posibles posteriores acciones políticas y estratégicas. Asimismo, resultan simultáneos. Es el análisis el que “fija” temporalmente los hechos narrados al colocarlos en cada una de las categorías, dependiendo de qué procesos quieran resaltarse. En este trabajo, busco delinear el tipo de diseño transitivo que llevó a cabo la DC que será entendido como su expresión pública, qué condicionantes lo hicieron posible (su poder-decir) y qué logró con ello o qué tanto logró de ello (los efectos en el campo político entendidos principalmente con la definición de la realidad que produjo). De esta manera, la selección de los procesos narrados en cada una de las dos categorías tiene que ver con qué tanto dejan observar este proceso, aunque fácilmente podrían “cambiar de lugar” categórico.

2. EL PODER-DECIR DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA. SUS RECURSOS SUBJETIVOS Y CONTEXTUALES

El **poder-decir** puede comprenderse como *la acción de expresarse y actuar políticamente* a partir de las condiciones y posibilidades propias y contextuales que un sujeto tiene para hacerlo. La diversidad de procesos que lo constituyen y los recursos con los que cuenta (históricos, económicos, político, culturales, etc.) para manifestarse en el campo político y que le sea factible construir una definición propia de la realidad como una estrategia política. De esta manera, el poder-decir es la autoridad que cada sujeto tiene para actuar públicamente en un contexto político. Muestra y da lugar a las acciones que los sujetos autorizados (*dirigentes* y *voceros*) ejecutarán en el campo político por el resto de la organización, que diseñarán y ensayarán sus líneas políticas, estratégicas y discursivas y que tratarán de instituir una identidad y definición de la realidad oficiales. En suma, representar y hacer manifiesta a la organización en el campo político

En el caso de la Democracia Cristiana, dará cuenta de las disposiciones y situaciones que le permitieron ir configurando una propuesta estratégica de transición democrática y

³ El término de “demoliberal” lo tomo de Enrique Cañas, como una manera de sintetizar “la democracia liberal” (CAÑAS, Enrique, *El proceso político en Chile. 1973-1990*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997).

fungir como un sujeto altamente competente para tratar de imponerla, así como la posibilidad de consolidarse como un referente político de suma importancia para el momento. Analizar su poder-decir permitirá observar cómo la DC intentó dominar el proceso de la transición a través de un conjunto de prácticas y procesos (entre ellos discursivos) que le permitieron ser más visible y más sostenidamente producido y reproducido sobre otras creaciones simbólicas y estratégicas. De la misma manera nos permitirá entender por qué a pesar de ello, para 1983 y 1984 no logró dominar la contienda ni mucho menos la transición, aunque sí conservar su pertinencia y definición política. En consecuencia, podremos conocer su lugar en el campo político, así como los procesos, necesidades y efectos tanto de la vía pacífica en general como del discurso estigmatizante en particular. Para ello, analizaremos tanto los primeros diez años de gobierno militar, como el periodo estricto de las jornadas de protesta.

2.1 La primera década de dictadura militar (1973-1983)

2.1.1 La expulsión al campo opositor (1973-1977)

En contra de sus testimonios actuales, la gran sorpresa de la Democracia Cristiana después del golpe de estado no fue el carácter represivo y anti-democrático del régimen militar. El mismo presidente de la DC, Patricio Aylwin, había afirmado: “admitimos que un tiempo de dictadura es necesario, aunque creemos que para ello sea eficaz no se debe incurrir en excesos.”⁴ Su gran desconcierto consistió en que, a pesar de este tipo de declaraciones que legitimaban la intervención de las FF.AA, la suspensión de la democracia liberal y el ataque contra la izquierda chilena, la DC encontró que para el nuevo régimen “su colaboración no era requerida en los términos de un aporte ni programático ni directivo.”⁵

En efecto, la dictadura rechazó la inmersión de la colectividad demócratacristiana dentro de la nueva administración. En cambio, propició que a manera individual dirigentes de la DC ocuparan puestos gubernamentales.⁶ Este tipo de acciones, aun cuando fueron aceptadas y alentadas por la directiva, le impidió a la Democracia Cristiana obtener un lugar propio como partido en el nuevo campo político, así como sufrir una cooptación de sus

⁴ Revista Chile América núm. 5, 1974, citado en TORRES Isabel y Pablo Rubio, “Reacciones y respuestas de la Democracia Cristiana frente al golpe militar de 1973: ¿Colaboración u oposición?” en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 1, vol. 19, 2015, p. 55.

⁵ MELNICK, Ana y Larissa Adler, *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica*, FCE, Chile, 1998, p. 123.

⁶ GARRETÓN, Manuel, *El proceso político Chileno*, FLACSO-Chile, Santiago, 1983, p. 132

cuadros por medio de la dictadura.⁷ Algo parecido sucedió cuando la Democracia Cristiana intentó “capitalizar el apoyo popular disponible luego de la reciente derrota de la izquierda.”⁸ El objetivo era fortalecerse socialmente y convertirse en un aliado importante para el régimen, al ser el medio por el cual éste pudiera legitimarse ante los sectores populares. Pero, si el nuevo gobierno necesitaba consolidar un apoyo social, lo hizo constituyendo sus propias clientelas a través de sus propios mecanismos.⁹ La consecuencia fue que con ello la dictadura no tuvo que recurrir a agrupaciones externas provenientes del *viejo orden* y pudo seguir en la tarea de desarticular profundamente al sistema político chileno que había existido hasta 1973. En ese proceso, la Democracia Cristiana no sólo no fue requerida y vaciado su sentido como partido político, también se encontró con un ataque más de los militares: una nueva cooptación pero ahora de sus antiguas y potenciales bases sociales.

Esta distancia se agravó cuando el discurso dictatorial la incluyó cada vez más dentro de “los vicios y peligros” del sistema político anterior y el terrorismo estatal recayó sobre algunos de sus integrantes. Si bien, la represión hacia la Democracia Cristiana no tenía los mismos alcances ni sentidos con los que se torturó y desapareció a la izquierda marxista y a sus simpatizantes, sí mermó su capacidad de acción política. La dictadura llevó a cabo la censura y el cierre de sus principales medios de comunicación y los exilios y detenciones se incrementaron, aunque estos afectaban la mayoría de las veces a los demócratacristianos que habían repudiado el golpe de estado y que se habían proclamaban en contra de cualquier acto represivo.¹⁰ Esta tendencia se profundizó en 1977, cuando la dictadura proclamó la ilegalidad de todos los partidos políticos. En la práctica, como afirma R. Yocelevsky, la única que se vio mayormente afectada fue la Democracia Cristiana porque, a pesar del receso de las organizaciones partidarias seguía operando con cierta libertad. Pero a finales de 1970, con su proscripción de la legalidad, no sólo se le impediría seguir actuando como partido político fuera o dentro del régimen. También se le comunicaba su expulsión al campo de los adversarios e, incluso enemigos de las FF.AA.¹¹ De esta manera, la DC veía esfumarse uno

⁷ Esto se debe a que, por ejemplo, al acceder a algunos de estos puestos, los demócratacristianos contratados renunciaban o por discrepancias eran expulsados de su militancia en el partido. ORTEGA, Eugenio, *Historia de una Alianza Política. El partido socialista de Chile y el partido demócrata cristiano*, CED-CESOC, Santiago de Chile, 1990, p. 46.

⁸ YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura: 1970-1990*, FCE, 2010, p. 178.

⁹ Ver VALDIVIA, Verónica, “‘¡Estamos en Guerra, Señores!’ El régimen militar de Pinochet y el ‘Pueblo’, 1973-1980” en *Revista Historia*, núm. 43, vol. I, enero-junio, 2010.

¹⁰ YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos...*, *Óp. cit.*, p.182. Ver también: FREI, *Óp. cit.*, pp. 50-51. Aunque aquí no se hace tan explícita la diferencia entre estas dos corrientes demócratacristianas.

¹¹ YOCELEVSKY, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto”, *Óp. cit.*, p. 326.

de los principales objetivos por los cuales apoyó al golpe de estado: la posibilidad de dominar o de tener un lugar privilegiado en el sistema político chileno, después de conjurar “el peligro marxista” de la Unidad Popular.

2.1.2 La configuración de la Democracia Cristiana como sujeto opositor (1973-1983)

A pesar de su ilegalización la Democracia Cristiana obtuvo una ventaja importante: aparecer “como la expresión pública más importante de los actores políticos que se oponen al régimen.”¹² Es decir, después de haber apoyado el derrumbe de la democracia liberal chilena y a la emergencia de la nueva dictadura, pudo constituirse como un sujeto opositor legítimo. La principal razón fue la propia fuerza político-social de la Democracia Cristiana que la había convertido en uno de los principales partidos de la política chilena desde 1950 y que, a pesar de los desprecios y golpes de la dictadura, se mantendría en una medida considerable durante la década de los 70. Las dos siguientes, que en parte posibilitaron este resguardo, fue la relación que entabló con la dictadura y su acercamiento con la izquierda socialista renovada.

En lo que respecta al primer aspecto tiene que ver con los posicionamientos que la DC fue tomando frente al gobierno de Pinochet. Después de la legitimación primigenia que le concedió el partido demócratacristiano, como explica R. Yoclevsky, la dictadura no fue criticada por su origen (el golpe de estado) sino por su prórroga en el poder. Como explicaba la DC era importante admitir que “la crisis integral de Chile ha llevado al país a una situación de emergencia que requiere soluciones también de emergencia”. Allí las FF.AA habían sido una salvación. Pero ahora que la UP había sido removida de las instituciones chilenas, resultaba igual de peligroso y contraproducente “prolongar un régimen de emergencia más allá de lo estrictamente necesario.”¹³ Con esto no se deslegitimaba la opción por la ruptura de la institucionalidad en 1973, ni la DC se arrepentía de su participación. Simplemente se denunciaba la negativa de los militares a no darle cabida a los aliados civiles (la propia DC)

¹² GARRETÓN, Manuel, “La oposición política partidaria en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición” en GARRETÓN, Manuel y Marcelo Cavarozzi (eds.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur*, FLACSO-Chile, Santiago, 1989, p. 407.

¹³ Ambas frases encomilladas provienen de: PDC, “Posición del Partido Demócrata Cristiano frente a la nueva situación del país” citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 49-50.

dentro de la nueva administración. Ello, se vio reflejado en el nuevo posicionamiento que el partido socialcristiano tomó frente a la dictadura y que se expresó cuando:

En un Congreso general del partido, realizado en abril de 1975, la mayoría (68,2%) aprobó una línea de activa independencia crítica, mientras que sólo un 9,1% se mostró a favor de una oposición abierta, un no despreciable 28,8% estuvo a favor de una colaboración crítica y 4,6% se manifestó por una colaboración plena.¹⁴

La nueva postura de la DC no implicó un rechazo absoluto al régimen, pero sí la llevó a publicar dentro y fuera de Chile diversos comunicados en contra de su prolongación y a favor de una reconstitución rápida del sistema de partidos. De esta manera, se proponía poner fin al gobierno militar al “procurar un entendimiento de las fuerzas políticas y sociales democráticas con las Fuerzas Armadas, para la restitución de la Democracia.”¹⁵ Esta propuesta se reafirmaría en 1976 y más aún en 1977 después de su ilegalización, cuando la DC volvería a exigir el término de la dictadura. El partido precisaba que la democratización del país debía comenzar lo más rápido posible, pero que entendía que “el actual estado de cosas en Chile no está asociado a personas determinadas, sino a realidades políticas muy concretas [...] factores todos que son altamente estables y de las que no cabe esperar cambios radicales sino evoluciones graduales.”¹⁶ De nueva cuenta, se daba lugar a las FF.AA y a sus propuestas dentro de la democratización requerida. Por el contrario, la Democracia Cristiana sostenía que hacía falta “un movimiento que exprese una misma convicción política y moral porque sólo así podrá llegar a ser la columna vertebral para un gobierno eficaz, disciplinado, fuerte y respetado.”¹⁷ Una alianza política que liderara la transición y gobernara los primeros tiempos de vida democrática. Se revitalizaba así la demanda democratacristiana negada por la dictadura, de ser miembro privilegiado (desde el mismo gobierno) de un sistema democrático posterior al derrocamiento de la Unidad Popular. Pero se adjuntaba una

¹⁴ FLEET, M. *The Rise and Fall of Chilean Christian Democracy*, citado en MELNICK, *Óp. cit.*, p. 124.

¹⁵ Carta de Patricio Aylwin a Renán Fuentealba, *El Mercurio*, 14 de septiembre de 1975, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 51.

¹⁶ ZALDÍVAR, Andrés, “La construcción de un nuevo proyecto social es un proceso de transición gradual.” Consultado: 08/07/2015. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1363&Itemid=90

¹⁷ *Ídem*. Otro documento en el que se expresa una posición parecida es: PDC, “Una patria para todos” en *Por una restauración democrática en Chile. Documento de la Democracia Cristiana y respuesta de la Unidad Popular*, Cuadernos de Casa de Chile, México, 1977.

innovación más: estaba dispuesta a incluir a aquel “interesante proceso de convergencia socialista que comienza a definirse como democrático y autónomo.”¹⁸

La importancia y consecuencias de esta nueva postura fueron dobles. Por un lado, a pesar de la invitación reiterada a las FF.AA de una colaboración política para la democratización, en la práctica esta propuesta alejaba todavía más a la DC de los proyectos políticos del régimen. Éste anunciaría en 1977 con el Plan de Chacarillas su propia estrategia de liberalización política, cristalizada posteriormente en la Constitución de 1980, que no contaba ni con una rápida transición ni con la Democracia Cristiana, dejándola en la misma situación que en 1977: fuera de los aliados del régimen. Correlativamente, este alejamiento y la opción por la vuelta a la democracia, le ayudó en su *autorización* como sujeto opositor. A pesar de que la DC reiteró la responsabilidad de la Unidad Popular en la crisis de 1973 y el rechazo hacia el Partido Comunista, diferentes grupos opositores evaluaron como favorable el distanciamiento de la DC con respecto al régimen.¹⁹ Recalcando las expectativas de una posible lucha conjunta contra la dictadura, se le otorgaba un reconocimiento significativo a la Democracia Cristiana: su lugar dentro de la oposición y su legitimidad para tomarlo. Esto se profundizaría cuando en 1980 la Democracia Cristiana encabezaría la oposición en el espacio público chileno a la nueva Carta Magna expedida por la dictadura. Asunto que, en conjunto con lo anterior, la presentaban en el campo político del momento, como una de las fuerzas políticas opositoras más importantes.

Esta trayectoria política (desde el apoyo al golpe de estado a su expulsión al campo opositor) ayudó a que la dictadura no la atacara frontalmente, ya que a pesar de su progresivo alejamiento político con respecto al régimen, la DC no se convirtió en uno de sus enemigos políticos principales. De esta manera, la DC no tuvo que pasar a la clandestinidad para sobrevivir política y físicamente y pudo conservar una estructura partidaria en mucho mejor estado que la izquierda chilena, abonando a su poder-decir dentro del campo opositor. Ello se expresó en que

Su dirección principal y sus figuras más renombradas permanecen en Chile y son citadas a menudo en la prensa. El partido posee canales de comunicación masiva [...] La estrecha relación entre el partido y la Iglesia, así como la relativa invulnerabilidad de esta última a los ataques del gobierno, ha significado que el partido [...] se beneficiara con la ‘sombriilla’

¹⁸ Declaración de Gabriel Valdés, citado en BOENINGER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997, p. 301.

¹⁹ FREI, *Óp. cit.*, p. 56.

del apoyo eclesiástico. La relativa facilidad con que el partido ha podido actuar dentro de Chile le permitió renovar su dirección máxima, realizar frecuentes reuniones entre los líderes máximos y medios, actuales y anteriores, y llevar a cabo cierto grado de consulta con propósitos informativos con una parte significativa de las bases.²⁰

De esta manera, la Democracia Cristiana contaba con la fuerza suficiente para ocupar un lugar en el campo político instaurado por la dictadura. Si bien era un lugar marginal que no logró integrarla en la administración del nuevo gobierno, fue suficiente para ser reconocida por otras fuerzas políticas (diversos medios de comunicación y diversos sujetos políticos al interior y al exterior del país) y para otorgarle un amparo ante la represión gubernamental. A su vez, esto le permitió conservar su orgánica partidaria y con ello su capacidad de incidir en ciertos procesos, sobre todo los que tenían que ver con su auto-reproducción y conservación como una fuerza política. De nuevo, si ello no le permitió influir en la administración de la dictadura, sí bastó para entrar al campo opositor con mayores recursos (políticos, simbólicos, económicos, etc.) que la mayoría de las izquierdas seriamente disminuidas por las diversas acciones de la dictadura militar. Sea, para convertirse en uno de los principales sujetos opositores al régimen que había ayudado a levantar. En ese sentido la legitimidad que había obtenido como sujeto opositor, se respaldó por su poder-decir: por su capacidad para manifestarse y expresarse políticamente, al no haber sido reprimida de la misma manera que los partidos de la Unidad Popular.

Lo anterior se fortaleció ante un hecho inédito en la historia de Chile: el acercamiento demócratacristiano a cierto sector de la izquierda chilena. Sobre todo con el Partido Socialista-Núñez que, a través de un proceso de renovación ideológica, fue alejándose de los postulados del marxismo-leninismo y afianzando una revaloración de la democracia liberal.²¹

²⁰ VALENZUELA, Jaime y Arturo Valenzuela, “Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno” en *Revista mexicana de sociología*, año XLVI, núm. 2, abril-junio, 1982, p. 632.

²¹ La bibliografía consultada para la cuestión de la renovación socialista fue: YOCELEVSKIY, Ricardo, “El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar” en *Foro Internacional-COLMEZ*, vol. 27, núm. 1, julio-septiembre, 1986. GARRETÓN, Manuel, “Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y Balance”, Documento de Trabajo, FLACSO- Chile, 1987. MOYANO, Cristina, “Un acercamiento histórico-conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990” en *Revista Izquierdas*, año 2, Núm. 3, 2008. Consultado: 2/06/2014. Disponible en:

http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/moyano_cristina.pdf

Los contactos entre estos dos partidos políticos comenzaron en el exilio antes de 1977, prohibidos tajantemente por la dirección demócratacristiana.²² Pero después de 1979 (año además de la división del Partido Socialista que dio lugar como tal al PS-Núñez) comenzaron los acercamientos partidarios con consentimiento de ambas directivas. Para la Democracia Cristiana la importancia política de estas coincidencias fue que reafirmó su reconocimiento como una fuerza opositora legítima. Al igual que contribuyó a la existencia de un campo opositor, alterno y excluyente de la oposición marxista. Es decir, con posibilidades de cumplir los objetivos por los cuales la DC se sumó a la ruptura de 1973.

Si esto afianzó a la Democracia Cristiana como fuerza política, también fue gracias a que se profundizó lo que R. Yocelevsky denominaba una victoria ideológica sobre la izquierda renovada. Según este autor, la distancia que el PS-Núñez tomó de los paradigmas marxistas-leninistas los alejaba tanto de sus antiguos aliados como de una ideología política. Es decir, rompía la alianza histórica que los partidos de izquierda habían consolidado por más de tres décadas y configuraba a una izquierda dispuesta a criticar arduamente el período de la Unidad Popular. La consecuencia fue clara:

En lugar de ver a la Democracia Cristiana sumándose a la oposición de izquierda, y de escuchar su acto de contrición por su participación en la destrucción del sistema político, lo que se pudo observar fue a una parte de la izquierda empeñada en ‘aprender la lección’ de la Unidad Popular, propalando las críticas al sistema político que hizo posible su triunfo y repitiendo, diez años después, las mismas críticas que la oposición golpista hiciera el gobierno de Allende.²³

Si bien, es importante rescatar que dichas críticas no tenían el mismo sentido que las enunciadas por los militares, por la derecha o por los mismos demócratacristianos, sí ayudaron a fortalecer el papel dominante que la DC comenzaba a jugar en esta alianza incipiente. En tanto la izquierda renovada admitía que la ética-política de la UP y sus diversas acciones fue (en diversos grados y formas para cada una de los actores) la principal responsable del golpe de estado, se llegaba a una doble conclusión. Por un lado, se legitimaba la exclusión de la izquierda aún marxista para una posible transición democrática, al haber desencadenado el régimen dictatorial. Por el otro, se diluía simbólicamente y políticamente el apoyo de la DC al golpe de 1973. Ante eso, la Democracia Cristiana aparecía como el sector que

²² FREI, *Óp. cit.*, p. 65.

²³ YOCELEVSKY, *Chile: partidos políticos...*, *Óp. cit.*, p. 203.

aceptaba trabajar con los socialistas renovados *a pesar de su participación en la crisis*. De esta manera, el centro político no reconocía su propia responsabilidad en la instauración de la dictadura y, a su vez, tenía la oportunidad de legitimar sus razones para excluir al Partido Comunista. En conjunto esto permitiría que la Democracia Cristiana en relación a la izquierda renovada, tuviera mayores probabilidades de pautar activa y centralmente las formas y los *sentidos* (como dirección política y como significación) de un posible término de la dictadura. De definir una transición democrática que resguardara el tipo de sociedad al que ella se adscribía desde varias décadas atrás.

2.2 La Democracia Cristiana durante las Jornadas de Protesta (1983-1984)

Desde el 9 de julio de 1983, con las jornadas de protesta como marco contextual, el presidente de la Democracia Cristiana, Gabriel Valdés, junto al secretario general, José de Gregorio y a Jorge Lavandero, habían permanecido detenidos por convocar a la tercera protesta, siendo liberados un mes después.²⁴ Ello resultó crucial en dos asuntos principales. Uno, en que aceleró la formación de una nueva alianza partidaria y el inicio de una estrategia transitoria. Anunciada desde el 6 de agosto de 1983, el 22 del mismo mes apareció el documento “Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional” en el que se formalizaba la existencia de la Alianza Democrática. De tendencias de centro-derecha, el nuevo conglomerado político estaba conformado por la Democracia Cristiana, la Derecha Republicana, el Partido Radical, el Partido Social Demócrata, la Unión Socialista Popular y por el Partido Socialista Núñez, de la corriente del socialismo renovado. Tres días después la Democracia Cristiana y la Derecha Republicana, con el rechazo de los socialistas, se sentaban a dialogar con el régimen militar.

La otra cuestión se refiere a cierta centralidad política que adquirieron los demócratacristianos. Al ser liberados estos tres dirigentes: “Una multitud los recibió en las puertas de la Cárcel”, dando la impresión de “que la presión callejera estaba consiguiendo los resultados que nunca antes habían podido obtener los partidos.”²⁵ Mientras que “al ser absueltos más tarde, [...] legitimó un liderazgo político opositor a nivel público y masivo (en

²⁴ IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010, p. 47.

²⁵ CAVALLO, Ascanio (et. al.), *La historia oculta del régimen militar, 1973-1988*, Diana, México, 1998, p. 404.

la medida que los acusados reconocieron su responsabilidad y fueron legalmente absueltos).”²⁶ De esta manera, si su rápida liberación respondía a las movilizaciones sociales, también daba cuenta de la popularidad que estos representantes fueron tomando al formar parte de las protestas, que los hizo merecedores de un importante apoyo social. La consecuencia fue sumamente significativa: durante toda su detención y después con su exoneración, la DC aparecía *encabezando* la oposición a la dictadura. E incluso se silenciaba su pasado golpista: las detenciones daban “carta de martirologio a dirigentes demócratacristianos que necesitaban algunas detenciones para que se terminen de olvidar las concomitancias de su partido con el golpe de Pinochet.”²⁷ Su juicio ponía a la DC totalmente en el campo de la oposición y su liberación lo refrendaba y le ofrecía, por su visibilidad, un lugar protagónico dentro de ella.

Lo anterior daba cuenta de un asunto importante. Para 1983 la Democracia Cristiana todavía no había logrado incidir en las políticas del régimen, sin embargo conservaba su lugar privilegiado dentro de la oposición, consolidándolo al incorporarse a uno de los movimientos de protesta más grandes de América Latina. Esto fue el factor fundamental que reforzó su lugar en el campo político (definido ahora por las pugnas por la democratización) y su capacidad para convertirse en uno de los referentes políticos más importantes del momento. A pesar de ello, cómo se verá más adelante, esto no le permitiría ser *la principal* fuerza de oposición ni dominar las pugnas generales y los derroteros por la democratización. Para entender esta doble situación, en este apartado analizaremos dos factores más adicionales a las protestas que le permitieron producir una *definición de la realidad* para competir políticamente, sin que tampoco le permitieran hegemonizar el conflicto político: la constitución misma de la Alianza Democrática y su acercamiento al bloque dictatorial. En conjunto, reconociendo su inmersión en las protestas, se podrá conocer el lugar que la DC ocupó en uno de los momentos más álgidos y rebeldes de la lucha contra el gobierno militar. Es decir, más contrarios a su propia estrategia de transición.

²⁶ DELA MAZA, Gonzalo y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-1984*, Educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1985, p. 76. Este reconocimiento político también estuvo basado en la constitución de una oposición partidaria mayormente visible, producto de los periódicos de la época, nacionales e internacionales. Como respuesta al poder-decir de la DC consolidado en la década anterior, diversos medios de comunicación siguieron paso a paso los detalles del juicio de estos tres dirigentes, al tiempo que recibían mayor apoyo de diversos gobiernos extranjeros.

²⁷ *El país*, 15 de julio de 1983.

2.2.1 La Alianza Democrática: entre la dirección y la disputa

El principal logro de la Alianza Democrática fue ella misma. Es decir, aunar a algunas fuerzas políticas en torno a la Democracia Cristiana. Los líderes de este partido se volvieron los principales voceros de la AD, agrandando el espacio reputacional (de poder simbólico como poder-decir) que ya habían obtenido. A pesar de ello, sobre todo cuando el diálogo con la dictadura fracasó, fue necesario conciliar las diferentes propuestas de concreción estratégica de cada uno de los miembros de la Alianza. En el intento se desataron varios conflictos al interior que marcaron tanto la configuración de la estrategia del conglomerado como el proceso en el que la Democracia Cristiana fue imponiendo su propia estrategia democratizadora al resto de los partidos. Allí los principales problemas se suscitaron entre la DC y el PS-Núñez. Ante los ofrecimientos del diálogo por parte la dictadura, los socialistas renovados no sólo rechazaron la invitación, también hicieron críticas severas a sus compañeros por haber aceptado reunirse con el gobierno, según este partido:

La Alianza Democrática se vio atrapada en un diálogo que sirvió a la estrategia dilatoria del gobierno y no reportó avance significativo para la oposición. Junto con ello, se ha ido conformando un desgaste para el frente opositor, al ser percibido –erróneamente por muchos– como opositores dentro del régimen y no como opositores al régimen.²⁸

Estas apreciaciones se acompañaron de la disposición del socialismo renovado para pactar con el PC una lucha conjunta en contra de la dictadura y de mantener el objetivo del Plebiscito sobre una negociación con el régimen militar.²⁹ La posibilidad de esta alianza, apoyada también por el Partido Radical, los llevó a sostener diversas y severas confrontaciones con la Democracia Cristiana en diferentes momentos del período estudiado.

Para conciliar intereses la Alianza Democrática tomó algunas medidas. Primero, se acordó una política *más cercana* con las clases populares, a través de participar activamente en las protestas y lo que se llamaría “Cabildos Abiertos”. Esta cuestión, que será explicada más

²⁸ *La Tercera de la hora*, 21 de octubre de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, pp. 256-257.

²⁹ Un ejemplo de ello es la siguiente nota de Rafael Gumucio del PS Núñez: “Sobre la no violencia activa es el método que la mayoría quiere y por lo tanto debemos seguirlo. Eso sin perjuicio de reconocer que, en doctrina, contra la dictadura son legítimas todas las vías.” *Revista Análisis*, núm. 62, 16 de agosto- 3 de septiembre de 1983, citado en LÚNECKE, Graciela Alejandra, *Violencia política: violencia política en Chile (1983-1986)*, Arzobispado de Santiago/Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, Santiago de Chile, 2000, p. 89.

adelante, buscaba ligar a la AD con las manifestaciones sociales en un intento tanto de dirigirlas, como de darle cabida a las propuestas de los socialistas renovados. Igualmente hubo cambios al interior de la Alianza. Durante los tres primeros meses la AD se rigió por un comité ejecutivo en el que, si bien participaban la mayoría de los partidos, en los hechos le daba a las agrupaciones más grandes (entre ellos a la DC) mayor representatividad al interior del bloque político. Después del diálogo, este mecanismo fue sustituido por presidencias rotativas entre cada uno de los partidos que durarían dos meses, en los cuales el partido al mando tenía mayor injerencia en la estrategia a seguir. Es así que a partir del 1 de diciembre de 1983 el socialista Ricardo Lagos comenzó a presidir la Alianza Democrática.³⁰ De manera parecida, ante la amenaza de los socialdemócratas de irse de la coalición, se acordó que “en todas las elecciones ‘políticas’ (léase universitarias, gremiales, sindicales) que se efectúen de ahora en adelante tendrán que presentarse candidatos aliancistas y no de un partido determinado.”³¹ Todas estas disposiciones, sobre todo las dos últimas, afectaron el liderazgo demócratacristiano dentro del bloque político. La segunda sacó a la dirección de la AD de las manos de la Democracia Cristiana. La tercera, sustituyó a los candidatos de la DC (que casi siempre ganaba en las elecciones gremiales) por los que representaran no al partido sino a la coalición. Pero fueron aceptadas por el partido socialcristiano porque calmaría las desavenencias dentro del conglomerado y conservaría los pactos interpartidarios. Es decir, porque asegurarían su lugar en el campo político al asegurar la cohesión de sus principales pactos inter-partidarios.

Ceder espacios de representatividad importantes y benefactores para su propia organización indicaba que el control de la Alianza por parte de la DC no era total. Es decir, que para tener ciertos privilegios en la toma de decisiones y en la conservación misma de la Alianza, la DC tuvo que otorgar concesiones al resto de los miembros. De esta manera, después del fracaso del diálogo, su liderazgo tambaleaba no sólo en el grueso de la oposición: también con sus propios aliados. A cambio, obtuvo apoyo para ciertas acciones, como el acercamiento con el régimen y con las derechas, así como la aceptación tácita del alejamiento con los comunistas. Ejemplo de ello, fue la decisión de los socialistas renovados de seguir en la Alianza en lugar de buscar al PC por su parte, a pesar de todas las críticas que levantaron hacia la DC. En consecuencia, a pesar de que sus decisiones estuvieran condicionadas por el resto de los partidos, éstos esperaban la aprobación demócratacristiana sobre sus iniciativas para tomar ciertas acciones al respecto.

³⁰ *Revista Qué pasa*, núm. 692, 12 al 18 de julio de 1984, p. 10.

³¹ *Ibíd.*, pp. 10-11. Los paréntesis son del texto original.

La centralidad democratacristiana se reforzó con la producción ideológica del bloque inter-partidario. Para 1984, la AD generó diversos debates, seminarios y documentos políticos que intentaban definir la estrategia a seguir, como reestructurar y consolidar la cohesión interna. En ese sentido se mandó un comunicado nacional que se titulaba “Mensaje al País” y una carta a los militares que nunca fue respondida.³² A fines de julio en el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), la AD realizó un seminario titulado “Una Salida Política Constitucional para Chile” en el que se discutía teóricamente las posibilidades y problemáticas de una transición democrática pactada o negociada,³³ y en agosto se realizó otro seminario también convocado por la AD llamado “Condiciones Políticas para una Democracia estable en Chile”.³⁴ A partir de la mayoría de las declaraciones, debates y sujetos invitados, se constituían los mecanismos para diseñar y darle vialidad a la vía pacífica. En la práctica estos espacios de discusión fueron también la manera en la que la DC fue construyendo posibilidades de arreglarse con alguna corriente “democrática” de las FFAA y exponer y desarrollar los argumentos políticos que legitimaban alejarse cada vez más del MDP. En estos seminarios la Democracia Cristiana le dio fuerza argumentativa al discurso en contra de la violencia y al objetivo de las negociaciones con el régimen, como alternativa y sustitución a una alianza con los comunistas y a un plebiscito y una Asamblea Constituyente (como proponía el PS-Núñez) y a la posibilidad de convertir a la Alianza en el futuro gobierno del Chile post-dictatorial.

A pesar de los debates y sin llegar a acuerdos oficiales, la constitución elitista de los seminarios permitió que la DC se viera favorecida políticamente. Al asistir meramente las cúpulas partidistas de centro derecha, se evitaban las presiones políticas de otros sectores y los conflictos existentes se volvían más controlables y canalizables hacia las posturas hegemónicas o dominantes dentro de los diversos conglomerados políticos. De esta manera la DC, debilitada pero aún con mayor peso dentro de la Alianza, y a pesar de los reclamos de sus aliados, pudo imponer *de facto* sus propias propuestas estratégicas al resto de los participantes. Es decir, consolidar su poder-decir y darle mayor autoridad a su diseño transitorio.

³² FREI, *Óp. cit.*, pp. 260-262.

³³ GODOY ARCAÑA, Oscar, *La transición chilena a la democracia: pactada*, p. 12. Consultado 18/05/2013. Disponible en :

http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1136_377/rev74_godoy.pdf

³⁴ AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998, p. 268.

2.2.2 El acercamiento con la dictadura

Para estos momentos tanto la DC como el régimen se encontraban política y programáticamente muy distanciados. El proyecto del régimen refería al modelo neoliberal y a la “democracia protegida” y su estrategia de liberalización política al cronograma pautado constitucionalmente. En cambio la DC, defendía un capitalismo demoliberal, una Asamblea Constituyente y un gobierno de transición que los incluyera por medio de la renuncia de Pinochet y de elecciones libres. Como se verá después, la sustitución de esta estrategia por una negociación con la dictadura, será resultado de la opción de la DC por irse alineando tanto al proyecto como con la estrategia del régimen, para hacer viable un nuevo dialogo político.

Aun así, el otro factor clave para el poder-decir demócratacristiano durante las protestas, fue justo la relación que entabló con la dictadura y las organizaciones de apoyo a esta que, durante ciertos momentos, le aseguraron una cuota importante de acción política y simbólica. En ese sentido, el dialogo de 1983 entre Jarpa y algunos miembros de la Alianza Democrática tuvo la doble cualidad de ser causa y consecuencia de la centralidad política de la DC como sujeto opositor. Como consecuencia de su propia fuerza política existen tres razones fundamentales por las que el régimen eligió a la AD para un “diálogo político”. La primera fue porque eran partidos que aparecían ligados a la convocatoria de las protestas. La segunda refiere a que la Democracia Cristiana se mantenía como un actor político central de campo opositor. Y la tercera, a que existían razones de raigambre histórica para sentarse a platicar con estos personeros. Motivo clave para este trabajo en tanto que permite entender la posibilidad de acercamiento entre la DC y el bloque opositor durante los ochentas. Al respecto el diario *El país*, anunciaba:

Recordando la época en que, como líder del derechista Partido Nacional, encabezó una coalición con la DC para derrocar al Gobierno del presidente Salvador Allende, Jarpa pidió que, igual que en esa oportunidad, los dirigentes demócratacristianos pongan lo que él llamo ‘el interés de Chile’ por encima del ‘interés de los partidos’.³⁵

³⁵ *El país*, 13 de agosto de 1983. Al respecto Cavallo anota lo siguiente: “Cierta tarde se reunió [Jarpa] con Jorge Ovalle a tomar té en el Club de la Unión. De la conversación surgió algo claro: para Jarpa, el momento requería de una aproximación discreta con la Democracia Cristiana. Se necesitaba saber si ese partido estaría dispuesto a entrar en el cuadro institucional, estableciendo incluso algunos acuerdos de importancia, o si por contrario se embarcaría en la dinámica de ruptura que insinuaban las protestas.” (CAVALLO (*et al.*), *Óp. cit.*, p. 405).

En ese sentido, este representante del régimen hacía alusión al principal punto de contacto entre la DC y la dictadura: su posición anticomunista. Para la dictadura, las protestas eran una reminiscencia de la Unidad Popular, que volvía imperante revivir las alianzas de antaño. Por lo que, si esta rebelión desde abajo y por la izquierda demostraba que la DC no era el único opositor a la dictadura, sí dejaba en claro que ellos eran los únicos aceptables histórica y actualmente para un diálogo con las FF.AA. Es decir, que aun como opositores contaba con cierto avalúo por parte del régimen. La Democracia Cristiana, junto con los otros partidos de derecha que acudieron al diálogo, fueron aceptados y elegidos porque históricamente se habían enfrentado a los grupos de izquierda marxista y a los *desbordes* de los sectores populares. De esta manera en 1983 un potencial entendimiento entre los representantes de la dictadura y de la AD se basaba en alianzas anteriores que se habían hecho, justo, para enfrentar a estos dos enemigos políticos. Tal como explicaban los diarios oficiales cuando iniciaron las reuniones: “El Gobierno, a través de un experto político, dialoga y se enfrenta a negociaciones con un grupo de sus iguales, con la mayoría de los cuales compartió trincheras en otras cruciales etapas de nuestra historia.”³⁶ Ello se expresaba por ejemplo, en que “los representantes de la AD y el nuevo ministro [Jarpa] se conocía bien, habían sido compañeros de banca en el Parlamento y juntos habían formado la CODE (Confederación de la Democracia), alianza opositora a Salvador Allende,”³⁷ sin mencionar la colaboración de la DC al golpe de estado de 1973. Lo cual se reafirmaba en que diez años después a pesar de su carácter opositor, la AD en su conjunto se conformaba con la exclusión manifiesta (aunque no por todos absolutamente consensuada) del Partido Comunista. En consecuencia, si por ahora la DC y el régimen no aparecían del mismo lado político, la posición anticomunista de ambos sujetos era suficiente para sentarse a dialogar, en un momento en el que no compartían ni el proyecto político, ni la estrategia democratizadora.

Como causa o condicionante al poder-decir de la Democracia Cristiana el diálogo tuvo los siguientes efectos. Primero, como se verá más adelante, el dialogo propició una definición estratégica dentro de la DC. Segundo, durante la apertura, la AD y en especial el partido socialcristiano, obtuvo una mayor presencia dentro del grueso de la oposición, ya que el dialogo aumentó su protagonismo político y la presentó publicitariamente como la cabeza de

³⁶ *El Mercurio*, 28 de agosto de 1983.

³⁷ BRAVO, Viviana, *La voz de los 80': protesta popular y neoliberalismo en América Latina. El caso de la resistencia subalterna en Chile (1983-1987)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2012, p. 249.

la oposición. Ello a su vez, le dio mayor peso a la Democracia Cristiana dentro de la Alianza Democrática y dentro de los grupos opositores en general. Mientras duraron las reuniones con Jarpa, fueron los líderes demócratacristianos los que fungieron de voceros de la AD y ocuparon un espacio comunicacional más grande e importante. Igualmente, el diálogo la acercó directamente con el régimen, lo que la DC había buscado desde el golpe de 1973 y la proveyó de espacios de encuentro con otros representantes derechistas, introduciéndose “al menos como virtualidad, la posibilidad de entendimiento entre la derecha y el centro político, para producir una transición.”³⁸

Las cosas cambiaron sustancialmente con la cancelación de las negociaciones, provocando una pérdida de esta centralidad para la Alianza en general y para la DC en particular.³⁹ Ésta último perdió poder dentro de la Alianza Democrática y tuvo que realizar todas las concesiones anteriormente aludidas, para conservar la unión del conglomerado y su primacía dentro de él. Asimismo el fin del diálogo dejaba a la DC y a la AD sin un plan inmediato y concreto para seguir oponiéndose a la dictadura. Se puede decir, que si éste ayudó a su conceptualización estratégica, su término ofuscó y obstaculizó su dimensión táctica. Al mismo tiempo, la desproveyó de un *lugar* desde el cual oponerse: el acercamiento con el régimen se había esfumado y dentro del campo opositor pasó a ser objeto de críticas, recriminaciones y reclamos por su participación en el dialogo y por encandilar una estrategia de transición negociada. Como ejemplo de ello se encuentran las siguientes críticas a la DC por parte de algunos sujetos opositores. “¿Por qué los líderes políticos parecieran no captar la realidad que vive el país, y caen en las opciones desmovilizadoras, como fue, por ejemplo, el diálogo del año pasado?”⁴⁰ Asimismo, un dirigente poblacional declaró: “Nos desconcertó mucho que de repente la AD dice: qué no va más al diálogo –pero no porque hayan matado gente, sino porque le cambiaron los plazos.”⁴¹ Críticas parecidas encontró por parte del Partido Socialista Núñez que, en conjunto, exhortaban a la DC a sumarse a las movilizaciones y a una transición que desconociera por completo a la dictadura. Ante ello, la DC optó por buscar nuevos aliados en las filas de la derecha chilena.

³⁸ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 39.

³⁹ Incluso, me fue difícil conseguir “datos” sobre la AD en este año. Yo supongo que esto se debe a que el fin del diálogo y la falta de una estrategia política definida, al restarle capacidad de acción también disminuyeron su protagonismo publicitario alcanzado en 1983.

⁴⁰ *Revista Análisis*, año VII, núm. 89, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, p. 4

⁴¹ Dirigente poblacional de Caro-Ochagavía, en BAÑO, Rodrigo, *Lo social y lo político, consideraciones acerca del movimiento popular urbano*, Vol. II, Documento de Trabajo, núm. 208, junio de 1984, p. 35.

2.2.3 En búsqueda del diálogo perdido. El acercamiento con las derechas

El acercamiento con las derechas se convirtió en la alternativa de contactos políticos que la Democracia Cristiano eligió al perder el trato con miembros directos del gobierno militar. Estratégicamente, implicó la continuación de la vía pacífica, en tanto lo que se buscaba era reactivar un diálogo político con el régimen a través de los aliados pertinente. Si en teoría ello aseguraría mayores beneficios para la estrategia demócratacristiana, concretamente presentaba varios problemas. La dictadura se había dedicado “a la creación de una fuerza política de Derecha (o centro-derecha) capaz de actuar como alternativa e interlocutor diferente a la Alianza Democrática.”⁴² No otro fue el origen, por ejemplo, del Movimiento de Avanzada Nacional que surgió para apoyar incondicionalmente a Pinochet a través de actos públicos en presencia del dictador y de movilizar bases sociales de apoyo.⁴³ De modo parecido a fines de 1983 “El ministro [Jarpa] intentó recorrer una nueva ruta: crear un frente de derecha organizado que pudiera respaldar las instituciones y una transición cautelosa.”⁴⁴ Para ello se acercó al “Grupo de los ocho”, un intento de unificación de las diversas derechas para defender conjuntamente al régimen, que a la larga no fructificó.⁴⁵ Aun así, en este proceso de reunificación y consolidación, estas agrupaciones fueron llenando los espacios que la apertura política iba produciendo. Y minando la necesidad que el régimen tenía de la AD como interlocutora de la oposición: ahora podía dialogar con aquellos sectores de derecha que se iban declarando críticos o independientes del gobierno, como el MUN y lo que quedaba del Partido Nacional.⁴⁶

Ahora bien, si la reconstitución de la derecha podría funcionar como una sustitución de la AD en la interlocución con el régimen, también serviría para que la Democracia Cristiana encontrara otro tipo de aliados. Así, ante los ofrecimientos del MDP de una lucha conjunta contra la dictadura, ante las exigencias del Partido Socialista Núñez de buscar a los comunistas, ante los reclamos del grueso de la oposición de constituir una lucha anti-dictatorial unida y ante las advertencias del régimen sobre su proximidad al marxismo, la

⁴² *Revista Análisis*, núm. 90, año VII, 11- 25 de septiembre de 1984, p. 51.

⁴³ TORRES, Isabel y Tomás Moulián, *La reorganización de los partidos de derecha entre 1983 y 1988*, Documento de Trabajo, núm. 388, FLACSO-Chile, 1988, p. 63. *Revista Qué pasa*, núm. 692, 12 al 18 de julio de 1984, p. 9.

⁴⁴ CAVALLO (*et al.*), *Óp. cit.*, p. 420.

⁴⁵ Durante 1984, la derecha chilena estaba dispersa en múltiples grupos diferentes, incluso contrarios entre sí, y el “Grupo de los ocho”, que avanzaba lento y con problemas, finalmente se disolvió, siendo el acercamiento del PN a la Alianza Democrática uno de los factores que lo precipitó. (*Revista Qué pasa*, núm. 692, 12 al 18 de julio de 1984, p. 10.)

⁴⁶ *El país*, 4 de septiembre de 1984.

Democracia Cristiana decidió consolidar el discurso contra la violencia y buscar a aquellas organizaciones de derecha que pasaban “de la crítica al modelo económico a pedir mayor claridad en cuanto al proyecto político.”⁴⁷ Esto le permitió a la Democracia Cristiana (aún sin llegar a acuerdos concretos), la impresión de irse salvando del aislamiento político, de poder negar al PC y a la vez, de no poner en peligro su proyecto de sociedad y su propuesta de transición.⁴⁸

Los espacios y las formas por las que la Democracia Cristiana intentó acercarse a algunas corrientes de derecha y a otros personeros del régimen fueron a través de los seminarios, debates y comunicados políticos aludidos anteriormente. Allí la coincidencia ideológica y programática permitía los acercamientos y la colaboración en la construcción de propuestas estratégicas. Ejemplo de ello fue el caso de Francisco Bulnes y de “Un pequeño partido de derecha, el liberal, [que] ya entró hace una semana en la Alianza Democrática.”⁴⁹ Con respecto a las derechas que no asistían a estos seminarios el acercamiento se dio a través de declaraciones a la prensa y documentos partidistas, que dejaban ver ciertos puntos de convergencia política, como algunas manifestaciones de independencia con respecto al régimen que el Partido Nacional promulgó.⁵⁰ Así en octubre de 1984 este mismo partido en conjunto con el Partido Democrático Nacional (PADENA), publicaron un pacto de “consenso democrático”. El acuerdo, que apostaba por aumentar el ritmo de algunas leyes políticas para posibilitar elecciones libres antes de 1989, así como por algunas reformas a la Constitución del 80, constituía “una propuesta de reforma muy completa, plenamente aceptable para la Alianza Democrática.”⁵¹ Pero, a pesar de la disposición de la Alianza para aceptarla, el PN rechazó constantemente incluirla dentro de sus propias estrategias de transición. Entonces, ante la disyuntiva de aceptar unirse con el PC o de buscar mejorar las condiciones para que el Partido Nacional decidiera unirse con ella, la DC eligió la segunda. En la práctica ello fue uno de los factores que influyó en que la DC se alejara de la movilización social y no participara en la protesta más importante del año, el paro de octubre, ya que “el PN eligió el camino de condicionar sus relación con la Alianza al hecho de que

⁴⁷ BAÑO, Rodrigo, “Movimiento Popular y política de partido en la coyuntura crítica del régimen (1983-1984), Documento de Trabajo, núm. 236, FLACSO-Chile, 1985, p. 16.

⁴⁸ Por ejemplo: “El sostenido intento de la DC de entenderse con el PN bloquea gérmenes de concertación en el terreno específicamente político como son el CUPO en Llanquihue y las conversaciones con el PC en Concepción.” (DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 61).

⁴⁹ *El país*, 4 de septiembre de 1984.

⁵⁰ *Ídem*.

⁵¹ TORRES y MOULIAN, *Óp. cit.*, pp. 48-49.

ésta suspendiera la convocatoria a la próxima protesta.”⁵² De esta manera un partido de derecha con menor fuerza que la dictadura pudo, entre otros elementos, influir en lo que Jarpa no consiguió en 1983: que la AD se alejara de las protestas. Pero permitió también lo que el fin del diálogo le había arrebatado: la posibilidad de resguardarse como una fuerza política democratizadora, sin sumarse a las fuerzas rupturistas que “explotaban” mes con mes.

3. LA “VÍA PACÍFICA”. ESTRATEGIA DE TRANSICIÓN DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

En el campo político, los sujetos pugnan por instituir una forma de producción y reproducción de lo social. En ese sentido, los sujetos implicados construyen una **definición de la realidad** que cuenta con “principios de visión y división del mundo social,”⁵³ así como una propuesta/apuesta para la acción que se reformula históricamente, es decir, una **estrategia política**. De esta manera, contiene una producción simbólica que la atraviesa en diferentes niveles y se materializa de diverso modos. Ésta implica constructos sobre lo social y lo político: un universo simbólico que configura y narra un orden social aceptable que otorga, explica y justifica el *sentido* de la organización. Una proyección estratégica sobre cómo llevarlo a cabo: “Horizontes diferentes de apuestas y expectativas” que configuran *líneas de acción* a seguir para conseguir los objetivos deseados. Y una serie de acciones significadas que comienzan a experimentarlos: “repertorio de prácticas sociales y discursivas” que constituyen las acciones estratégicas concretas y *expresan* el sentido aludido.⁵⁴ En la práctica, y sólo aprehensible a través del análisis, estas tres dimensiones se encuentran siempre interrelacionadas y objetivadas simbólicamente en el **discurso público** de la organización.

En Chile, durante 1983 y 1984, esta pugna se centró en las maneras correctas, deseables y posibles en las que debía terminarse con la dictadura. Allí, la Democracia Cristiana también construyó una definición propia de la realidad con respecto a una manera específica de

⁵² *Revista Análisis*, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, año VII, núm. 89

⁵³ BOURDIEU, Pierre, “El campo político” en BOURDIEU, P. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001, p.22.

⁵⁴ Ambas citas son de PIRKER, Kristina, *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2008, p. 104.

transitar a la democracia. Conocida como *la vía pacífica*, su propuesta transitiva será analizada a través de tres líneas estratégicas fundamentales: su opción por una transición negociada con la dictadura, viabilizada por movilizaciones sociales controladas y con el objetivo de excluir a la izquierda marxista del proceso democratizador. Que en conjunto abonarán al objetivo de analizar al discurso en contra de la violencia dentro de la estrategia general de la vía pacífica.

3.1 Por la vía de las instituciones: la transición negociada

Rápidamente negociar con la dictadura los términos de una posible transición democrática, se convirtió en el objetivo principal de la Democracia Cristiana durante las protestas. En consonancia, se llevaron a cabo diversas acciones –seminarios académicos y políticos, reuniones entre dirigentes opositores y con personeros del régimen, declaraciones a la prensa– para definir, discutir y establecer el carácter de dichas negociaciones y los rumbos posibles y deseables de la *vía pacífica*. Ello significó que gran parte de su práctica política estuvo destinada a construir *sentido*: que se realizó como una producción simbólica que otorgaba un soporte ideológico y una dirección política a la organización. En ese proceso pueden reconocerse dos momentos de definición estratégica que fueron delimitando los derroteros políticos de la Democracia Cristiana: su asistencia al diálogo con el Ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa y su opción por buscar nuevos entendimientos con las FF.AA para transitar a la democracia. En lo que sigue, se hará un breve análisis para conocer el tipo de transición que propuso a partir de estas experiencias y definiciones políticas.

3.1.1 Del rechazo a la dictadura a la transición pactada

El 6 de agosto de 1983, poco antes de la cuarta protesta, se anunció la aparición de la Alianza Democrática (AD), que se definía por obtener “en el más breve plazo la recuperación ordenada y pacífica de la Democracia”, bajo un régimen demoliberal y un capitalismo en clave desarrollista.⁵⁵ Para lograrlo proponían la revitalización de ciertas instituciones liberales

⁵⁵ ALIANZA DEMOCRÁTICA, *Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional ante Chile, su pueblo y su historia*, 22 de agosto de 1983. Consultado: 21/08/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1665&Itemid=55

para terminar con la dictadura: Plebiscito, Asamblea Constituyente, renuncia del Jefe de Gobierno, obtenidos por medio del derecho de petición y un gobierno de transición. A partir de ello se expresaba una propuesta transitoria dispuesta a rechazar todo el ensamblaje institucional instaurado por la dictadura:

[se] hace imperioso y urgente un cambio político de fondo que implique la decisión solemne, clara y expresa, de anticipar el cambio de régimen y el retorno a la democracia. Para la materialización de este objetivo esencial para el país se hace necesario que el jefe del Estado facilite con su renuncia la salida y que se elija una asamblea constituyente y legislativa, por voto libre, secreto e informado.⁵⁶

La Democracia Cristiana se sumaba a la exigencia general de la oposición por un regreso rápido a la democracia. Más que una visión “maximalista”, como la han denominado la historiografía transitoria, expresaba el contexto del momento en el que existían ciertas condiciones para exigir el final de la dictadura. En consonancia con la explosividad de las protestas, la DC postulaba la necesidad de un cambio profundo con respecto al régimen político dictatorial por medio de dos aspectos fundamentales. Uno, por la construcción de un nuevo acuerdo entre gobernantes y gobernados, en el que participarán diferentes sujetos y que implicaba un rechazo explícito y tajante a la Constitución de 1980. Dos, a través de la renuncia de Pinochet, la aniquilación de la figura del dictador. En conjuntos, ambos planteamientos demandaban la descomposición de dos de las principales instituciones del régimen militar y hacían sostener a la DC un claro rechazo tanto hacia su modelo político, la “democracia protegida”, como hacia su cronograma de transición. En efecto, los democristianos aducían que el régimen “debe presentar una agenda o calendario con pasos definidos hacia el retorno de la democracia. [...] No la queremos para 1989 ni aceptamos que sea protegida.”⁵⁷ Si bien esta era una posición no sólo del partido sino de todo el conglomerado político aliancista, rápidamente la DC dio un viraje a partir del diálogo que mantuvo con el Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa. El cual, al igual que en otros momentos de su historia, la hizo definirse por una postura política y estratégica más proclive al bloque capitalista de la guerra fría.

Las negociaciones entre la dictadura y sectores de la oposición comenzaron antes de la “apertura”. Ante las primeras protestas, el régimen había buscado dialogar, sin mucho éxito,

⁵⁶ *El país*, 15 de noviembre de 1983.

⁵⁷ *El país*, 11 de septiembre de 1983.

con algunos sindicatos opositores que no estaban tan dispuestos a sumarse a la movilización.⁵⁸ Luego, pactó algunas concesiones con los transportistas y camioneros, que obstaculizaron la posibilidad de un paro nacional.⁵⁹ Estos primeros acuerdos dejaron ver que el régimen priorizó los de corte gremial sobre los de índole político-institucional, ya que no atenderían contra el cronograma constitucional, pero podrían ser capaces de desactivar o mesurar las protestas. La diferencia con la apertura que se anunciaba en agosto era que se proponía un *diálogo político*: la posibilidad de discutir y pactar el regreso a la democracia. Por lo menos, así fue presentado por los voceros del régimen que explicaron que “El gobierno de las FF.AA. ha resuelto ponerse en marcha para conducir al país en forma efectiva y rápida al sistema democrático.”⁶⁰

En un principio el dialogo fue rechazado por todos los miembros de la AD, incluyendo a la DC. Pero rápidamente ésta y la Derecha Republicana, con la negativa del PS-Núñez, decidieron reunirse a dialogar.⁶¹ Sólo tres veces fueron las que se encontraron la Alianza Democrática y Sergio Onofre Jarpa: el 25 de agosto y el 5 y 29 de septiembre de 1983.⁶² En las cuales se expusieron principalmente los requerimientos de la AD para una transición democrática: renuncia de Pinochet a la presidencia, Asamblea Constituyente y calendario de transición. Al igual que lo que el régimen estaba dispuesto a conceder o denegar: mediana y únicamente, acelerar la legalización de los partidos, la reapertura del Congreso y hacer ciertas modificaciones económicas.⁶³ Y lo que estaba buscando conseguir: el cese de las protestas.⁶⁴ Históricamente este diálogo no abonó a la recuperación democrática y, por el contrario, reconfiguró las relaciones de fuerza en favor del régimen militar. Asimismo, terminó en

⁵⁸ LAVANDERO, Jorge, *El precio de sostener un sueño*, LOM, Santiago de Chile, 1997, p. 79.

⁵⁹ *El país*, 23 de junio de 1983. DE LA MAZA, *Óp. cit.*, pp. 92, 97.

⁶⁰ *El Mercurio*, 25 de agosto de 1983, citado en AYLWIN, *Óp. cit.*, p. 233.

⁶¹ Mientras la Alianza seguía en su negativa el régimen buscó a otros actores para llevar a cabo el dialogo político. Sergio Onofre Jarpa tuvo visitas y conversaciones el 13 de agosto con el arzobispo Juan Francisco Freno, y el 17 y 19 de agosto con Jorge Lavandero y otros participantes del Proyecto de Desarrollo Nacional (PRODEN). (CAVALLO, *Óp. cit.*, p. 401). Ante la posibilidad de quedarse fuera de estas reuniones, “las directivas de los partidos políticos exigieron que el interlocutor fuera la Alianza Democrática.”⁶¹ (FREI, *Óp. cit.*, p. 242. *El país*, 15 de julio de 1983.) A partir de entonces, no se admitió a ningún otro sujeto para participar en el diálogo político.

⁶² “Por la oposición asistieron Ramón Silva Ulloa de la Unión Socialista Popular (Usopo), Gabriel Valdés (DC), Silva Cimma del Partido Radical (PR) y el independiente de derecha, Hugo Zepeda.” (TOVAR MENDOZA, Justo, *La negociación de la transición democrática en Chile (1983-1989)*, p. 7. Disponible en: <http://www.dii.uchile.cl/~webmgpp/estudiosCaso/CASO42.pdf> Consultado el 18/05/2013).

⁶³ FUENTE ALBA, Rafael, “El ADN del pacto de la DC y el socialismo” en *La Nación*, 31 de diciembre de 2006 Consultado el: 5/05/2013. Disponible en: http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20061230/pags/20061230161405.htmlP.

⁶⁴ TOVAR, *Óp. cit.*, p. 7

octubre sin llegar a ningún acuerdo de ninguna índole y sin que las protestas dejaran de ocurrir cada mes, con la convocatoria también firmada por la Alianza Democrática. Pero, a pesar de que no cumplió los objetivos de los involucrados tuvo, entre otras cuestiones, un efecto político de gran importancia: ayudó a la definición político-estratégica demócratacristiana.

En primer lugar, mostró la distancia política que la DC todavía sostenía con respecto a la dictadura. La cancelación del diálogo por parte de la Democracia Cristiana y su rechazo a formar parte de las instituciones del régimen informaba que, para estos momentos, todavía no estaba alineada con la estrategia de transición de la dictadura (con el cronograma político expresado en 1980) ni con sus instituciones políticas principales (con la Constitución del mismo año), cómo lo iría haciendo más adelante. Por el contrario, también dejó ver ciertas transformaciones y características que su sentido estratégico comenzó a revestir a partir de las reuniones con Jarpa. El diálogo mostró que si la DC estaba de acuerdo con una vuelta próxima a la democracia, también estaba dispuesta a *sacrificar* ciertas cuestiones para conseguirla. Entre ellas la discusión sobre la renuncia de Pinochet, que ante la negativa de Jarpa no se volvió a tocar para las siguientes reuniones. Asimismo, daba cuenta de que la Democracia Cristiana decidió aceptar (y a su vez configuró) un tipo de diálogo político que no tomaba en cuenta las principales preocupaciones y conflictos de la mayoría de los protestantes, tales como el terrorismo de estado o la miseria que causaba el capitalismo neoliberal. Es decir, que apostaba por una transición democrática en el que se privilegiaran los aspectos formales de la democracia liberal con exclusión de los problemas de contenido social. Ello puede verse en los tópicos excluidos desde el principio por la discusión entre Jarpa y la Alianza, que “A modo de ejemplo, puede señalarse que mientras se desencadenaba la represión, la AD negocia un calendario de transición sin mencionar el punto en su diálogo con Jarpa.”⁶⁵ E incluso, cuando la AD canceló el diálogo se hizo porque el Gobierno “no presenta un calendario [de transición] y no para exigir el cese de la represión y el esclarecimiento de decenas de muertes en los sectores populares”.⁶⁶ Tal como lo había expresado un dirigente poblacional.

Ahora bien, como asunto fundamental para este estudio, el diálogo incidió directamente en la profundización de un horizonte estratégico para la DC en particular: *la vía*

⁶⁵ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 101.

⁶⁶ BAÑO, *Movimiento Popular y política de partido...*, *Óp. cit.*, p. 29. Habría que decir que antes de que se sucediera el diálogo, la DC sí se declaraba en contra de la represión a los sectores populares, aunque después de éste lo fuera haciendo cada vez menos. Lo que indica una cuestión de mayor confrontación con el régimen antes del diálogo, y reducida después de que terminara. Ello será tratado en el siguiente capítulo.

pacífica definida como una transición negociada. Ésta, si bien no había precisado ni garantizado sus formas, medios o tiempos, se concebía ya como posible y deseable en un plan futuro de democratización. De esta manera, sin lograr ningún acuerdo, mucho menos ninguno concreto ni trascendente, el diálogo consolidó la idea (ya esgrimida durante la década de los setenta) de que el regreso a la democracia podía pactarse con las FF.AA y no sólo pequeñas concesiones gremiales, como hasta ahora había sucedido. En consecuencia, toda la estrategia posterior de estas agrupaciones se dirigió a buscar y concretar los medios para lograr una negociación con la dictadura, que posibilitara la democratización del país. Acompañado de un discurso en contra de la violencia para legitimarlo y sustentarlo, esta redefinición estratégica provocaría que la DC fuera prescindiendo de ciertos elementos fundamentales de la propuesta original de la Alianza Democrática.

3.1.2 El viraje estratégico. La admisión de la Constitución de 1980

Dicha reconfiguración implicó la sustitución de la exigencia de la renuncia de Pinochet (fuese por plebiscito o por petición), por la exigencia de un calendario de transición y de una negociación con el régimen militar como objetivos políticos principales. Lo cual, en la práctica, llevó a una renuncia más como medio para volver a dialogar con el régimen: la Asamblea Constituyente. Marcando con ello un nuevo proceso de derechización de la Democracia Cristiana que se verá y afianzará durante toda la década de los ochenta y que la llevaría a aceptar el proyecto de sociedad instaurado por la dictadura.

En efecto, a partir de 1984, Patricio Aylwin declaró:

Nuestra respuesta es clara. Acatamos la vigencia de esa Constitución como un hecho que forma parte de la realidad. Pero por las razones que aquí se han expuesto, no se nos puede pedir que, contrariando nuestra conciencia, la aceptemos como la expresión válida de la voluntad soberana del pueblo y nos conformemos con ella a pesar de que nos repugne.⁶⁷

Más tarde, en julio del mismo año, reafirmaría este argumento:

⁶⁷ “Discurso de Patricio Aylwin en el Teatro Cariola”, enero de 1984, citado en AYLWIN, *Óp. cit.*, pp. 249-250.

Es evidente, sin embargo, que en las actuales circunstancias no resulta viable la proposición de convocar a una Asamblea para generar una nueva Constitución. A menos que estas circunstancias varíen muy substancialmente, si queremos avanzar hacia la Democracia debemos explotar otros caminos, a partir de la Constitución vigente.⁶⁸

La virtual aceptación de la Constitución de 1980 por parte de la Democracia Cristiana, provocó un debate importante al interior de la Alianza Democrática, sobre todo con el PS-Núñez, que no se resolvió durante el periodo estudiado. Ante las declaraciones de Aylwin, los socialistas renovados escribieron al entonces presidente de la AD:

Creemos que la Alianza Democrática debe reiterar públicamente su voluntad de llegar, como lo anunció en sus 'Bases del dialogo' del 27 de agosto de 1983, a la elección de una Asamblea Constituyente que propongan al país una Constitución que sea votada por plebiscito popular. De esta manera se evitará el desconcierto que parece estar tomando cuerpo en la opinión pública en el sentido de que la Alianza Democrática estaría dispuesta a reconocer la Constitución vigente 'como un hecho' proponiendo reformas que, cualquiera que sea su carácter, supone la legitimación de la misma.⁶⁹

Y agregaban posteriormente en otro seminario político: "Así como algunos dicen que la Constitución es un hecho [...] también podemos nosotros decir que los comunistas son un hecho, que están ahí y hay que aceptarlos."⁷⁰ Ante eso, los democratacristianos dieron sus propios argumentos. Gabriel Valdés respondió: "Ayer, en un importante Seminario del ICHEH, Patricio Aylwin ha planteado las bases para una salida realista. Todas las fuerzas democráticas esperan una salida. Se trata de que todas la busquen de buena fe."⁷¹ Igualmente, Edgardo Boeninger, otro democratacristiano, dijo sobre las declaraciones de Aylwin:

Por razones éticas e históricas ambas posiciones son rígidas e inmodificables. En esas condiciones poco sacamos los opositores con

⁶⁸ AYLWIN, Patricio, "Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile", (Exposición del autor en el Seminario del ICHEH en julio de 1984), citado en *Ibíd.* pp. 401-402. Cursivas en el original.

⁶⁹ "Carta de Ricardo Lagos y Jorge Molina a Enrique Cimma", citado en *Ibíd.*, p. 265.

⁷⁰ Participación de Ricardo Lagos en el seminario "Condiciones Políticas para una Democracia estable en Chile", citado en *Ibíd.*, p. 269.

⁷¹ "Discurso de Gabriel Valdés en el aniversario de la Democracia Cristiana", 29 de julio 1984, citado en *Ibíd.*, p. 265.

simplemente desconocer la realidad. [...] La única forma de resolver este conflicto frontal es llegar a un acuerdo sustantivo respecto a esa materia, sin obligar a nadie a renunciar a las posiciones asumidas en relación a la legitimidad. De modo que para algunos sea una modificación de la Constitución de 1980, en tanto que para otros sea una nueva Carta Fundamental.⁷²

Asimismo el propio Aylwin defendía su posicionamiento, ya que, según él, parecía “necesario superar una situación en la cual la Alianza parece como intransigente, mientras el gobierno aparece dispuesto a buscar fórmulas de entendimiento para avanzar a la democracia.”⁷³ Y poco después, Francisco Cumplido de la DC, decía que la Constitución del 80 “en la práctica impide su modificación” por lo que “sólo la negociación política en la etapa de transición podría cambiarla.”⁷⁴

Sin responder a la condición factual de los comunistas, con las citas anteriores se dejó claro un asunto: si la Alianza no apoyó en su conjunto a la Democracia Cristiana, la posibilidad de aceptar la constitución de 1980 como un principio democratizador era ya una posición oficial del partido que no se retractó públicamente. Como le había sucedido en otras etapas de su historia, ante la disyuntiva de aliarse con la oposición rupturista para defender su propuesta original o de abandonar sus elementos fundamentales para seguir buscando un acercamiento con la dictadura, la DC eligió la segunda opción. En aras de conseguir una nueva negociación con la dictadura, los demócratacristianos trataron de mejorar la propuesta que presentaron a Jarpa en 1983, omitiendo los puntos más radicales: la renuncia de Pinochet y el Plebiscito, que fueron suprimidos, y la Asamblea Constituyente que fue sustituida por meras reformas a la Constitución en vigencia. La consecuencia política, como lo marcaron los socialistas, fue legitimar la Carta Magna de la dictadura. Y en ello, al admitir *de facto* la institucionalidad del régimen, la DC dio un paso político de gran importancia: el comienzo de la alineación a la estrategia democratizadora dictatorial y la pérdida de su propia propuesta de transición. Es decir, la posibilidad de admitir tanto la democracia protegida como el modelo neoliberal. Con esto el sentido estratégico de la DC tomó, a su vez, un sentido político claro: luchar por la democracia, no implicaba necesariamente luchar en contra de la dictadura. Ni contra sus representantes, ni contra su proyecto de sociedad.

⁷² s/t, citado en *Ibíd.*, p. 267.

⁷³ *La Segunda*, 2 de agosto de 1983, citado en *Ibíd.*, p. 265.

⁷⁴ Participación de Francisco Cumplido en el seminario “Condiciones Políticas para una Democracia estable en Chile” citado en *Ibíd.*, pp. 263-264.

3.2 La exclusión de la izquierda marxista

Durante las jornadas de protesta el campo opositor –de manera similar a como había sucedido con la elección de 1964 y 1970– contaba con dos grandes referentes para pautar el conflicto político: el PC y la DC. Sin apelar a un reduccionismo politológico, puede admitirse que la rearticulación partidaria durante las protestas se había dado alrededor de estas dos organizaciones. De esta manera, el MDP y la AD aparecían como los principales bloques políticos de un potencial proceso democratizador dado desde la oposición que entablaba una fuerte competencia política (en el doble sentido de ser fuerzas altamente competentes y de ser fuerzas competidoras entre sí). Ante ello el dilema, como fue planteado en la época, fue la posibilidad de unificar a la oposición anti-dictatorial a través de una alianza comunista-democratacristiana o intentar democratizar al país por separado.

En ese contexto, sostengo que la estrategia de la Democracia Cristiana no sólo significaba una propuesta diferente a la del Partido Comunista. Sobre todo, implicaba la posibilidad de excluirlo del proceso democratizador, comenzando por marginarlo de sus propias propuestas y acciones. Durante los ochenta, su anticomunismo ya histórico siguió siendo un factor clave para definirse políticamente y, en este contexto, optar por un posible diseño transitorio. En ese sentido puede decirse que una dimensión estratégica de la DC estaba dedicada a *diferenciarse* y marginar al comunismo chileno, al evidenciar y profundizar las distancias ideológicas, políticas, históricas que existían entre ambas organizaciones. Allí la dicotomía discursiva que construyó entre la vía pacífica y lo que denominó la vía violenta, cobra una de sus principales importancias políticas e históricas al permitir el rechazo práctico del PC. El objetivo era claro: la DC “al no aceptar las propuestas de unidad en un bloque opositor definido por la izquierda se propone la tarea de asumir el liderazgo de una oposición cuya estrategia esté definida por el proyecto demócratacristiano.”⁷⁵ La exclusión del Partido Comunista le permitiría *realizar su definición de la realidad*: conseguir y liderar una transición negociada capaz de resguardar un capitalismo demoliberal, al obstaculizar una transición en clave rupturista. Es decir, proteger tanto su proyecto histórico político y su estrategia transitoria, como un lugar privilegiado en el campo político de la transición y de la post-dictadura. En lo que sigue se analizarán las principales lógicas y acciones de esta dimensión estratégica.

⁷⁵ YOCELEVSKY, “La Democracia Cristiana chilena.” *Óp. cit.*, p. 336.

3.2.1 El campo político ante la alianza DC-PC

Durante el periodo, la posición anticomunista de la Democracia Cristiana estuvo interpelada por dos tendencias contrarias del campo político. Por un lado, aquella que reclamaba la unidad de la oposición y, específicamente, la incorporación del Partido Comunista a la Alianza Democrática. Dentro de ésta, los más persistentes fueron el PC, el MDP y el Partido Socialista-Núñez, miembro oficial de la AD. Los primeros sostenían que: “Debe concertarse un entendimiento entre el Movimiento Democrático Popular y la Alianza Democrática, [...] porque solamente con la suma de ambas fuerzas será posible poner fin a la actual situación.”⁷⁶ Mientras el segundo argumentaba que la AD “es un paso parcial en la medida en que plantea la llamada política de exclusiones y deja fuera al Partido Comunista... A nosotros nos parece esto una cosa muy grave porque proyecta una división muy importante entre todas las fuerzas democráticas.”⁷⁷ La unidad sustancial PC-DC expresaba, para estos actores, dos asuntos fundamentales. El reconocimiento del comunismo chileno como un sujeto políticamente democrático y, en consiguiente, potencialmente democratizador dentro de un contexto dictatorial. Y dos, el supuesto de que la unidad opositora sería el factor clave para hacer caer a la dictadura. En ese sentido se asumía la negativa demócratacristiana no sólo como un acto discriminatorio, también como un hecho contraproducente para el arribo democrático del país.

Por el contrario, estaba la exigencia de la dictadura militar y de sus partidarios de un rechazo explícito y tajante hacia el PC. Diversos personeros del régimen argumentaban una cercanía inconveniente y peligrosa entre la izquierda marxista y la Democracia Cristiana, fundamentada sobre todo, en su participación en las movilizaciones sociales. Ante ello, declaraban que si “los sectores que se dicen democráticos y el partido comunista están actuando juntos en contra del Gobierno”⁷⁸ no habría manera que éste último se entendiera algún día con la AD.⁷⁹ Ya que, como sostenía el Ministro Jarpa, los partidos de la Alianza, “Lo que sí deben aclarar es que si ellos consideran posible una democracia sana, estable y

⁷⁶ Entrevista a Clodomiro Almeyda, citado en BENAVENTE, André, “Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984”, Documento presentado el día 13 de septiembre de 1984 en el Seminario “Formación Democrática”, organizado por el Centro de Estudios Públicos, p. 192. Consultado: 07/08/2015. Disponible en: http://www.plataformademocratica.org/Publicacoes/9424_Cached.pdf

⁷⁷ *Revista Análisis*, núm. 64, 13 de septiembre de 1983, citado en *Ibíd.*, p. 191.

⁷⁸ *El país*, 14 de octubre de 1983.

⁷⁹ *El mercurio*, 15 de octubre de 1983, citado en LAVANDERO, *Óp. cit.*, p. 116.

eficiente, dejando abierta la puerta a la infiltración marxista.”⁸⁰ De esta manera, el requerimiento era claro. Si la Democracia Cristiana aspiraba a una negociación política con la dictadura, el requisito indispensable era “definirse frente a estos hechos y grupos extremistas,”⁸¹ como afirmaba la UDI, manifestar y mantener “una inequívoca definición sobre el marxismo”.⁸²

Lo importante de ambas posiciones es que signaban para la Democracia Cristiana dos grandes ejes posibles de resolución estratégica, marcados cada uno con un mayor o menor acercamiento a la dictadura, a su modelo de sociedad y cronograma constitucional. En ello, el factor definitivo fue la propia posición que la DC tomó ante una salida rupturista y ante el PC como un potencial aliado y como fuerza política democratizadora en sí. Es decir, su propia definición y reacomodo en la disputa de la guerra fría durante las protestas.

3.2.2 El anticomunismo democristiano

Históricamente, la Democracia Cristiana se había definido como una agrupación alternativa, contraria y preventiva a la izquierda marxista. En ese sentido había profundizado su oposición al gobierno de Allende hasta verse comprometida con el golpe de estado de 1973 y haber brindado su apoyo al gobierno militar de él emergente. Su expulsión al campo opositor no significaría un abandono del anticomunismo democristiano. Muy por el contrario, la Democracia Cristiana sostenía la responsabilidad de los partidos de la Unidad Popular en la crisis de 1973, al igual que todos los otros partidos denominados demócratas, porque “a lo largo de las últimas décadas toleraron, cuando no ampararon, conductas antisociales que finalmente terminaron siendo factores decisivos en el quebrantamiento del sistema político, como ser ‘las tomas’, huelgas ilegales, el periodismo amarillo, etc.”⁸³ Ello explicaba la imposibilidad de una alianza opositora DC-PC, que se extendía a dos razones más. Una, a que ambas organizaciones representaban principios políticos totalmente diferentes. Según los socialcristianos, el PC actuaba bajo las órdenes del comunismo soviético, promulgaba la dictadura del proletariado y tenía una visión instrumentalista de la democracia, asuntos “que resultan incompatibles con la Democracia Cristiana.”⁸⁴ Dos, que

⁸⁰ *Revista Qué pasa*, 18-24 de agosto, núm. 645, citado en LÚNECKE, *Óp. cit.*, p. 88.

⁸¹ *El Mercurio*, 27 de agosto al 2 de septiembre de 1983.

⁸² Declaración de la UDI, 9 de octubre de 1983, citado en TORRES y MOULIAN, *Óp. cit.*, p. 39.

⁸³ ZALDÍVAR, *Óp. cit.*

⁸⁴ *Ídem.*

la estrategia antidictatorial enarbolada por el Partido Comunista resultaba totalmente ineficiente, ya que “La formación de frentes tradicionales, inevitablemente dirigidos desde el exterior, no ayuda a la causa de la restauración democrática.”⁸⁵ En cambio, según la DC, sería una de las razones del fracaso opositor en la democratización del país.

En el contexto de las protestas, ante la disyuntiva de rechazar o aceptar a los comunistas chilenos para una lucha conjunta, la DC reafirmó su trayectoria histórica y de nuevo eligió lo primero. Ahora, también sustentado en la necesidad de negociar con la dictadura, declaró públicamente que “El Partido Comunista no ha sido ni será un potencial aliado político de la Democracia Cristiana.”⁸⁶ Que:

Rechazamos para Chile, aquí y ahora, toda conducta política que implique, en una etapa próxima o remota, un régimen de gobierno que, fundado en pretensiones científicas o sociales, se traduzca institucionalmente en un partido único, en el control de los medios de comunicación, la violencia sobre los opositores políticos y los disidentes y las demás características del colectivismo totalitario.⁸⁷

Este rechazo, como un elemento histórico de la Democracia Cristiana y como un requerimiento político del momento para hacer posible una transición negociada, implicó la necesidad de reafirmarse identitariamente como una agrupación alta y fácilmente diferenciable de la izquierda marxista. Allí, si el discurso en contra de la violencia y la exaltación de la vía pacífica será lo que llenará de contenido y de significado esta diferenciación, ésta se instaurará al consolidar la distancia política con el comunismo chileno.

En efecto, el gran alejamiento que la Democracia Cristiana interpuso entre ella y el PC, fue su impedimento constante para que éste último formara parte de la Alianza Democrática, extendido después a cualquier otro pacto político. Como afirman tanto R. Fuentealba y A. Cavallo, al conformarse la AD, los comunistas le comunicaron a los demócratacristianos su petición de integrarse al nuevo conglomerado político o de crear uno nuevo que representara al grueso de la oposición. Ante ello, como se explicó anteriormente, el PS- Núñez estuvo de acuerdo y mantuvo firme su opción por incluirlos durante todo el período. Pero tanto la DC como los partidos de derecha dentro de la Alianza, se negaron a

⁸⁵ PDC, “Una patria para todos”, *Óp. cit.*, pp. 10-11.

⁸⁶ DC, “Democracia Cristiana, una sola oposición”, citado en AYLWIN, *Óp. cit.*, pp. 283-284.

⁸⁷ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando” citado en [ORTEGA, Eugenio y Carolina Moreno \(comps.\), *¿La concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, LOM, Santiago de Chile, 2002, p. 37.](#)

que el PC se incorporara.⁸⁸ La razón histórica era un anticomunismo demócratacristiano ya consolidado en la directiva de la organización. La razón esgrimida fue que “El Partido Comunista está fuera de la Alianza por el hecho simple de que él no participa de los principios fundamentales que son base para nuestro proyecto para Chile en el futuro.”⁸⁹ Sea, porque era violento y totalitario. La razón compartida en el contexto de las protestas fue que su presencia dentro de la oposición autodenominada democrática haría imposible cualquier acercamiento o negociación con el régimen y además facilitaría una transición rupturista. Su anexión imposibilitaría una transición negociada al unirse con el enemigo político de la dictadura y al darle cabida a las demandas populares que el MDP pudiera sostener.⁹⁰ Un trabajo conjunto podría encaminar a la transición por rumbos indeseables al incluir a “aquel actor político vinculado a los sectores sindicales [y populares] con mayor capacidad de presión sobre las políticas socio-económicas en un eventual proceso democratizador.”⁹¹ Es decir, al sujeto que se deslizaba y tenía cierta capacidad para luchar por una democracia con contenido social y con tendencias anticapitalistas.

Hubo otro campo en el que la Democracia Cristiana se dedicó a impedir un acuerdo y liderazgo político del comunismo chileno: las movilizaciones sociales. Prácticamente, allí fue de los pocos lugares en los que coincidió con la izquierda marxista, tanto en la base (las acciones de movilización como tal) como en la cúpula partidaria (convocatorias firmadas en conjunto, encuentros en diferentes eventos). Con respecto a la segunda cuestión, para conservar la diferenciación entre ambas organizaciones la DC intentó dominar las pautas del instructivo con el que se invitaba a protestar. Ante ello:

El Partido Comunista, que hasta entonces había mantenido un papel silencioso y activo, empezó a cuestionar el contenido de las convocatorias. Sostenía que las instrucciones debían ser elaboradas previo acuerdo entre todos. El PDC rechazaba la idea: aceptaría sugerencias para el éxito de las protestas, pero se reservaba el derecho a conducirlas.⁹²

⁸⁸ FUENTE ALBA, *Óp. cit.*, p. 3. CAVALLO, *Óp. cit.*, p. 413.

⁸⁹ “Respuesta de Gabriel Valdés a la dirección del Partido Socialista” en *Política y Espíritu*, núm. 361, noviembre-diciembre de 1983, citado en BENAVENTE, *Óp. cit.*, p. 191.

⁹⁰ FUENTE ALBA, *Óp. cit.*, p. 3. CAVALLO, *Óp. cit.*, p. 413.

⁹¹ VARAS, Augusto, “De la violencia aguda al registro electoral: estrategia y política de alianzas del PC, 1980-1987” en Augusto Varas (*et. al.*), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, USACH/FLACSO/Catalonia, Santiago de Chile, 2010, p. 340.

⁹² CAVALLO, *Óp. cit.*, p. 404.

El predominio sobre la convocatoria otorgaría la imagen pública de estar “al frente” de las movilizaciones y de poder controlar las formas concretas de movilizarse. Es decir, de presentarse como el representante y dirigente de las protestas. En este caso, implicaría una preponderancia expresa y específica sobre el PC (sobre el otro gran referente de democratización), que pondría a la cabeza tanto a la vía pacífica como a la Democracia Cristiana e iría obstaculizando tanto la conducción comunista como la posibilidad de una transición rupturista. Esto se reforzaba cuando, en algunas declaraciones, la DC negaba la participación del MDP en la convocatoria de ciertas protestas, como ocurrió en la siguiente declaración en la que se omitía su presencia:

La Protesta Nacional del martes 27 de marzo, convocada por el Comando Nacional de Trabajadores y la Alianza Democrática, en su enorme profundidad y extensión, demostró el nivel de agotamiento de la paciencia nacional frente al régimen, y la voluntad de la inmensa mayoría de los chilenos, de producir ahora un cambio político de fondo, *pacífico* y consensual.⁹³

En este caso, defender la lucha pacífica y exaltarla como las formas de lucha del pueblo chileno, también funcionaba como una manera de diferenciarse de la izquierda marxista que apelaba a “todas las formas de lucha”. En consiguiente, en los eventos que se presumían pacíficos esta diferencia venía acentuada con las declaraciones en contra de la violencia como acción estratégica. Junto a ello, la dirigencia de la DC intentó instituir una distancia más con el comunismo chileno: aquella que concernía a su propia militancia. Como refiere R. Álvarez, desde el inicio de la dictadura, el PC mantuvo un vínculo político con el sector demócratacristiano que se había promulgado en contra del golpe de estado y, posteriormente con la ilegalización del partido en 1977, incluso con su máxima dirigencia. Ello nunca logró un acuerdo político entre ambas organizaciones, pero sí “se manifestó en un trabajo de base” que unió *de facto* a la militancia demócratacristiana y comunista en varios espacios y acciones de resistencia en contra de la dictadura, “convirtiéndose en los antecesores directos de las Protestas Nacionales iniciadas en 1983.”⁹⁴ La distancia política se haría monolítica cuando, delineada la estrategia de la transición negociada, estos acercamientos se volverían todavía

⁹³ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, abril 1984 en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América-CESOC, Santiago, 1986, p. 73.

⁹⁴ ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007, p. 107.

más conflictivos y contraproducentes para la dirigencia de la DC. En consecuencia, (y esta es otra de sus razones) la Democracia Cristiana emitió instrucciones a su militancia de retirarse de aquellas organizaciones ajenas y autónomas al partido, en las que (además de lo anteriormente explicado) los militantes demócratacristianos podrían encontrarse con los militantes marxistas.⁹⁵ Asimismo cuando, a pesar de tales instrucciones, ambos grupos de militantes siguieron convergiendo en diversos espacios de lucha, la directiva de la DC declaró que esas convergencias no trascenderían a alianzas política cupulares:

[...] en la base social puede haber acciones comunes frente a problemas concretos entre personas de diversas tendencias, incluso comunistas u oficialistas, siempre que exista comunidad de propósitos frente al problema concreto de que se trate y que estas acciones comunes sean limitadas a las circunstancias que las originó. No se puede aceptar que este tipo de acciones comunes se traslade a acuerdos o alianzas de mayor alcance político y que por esta vía aparezcan, por ejemplo, ‘Frentes Amplios’ encubiertos o declarados.⁹⁶

En conjunto todos los aspectos referidos como apuntó el propio PS-Núñez, marcaron una política de exclusiones hacia el Partido Comunista. Si bien, para estos momentos la DC no logró desactivarlo como un sujeto clave en las luchas por la transición, sí fue capaz de mantenerlo fuera de sus propios planes y estrategias democratizadoras. Es decir, de defender su propia propuesta transitiva, y con ella, su proyecto de sociedad: una democracia liberal, capitalista sin injerencia de la izquierda marxista.

3.3 Las movilizaciones contraladas

Durante 1983 y 1984, las jornadas de protesta lograron convertirse en el medio más importante para exigir la vuelta a la democracia. Expresión de diferentes sujetos movilizados, fueron capaces de hacer tambalear la correlación de fuerzas del régimen militar, arrancarle

⁹⁵ En octubre de 1983 “la directiva del PDC entregó nuevamente un instructivo a la militancia exigiendo el abandono a los cargos en algunos organismos sociales, entre ellos el CODEJO (Comisión de Derechos Juveniles), la Comisión Chilena de Derechos Humanos, la Coordinadora Nacional Sindical, el CUD y el PRODEN.” (LAVANDERO, *Óp. cit.*, p. 115.)

⁹⁶ “Democracia Cristiana, una sólo posición”, citado en AYLWIN, *Óp. cit.*, pp. 283-284.

diversas concesiones y precipitar otros procesos, tales como la “apertura política” de agosto de 1983, la rearticulación pública de los partidos políticos y, con todo ello, la posibilidad de pensar y luchar por una transición democrática diferente a la pautada constitucionalmente. Por su potencialidad política, las protestas se convirtieron en un campo en disputa entre diversas fuerzas políticas que intentaban capitalizar la insubordinación y el descontento para darle viabilidad a sus estrategias transitivas.

Dentro de esta pugna, también se insertó la Democracia Cristiana. La movilización social con todos sus repertorios de acción, con los hechos premeditados o no de violencia, con el peso de las demandas que algunos sectores sustentaban por un cambio radical del proyecto integral del régimen, parecían entrañar “el renacer de la amenaza social, acompañada ahora de una política de perspectivas rupturistas de un importante sector de la izquierda.”⁹⁷ Si, evidentemente, ello significaba un gran problema para la dictadura, también podría serlo para la DC. Primero, porque esta agrupación históricamente se había definido por la modernización de la estructura social chilena en clave capitalista. De esta manera, el tipo de demandas políticas y sociales de algunos sujetos movilizados en consonancia con los métodos de lucha elegidos, podrían ser un peligro para el proyecto histórico político de la DC. Y segundo, porque coyunturalmente, parecía que gran parte de los sujetos movilizados durante 1983 y 1984 no apoyaba una estrategia de negociación para transitar a la democracia.

Por el contrario, las adversidades que podrían representar las protestas se acompañaban de una buena ventaja:

Los procesos de movilización social y de apertura política producidos en el curso de 1983, con su secuela de aparición de nuevos actores –sociales y políticos– que multiplicaban los planteamientos e iniciativas, pusieron a la Alianza Democrática y muy especialmente al PDC en la necesidad de tomar medidas para asegurar su control sobre el proceso.⁹⁸

Al igual que otros sujetos, la Democracia Cristiana apostó por convertirse en un referente y agente político capaz de controlar una posible democratización al dirigir las movilizaciones sucedidas durante este periodo. Para tal efecto, la DC llevó a cabo una delineación de lo que significarán las protestas dentro de la estrategia de la vía pacífica. A

⁹⁷ GASPARTAPI, Gabriel, “La ofensiva política de la dictadura”, p. 186. Consultado el: 07/09/2012. Disponible en:

<http://www.worldcat.org/title/chile-la-ofensiva-politica-de-la-dictadura/oclc/048285216>

⁹⁸ AYLWIN, *Óp. cit.*, p. 243.

partir del diálogo con la dictadura, la DC precisó las líneas generales de su estrategia de transición: la negociación con el régimen. En ese proceso, sabiendo que “no hay salida sin ejercer presión,”⁹⁹ las manifestaciones podrían ser el instrumento perfecto para hacer negociar a la dictadura. Ello implicaba, de nuevo, la legitimación que la DC le había dado a las protestas desde que se adhirió a las convocatorias, y que se mantendría durante todo el período. Pero contraía una precisión: la necesidad de contener su radicalidad para no provocar que la dictadura cancelara el diálogo, pero conservar su existencia para que la dictadura tuviera motivos para dialogar. Así, la DC posteriormente declararía que: “*profundizaremos la movilización social, intentaremos avanzar hacia una etapa más exigente, selectiva, que impida que la movilización social se transforme en una insurrección caótica a merced de la represión que siempre golpea con más fuerza a los pobres de la ciudad.*”¹⁰⁰ En lo que sigue se analizará cómo se concretó dicho propósito.

3.3.1 A la domesticación de las protestas

En el objetivo de conformar a la movilización como un medio de presión para el diálogo, tendría que ser posible controlar *la imagen* demócratacristiana frente al régimen. Allí, una de las maneras de *encausar* a los sujetos movilizados para que conformaran las bases de apoyo pertinentes para la DC, fue la caracterización que ésta le confirió. Según la DC, “Las jornadas de *Protesta pacífica* han sido la obra colectiva y espontánea de un pueblo cansado de sufrir y de esperar en vano.”¹⁰¹ Ya que “el pueblo [...] tiene sobradas razones para protestar y lo hizo *pacíficamente*.”¹⁰² La precisión de ser pacíficos (a través del discurso en contra de la violencia) tanto de su dirigencia como bases de apoyo, no sólo conectaba a las protestas con la estrategia de transición de la DC, también reducían el horizonte de lo posible a un único camino de democratizador: la pauta por la propia Democracia Cristiana.

Para lograrlo, este partido intentó controlar un elemento importante del momento político: la convocatoria de las protestas. El documento que, en teoría, normaría y delimitaría a la protesta en tiempo, lugar y formas. En realidad, no significaba que éste pudiera dominar

⁹⁹ *Revista Análisis*, 11- 25 de septiembre de 1984, núm. 90, año VII, p. 24.

¹⁰⁰ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada” Discurso pronunciado en la clausura del Tercer Seminario de Profesionales, Técnicos e Intelectuales Demócratas Cristianos, 15 de enero de 1984, en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América-CESOC, Santiago, 1986, p. 189. *Cursivas en el original.*

¹⁰¹ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando” en *Ibíd.*, p. 30. *Cursivas mías.*

¹⁰² *Revista Hoy*, del 17 al 23 de agosto de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 236 *Cursivas mías.*

la protesta en sí. Justo que siempre se hiciera un balance de que la protesta se *desbordaba*, delataba que la convocatoria era un tipo ideal de protesta, incapaz de ser llevado a la práctica tal cual, por la diversidad de estrategias de lucha de los sujetos movilizados. Por el contrario, contralar el diseño de la *convocatoria oficial*, permitía ganar ciertas ventajas políticas. En primer lugar, obtener cierta prominencia entre los sujetos cupulares de oposición y aumentar el protagonismo comunicacional y político de los dirigentes demócratacristianos. Es decir, su legitimidad como dirigentes y voceros del movimiento opositor. Segundo, le otorgaba el privilegio de presentarse como a aquel sujeto capaz de desatar las fuerzas sociales que protestaban durante los días convocados. Lo cual había funcionado durante la apertura. Si Jarpa se había sentado con la AD a dialogar, no era simplemente por estar compuesta de partidos políticos. Sobre todo ocurrió porque eran partidos políticos que *aparecían* ligados a la convocatoria de las protestas. Y por último, la posibilidad de crear ciertos referentes en las maneras de protestar, acordes a la estrategia de transición del convocador, en este caso la DC. En ese sentido, las convocatorias firmadas por los socialcristianos permitieron conocer los repertorios de acción que propuso y avaló, y que dirigió a crear un ambiente generalizado de denuncia y rechazo al régimen militar, pero no de confrontación directa con él:

1. No enviar a nuestros hijos al colegio; 2. No comprar absolutamente nada; 3. A las 8 de la noche golpear las cacerolas en las casas; 4. Los vehículos circulando en las ciudades deben hacerlo en forma lenta, a no más de 30 kilómetros por hora; 5. No haciendo trámites en las oficinas públicas o privadas; 6. Apagar las luces y todos los artefactos eléctricos en las casas y edificios a las 9:30 de la noche en punto, durante 5 minutos.¹⁰³

Otro modo de controlar las movilizaciones fueron las nuevas limitaciones que la Democracia Cristiana impuso sobre sus propios militantes y dirigentes. Las primeras visitas que el ministro Jarpa había hecho durante la apertura se dirigieron al arzobispo Fresno y luego a Jorge Lavandero y otros demócratacristianos, en representación del Proyecto de Desarrollo Nacional, PRODEN, y no de la DC. Esto les causó enfrentamientos con la dirección demócratacristiana, quién los acusó de desafiar la autoridad del partido por tomar acciones sin haberla consultado y les recordó que *las negociaciones* sólo podían realizarse por

¹⁰³ Citado en BRAVO, Viviana, “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989” en *Revista Política y Cultura*, núm. 37, primavera 2012, p. 104. El instructivo es de la primera protesta, pero es avalado por la DC y retomado para la convocatoria de las próximas protestas firmadas por la AD. Ver CAVALLLO, *Óp. cit.* y DELAMAZA, *Óp. cit.*

los sujetos políticos autorizados: los partidos políticos.¹⁰⁴ Una represalia más ocurrió cuando el PRODEN llamó a realizar una concentración el 4 septiembre de 1983. En un principio la DC también iba a participar en ella, pero el 26 de agosto retiró su adhesión y le exigió a los demócratacristianos de esta otra organización que cancelaran el evento y se dedicaran a apoyar la protesta que ya venía en camino.¹⁰⁵ Al final, el evento se realizó al igual que la protesta nacional, pero la mayoría de “los militantes demócratacristianos integrados en el Proden decidieron [...] retirarse del grupo opositor”,¹⁰⁶ ante la prohibición de la DC de que sus militantes participaran en cualquier otra organización que no fuera la Alianza Democrática.¹⁰⁷ Esto se repetiría meses después al retirarlos de otras agrupaciones donde los dirigentes demócratacristianos no tenían prominencia ni prerrogativas, como una manera de intentar influir lo más posible en las prácticas de sus militantes e insertarlos dentro de la estrategia demócratacristiana oficial.

Una lógica parecida, surgió en el acercamiento que la DC realizó con ciertas poblaciones populares:

[...] unas semanas antes de la jornada de protesta [en septiembre] personeros de esta agrupación [la DC] junto con representantes del Proyecto de Desarrollo Nacional, habían visitado las poblaciones para ofrecer a los pobladores otras formas de protestar: marchas circunscritas al ámbito de la población o concentraciones en lugares cerrados.¹⁰⁸

Así mismo: “Durante la jornada de ayer, miembros de los partidos políticos de oposición que participan en la Alianza Democrática visitaron las poblaciones periféricas con el objeto de evitar cualquier acto de violencia que se pudiera producir.”¹⁰⁹ Estas citas informan de una voluntad política para entrar al lejano e indómito mundo popular, con el propósito de extender las bases sociales de la Democracia Cristiana. Pero también de cambiar las formas de lucha más confrontativas de estos sectores por otras *sostenedoras de una transición negociada*. Durante las reuniones, Jarpa le había pedido a la AD que no convocara más a

¹⁰⁴ LAVANDERO, *Óp. cit.*, pp. 91-93

¹⁰⁵ *El país*, 27 de agosto de 1983.

¹⁰⁶ *Ídem*.

¹⁰⁷ DIANTA, Adrián, *Transición chilena a la democracia. Evolución del proceso de transición chilena a la democracia: un proceso de consensos y pactos*, Trabajo de titulación para obtener el título de profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso/Facultad de Filosofía y Educación/Instituto de Historia, Valparaíso, Chile, 2003, p. 144.

¹⁰⁸ IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 249.

¹⁰⁹ *El país*, 9 de septiembre de 1983.

protestar. Ésta se negó a hacerlo, pero a cambio otorgó una pequeña concesión: la protesta sería cambiada del 11 de septiembre al 8 y 9, para no intervenir con las festividades del régimen que conmemoraba el golpe de estado, al igual que se prometía realizarlas de una manera particular: *pacíficamente*.¹¹⁰ Por lo tanto, durante el diálogo las protestas no se abandonaron, pero sí se reconfiguraron en el plano estratégico de la Democracia Cristiana. Fue cuando “En el Partido Demócrata Cristiano existió consenso en que se debían mantener los instrumentos de presión [las protestas], hasta que no se vieran medidas concretas de solución.”¹¹¹ De esta manera, si la movilización social sólo tenía sentido en tanto fuese funcional a las negociaciones con Jarpa, en consiguiente, se debía tratar de apaciguar a los sectores que *se desbordaban violentamente*. Un intento directo de cambiar radicalmente sus formas de lucha y hasta cierto grado de sobrevivencia frente a la represión regimental. De lograrlo, la ganancia política sería importante: podría ser factible que la AD, y sobre todo la DC, siguiera dialogando y apareciendo como cabeza de la oposición. Se podría viabilizar la estrategia de transición de la Alianza Democrática, independientemente de los proyectos políticos de los otros manifestantes. Para su infortunio, ante esas visitas los pobladores no aceptaron “renunciar a las formas de protesta que han surgido espontáneamente desde sus bases y que son las únicas que les permiten hacer sentir el peso de su presencia y del drama que sobrellevan.”¹¹² Impidiendo que la Democracia Cristiana capitalizara el descontento y la práctica de los sectores populares que iban radicalizándose con el correr de las protestas.

Un ejemplo más del acercamiento con las clases populares fue la creación de los “Cabildos Abiertos” en diciembre de 1983. Tal proyecto también se dibujó como un segundo intento para ligarse y controlar las formas de manifestación en las poblaciones, ahora ya desde la Alianza Democrática. La intención era “reemplazar las protestas por otra forma de movilización social y popular en los barrios”¹¹³ para hacerlas acorde con la estrategia de la vía pacífica. La propuesta concreta era llevar a cabo concentraciones públicas autorizadas en

¹¹⁰ *El país*, 16 de agosto de 1983.

¹¹¹ Andrés Zaldívar. Declaraciones a la *Revista Hoy*, del 14 al 20 de septiembre de 1983, núm. 321, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 244.

¹¹² *Revista Análisis*, 27 de septiembre/11 de octubre 1983, pp. 5-6, citado en GARCÉS SOTOMAYOR, Antonia, *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2011, p. 47. IGLESIAS, *Óp. cit.*, p. 249. Estas visitas poblacionales son importantes además porque algunas se realizan en un momento en el que la AD y el régimen han roto ya el diálogo, lo que puede implicar que, al perder la cercanía con el régimen, se intenta profundizar en la vía pacífica para recuperarla.

¹¹³ *El país*, 1 de diciembre de 1983.

las que se discutiera desde la tribuna el tema de la democracia, para que posteriormente pudieran devenir en un Cabildo Nacional.¹¹⁴ Pensados primero para las comunas de San Miguel, Conchali, Pudahuel y la Reina durante diciembre, y durante enero y febrero “en Valparaíso, Concepción, San Felipe y Puerto Mont,”¹¹⁵ se propuso que:

En cada una de las concentraciones, en barrios populares de la capital, hablarán a los asistentes dos representantes de Alianza Democrática, un dirigente del Comando Nacional de Trabajadores, un dirigente de los pobladores y un ama de casa, designados entre los residentes en el barrio.¹¹⁶

Si bien estos Cabildos también fracasaron, dejan entrever la manera en que la AD decidió acercarse nuevamente a estos sectores. Primero, puede verse que si este formato político intentaba ser incluyente con los sectores populares, en el proceso de discusión y de toma de decisiones el mayor peso lo tenían los representantes de la AD. Y, segundo, que los Cabildos buscaban ser un espacio de participación popular alternativo que, en el mejor de los casos, pudiera sustituir a las exorbitantes protestas y otorgar espacios de participación popular con mayor grado de control.

Aunado a lo anterior están otros intentos por crear espacios propios de movilización controlada. Durante todo el período estudiado la Alianza Democrática sólo faltó a dos jornadas de protesta. La primera fue en octubre de 1983, cuando la Alianza no adhirió a la convocatoria. En vez de una protesta la AD propuso cuatro concentraciones autorizadas para el mismo día, once de octubre, en la que ella aparecería como la organizadora.¹¹⁷ Con ello no se alejaría de la movilización social, simplemente crearía su propio espacio de protesta con la capacidad de controlar su realización y de aparecer públicamente como su principal dirigente. El problema fue que como dichas concentraciones requerían del permiso del régimen militar y como dicho permiso había sido negado, las concentraciones no tuvieron lugar.¹¹⁸ De esta manera, la AD como coalición partidaria se quedó y además decidió no participar en algún otro tipo de movilización social contra el régimen.

¹¹⁴ FREI, *Óp. cit.*, pp. 256-257.

¹¹⁵ DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p.52.

¹¹⁶ *El país*, 12 de diciembre de 1983.

¹¹⁷ *El país*, 8 de octubre de 1983. DE LA MAZA, *Óp. cit.*, p. 45.

¹¹⁸ *Ídem*.

Una protesta más a la que la AD no asistió fue al paro de octubre de 1984. Esta vez las razones eran distintas. Una se refería a que, para estos momentos, el movimiento opositor iba creciendo en radicalidad y en confrontación al régimen. De este modo, las propuestas de negociación tenían ya poca cabida dentro del grueso de la oposición:

Felizmente son pocos ahora los que continúan encandilados con la “apertura” o con la pírrica tribuna que ganaron en la prensa uniformada. El propio Pinochet se encargó de poner fin al ilusionismo de una salida pactada con el Régimen, tanto como a la utópica posibilidad de que la democracia pueda ser concedida por quienes –más que con creces– han demostrado su completo afán totalitario.¹¹⁹

La otra razón concernía a que, en la búsqueda de la AD por lograr alianzas con las derechas, el PN condicionó su cercanía a que la Alianza no participara en las movilizaciones. Sin poder afirmar que la Alianza Democrática respondió totalmente a esta exigencia, sí puede decirse que sincrónicamente a estas peticiones la AD decidió no integrarse en la más profunda y extensa movilización del periodo. En cambio se solidarizó con los participantes y en diciembre de 1984 decidió mandar una carta a los militares pidiendo un nuevo acuerdo con las FF.AA para fijar un calendario y un gobierno de transición.¹²⁰ Es decir, reafirmó la transición negociada sobre una transición rupturista, que para muchos actores del momento pareció posible después del éxito del paro nacional.

En conjunto, todos estos ejemplos permiten observar dos cuestiones fundamentales. Uno, que le permitían a la DC pautar los medios que posibilitarían el diseño práctico de la transición democrática deseada. Desde el control de la convocatoria hasta la abstención de participar en algunas de las protestas, el accionar estratégico de la DC puede entenderse dentro de una disputa por los métodos de lucha. Es decir, una pugna por decidir qué tipo de acciones concretas son las adecuadas, deseables y correctas para, a su vez, lograr la transición defendida por la DC. Asimismo, implican el objetivo de consolidarla como el referente político más importante del campo opositor. Durante 1983 y 1984, la Democracia Cristiana abogaba por las movilizaciones sociales en las que pudiera aparecer como convocante, organizadora o líder político. En consonancia, las acciones concretas se eligen también de acuerdo a la priorización que le pueden otorgar a la AD como grupo opositor/director, sin que eso niegue ciertos preceptos ideológicos que guían tales elecciones. Que la DC retirara a

¹¹⁹ *Revista Análisis*, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, año VII, núm. 89, p. 3.

¹²⁰ FREI, *Óp. cit.*, pp. 260-261.

sus militantes de variadas organizaciones resulta un intento de disciplinar a sus militantes en la línea del partido y de no crear disputas en la dirección demócratacristiana, al igual que una manera de volver a este y a la AD el único o el máximo referente de la oposición para que el régimen dialogara. Igualmente, su incursión en las poblaciones dejó ver el objetivo de insertar en ellas otras formas de lucha distintas a la acción directa y a las prácticas de autodefensa que hacían uso de la violencia física. Así como las posibilidades de afianzar su liderazgo en estos sectores. De esta manera el problema clave del momento no era sólo un asunto por definir qué tipo de transición debería ocurrir: también era una pugna por instituir a los sujetos autorizados para ejecutarla y dirigirla, en el que la DC luchaba por ponerse a la cabeza.

4. CONCLUSIONES

A pesar de su legitimación al golpe y al gobierno militar de él emergente, la DC no pudo insertarse en el grupo de apoyo de la dictadura. Más aún, ilegalizada en 1977, fue expulsada por ésta al campo de sus enemigos políticos. Si de inicio, ello fue un gran golpe para los demócratacristianos, pudo reponerse hasta cierto punto ya que contó con las condiciones suficientes para sobrevivir políticamente y para defender sus principales fundamentos históricos. La primera fue la conservación de su estructura partidaria en mejores condiciones que la izquierda chilena. Si bien, tuvo que ver con sus propias fuerzas de apoyo, en gran medida también fue producto de su cercanía con el régimen militar. La segunda fue el encuentro de potenciales aliados en el campo opositor que estaban dispuestos a criticar y alejarse del marxismo-leninismo. Esto último ayudó a que la DC no tuviera que enfrentarse a su responsabilidad en la emergencia de la dictadura y conservar su crítica a la UP como la principal responsable de la crisis de 1973. Es decir, a revivir y a darle legitimidad a su anticomunismo histórico. En conjunto, aun cuando no fueron suficientes para que la DC pudiera incidir profundamente en el campo político, estos dos aspectos le confirieron dos grandes logros. Por un lado, le permitieron ocupar un lugar legítimo y con mayores recursos (políticos, simbólicos, económicos, etc.) que las diferentes izquierdas en el campo opositor del momento. Por el otro, le fue posible conservar las principales líneas y objetivos político de su organización: una transición negociada, con miras a la exclusión de la izquierda marxista tanto del proceso democratizador como de un virtual régimen demoliberal capitalista.

Durante las jornadas pudo verse una continuación de este proceso, potenciado por su participación en las movilizaciones. Allí, una de las principales condicionantes para la acción de la DC fue la Alianza Democrática, cuyo significado político es múltiple. Primeramente,

implicó el fin del “camino propio” demócratacristiano y la constatación práctica de la necesidad de aliados para posicionarse en el campo político durante la dictadura. Con la formación de este conglomerado se dio cuenta de las mermas que la DC había sufrido durante este periodo y la situación marginal en la que la había dejado el régimen, mientras dio cuenta de la fuerza que había tomado en el campo opositor. La Alianza Democrática consolidó la condición demócratacristiana de ser una fuerza opositora legítima y le permitió nuclear en torno a ella a otras organizaciones que estaban dispuestas a entablar a algún acuerdo con las FF.AA y a controlar o contener una potencial transición rupturista. Igualmente le permitió conservar su identidad política y hasta cierto punto independencia, proveyéndole de los aliados pertinentes y suficientes para definir y respaldar su propuesta de transición. En conjunto todos estos factores marcaron una relación a veces tensa entre la DC y los otros partidos de la Alianza, que giró alrededor de su centralidad política dentro de ella y de la necesidad de ceder ciertas concesiones para mantenerla. El resultado de esta dialéctica marcaría el grado de liderazgo que la DC pudo tener en la Alianza, así como influiría directamente en el grado de liderazgo que pudiera obtener dentro del campo opositor y del campo político en general.

La otra cuestión que le permitió posicionarse políticamente fue su acercamiento con el bloque dictatorial. El dialogo con la dictadura manifestó dos asuntos principales: la fuerza que la DC tenía como sujeto opositor y el anticomunismo como los principales puntos de encuentro que existían entre la DC y la dictadura. Los dos asuntos la convirtieron en el interlocutor legítimo del régimen por un tiempo y le otorgaron una centralidad política y comunicacional de gran importancia mientras el dialogo se desarrollaba. Pero no fueron suficientes para continuar con esta y nuevas negociaciones, ni para ponerla al frente del proceso democratizador. De esta manera, al terminar el diálogo la DC vio mermado su lugar en el campo político, el cual se encontraba atravesado por la movilización social contra la dictadura y poniendo en primera línea a los sujetos rupturistas como agentes de cambio. En ese contexto sus acercamientos con las derechas tampoco le hicieron posible la realización de una transición negociada ni de una alianza formal con este sector, pero le permitieron apostar por aliados diferentes y más acordes a su proyecto que el Partido Comunista. Es decir, por mantener una línea fundamental de su estrategia y trayectoria histórica: la exclusión de la izquierda marxista. Igualmente, fueron conformando espacios y contactos políticos para discutir y establecer el carácter que debía tener la vía pacífica. De este modo conformaron el proceso y los sujetos que programarían y dirigirían la estrategia de este sector opositor.

El principal gran logro de este poder-decir fue que le permitió a la DC construir y expresar públicamente una definición de la realidad como una estrategia de transición. Denominada *la vía pacífica*, se constituyó a partir de tres líneas estratégicas principales: una transición negociada, movilizaciones controladas y la exclusión de la izquierda marxista. Como característica principal, la DC buscaba democratizar al país a partir de una negociación con las FF.AA que diera lugar a un gobierno de transición con miembros de las fuerzas políticas civiles y a una sociedad demoliberal y capitalista. Esta definición daría lugar a una propuesta transitiva que privilegiaba los aspectos formales de la democracia liberal con exclusión de los problemas de contenido social. Asimismo, reafirmaría el papel y la relación que la DC había guardado con los militares desde 1973: una paulatina crítica y rechazo a la dictadura como régimen político, pero un reconocimiento perdurable a ser un agente de cambio, específicamente, democratizador. Esta caracterización de la dictadura, sus puntos de encuentro en lo que refiere al anticomunismo y el dialogo que mantuvo con Jarpa abonarían al abandono por parte de los demócratacristianos de los principales objetivos definidos originalmente por la AD (Asamblea Constituyente, renuncia de Pinochet y plebiscito popular). Proceso que se profundizaría al proponer simplemente reformar a la constitución del 80, como la opción y necesidad de crear más y mayores coincidencias programáticas con el régimen para dar lugar a una transición negociada. Como se apuntó más arriba, esta dimensión no logró concretarse como tal, pero sí configuró y consolidó el horizonte estratégico de la Democracia Cristiana que mantendría durante todo el periodo y durante todo el proceso democratizador.

Otra línea estratégica de gran importancia estaba dedicada a la exclusión de la izquierda marxista del proceso democratizador, dirigida sobre todo al Partido Comunista. En ello, se jugaba la posibilidad de que la Democracia Cristiana liderara la recuperación democrática, al igual que evitar una transición rupturista. Para lograrlo la DC intentó llevar a cabo una diferenciación identitaria con el PC, al igual que una distancia política que evitara cualquier trabajo en conjunto, sobre todo oficial. En consonancia, la DC trabajó en su auto-identificación como *pacífica*, en el rechazo de cualquier alianza con los comunistas, en la tentativa de limitar los contactos que su militancia tenía con la militancia marxista y en la producción de un discurso en contra de la violencia que acompañaba la mayoría de las acciones demócratacristianas. En estos propósitos la Democracia Cristiana obtuvo sus mayores logros. Durante este período la DC fue capaz de crearse una identidad definida como sujeto opositor y una posición también clara frente a los otros grupos opositores, diferente del PC. A partir de ello consiguió posicionarse en el campo político de la protesta

como la fuerza política que defendía una vía pacífica de lucha contra la dictadura, permitiéndole ser parte legítima de la oposición y a su vez diferenciarse y marcar distancia con los sectores radicales. Con ello pudo no sucumbir a los llamados de unidad de los comunistas y del resto de la oposición. E igualmente, cuando no logró implantar esta identidad en los sectores populares, alejarse de ellos y de la posible defensa de sus demandas, pero no de la convocatoria de las protestas. Así, resultaron dos procesos conjuntos. Por un lado, se dejó ver la intransigencia política de la DC con relación a los sectores rupturistas. Por el otro, lograba defender tanto en el debate político y comunicacional como en otras prácticas políticas, su propia estrategia de transición (transición negociada, más la exclusión de la izquierda), por más críticas y presiones que recibiera.

Parte de ello fue posible por una tercera línea de acción: su inserción en las movilizaciones. Las jornadas de protesta significaron para la Democracia Cristiana la amenaza de un movimiento social popular y marxista, antidictatorial y en algunos sectores, anticapitalista, que atentaba contra su propuesta de transición y proyecto histórico. Asimismo, su participación en ellas implicó la posibilidad de consolidar sus grupos sociales de apoyo y con ello, su lugar en el campo político. La solución y el objetivo fue el intento de constituir un movimiento de protesta controlado caracterizado como *pacífico*, que “presionara” a la dictadura a entablar un nuevo diálogo político y que estuviera separado de la incidencia marxista. En ese proceso, instauró una pugna con algunos sujetos movilizados por tratar de liderar el campo opositor y por pautar los métodos de lucha “correctos” para transitar a la democracia. Donde el ejemplo más diáfano fue su acercamiento a los sectores populares a través de charlas y lo que se llamó “Cabildos Abiertos”, para proponerles otras formas de lucha distintas a la acción directa y a las prácticas de autodefensa que hacían uso de la violencia física. En los hechos no logró controlar las protestas ni en tiempo ni en formas y muchas veces se vio rebasada por sus propios derroteros y potencialidad política.¹²¹ Pero sí consiguió conservar su lugar en la movilización social, alejándose cada vez más de las demandas del movimiento popular y de la izquierda marxista. Así, al acompañar y avalarse del descontento general y participando a su manera, la DC pudo ser parte del gran movimiento que atentaba contra la estabilidad política del régimen e intentar capitalizarlo para sí, sin reconocer esta participación conjunta en el espacio ideológico y elitista de las

¹²¹ La movilización callejera logró más concesiones por parte del régimen que los llamados a dialogar de la Democracia Cristiana. Y los sectores rupturistas a través de las protestas fueron tomando terreno en la lucha anti-dictatorial. Asimismo, el grueso de la oposición movilizada le recriminó a la DC ciertas decisiones que había tomado restándole legitimidad a su estrategia transitoria, tales como el presentarse al diálogo con la dictadura y su rechazo a los comunistas.

directivas partidarias. De esa manera, *marchar juntos* pudo no traducirse en una alianza política oficial con ningún grupo radical y, al mismo tiempo, hacer permanecer a la DC dentro del campo opositor, otorgándole un lugar visible y diferenciado dentro de él.

Los tres aspectos relacionados dejaron ver otros procesos. El acercamiento con las derechas y con los miembros de la AD, le proveía a la Democracia Cristiana de los aliados adecuados para asegurar (en teoría) el tipo de transición que postulaba. Pero su ligazón a las movilizaciones sociales (a partir de su propia identidad política, negando al PC y paulatinamente alejándose del movimiento popular) le permitía seguir en el lado de la oposición y abogar por el fin de la dictadura. En conjunto se podría aspirar a una transición contralada que dejara de lado las demandas de los sectores desposeídos y a los partidos marxistas. Asimismo, puede decirse que la diferenciación con la izquierda marxista fue necesaria para que la Democracia Cristiana aspirara a un acercamiento con los aliados comentados. O que la elección de estos aliados requería de un alejamiento con los sectores rupturistas para llevarse a cabo. Pero si ello es cierto, no debe ignorarse que la exclusión de esta izquierda formaba parte del proyecto histórico de la Democracia Cristiana: esa elección era “elegible” en tanto coincidía con su propio universo político-conceptual. Por lo tanto, puede decirse que en los ochenta la DC configuró una estrategia de transición que hizo tan necesario el acercamiento con los sectores de derecha incluyendo a la dictadura, como la exclusión de los sectores rupturistas y de sus posibles propuestas de sociedad. Posicionándose (y actualizándose) como una fuerza anti-dictatorial en la pugna democracia vs. dictadura, y capitalista en la pugna de la guerra fría, que la hizo priorizar los acercamientos con el régimen sobre los sectores opositores rupturistas.

En la práctica estas acciones significaron una nueva derechización para los demócratacristianos. Ante los fracasos y obstáculos que encontró la DC para sus primeras acciones, con la disyuntiva de radicalizarse o de contenerse a sí misma, eligió la segunda. La DC fue abandonando –aunque no por completo– ciertos elementos radicales de su propia estrategia, como la renuncia de Pinochet, el rechazo total a la constitución del 80 y su participación en algunas protestas, que moderaron todavía más su práctica política admitiendo poco a poco la estrategia transitiva de los sectores dominantes. En la práctica, ello significó la continuidad de su trayectoria histórica. De nuevo al igual que en las elecciones de 1964, durante el gobierno de Frei y de la Unidad Popular, la Democracia Cristiana prefirió la moderación de su programa político y estratégico para ubicarse en el “lado capitalista” de los diversos frentes de la guerra fría y tratar de contener a la izquierda marxista. Y, de nuevo, el precio político fue su subordinación a sus potenciales aliados y el abandono de gran parte

de su propuesta política en turno. En cambio, la ganancia fue la posibilidad de consolidar su lugar en el campo político del momento (su poder-decir), resguardar el núcleo básico de su propuesta de transición y mantenerse férrea en el rechazo a las estrategias rupturistas que avalaban el uso de la violencia, junto a las concepciones y demandas sociales que pudiesen defender. A partir de ello la DC rescataba los principales ejes de su proyecto histórico político, de su identidad y de su estrategia transitoria: la democracia liberal y capitalista. Y, junto a esto, la posibilidad de que los “peligros sociales” que pudieran contraer la explosión de las mayorías otra vez pudieran ser contenidos o marginados del proceso político en ciernes y, consorte, de la democracia restaurada. Aspiración compartida entre derechistas y algunos demócratacristianos desde varias décadas atrás.

CAPÍTULO V

La estigmatización de la violencia. Estrategia discursiva de la Democracia Cristiana

...lo que se tiene que comprender y aceptar, en este sentido, es que no es cierto que la profunda animadversión que muchas personas profesan en contra de la violencia humana esté orientada en contra de toda forma de violencia que provenga de los hombres, sino en contra de la violencia que generan los hombres agresivos: esos hombres que la cultura ha marcado por estar en contra de ella.

Rafael Choreño, *Estigmatización y exterminio*¹

1. INTRODUCCIÓN

Ante conflicto social que se había instaurado con las protestas, la Democracia Cristiana declaraba que:

De una situación como ésta sólo se sale por la guerra civil -con la derrota y aniquilamiento de unos por otros-, o por el reencuentro y la reconciliación de los dos o tres Chiles que hoy coexisten -tolerándose apenas- en el suelo patrio. La primera es la salida violenta, impuesta por la

¹ GÓMEZ CHOREÑO, Rafael, *Estigmatización y exterminio. Apuntes para una genealogía de la violencia*, CEGE, 2011, p. 80.

fuerza. La segunda es la salida pacífica, conseguida por los caminos de la razón y el derecho. Vale decir, política y jurídica.²

Después de ocho jornadas de protesta y de los diversos sujetos que se habían manifestado, la DC reconocía que la suya no era la única estrategia existente ni mucho menos la única posible. Para esos momentos, era igual de probable que otra (le) ganara la contienda. Lo cual implicaba dos cosas: una que la DC no tenía la seguridad ni la certeza de que su propuesta de transición resultaría dominante. Es decir, que sabía que podía fallar. Otra, que reconocía la potencialidad estratégica de la violencia para resolver el conflicto social y terminar con la dictadura. Que la vía violenta era factible, que *podía* suceder. Pero si ello contradice los argumentos actuales de los demócratacristianos y transitólogos, no implicaba una legitimación inminente. Con esta cita, Patricio Aylwin reducía la diversidad de estrategias de lucha en contra y en defensa de la dictadura a dos únicas modalidades, la vía violenta y la vía pacífica, cerrando el horizonte de lo posible que se había ensanchado con las protestas. En seguida, convertía a estas dos únicas vías en dos procesos totalmente diferentes, jerarquizados entre sí y naturalizados en sus elementos constitutivos y en sus consecuencias políticas. Mientras cada uno contaba con particularidades bien reconocibles en sí mismas y contradictorias con respecto a la otra, se indicaba que la vía violenta terminaría necesariamente en guerra civil y la vía pacífica en reconciliación. Así mismo, por pertenecer una al campo absoluto de la fuerza y la otra al campo absoluto de la razón y el derecho, podría considerarse que la segunda era superior a la primera y que traería mayores beneficios.

A partir de estos planteamientos la Democracia Cristiana produjo un discurso para caracterizar la lucha política del momento y ubicarse, explicar y defender su posicionamiento político dentro de ella, un discurso anti violencia que intentaba legitimar su propia estrategia al desprestigiar a otras. Éste será tratado como el **discurso público** de la organización: una producción simbólica dedicada a constituir la, explicar, presentar y justificar el sentido político y estratégico de la DC en el campo político. Más aún, producto de su directiva, el sentido político y estratégico autorizado. En función de algunos principios del pluralismo político y de la teoría política liberal –tales como la apelación a la democracia representativa y procedimental, inalterable en sus estructuras de funcionamiento, a las instituciones políticas especializadas (como los partidos políticos), la articulación entre capitalismo y estado

² AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, (Exposición del autor en el Seminario del ICHEH en julio de 1984), citado en Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998, p. 398.

democrático—, se verá cómo en el discurso antiviolencia quedó expresada la concepción de mundo democratacristiana que *representaba* a la organización total.³ Al menos con la que su dirección manifestó públicamente sus principales objetivos, sus horizontes de acción, su valoración y categorización sobre el conflicto político del momento, así como la estrategia y tipo de sociedad pos-dictatorial que la DC buscaba instaurar.

El discurso antiviolencia se estructuró también como una **estrategia discursiva**: un conjunto de maneras de “decir las cosas”, que proyectaban e intentaban manipular la imagen de la DC dentro de las pugnas por la democratización, al igual que otorgarle una guía para la acción. En su discurso, la Democracia Cristiana construyó diversas temáticas que resultaban importantes para la definición del conflicto político y las comunicó de un modo específico. Si en la práctica resultaron declaraciones dispersas y fragmentarias, analíticamente es posible reagruparlas en tópicos discursivos que le otorguen cohesión y ayuden a reconstruir ciertos órdenes simbólicos, orientadores de ciertas conclusiones simbólicas practicables. A partir de ello, se puede comprender como una estrategia discursiva que estructuró sus principales objetivos y los fundamentó con argumentaciones e imágenes simbólicas verosímiles y se podrá relacionar las declaraciones verbales con las líneas de acción de la vía pacífica. Para lo cual, este capítulo resaltaré dos de ellas: el objetivo de la transición negociada con la exclusión de la izquierda marxista, que reflejan y se estructuran más nítidamente con la estrategia discursiva que la DC configuró. Igualmente, dejaré entender cómo se posicionó ante el contexto en el que hablaba y cómo éste condicionó y “entró” a su producción discursiva estructurando temas, respuestas, justificaciones, propuestas, etc. Es decir, se podrán apreciar aquellos interlocutores y procesos que la DC tomó en cuenta para hablar y para “hablarlos” de un modo en particular. En conjunto, mostraré que con su acción discursiva, la DC creó y posicionó en el campo político un tipo de *mirada* que hacía pertinente una estrategia como la vía pacífica. Es decir, admitir que la DC tuvo agencia política a través de su discurso antiviolencia y que éste fue producto y a la vez reforzó su poder-decir original. O, lo que es lo mismo, que influyó en el tipo y grado de autoridad que la DC logró para hablar y después de hablar en el campo político. Si bien, esto se analizará propiamente en las Reflexiones Finales junto con otros efectos discursivos, este capítulo ayudará a entender la conformación de uno de sus recursos de autorización: el discurso antiviolencia estructurado a partir de una estrategia discursiva específica.

³ Ver MORÁN, María Luz, “La distribución del poder en las sociedades avanzadas” en Jorge Benedicto y María Luz Morán, *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

Mi apuesta interpretativa refiere a que esta estrategia puede entenderse bajo las lógicas de las estigmatización/normalización. Aquella producción simbólica que caracteriza y naturaliza a otros como anomalías peligrosas y así mismo como el referente normal (correcto, deseable, benéfico) de una relación dicotómica que se instaura entre ambos. De esta manera, el análisis discursivo estará dedicado a los universos de sentido que la DC configuró para caracterizar y valorar a su propia estrategia transitiva (la vía pacífica normalizada como racional) y a la estrategia de su mayor rival político el PC (la vía violenta anormalizada como fuerza irracional). Trataré sobre las líneas y tópicos de significación por los cuales mostró a la primera como la mejor manera de transitar a la democracia. Lo que permitirá atender y entender cómo normalizó fórmulas estratégicas, un tipo de sociedad pos-dictatorial y un tipo de sujeto democratizador. Así mismo, en relación a la segunda caracterización, se podrán encontrar los argumentos que “demostraban” la peligrosidad y nivel de daño potencial que la vía violenta contraía. Lo importante de ello es que, en conjunto, permitirá entender el objeto “real” de estigmatización que se encontraba detrás del rechazo a la violencia: la posibilidad de una transición rupturista tanto con el modelo político como con el modelo económico. Así, terminará de delinearse el posicionamiento político de la DC en el conflicto democracia vs. dictadura y capitalismo vs. comunismo. Como resultado, será más comprensible su opción por una transición negociada y su rechazo tajante a los sectores rupturistas, a pesar de ubicarse como una fuerza anti-dictatorial.

2. LO NORMAL: LA VÍA PACÍFICA

Cuatro meses después de que las protestas comenzaron, diversas agrupaciones partidarias de centro derecha anunciaron la aparición de la Alianza Democrática. Conscientes de ser una opción política entre otras, el nuevo conglomerado anunciaba: “La Patria y su Pueblo tienen hoy una Alternativa Democrática” que lucha por la democracia *democráticamente* y que representa a la mayoría del país.⁴ Esta doble cualidad, según los voceros de la AD, se sustentaba en la naturaleza de su propuesta estratégica. Primero, en no tener “más compromiso que su respeto a las normas institucionales de la República”.⁵ En apelar por el restablecimiento formal de la democracia como objetivo y modo de terminar con la

⁴ AD, *Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional ante Chile, su pueblo y su historia*, 22 de agosto de 1983. Consultado: 21/08/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1665&Itemid=55

⁵ *Ídem*.

dictadura. Igualmente residía en el sentido ético-político de sus principios. La estrategia elegida permitiría y estaba basada en “superar las divisiones sobre la base de descubrir y reforzar lo que nos une y de sacrificar lo que nos separa”, de lograr “la unidad de los contrarios”.⁶ Un ejercicio de conciliación, reconciliación y consenso. A partir de la razón y el derecho, sería posible entrar en un diálogo que hiciera visible los puntos de encuentro de aquellos que se creían contrincantes. Sin violentar ni forzar a ninguno se lograría una “ruptura pactada” para transitar a la democracia, volviéndola una estrategia democrática y pacífica. Asimismo, los voceros hablaban sobre un lazo directo entre la naturaleza de esta vía con la sociedad chilena, que resultaba de gran utilidad política. Para la Alianza y la DC era importante reconocer que “el sistema democrático, en todas sus expresiones, es el único que se aviene con nuestra tradición histórica.”⁷ Y que la vía pacífica “corresponde al sentido común de los chilenos y a la tradición jurídica y democrática de nuestro país.”⁸ Con esto se encerraba a la diversidad de sujetos históricos que podrían caber en el concepto ambiguo y abstracto del “pueblo chileno” en una sola categoría: la democracia liberal. Al mismo tiempo que la Alianza se arrogaba el monopolio simbólico sobre lo democrático y la representatividad exclusiva de ese gran sujeto popular, excluyendo a sus rivales de estos dos capitales políticos.

La consecuencia simbólica, por demás enunciada, resultaba la siguiente: la vía pacífica si no era la única ni la única posible, sí era la única racional, política, democrática y chilena. “La *única estrategia* que puede conducir al país a la construcción de una democracia integral estable y es el método que permitirá el cambio del régimen actual, posibilitando una verdadera reconciliación nacional.”⁹ Si la vía violenta parecía inminente y podía terminar con la dictadura, sólo la vía pacífica traería a la Democracia de vuelta. La otra, simplemente derrocaría a Pinochet para envolver a Chile en desgarradoras guerras intestinas. De esta manera, la DC reavivaba una fórmula discursiva del pasado: al igual que en los años sesenta, se presentaba como la alternativa al uso de la *fuerza irracional*, ahora tildada en el término abstracto de lo violento. Desde la Alianza Democrática se explicaba que “No colaborar a la salida que con esfuerzo y desprendimiento se abre así en el horizonte es conducir al país al precipicio o a estallidos sociales de imprevisibles consecuencias.”¹⁰ Ya que, según la DC, “Ella es fruto del afán premioso de asegurar a Chile una salida pacífica que evite, antes que

⁶ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, *Óp. cit.*, p. 398.

⁷ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

⁸ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, *Óp. cit.*, p. 407

⁹ DC, “Democracia Cristiana, una sola posición”, octubre 1984, citado en *Ibíd.*, pp. 283-284. Cursivas mías.

¹⁰ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

sea demasiado tarde, el despeñadero de la violencia con sus irreparables males.”¹¹ La vía pacífica prometía conjurar los hechos y los efectos de la violencia, su posibilidad misma de existir y de incidir en la historia. De nuevo pero veinte años después, el camino demócratacristiano no sólo se presumía diametralmente diferente a la estrategia violentista. Sobre todo era preventivo, sustitutivo, protector. La opción para resguardar a Chile de los peligros que amenazaban con destruirlo. A partir de esta definición, se analizarán el tipo de transición democrática propuesta por la DC.

2.1 La Democracia aspirada

La principal demanda escuchada durante las protestas nacionales, compartida por la mayoría de los opositores, era la consigna de “¡Democracia ahora!”. Ese breve enunciado involucraba tanto la exigencia del final de la dictadura como el rechazo al cronograma constitucional fijado por el régimen, para algunos sectores extensible también a su concepto de “democracia protegida”. Entre ellos se encontraban los cinco partidos que conformaban a la Alianza Democrática que enunciaron su propia definición sobre la democracia:

Históricamente se ha probado como el modo más eficaz de alcanzar altos niveles de desarrollo, un más rápido mejoramiento de la calidad de la vida, una justa distribución de la riqueza y participación social en todos los niveles de la actividad nacional.¹²

Así mismo, la propia DC anunciaba en 1984:

Si sólo se lograra reconquistar la vigencia de los valores y procedimientos propios de la democracia formal tradicional, ello constituiría un cambio de la mayor importancia en los más heterogéneos y amplios ámbitos del acontecer nacional y, en el corto plazo al menos, implicaría acceder a un estilo de vida y formas colectivas de convivencia extraordinariamente

¹¹ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, *Óp. cit.*, p. 407.

¹² AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

superiores a las que imperan en la actualidad. [...] estamos convencidos de que éstos poseen la flexibilidad y los mecanismos potenciales, dentro de ciertos límites, para corregir excesos y modificar su propio funcionamiento.¹³

Resalta, en primer lugar, una valoración de la democracia como la mejor forma de gobierno existente, relacionada cualitativamente con la noción de superioridad y con la de progreso. Para la DC/AD un régimen democrático llevaría a la humanidad a un estadio histórico mejor y quizá siguiente. No implica una concepción teleológica de la historia, pero sí el supuesto de que la democracia debe considerarse como el *buen camino* de ésta y el que *debe ser* andado.¹⁴ La democracia aludida es aquella que puede reconocerse por sus características formales: por sus instituciones liberales. Por sí mismas se presentan capaces de generar y asegurar el bienestar de otros ámbitos sociales, de desarrollarlos y mantenerlos como tal. Ya que, incluso, “Esta crisis económica nunca se habría producido si hubiera habido democracia.”¹⁵ Para los demócratacristianos, el bien común depende únicamente de la gobernabilidad democrática alcanzada y perfeccionada con “ciertos límites” que no son especificados. Y la dimensión institucional del estado se significa como el campo al que se supeditan la mayoría de las problemáticas sociales y su capacidad de resolución. En la lucha política, esta valoración permite que se pueda construir una discusión pública que priorice las discusiones del tipo de régimen político sobre las cuestiones de la producción e injusticia socioeconómica, cultural, de género, etc. Es decir, que se vayan construyendo temáticas disminuidas y poco a poco silenciadas al subordinarlas a tópicos que se deciden más importantes.

Esta tendencia se profundiza con la siguiente declaración:

La democracia se funda en un gran acuerdo de los adversarios. Y ese acuerdo democrático, pacto constitucional o arco constitucional, no significa alianza para gobernar juntos ni para hacer una política

¹³ *Revista Qué pasa*, núm. 692, 12 al 18 de julio de 1984, p. 18.

¹⁴ Por ello, lo que la DC llama “colectivismo totalitario” que intenta arremeter contra el modo de producción capitalista para corregir sus excesos, solo “constituye una involución en el desarrollo del humanismo y una etapa completamente inaceptable en el desarrollo político.” (VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, citado en [ORTEGA, Eugenio y Carolina Moreno \(comps.\), *¿La concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, LOM, Santiago de Chile, 2002](#), p. 37).

¹⁵ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia” en VALDÉS, Gabriel, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986, p. 37.

determinada, sino que un acuerdo sobre ciertas reglas del juego, en el plano institucional y en el plano económico-social.¹⁶

La democracia no nos hace a todos iguales, pero permite convivir a los diferentes e incluso antagónicos sujetos sociales en una sola comunidad, porque en sí misma es una manera de proceder que se ha vuelto convenio. Es verdad que para estos momentos, la discusión sobre la democracia todavía versa sobre ciertas características ético-políticas que ésta debe contener (el respeto a la persona humana, la tolerancia, el derecho a la libre expresión, ciertos principios económicos, etc.) Pero se deja claro que éstas y sus beneficios dependerán de “los valores y procedimientos” de la democracia liberal, entendida simplemente como “Un método de discusión y de entendimiento.”¹⁷ De esta manera, la democracia no es para pactar ni formular un proyecto integral de sociedad, sino para que el gobierno en turno ejecute el suyo de una manera específica, acordada y acatada. Así mismo es para preservar ciertos lineamientos sociales y económicos que no se deberán alterar. En la práctica política ello implica no sólo una reducción simbólica y política de lo que puede ser lo democrático. También una monopolización sobre la “verdadera” significación de la democracia, que deslegitima a otros posibles posicionamientos.

Para que esto suceda la DC considera a la democracia liberal como un fin en sí mismo, como un régimen político que debe existir, en gran parte, para su propia conservación:

En relación al régimen político democrático, nuestro compromiso implica que éste no lo concebimos como un juego o instrumento para la conquista del poder, sino como el régimen en donde se deben respetar y promover los Derechos Humanos, en donde se consagre la división de poderes, la elección de las autoridades por medio del sufragio universal y donde la estructura institucional posibilite la participación activa, organizada y responsable del pueblo.¹⁸

Por ello:

El Régimen Democrático futuro debe ser estable y eficiente, siendo éste el primer y principal compromiso de los demócratas chilenos, a fin de

¹⁶ Entrevista de Patricio Aylwin con Raquel Gutiérrez, 19 de agosto de 1984, citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 267.

¹⁷ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 35.

¹⁸ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, pp. 37-38. Corchetes míos.

impedir que el país caiga en situaciones que atenten contra su paz y orden internos, su unidad nacional y los intereses de las grandes mayorías.¹⁹

Si entre toda la gama de estrategias opositoras la vía pacífica es la única que puede arribar a la Democracia, a su vez éste será el único régimen capaz de otorgar paz y orden al pueblo de Chile. Ello, porque “El ejercicio democrático es un ejercicio de razón,”²⁰ que ante “El reconocimiento de la existencia de situaciones de conflicto en la sociedad, la convicción de que la opción democrática es la única que asegura su solución pacífica, fundada en el más amplio consenso social.”²¹ De esta manera, se construye un círculo virtuoso y simpatético entre lo pacífico y lo democrático, donde cada uno posibilita y resguarda al otro, y donde cada uno es al mismo tiempo lo otro, atravesado y estructurado por lo racional. Pero ésta es una relación vulnerable que precisa ser asegurada y estabilizada. La democracia para que cumpla con su función debe siempre respetarse como tal, en la práctica, conservarse en su corte liberal. Porque “Es un crimen histórico convertir a la democracia en una táctica o una estrategia para cambiar dictaduras de derecha por dictaduras de izquierda o viceversa.”²² En consiguiente el régimen democrático tiene una dimensión tautológica que lo pone a sí mismo como su propia causa y su propio destino. Como su propia forma de existir y de conservarse, que hace imposible operar en otros marcos políticos y que signa de autoritario a cualquiera que se aleje de sus principios liberales.

Para que este resguardo sea efectivo, “De la democracia deben ser excluidos los violentistas, los grupos paramilitares, los que creen que la fuerza es un argumento de convivencia social.”²³ De esta manera, se construyen dos argumentos de suma importancia. Por un lado se señala a la violencia o a los hechos de fuerza como el gran enemigo de la democracia, sobre cualquier otra práctica social: la opresión, la explotación económica, la discriminación social. Por el otro se hace de su marginación un deber legítimo e ineludible. Para la DC, la democracia no se protege únicamente respetando sus procedimientos y normas. Sobre todo, se hace marginando aquellos que salen de ellas. Aunque la democracia sea el régimen de la razón, del dialogo y del consenso, con los baluartes de la violencia no se dialoga ni se llega a ningún acuerdo, simplemente se les excluye, incluso, se puede decir, se les trata autoritariamente. En consiguiente, se construye (de nuevo) una dicotomía entre violencia y democracia que las vuelve irreconciliables y contrarias, donde la primera amenaza

¹⁹ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

²⁰ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 39.

²¹ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

²² VALDÉS, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 37

²³ VALDÉS, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 39.

a la segunda, y la segunda debe segregarse a la primera para protegerse. Pero esta brecha profunda contiene un pequeño puente. Para que tenga un lugar en el régimen democrático “La fuerza tiene que estar sometida a la ley y a la autoridad política.”²⁴ Tiene que ser ejercida o administrada por el estado, para ser admitida. Pues “Seamos serios, toda democracia debe protegerse de la subversión.”²⁵ Entonces se subliman los peligros que la violencia supone y se vuelve funcional al régimen democrático. De esta manera, la violencia sólo es antidemocrática, terrible y excluible cuando se ejerce por sujetos no autorizados legalmente para hacerlo. Cuando los sujetos adecuados la practican, la violencia, aunque violenta, resulta admisiblemente democrática.

2.1.1 Democracia y capitalismo

En su documento fundacional la Alianza profería que en la democracia alcanzada debería reconocerse y atender “El derecho que corresponde a los sectores más postergados, a que la comunidad se organice de modo que sus necesidades esenciales puedan ser satisfechas en forma prioritaria.”²⁶ Ya que, según la DC, “El Partido es eminentemente popular. [...] Su vocación histórica es servir con realismo y fortaleza la liberación de los pobres en desarrollo y democracia.”²⁷ Los gobiernos democráticos no sólo deberían hacerse cargo de la reproducción del poder estatal. También tendrían que velar por lograr la resolución de las problemáticas sociales más agudas. Es verdad que a ello se le otorgaba un lugar primordial y preferente, pero es importante advertir que se evitaba un lenguaje clasista para denominarlas. No es a los sectores explotados o dominados a los primeros que debe atender la democracia. Es a los “postergados” o a los “pobres” a un tipo de grupo social abstracto cuya situación es producto no de la enajenación o de su aprovechamiento por otros, sino de ser los últimos a los que se les ha atendido o conferido la resolución de sus conflictos. Así, tienen el derecho de que el resto de los ciudadanos pongan en primer término dichas resoluciones. Pero aclarando que éstas solo competen a sus “necesidades esenciales”, no a la distribución equitativa y profunda de la riqueza, ni tampoco a la reconfiguración radical del modo de producción capitalista.

²⁴ *Ídem.*

²⁵ VALDÉS, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.* p. 31.

²⁶ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

²⁷ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, 9 de julio de 1984 en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986, p. 209.

Es que, si se persigue el “desarrollo equilibrado de la riqueza nacional con vista a los intereses generales del país” será “procurando el consenso entre trabajadores, empresarios y Estado dentro de las orientaciones de una programación y concertación económica y sectorial.”²⁸ La democracia alcanzada tendrá mecanismos para resolver los conflictos sociales de manera pacífica. Sin embargo, para que esto sea posible no deberá buscar profundizarlos, deberá resolverlos de la manera más armónica posible sin disolver el lugar social ni la identidad de cada uno de los sujetos aludidos. De esta manera, los trabajadores, los empresarios y el Estado no se presentan como grupos antagónicos (mucho menos clases sociales en pugna). Se les advierte como sujetos que pueden llegar a acuerdos consentidos por todas las partes para la superación de los problemas del país.

Para ello la Alianza se desliza por lo que podemos reconocer como un modelo desarrollista en el que se debe “impulsar concretamente la actividad productora, reindustrializando, recuperando la agricultura y la construcción.”²⁹ En dicho modelo se reconocerán variados tipos de propiedad, entre ellos la estatal, la mixta, la social y la cooperativa, al tiempo que se hará necesario emprender “la puesta en marcha de las actividades productivas nacionales que mejor contribuyan a resolverlos.”³⁰ Hacer que el sistema crediticio extendido por el neoliberalismo sirva más para financiar dichas actividades, que para especulaciones financieras, “cuidando que su control y fiscalización se efectúe rigurosamente por medio de las autoridades que al efecto se establezcan”.³¹ Ello será posible, porque en la nueva democracia chilena el estado volverá a gozar de su calidad de planificador, no sólo de orientador y regulador, de las “actividades económicas nacionales y sectoriales y en la producción en áreas estratégicas.”³² En conjunto, la propuesta económica puede comprenderse como una continuación del comunitarismo demócratacristiano de los sesentas, pero con tres diferencias importantes. Una, que el término como tal ya no es utilizado. Dos, quizá relacionado con ello, que se prioriza la situación del capital privado nacional y estatal, por lo que para resolver la crisis actual hará falta “un enérgico esfuerzo de austeridad, de trabajo y disciplina de todos para aumentar la producción y la productividad,

²⁸ *Ídem.*

²⁹ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada” Discurso pronunciado en la clausura del Tercer Seminario de Profesionales, Técnicos e Intelectuales Demócratas Cristianos, 15 de enero de 1984 en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986, p. 192.

³⁰ AD, *Planteamientos de la Alianza Democrática antes de la ruptura del diálogo, 29 de septiembre de 1983*. Consultado: 03/10/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1667&Itemid=55

³¹ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Op. cit.*

³² *Ídem.*

estimular la inversión y las exportaciones y eliminar los gastos superfluos.³³ Y tres, que se abandona la superación de la sociedad clasista como objetivo político. En la nueva democracia “La inmensa masa de empresarios y de hombres de trabajo”³⁴ no perderá sus situaciones e identidades sociales, sólo resolverán sus diferencias y problemas, para que ambos puedan coexistir.

Dentro de las declaraciones demócratacristianas puede encontrarse una posición más respecto a un posible proyecto económico. Con la información recolectada es difícil decir con exactitud si se trata de un viraje en su concepción económica o de una corriente diferente al interior del partido. Pero, como quiera que sea, puede considerarse como una propuesta que se encontraba latente en la organización y que no fue contradicha públicamente por ésta:

Para el *normal* desarrollo de ésta [de la democracia] va a ser imprescindible mantener y probablemente incrementar el relacionamiento con la banca privada internacional. [...] revalorizar la importancia de la inversión extranjera en el proceso de acumulación del capital. [...] tanto el Estado como el sector privado tienen cada uno un rol que cumplir. No es concebible un régimen democrático que no consulte la presencia activa e importante de un sector de propiedad no estatal de los medios de producción. [...] es importante utilizar en la mayor extensión el mercado, porque si éste es competitivo, constituye un instrumento sumamente eficiente de asignación de recursos aparte de que es coherente con la libertad económica.³⁵

En primera instancia, esta declaración contiene una aceptación nueva y positiva sobre el capital extranjero. Se admite que la apertura económica es beneficiosa para la acumulación del capital (no para el país), acortando la distancia que la DC había impuesto con el neoliberalismo inaugurado por la dictadura. En ese sentido, se reconoce la capacidad del mercado (casi como proceso autónomo) de regular equitativamente al conjunto de la sociedad. Lo cual, se especifica, no implica una resolución de las problemáticas sociales, simplemente una manera más eficiente de administrar sus recursos. Esta valoración está amparada por una nueva identificación conceptual que ahora se hace entre democracia y libre mercado. Se sostiene que una democracia sólo es normal (correcta, verdadera) si está afiliada con el capital privado nacional o internacional. De ello depende tanto su consolidación, su

³³ *Ídem*.

³⁴ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 192.

³⁵ *Revista Qué pasa*, núm. 692, 12 al 18 de julio de 1984, pp. 18-19. Cursivas mías.

permanencia, como su situación y cualidad en sí de democrática. De esta manera se naturaliza un tipo específico de producción socioeconómica (el capitalismo, en su versión liberal) con un tipo específico de producción política estatal (la democracia). La consecuencia simbólica es que se capitaliza a la democracia y se democratiza al capitalismo, impidiendo reconocer a cualquiera de los dos por separado y en relación con otros modelos económicos y políticos. Es decir, construyendo un modelo normalizado y normalizante de sociedad para acatar y para vivir.

2. 2 Las Alianzas

2.2.1 La unidad necesaria

La Democracia Cristiana consideraba que la unidad política sería una herramienta clave para un rápido ascenso democrático. En ese sentido, diversos voceros del partido explicaban: “Creo que ya llegó la hora de que formemos un gran comando nacional por la recuperación democrática, integrado por personas representativas de todos los sectores de la civilidad... Todos debemos trabajar unidos para que Chile recupere la democracia.”³⁶ Ya que “Nunca estaremos cerrados a buscar acuerdos con quienes lealmente quieren la democracia, porque queremos una Patria para todos.”³⁷ De entrada, la unidad proclamada por la Democracia Cristiana parecía altamente incluyente. Planteaba la participación universal de los chilenos tanto para disfrutar del objetivo político logrado, un país democrático, como para participar en el proceso de su consecución, en la lucha por la democracia. Allí, la condición de posibilidad era la construcción de convenios entre los diversos sujetos implicados.

En opinión de la Democracia Cristiana todo esto era lo que había fallado en el pasado: “Una de las principales causas del quiebre institucional fue su incapacidad para llegar a acuerdos y compromisos políticos más allá de las diferencias ideológicas, para defender y

³⁶ (Declaración de Andrés Zaldívar) *Revista Análisis*, 11-25 de septiembre de 1984, núm. 90, año VII, p. 24.

³⁷ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, p. 212.

profundizar la democracia.”³⁸ Diez años después la DC ya no admitía que la suspensión de la democracia había sido un mal necesario para salvar a Chile de un mal peor, una dictadura comunista. Ahora se consideraba que la ruptura de la institucionalidad se había debido a la polarización y la intransigencia ideológica. A una falta de comportamiento “democrático” de todos los actores involucrados. En la práctica, esto atenuaba la responsabilidad y el compromiso que la DC tuvo con el golpe de estado, mientras desviaba la mirada hacia la intransigencia y prolongación del régimen. Asimismo le otorgaba una posibilidad redentora de sus acciones pasadas que, según los demócratacristianos, ya estaban practicando: “Nosotros, los firmantes del ‘Manifiesto Democrático’, hemos experimentado la grandeza del diálogo: la voluntad de poner en común nuestra acción, respetando nuestras diferencias y trascendiéndolas en un acuerdo superior.”³⁹ Ello involucraba una DC no arrepentida, pero sí mejorada que podría ser capaz de reencauzar la historia de Chile. Porque había aprendido la lección del diálogo y el consenso: de actuar democráticamente al comprender y aceptar las diferencias de los demás.

En consiguiente, durante las protestas la DC apelaba a la unidad y reconciliación nacional posible por “la disposición que cada uno tenga para sacrificar sus intereses y sus posiciones.”⁴⁰ “[...] sobre la base de descubrir y reforzar lo que nos une y de sacrificar lo que nos separa.”⁴¹ Ya que la Alianza “Convencida de que no habrá paz, libertad y justicia sin un gran Acuerdo Nacional, desea superar los profundos antagonismos que dividen a la Patria.”⁴² A través de estas declaraciones, la DC admitía la posibilidad del trabajo en conjunto entre diferentes sujetos con diferentes posturas. Se hablaba de la necesidad de poner énfasis en los puntos de encuentro, de la flexibilidad de los principios propios para poder comprender los ajenos y en ese proceso, descubrirse comunes. Todo ello englobado en una práctica cristiana de sacrificio: de abandonar voluntariamente aquellos elementos que dividían en pos de un objetivo más grande, la unión que democratizaría al país. De esta manera, la unidad política era, pues, una cuestión de disposición, de voluntad, que dejaba ver que “la obligación de toda posición humanista y democrática es aceptar las instancias de diálogo y concurrir a ellas con claridad, lealtad y firmeza.”⁴³ Un deber de cualquiera que se llamara a sí mismo democrático.

³⁸ VALDÉS, Gabriel “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 38.

³⁹ *Ibíd.*, p. 36.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 38.

⁴¹ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, *Óp. cit.*, p. 398.

⁴² VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, pp. 211-212.

⁴³ *Revista Hoy*, núm. 330, citado en FREI, ORTEGA, Eugenio, *Historia de una Alianza Política. El partido socialista de Chile y el partido demócrata cristiano*, CED-CESOC, Santiago de Chile, 1990, p. 254.

Además la situación actual justificaba los pactos inéditos y la exigencia de reconocer que “La identidad no puede ser un pretexto para vivir un ‘gheto’ al abrigo interior de la tragedia nacional.”⁴⁴ El contexto de la dictadura –lleno de conflictos, de desdichas, de aflicciones– volvía un imperativo construir acuerdos para intentar solucionarlo. Por ello, cualquier alusión a formas de ser inexorables, innegociables, sería simplemente una evasiva para no admitir la posibilidad y la responsabilidad de conciliarse y trabajar con fuerzas distintas. Una manera de aislarse y marginarse del resto de la sociedad, cuando ésta más los necesitaba.

2.2.2 La unidad peligrosa

Paralela a esta valoración de la unidad, en el discurso democratacristiano corría una de raigambre diametralmente contraria. Según el mismo Patricio Aylwin:

No se trata de engolosinarnos hablando de una unidad a cuya sombra algunos procuran hacer su propia cosecha. El gran acuerdo entre los demócratas debe buscar una unidad fundada en la verdad y, por consiguiente, en el reconocimiento y respeto de la personalidad de cada cual, de los antagonismos que nos separaron en el pasado, de nuestras actuales diferencias y de las utopías distintas en que soñamos.⁴⁵

Para la DC, el tema de la unidad podía ser doblemente tortuoso para el debate y la práctica política. Primero, porque colocaba a los implicados en una discusión sinuosa y cautivante, seductora y aprisionadora. Un tema auto-complaciente que no tenía ningún futuro certero. Segundo, porque ocultaba peligros aviesos que hacían de la unidad una mera pantalla. Ésta no estaba al servicio de la Patria entera, sino a los intereses particulares y egoístas de unos pocos que se amparaban y ocultaban en ese noble objetivo y con ello lo desvirtuaban. Ante eso doble peligro, había una solución clara: plantear una unidad *realista*, “fundada en la verdad”. Fundada en el ser esencial e inamovible de cada cual. El proceso de construcción de acuerdos debían notar, evidenciar y partir de las diferencias y las discrepancias, de los elementos que separaron y todavía separan a los posibles implicados. De las grandes distancias políticas, ideológicas e históricas que existen entre ellos. De esta manera, la unidad ya no es más un asunto de alentar voluntades, sino de reconocer naturalezas. Un proceso

⁴⁴ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 181.

⁴⁵ Participación de Patricio Aylwin en el “Seminario de Profesionales, Técnicos e Intelectuales Humanistas Cristianos”, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 247.

autorregulado y autorregulador que asocia a los semejantes y aleja a los desiguales. Un proceso verdadero que debe ser acatado y respetado.

De no hacerlo, los daños serían mayores:

Nos parece perjudicial a la lucha opositora la exigencia de que todas las colectividades formen una sola organización política, que no pasaría de una entidad superestructural, con problemas internos que amenazarían su marcha y se convertirían en un foco de desorientación⁴⁶

Igualmente:

Los acuerdos tácticos, firmados por cúpulas de notables, en un país donde abundan los notables, son similares a los trabajos de Penélope: una entretención para justificar la vida cotidiana y aliviar la conciencia porque así la dictadura nunca se acaba.⁴⁷

La unidad forzada y universal (cabe decir, la unidad entre diferentes) resulta altamente nociva para el proceso más importante del momento: la lucha por la democracia. Las razones abundan: las diferencias infranqueables construirían alianzas superficiales, conflictivas y auto-destructivas. No alcanzarían para conformar una estrategia íntegra de lucha ni un proyecto de sociedad, sino para llevar a cabo acciones aisladas e intrascendentes, burdamente “tácticas”. Resultaría una inversión infructuosa y desperdiciada de energías, tiempo y esfuerzo, un trabajo absurdo que, como Penélope, se invierte durante el día y se derriba durante la noche. Además los dirigentes, ignorando los abismos existentes, construirían acuerdos elitistas que afectarían el desenvolvimiento general de sus bases sociales. Crearían “ante la opinión pública, confusiones, desacuerdos y malos entendidos.”⁴⁸ Transmitirían sus diferencias y sus desuniones al resto del país, obstaculizando la tan querida reconciliación nacional. Todo eso era un precio devastador, para algo que en realidad sólo era un paliativo

⁴⁶ s/t, [Carta de respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, octubre de 1984], citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 285. Si bien, es una respuesta directa para las comunistas, también puede serlo implícitamente para otros, como el PS-Núñez que declaraba: hace falta “un esfuerzo social serio al interior de la AD para ampliar el espectro político y social que la conforma. [...] si la Alianza pretende ser el referente opositor, no puede practicar una política de exclusiones. [...] debe buscar la unidad global de todas las fuerzas políticas del país.” (s/t, [carta del PS-Núñez a la Democracia Cristiana, 17 de octubre de 1983], citada en *Ibid.*, p. 242).

⁴⁷ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 182.

⁴⁸ *Revista Hoy*, núm. 30, citado en FREI, *Op. cit.*, pp. 255-256.

moral y un pretexto que desconocía la realidad y terminaría perpetuando a la dictadura. De nuevo, la solución era sencilla: “La unidad o concertación política, que es necesaria, debe irse llenando de contenidos reales y no buscarse por la vía de acuerdos de cúpula.”⁴⁹ Admitir, simplemente, que las diferencias existentes eran insuperables, naturales.

2.2.3 Los requisitos de la unidad política

¿Cuáles eran las características similares o ‘los contenidos reales’ que permitirían una alianza política verdadera y eficiente? La DC respondía: estaba dispuesta a “abrir un proceso de acuerdos con fuerzas políticas que aspiren a la democracia.”⁵⁰ A llegar a acuerdos con “todas las fuerzas políticas no totalitarias.”⁵¹ La primera restricción estaba en referencia a un tipo de sujeto específico: las fuerzas políticas. A aquellos dirigentes/representantes de organizaciones autorizadas para hacer política. Se diferenciaban del resto de los sujetos opositores que nutrían las protestas, cuyo participación y constitución era denominada “fuerza colectiva.”⁵² Mientras éstos expresaban las demandas sociales, los primeros administrarían y dirigirían dicha expresión para diseñar y conseguir soluciones concretas. En consiguiente, este proceso de concertación política no se diferencia mucho de los “acuerdos de cúpula” rechazados por la Democracia Cristiana. Lo que sí, es que especifica con qué clase de cúpulas acordaría, las declaradamente democráticas:

La Alianza Democrática sólo puede buscar acuerdos bajo una condición moral, que va más allá de las personas y que constituyen el fundamento que da origen a la Alianza Democrática y a los partidos y movimientos que la integran: la aceptación sin reservas del principio de legitimidad democrática que otorga al pueblo el derecho de autogobernarse mediante elecciones libres, limpias e informadas.⁵³

Con esta cita se reitera a la unidad política como unión de sujetos cuyas forma de ser es esencial y es similar. Éstas trascienden a los actores de carne y hueso y crean ‘una condición

⁴⁹ *Revista Análisis*, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, año VII, núm. 89, pp. 7-8.

⁵⁰ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, abril de 1984, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 253.

⁵¹ *Revista Análisis*, marzo de 1983, año VI, núm., 55, p. 23.

⁵² *Revista Análisis*, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, año VII, núm. 89, pp. 7-8.

⁵³ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, abril 1984 en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986, p. 81.

moral': una institución referencial y una serie de normas sobre lo correcto y lo incorrecto, lo permitido y lo prohibido, sobre lo normal y lo que no lo es. Que en el caso en cuestión, refiere a lo verdaderamente democrático. Según la DC, esta condición se ha encarnado en sujetos específicos y por eso conciliables, haciendo nacer a la Alianza Democrática. Y se ha delimitado con características bien precisas: "elecciones libres, limpias e informadas". De esta manera, lo democrático ya no refiere a una actitud/disposición para comprender las diferencias y llegar a acuerdos. Sobre todo, estriba en reconocer y acatar un procedimiento de reproducción formal del poder gubernamental. Así se reafirma el concepto sobre la democracia que la DC ha naturalizado, mientras las similitudes para llegar a acuerdos resultan ser las similitudes que la DC reconoce y aprueba. Un acto más que trascendental, inscrito en la concreción, contingencia y elección de su práctica política.

Otra característica que debían tener las fuerzas políticas para llegar a acuerdos entre sí era la siguiente: "las fuerzas democráticas opositoras no desean que impere la violencia, sino que buscan el retorno pacífico al régimen democrático, al estado de derecho y a la plena vigencia de los derechos humanos fundamentales."⁵⁴ El rechazo a la violencia era un requisito indispensable para la unión democratizadora. Más aún, era un elemento caracterizador de aquellas fuerzas políticas que, desde la oposición, eran realmente democráticas. Entonces, dicha cualidad venían tanto por el objetivo buscado (la democracia liberal), como por el método de conseguirlo, (una lucha pacífica). Cualquiera de los dos requerimientos que no fuese cumplido sería suficiente para no admitir una alianza conjunta. Porque, según este partido político, "Si estamos en desacuerdo con los métodos de lucha, ¿cómo podríamos formar un sólo ente político nacional?"⁵⁵

Otra característica común debía ser "lograr acuerdos entre la civilidad para negociar una solución con las fuerzas armadas."⁵⁶ Construir "un común planteamiento democrático de la civilidad, abierto al entendimiento, necesario e indispensable, con las Fuerza Armadas del Orden."⁵⁷ Una transición pactada con los militares era el objetivo común que deberían compartir los demócratas. Común y también ineludible. Los opositores debían irse congregando para crear una correlación de fuerzas lo suficientemente poderosa para sentarse a negociar con el régimen. Por eso "El momento clave será cuándo la derecha se declare

⁵⁴ *El país*, 17 de octubre de 1984.

⁵⁵ s/t, [Carta de respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, octubre de 1984], citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 285.

⁵⁶ Participación de Gutemberg Martínez y Eugenio Ortega en el seminario "Condiciones Políticas para una Democracia Estable en Chile" del Centro de Estudios del Desarrollo, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas*, *Óp. cit.*, p. 269.

⁵⁷ VALDÉS, Gabriel, "Mensaje al país", abril 1984 citado en *Ibíd.*, p. 253.

públicamente enemiga de Pinochet y firme acuerdos amplios con la oposición.”⁵⁸ Con esto, se signaba a los sujetos prioritarios e imprescindibles para el término de la dictadura (la dictadura misma, sus aliados de derecha y la oposición moderada), mientras se fundamentaba el elemento democrático de la transición con una negociación entre estos actores.

2.3. Por la vía de las instituciones

La Democracia Cristiana se auto-caracterizaba como la opción democrática y pacífica, tanto por los principios y valores que sostenía como por los métodos de lucha que enarbolaba. Éstos últimos hacían referencia a la revitalización de ciertas instituciones de la democracia liberal para terminar con la dictadura: Plebiscito, Asamblea Constituyente, renuncia del Jefe de Gobierno, obtenidos por medio del derecho de petición. Con ello, según la propuesta demócratacristiana, se aseguraría que la lucha por la democracia fuese en sí misma democrática, ya que implicaban “revisar las normas de convivencia en forma pacífica, con argumentos racionales y legítimos” y se encausaría el proceso democratizador por medios ordenados, auto-contenidos y seguros, pues “Jamás se ha considerado que el derecho de petición sea un acto subversivo.”⁵⁹

En el discurso de la DC, al igual que en su estrategia general, pueden percibirse dos grandes periodos que engloban su disposición, concepción y elección sobre estas instituciones. En el primero de ellos, que va del inicio de las protestas a inicios de 1984, se encuentra una Democracia Cristiana dispuesta a rechazar tanto el proyecto socio-político del régimen como su estrategia transitiva:

[se] hace imperioso y urgente un cambio político de fondo que implique la decisión solemne, clara y expresa, de anticipar el cambio de régimen y el retorno a la democracia.⁶⁰ No es indebido ni arrogante proponer, haciendo uso del legítimo derecho de petición, que el Presidente de la República resigne el mando de la Nación. Por lo demás, ello está previsto en la propia institucionalidad del régimen.⁶¹

Al igual:

⁵⁸ *El país*, 9 de septiembre de 1984.

⁵⁹ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 36.

⁶⁰ *El país*, 15 de noviembre de 1983.

⁶¹ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 41.

Que el pueblo, por la vía plebiscitaria, decida si aprueba la creación de una Asamblea Constituyente compuesta por un número suficientemente representativo de miembros y elegida por sufragio universal, secreto e informado, que ejerza las facultades constituyentes y legislativas. [...] Por lo demás, para las anteriores proposiciones, dentro de la propia institucionalidad que se ha dado el régimen, existen todos los mecanismos que habilitan la materialización de estos acuerdos.⁶²

Con estas declaraciones la DC apuntaba tanto al final del gobierno de Pinochet, como a la posibilidad y deseabilidad de la refundación del régimen político instaurado por las FF.AA. Pero si ello resultaba claro, al mismo tiempo expresaba el reconocimiento de la dictadura como agente de cambio. Tanto a sus personeros (que podrían ser incluidos en la Asamblea Constituyente por vía electoral), como a los mecanismos institucionales que el régimen había legalizado, la DC les reconocía un germen democratizador y les otorgaba un lugar prominente dentro de su estrategia transitiva. La consecuencia fue una dialéctica tensa e indispensable entre la transformación del régimen actual y su inclusión en su propia transformación, entre su rechazo y su admisión, que, al igual que en otros momentos de su historia, precisó y devino en una redefinición política de la propia Democracia Cristiana.

2.3.1 El viraje estratégico: la admisión de la Constitución de 1980

El segundo periodo pudo verse a finales de 1983 y sobre todo a inicios de 1984, ya que a partir del dialogo con la dictadura en agosto y septiembre de ese año la Democracia Cristiana comenzó a cambiar sus posicionamientos y sus acciones. Desde las reuniones con Jarpa accedió a no mencionar la renuncia de Pinochet y la transición negociada surgió como el principal objetivo que debería tomar su propuesta transitiva. Y en 1984, comenzó a matizar y transformar sus otras demandas políticas, de las cuales el ejemplo más drástico de esta nueva postura la expresó Patricio Aylwin:

Personalmente, yo soy de los que consideran ilegítima la Constitución de 1980. Pero así como exijo que se respete mi opinión, respeto a los que opinan de otro modo. *Ni yo puedo pretender que el General Pinochet reconozca que su Constitución es ilegítima, ni él puede exigirme que yo la reconozca como legítima.*

⁶² AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

La única ventaja que él tiene sobre mí, a este respecto, es que esa Constitución -me guste o no- está rigiendo. Este es un hecho que forma parte de la realidad y que yo acato. ¿Cómo superar este impasse sin que nadie sufra humillación? Sólo hay una manera: eludir deliberadamente el tema de la legitimidad. Se entra, así, en un terreno más fácil, en que son mucho mayores las posibilidades de diálogo racional, de recíproca persuasión y convencimiento y, en consecuencia, de llegar a acuerdos. [...] Es evidente, sin embargo, que en las actuales circunstancias no resulta viable la proposición de convocar a una Asamblea para generar una nueva Constitución. A menos que estas circunstancias varíen muy substancialmente, si queremos avanzar hacia la Democracia debemos explorar otros caminos, a partir de la Constitución vigente.⁶³

Igualmente otro democratacristiano declaró al respecto, aludiendo a la relación de la DC con la dictadura:

Por razones éticas e históricas ambas posiciones son rígidas e inmodificables. En esas condiciones poco sacamos los opositores con simplemente desconocer la realidad. [...] La única forma de resolver este conflicto frontal es llegar a un acuerdo sustantivo respecto a esa materia, sin obligar a nadie a renunciar a las posiciones asumidas en relación a la legitimidad. De modo que para algunos sea una modificación de la Constitución de 1980, en tanto que para otros sea una nueva Carta Fundamental.⁶⁴

Con la defensa de la negociación con las FF.AA como el principal horizonte de acción, a partir de estas citas la DC intenta explicar las posibles resoluciones del momento. Para ello construye dos campos contrarios y no necesariamente correspondientes entre sí: lo real y las valoraciones de lo real, lo que existe de hecho y el juicio de valor que se hace al respecto. En primera instancia, todas las valoraciones son respetables: nadie debe impugnar la de alguien más u obligarlo a que declare algo diferente a lo que cree. Derecho de libre expresión. Pero, a pesar de ello, es innegable que algunas tienen la capacidad de concretarse sobre otras valoraciones, como la Constitución de 1980. No son más o menos legítimas, pero existen materialmente y en ello chocan con las que serían pura enunciación. Ante eso, el gran

⁶³ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, pp. 401-402. *Cursivas en el original.*

⁶⁴ s/t, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 267.

problema será cómo ponerlas a dialogar. Si en ello opera un gran supuesto no comprobado (la DC asume que la dictadura, está dispuesta a dialogar, a superar dicho *impasse*), le da sustento a la propuesta de la transición negociada: lo único que haría falta para realizarla sería *la metodología adecuada* (el procedimiento) para encontrar coincidencias y efectuar el dialogo. Una voluntad de construir acuerdos comunes entre diferentes. Entonces, para ser capaces “de descubrir y reforzar lo que nos une y de sacrificar lo que nos separa,”⁶⁵ se opta por silenciar –no por comprender– las diferencias, en este caso, el tema de la legitimidad. ¿Qué significa ello? Prácticamente que la “condición moral” antes aludida será excluida de la conversación.

La justificación fue la alusión a la unidad como superación de las diferencias y búsqueda de acuerdos. Si la DC estaba dispuesta a ceder ciertas cosas es, según el mismo partido, por su disposición al diálogo y por su carácter democrático, aunque para ello admita la institucionalidad autoritaria del régimen y negociar con un sujeto no democrático. Es decir, aunque contradiga una de sus definiciones de unidad. A partir de ello, sin dar una respuesta sobre los acuerdos rechazados que le ha ofrecido el Partido Comunista, esta nueva posición fue calificada como “racional” y “realista”, por abrirse a los contrarios. Con ello, la DC presentó como capacidad de *ver* y de *asumir* lo “real” y de hacerlo “racionalmente” lo que era también la construcción de un objetivo político. Es decir, una producción ideológica y estratégica sobre otras posibles: *elegir y proponer algo negociable para la dictadura*. Un pragmatismo que no resulta de la captación prístina de los hechos y de la aplicación absoluta de la Razón, si no de la priorización y legitimación de alguno de sus elementos.

La salida simbólica, aunque con nuevas contradicciones, es asumir que ello podría erigir una nueva Constitución... si las reformas se valoraran como tal. Bajo el supuesto epistémico de que puede haber hechos vaciados de sentido, se propone no discutir si la Constitución es digna o indigna, democrática o antidemocrática, y simplemente entrar de lleno a su reforma. En esta parte del discurso demócratacristiano, ello no implica abandonar los valores a los que cada uno se adscribe, simplemente ponerlos en suspenso mientras se hace la negociación. De esta manera el rechazo a la dictadura se localiza y se reduce al plano abstracto y etéreo de las ideas y de las valoraciones. Y la firmeza ético-política se permite en tanto no transite al mundo de las prácticas sociales. El resultado es claro: para la DC luchar por la democracia, no implica necesariamente luchar en contra de la dictadura. Asimismo, admitir que las diferencias se encuentran en el campo de la valoración implica negar las consecuencias concretas de los hechos concretos y que ambos niveles están íntimamente relacionados.

⁶⁵ AYLWIN, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, p. 398.

Entonces, puede concluirse que, si los antiguos “diálogos” no habían funcionado fue porque se intentó discutir a partir de preceptos valóricos establecidos y no de asuntos factuales. Si con ello no se deja claro el principio para saber qué cosas deben ser cambiadas y cuáles no, se obtiene una ganancia simbólica importante: defender la pertinencia y factibilidad de la transición negociada.

Este argumento proporciona dos grandes beneficios a la Democracia Cristiana. Primero puede seguir declarándose poseedora de principios totalmente democráticos y de continuar ubicándose en el campo de la oposición, porque no legitima a nivel axiológico la Constitución del 80, pero también porque está abierta al diálogo y al consenso, sin que explique la contradicción política y simbólica que surge al respecto. En segundo lugar, le permite intentar convencer al régimen militar para que dialogue con ella. Es decir, mantener el objetivo de la transición negociada como posible y deseable. Pero, si la Democracia Cristiana supone que la dictadura quiere dialogar, en realidad las citas anteriores son una estrategia para que lo haga. La DC trata de mejorar la propuesta que presentó a Jarpa en 1983 omitiendo sus puntos más radicales: la renuncia de Pinochet y el Plebiscito, que son suprimidos, y la Asamblea Constituyente que es sustituida por meras reformas a la Constitución en vigencia. Con ello inicia la admisión de la institucionalidad de la dictadura y la alineación a su estrategia democratizadora. Asimismo, se reduce el rechazo al régimen militar a una serie de significaciones y valores que no pueden ser retractados públicamente, pero que tampoco deben ser pronunciados ni materializados en otro tipo de prácticas. En consiguiente, el rechazo directo a la dictadura y sus instituciones quedan excluidos, incluso como tema, del proceso de la transición en pos de una negociación con sus representantes.

2.4 La vanguardia democratizadora

En la lucha por la democracia estaba en juego algo más que quitar a Pinochet del poder. Incluso algo más que los medios para lograrlo o el tipo de sociedad planteada para cuando éste fuera depuesto. En la lucha por la democracia se encontraba también la lucha misma por dirigir la transición. Condición fundamental para pautar cómo y para qué se pondría fin a la dictadura.

Ante la multiplicidad de sujetos políticos que se movilizaron por la democracia, la DC se apresuró a asignar y definir cuál de ellos debería encargarse de la conducción del proceso: “Cada etapa requiere de las instituciones adecuadas para enfrentar ese instante. Llegó el

momento de que actúen en plenitud los Partidos Políticos.”⁶⁶ Después del debilitamiento del actor sindical y frente a otros sujetos (como los pobladores) que en los hechos iban copando presencia y capacidad autónoma de acción, los voceros demócratacristianos sostenían que eran los partidos quienes debían protagonizar y dirigir el proceso que se avecinaba: la lucha por la democracia. Solo a través de esas instancias, se podría manejar y dar buen término a los conflictos que se estaban presentando, porque “Los partidos democráticos están hechos para movilizar masas en función de expresar ideas y de discutir frente a la opinión pública y ofrecer soluciones para que sea o no aceptadas por la comunidad.”⁶⁷ Ellos se consideraban los expertos y autorizados para hacer política e institucionalizarla: los que sabían y podían encausar y expresar el conflicto social por caminos ordenados y eficientes, al representar a otros y construirles propuestas de sociedad. Por ello, “La democracia se consolidará en la misma medida que los partidos políticos adquieran fuerza, respetabilidad y capacidad real de mediación de los sectores sociales.”⁶⁸ Los partidos eran una institución más de los regímenes democráticos. Sobre todo, el fundamento de que cualquiera de este signo exista y se fortalezca. De esta manera, la DC crea una identificación más que una inherentemente una manera de organización política (la estructura partidaria) con la cuestión de *la naturaleza democrática*.

Elegir a los partidos políticos como el *sujeto de la transición* tiene implicaciones importantes. La primera de ellas es la legitimación de un proceso democratizador basado en la delegación y construcción vertical del poder.⁶⁹ Durante las protestas, cuando más sujetos están actuando por su cuenta, cuando más logros están teniendo a partir de su propio accionar y cuando estas conquistas son reconocidas por la mayoría de la oposición, la Democracia Cristiana apoya que la facultad política de todos esos sujetos deba ser encomendada a los expertos en la materia, los partidos políticos, contraponiéndose a los procesos de acción política autónoma. La segunda tiene que ver con una nueva monopolización de lo democrático. Al crear la identificación democracia/partidos políticos, cualquiera que opte por una organización distinta puede ser tachado de no democrático y

⁶⁶ *Las Últimas Noticias*, 2 de Agosto de 1983, citado en VILLEGAS DIANTA, Adrián, *Transición chilena a la democracia. Evolución del proceso de transición chilena a la democracia: un proceso de consensos y pactos*, Trabajo de titulación para obtener el título de profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso/Facultad de Filosofía y Educación/Instituto de Historia, Valparaíso, Chile, 2003, p. 141.

⁶⁷ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 39

⁶⁸ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 37.

⁶⁹ Esta idea también se encuentra en DE LA MAZA Gonzalo y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-1984*, Educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1985.

puede ser entendido como peligroso o contraproducente para su consecución. La tercera hace referencia al tipo de régimen aspirado. Si la democracia se consolida en tanto se consoliden los partidos y si los partidos entrañan la despolitización de los otros sujetos, entonces la democracia que se busca conseguir y reafirmar es el *gobierno del pueblo*... en tanto el pueblo no gobierne o actúe por cuenta propia. Es decir, y como se había apuntado, en tanto sea una democracia formal y delegativa. Y la última implica que, la Democracia Cristiana como partido político aseguraría la conducción del proceso democratizador. Esto último se refuerza al definir qué partidos en específicos serían los dirigentes: “La Alianza es el instrumento para la conquista de la libertad y es la alternativa para construir la democracia y garantizar al pueblo orden y tranquilidad democrática.”⁷⁰ Ya que:

Con el nacimiento de la Alianza Democrática, organismo de consenso de la oposición y única instancia de poder que ha tomado en sus manos la conducción política, se posibilita un diálogo con las autoridades de gobierno y, de cara al pueblo chileno, se encuentra el camino para retomar en Chile la senda de la auténtica democracia.⁷¹

A partir de esta cita, puede considerarse a la AD como una convergencia de los diferentes opositores por la cual se constituyen políticamente, toman sus decisiones y construyen sus planes de acción. Como la instancia política que conjunta y produce acuerdos concretos para la democratización del país. Ello implicaría que ha logrado el reconocimiento y la legitimidad del resto de los grupos de oposición, para existir como tal y que el liderazgo de la AD no es una imposición sino un convenio. Por lo tanto, puede considerarse como *el* interlocutor oficial y legítimo para cualquier lazo o acercamiento de y con el campo opositor, como su única conductora política. Con esto, la AD se vuelve una fagocitación discursiva del resto de los agentes opositores y de los posibles democratizadores, que explica la importancia para la DC de mantener esta alianza inter-partidaria. Para darle fuerza a este argumento, la DC explica que ampararse bajo su conducción será la única forma en que los chilenos podrían terminar con la dictadura y construir un gobierno pos-dictatorial estable y pacífico. De nuevo, la única manera de transitar a la “verdadera” democracia, asegurada ahora por la conducción de la Alianza Democrática.

⁷⁰ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, p. 211.

⁷¹ *El Mercurio*, 28 de agosto de 1983.

2.4.1 El futuro (¿el botín?) de la vanguardia democratizadora

La conducción del proceso de transición democrática incluía, desde la óptica demócratacristiana, ser candidato preferencial para un gobierno de transición y para los periodos presidenciales pos-dictadura. Única manera de asegurar un proceso ordenado y tranquilo. El primer punto se esbozaba sobre todo en 1983: “Nosotros hemos planteado un cambio fundamental y que el Estado lo dirija una persona que dé garantías a todo el mundo para llegar a una rápida transición democrática.”⁷² Porque “Me atrevo a asegurar que un rápido retorno a la democracia, con nuevas caras al frente de Chile, es la condición para encontrar en los gobiernos respuestas que nuestra economía exige.”⁷³ Así, se hace necesario que “el presidente Pinochet renuncie y abandone el poder y el Gobierno en manos de quien reúna condiciones que pongan en marcha el país.”⁷⁴ El principal requisito para conseguir la democracia sería una nueva dirección política en la administración estatal que llevara a cabo un gobierno de transición. El argumento era que, ocupando puestos legislativos y ejecutivos, sería posible encauzar y resolver las principales problemáticas de la sociedad chilena e iría conduciendo hacia la democracia. Como ya había dicho la DC en otros momentos, esos lugares se llenarían con elecciones libres, en las que la AD sin duda participaría y organizaría, al igual que otros trabajos, acuerdos y comisiones conjuntas, formadas “por igual número de ex-parlamentarios y personalidades designados por el Gobierno y por la Alianza Democrática.”⁷⁵ De esta manera, la AD no sólo conduciría la lucha por la democracia, sino que lo haría desde la administración estatal.

Asimismo, cuando abandonó su demanda por la renuncia de Pinochet, quedó la posibilidad y el objetivo de “una alianza de gobierno para llevar adelante un proyecto nacional de cambio democrático.”⁷⁶ Esto mismo puede verse en siguientes declaraciones de Patricio Aylwin y Gabriel Valdés. Según el segundo, lo que la Alianza Democrática debería constituir es “una acción conjunta ahora, una acción de coalición durante la transición, actuar conjuntamente durante el período constituyente y por lo menos un primer Gobierno de coalición de fuerzas democráticas.”⁷⁷ Por ello debería entenderse que “los acontecimientos

⁷² *El Mercurio*, 1 de septiembre de 1983.

⁷³ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p.34.

⁷⁴ *El país*, 29 de octubre de 1983.

⁷⁵ AD, “Planteamientos de la Alianza antes de la ruptura del dialogo”, *Óp. cit.*,

⁷⁶ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, p. 208.

⁷⁷ *La Segunda*, 2 de diciembre de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, pp. 255-256.

de los últimos días significan, de hecho, el desahucio por la oposición del receso político, el nacimiento de la Alianza Democrática como alternativa de gobierno, el planteamiento formal de la eventual crisis presidencial y, por consiguiente el colapso del régimen.”⁷⁸ Así mismo, en un comunicado interno de la DC, se valoraba a la Alianza Democrática “como uno de los grandes éxitos de la Democracia Cristiana”, y se esbozaba el requerimiento de fortalecerla lo más posible tanto como un grupo de oposición, como “una alianza de gobierno para el futuro”.⁷⁹ Los dirigentes demócratacristianos a diferencia de sus otros compañeros aliancistas, habían vislumbrado el porvenir de la coalición. La Alianza iniciaría como una forma de reagrupar las acciones partidarias que se encontraban difusas en y por la dictadura. De allí iría ascendiendo cada vez más por cada uno de los períodos de la transición, cuya etapa conseguida daría lugar a la siguiente. Y mientras se fuera avanzando en la democratización general, la AD iría avanzando también en su consolidación política hasta llegar a la cumbre de los puestos principales del Estado chileno. La AD por lo tanto, se planteaba por sus miembros demócratacristianos como una confederación partidista cuya estrategia debería ser arribar a la democracia... para convertirse en gobierno después de Pinochet. Por lo tanto, la lucha por la democracia concebida por la DC si era por conquistar gobiernos democráticos, era para que fueran dirigidos por sujetos específicos: la Alianza Democrática que de líder político de la oposición se convertiría en líder político de la nación.

3. LO ANORMAL: LA VÍA VIOLENTA

3. 1. La violencia

En 1973, la Democracia Cristiana había apoyado el golpe de estado y legitimado la violencia castrense como daños lamentables pero necesarios. Diez años después se auto-caracterizaba por defender una vía pacífica de recuperación democrática preventiva y en rechazo tajante a la otra vía de resolución democrática, la vía violenta, que se perfilaba en el horizonte político. Las razones eran las siguientes: “Creemos que a Chile hay que evitarle los trastornos; los ha tenido ya y muy serios. [...] Nosotros estamos en contra de la violencia.

⁷⁸ “Carta de Patricio Aylwin a Andrés Zaldívar”, 8 de agosto 1983, citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas*, *Óp. cit.*, p. 234.

⁷⁹ “Democracia Cristiana, una sola posición”, citado en *Ibíd.*, pp. 283-284

Esta no crea bienestar, no crea consenso, destruye.”⁸⁰ Por ello, la DC defendía una estrategia diferente, totalmente alternativa y preventiva, “fruto del afán premioso de asegurar a Chile una salida pacífica que evite, antes que sea demasiado tarde el despeñadero de la violencia con sus irreparables males.”⁸¹ Para la Democracia Cristiana la violencia, reducida a la violencia física, no era significada por sus formas de efectuarse, sus elementos constitutivos, sus causas sociales, motivaciones o propósitos. La principal característica identificada eran sus consecuencias. O las consecuencias que esta organización le reconocía: muerte, devastación y adversidad. Para lograrlo, se excluían de la perspectiva otros elementos que conformaban a los hechos de violencia y que podrían permitir una valoración distinta y compleja, sobre todo histórica, de ellos. Se elegía una sola de sus características—su potencial de destrucción—abstrayéndola del resto y se presentaba como la única mientras le otorgaba una *naturaleza* inherente e irrevocable, volviéndose el elemento auto-referencial que definía a todas las prácticas violentas. Al hacerlo no sólo resultaban un hecho esencial, sino esencialmente destructor: como quiera que fuese, como quiera que se ejecutase, la violencia siempre tendría los mismos resultados mortíferos y catastróficos, además irremediables. Ante ello, la única salida era conjurar la vía violenta con la elección de una lucha pacífica. Y, sobre todo, admitir la amenaza de la violencia, hacerla visible, manifiesta.

Esto último, según la propia DC era sumamente sencillo y necesario ya que: “El país ve estupefacto que después de diez años de gobierno aumenta el terrorismo de uno y de otro signo, tanto de cuerpos armados secretos, como de brigadas terroristas de extrema izquierda. Ambos extremos se asemejan y confunden.”⁸² “El terrorismo antigubernamental consolida el terrorismo gubernamental en un círculo infernal que rechazamos con indignación.”⁸³ Lo primero que la DC resaltaba sobre la violencia aludida era que se practicaba de manera ilegal: tanto por brigadas de *ultra izquierda*, como por grupos paramilitares. Por grupos no autorizados legalmente para hacerlo. De esta manera, se refuerza el planteamiento que condena únicamente a la violencia que se ejerce fuera de la Ley. En seguida se construía una caracterización sobre esta violencia como hecho terrorista. A través de este significante con una sola palabra era posible atribuirle a la violencia todas las características anteriormente aludidas y comunicar su alto grado de destrucción, consagrar su ilegitimidad y su imposibilidad de ser entendida de otra manera. Y, sobre todo, era posible identificar a cualquiera que la ejecutara como terrorista, independientemente de sus motivaciones, modos

⁸⁰ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia”, *Óp. cit.*, p. 38.

⁸¹ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, p. 407.

⁸² VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 74.

⁸³ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 184.

de operar y consecuencias. Con ello la Democracia Cristiana podía igualar la violencia que provenía del régimen con la que era ejecutada por los opositores que lo confrontaban violentamente. Representados como una polarización excesiva, resultaban casi un espejo uno del otro que, mientras más se confrontaban y operaban, más se asimilaban y acrecentaban, manteniendo entre sí una relación co-generativa, donde cada una era la reacción profundizada de la otra. El resultado era una espiral de violencia ascendente en intensidad y extensión, que condenaba a un tormento interminable tanto a los sujetos implicados, como a los que cándidamente observaban: un pueblo atónito, asustado e inocente. Un calvario que en la práctica no liberaba a nadie y que solamente “favorece a la dictadura y pone obstáculos a la gran tarea de reconquistar la democracia.”

De esta manera la DC reconoció y caracterizó a dos sujetos como violentos, la dictadura militar y el Partido Comunista, a los que les agregó un elemento más, su posición anti-democrática. Estos dos elementos permitieron cerrar la dicotomía fundamental con la que trabajó la DC dentro de su discurso: pacífico/democrático vs. violento/autoritario. Lo importante de ello, fueron las cercanías y distancias que marcó entre ambos y con la vía pacífica, como las características peligrosas que marcó de cada uno. Es decir, el tipo específico de estigmatización que les confirió. Y, junto con ello, las maniobras discursivas que implementó para justificar su acercamiento con la dictadura y su rechazo tajante con el PC. En lo que sigue, se tratarán las simbolizaciones que la DC construyó al respecto, para conocer cuál fue el elemento primordial que resultó estigmatizado con el discurso anti-violencia.

3.2. El régimen militar

3.2.1 El carácter anti-democrático de la dictadura

Para la Democracia Cristiana el régimen ocupaba un lugar prominente en su estrategia de transición. Pero esta situación no la llevaba a negar su condición autoritaria. En agosto de 1983 cuando el régimen anunció su “apertura política” e invitó a dialogar a los miembros de la Alianza, a éstos últimos les pareció inverosímil e inaceptable. Así lo declaraban varios voceros del conglomerado: “los llamados al diálogo que tanto se han comentado se hacen imposibles cuando el eventual interlocutor aparece directo responsable de hechos que

repudian la conciencia nacional y universal.”⁸⁴ Es que “Hoy día el gobierno presenta dos caras: con una reprime duramente y con la otra intenta presentar una actitud de diálogo, [...] qué alienación más dramática expresan estos gestos, entregados a migajas.”⁸⁵ Por ello, “después de diez años de anuncios, ya estamos curtidos de ellos.”⁸⁶ Para este momento la AD, incluida la Democracia Cristiana, se colocaba en el tenor del resto de la oposición que no admitían ni legitimaban la invitación para dialogar. El principal argumento era la represión gubernamental que un mes antes había alcanzado a dirigentes de la DC y que no daba garantías ni credibilidad a su apertura política. Para los miembros de la Alianza las invitaciones al diálogo eran “una nueva faceta del autoritarismo” que “caerá en la propia trampa de su mentira.”⁸⁷ Una mera mampara que encubría al “verdadero” ser del régimen, cuyas promesas de cambios institucionales no le alcanzaba para el epíteto de democráticas.

Como es sabido, finalmente la DC sí asistió al dialogo con Jarpa y mientras duró cambió su consideración sobre la dictadura, consintiéndole atisbos democráticos aunque siguiera refiriéndose a su carácter autoritario. En opinión de la DC, en el dialogo de agosto de 1983 el régimen mostró “ante el país entero, la ausencia de *voluntad* en la búsqueda de acuerdos reales para el retorno democrático.”⁸⁸ Lo cual persistía en el año siguiente ya que “el presidente Augusto Pinochet demuestra que *no le anima ningún propósito* serio de restablecer las libertades y la democracia en nuestro país.”⁸⁹ De manera que “Este gobierno, desgraciadamente, no entiende con buenas palabras. Este gobierno *desprecia* la razón y la buena voluntad.”⁹⁰ Para el partido, el régimen militar se alejaba de todos los preceptos que la propia DC había marcado como democráticos: la disposición a crear a acuerdos, la adscripción al sistema democrático como forma preferible de gobierno, el uso de la razón y el dialogo para conseguirlo y consolidarlo. Pero si a simple vista, el régimen ejemplificaba la antítesis de cualquier “fuerza política democrática” aceptable y legítima para crear consenso, había una esperanza. Todas las características tildadas de autoritarias –puestas en cursivas– no se identificaban con *el ser o naturaleza* de la dictadura. La DC consideraba y sostenía que tenían su origen en la voluntad, en el ánimo, en el desprecio con el que el régimen actuaba. Es decir, eran resultado de un estado de disposición/indisposición que podrían cambiar si el

⁸⁴ *La Tercera de la Hora*, 13 de agosto de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 236.

⁸⁵ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p.31.

⁸⁶ *El país*, 6 de agosto de 1983.

⁸⁷ *El país*, 8 de agosto de 1983.

⁸⁸ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 73. Cursivas mías.

⁸⁹ *El país*, 17 de octubre de 1984. Cursivas mías.

⁹⁰ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, p. 213. Cursivas mías.

régimen lo consintiera. De esta manera, simbólicamente se le otorgaba a la dictadura un carácter potencialmente democrático y democratizador que se activaría volitivamente. Que se haría realidad si el régimen “decidía” actuar democráticamente o si otros lograban convencerlo de que lo hiciera. Con ello, la ganancia simbólica resultaba de gran importancia: le permitía a la DC justificar la búsqueda de acuerdos con la dictadura –el enemigo político del campo opositor y el máximo sujeto anti-democrático del momento– sin comprometer su propia legitimidad, su propia auto-asunción y auto-representación como la “oposición democrática”. En consiguiente, lo único que haría falta eran los argumentos y prácticas adecuadas para convencer al régimen y hacerlo manifiesto. Es decir nuevos mecanismos para darle viabilidad a la transición negociada.

3.2.2 La violencia del régimen

Las principales recriminaciones en contra de la violencia del régimen se refirieron a los excesos de la represión. Por ejemplo, el 9 de agosto de 1984 se realizó en Chile una Jornada por la Vida organizada por la Iglesia Católica. En ella, la Alianza Democrática expresó su rechazo a “toda violencia que atente contra la vida, la tortura, las amenazas, las prisiones injustas, el exilio, las desapariciones, el hambre y la desocupación.”⁹¹ Era una denuncia en contra de las violaciones a los derechos humanos resultado de la violencia excesiva, injustificada e ilegal de la dictadura. Esta posición fue más clara y firme durante las primeras jornadas de protesta e hizo que, en sus inicios, la Democracia Cristiana considerara al régimen como un agente ilegítimo para seguir gobernando y para llegar a algún acuerdo en conjunto. En consonancia, al inicio de la “apertura política”, Gabriel Valdés declaraba con respecto a Jarpa:

[...] es un nacionalista, de extrema derecha y dudo de sus convicciones democráticas. Habrá que juzgarlo por sus actos, si bien ya es lamentable lo que hizo y lo que dejó hacer el 11 y 12 de Agosto, como responsable del orden interior [...] el país está horrorizado por el uso del Ejército contra un pueblo que tiene sobradas razones para protestar y lo hizo pacíficamente. El nuevo gabinete nace sin prestigio y envuelto torpemente en hechos de violencia que lo comprometen.⁹²

⁹¹ *El país*, 10 de agosto de 1984.

⁹² *Revista Hoy*, núm. 317, 17- 23 de agosto de 1983, citado en VILLEGAS, *Óp. cit.*, p.166. Posteriormente, ya en democracia el discurso de la DC dirá que Jarpa no era responsable de la

Igualmente la AD, como conglomerado declaró:

[...] los llamados al diálogo que tanto se han comentado, se hacen imposibles cuando el eventual interlocutor aparece directo responsable de hechos que repudian la conciencia nacional y universal.⁹³ Decenas de muertes y cientos de heridos y detenidos, violaciones de domicilio y toda clase de atropellos a los hogares de los chilenos, especialmente los más pobres.⁹⁴

Para la Democracia Cristiana y la Alianza Democrática, el régimen resultaba absolutamente ilegítimo por optar por la violencia represiva como forma de resolución del conflicto social. Sobre todo, porque había violentado a los que no debía: a un pueblo que se manifestaba de modo pacífico y con justos motivos.⁹⁵ Para estos momentos, parecía ser que la violencia hacía cualquier sujeto que la sufriera injustamente era suficiente para que la DC cortara los nexos con quién se la hiciera sufrir, fuese la dictadura o cualquiera más. Por ejemplo, los resultados funestos que tuvieron los 18 000 soldados en las calles de Santiago provocarían que la dictadura, a pesar de lo presuntuoso de su “apertura”, fuera desacreditada para cualquier proceso de democratización. De esta manera se conservaba la dicotomía entre violencia y democracia sostenida en declaraciones anteriores, que hacía que la DC exigiera la renuncia de Pinochet y una Asamblea Constituyente, al igual que rechazara el diálogo con Jarpa.

Pero, pocas semanas después, la DC precisaría a los actores cuya represión era denunciada. A partir del diálogo con la dictadura, la mayoría de las manifestaciones en contra de la acción represiva del régimen serían hechas cuando éstas afectaran a algún miembro del partido cristiano, sobre todo a su directiva. Desde la primera reunión con Jarpa, la violencia tan dura que la dictadura infligía en las poblaciones o a “los más pobres”, dejó de ser denunciada e, incluso, enunciada. En cambio, los reclamos resurgieron cuando la represión cayó sobre los demócratacristianos. Gabriel Valdés, durante una de las protestas, decía: “Hoy

represión, que si tenía convicciones democráticas. Para nosotros ello es un intento de justificar el diálogo dilatorio de 1983. Ver, AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 235.

⁹³ s/t, s/f, [Declaración de la Alianza Democrática], citada en Aylwin, *Óp. cit.*, p. 235.

⁹⁴ *Revista Hoy*, del 17 al 23 de agosto de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 236.

⁹⁵ Aunque si este pueblo hubiera tenido “sobradas razones para protestar” y lo hubiera hecho violentamente, ¿habría sido legítimo el uso del Ejército? No se responde pero la información citada nos ayuda aunque sea a problematizar.

sabemos de dónde viene la violencia. Hemos sido golpeados, vejados, detenidos.”⁹⁶ Y Andrés Zaldívar después de ser apaleado en otra movilización aclaraba: “El Gobierno es el que provoca la violencia.”⁹⁷ Asimismo cuando se hablaba de las posibilidades de seguir dialogando con Jarpa, la DC aludía a “un clima de respeto mutuo”, que “desde que comenzó este diálogo, tal condición ha sido alterada por el Jefe de Estado en diversas declaraciones públicas”.⁹⁸ A partir del dialogo, el respeto a un pueblo pacífico que protestaba se reemplazó por la necesidad de este “respeto mutuo”: las consideraciones entre la dictadura y los partidos de la AD que dialogan, identificando prioritariamente a los “permanentes atropellos del régimen”⁹⁹ con los permanentes atropellos a los demócratacristianos. En adelante, la mayoría de las veces que la DC estuvo dispuesta a condenar públicamente al régimen por “usar la represión como instrumento básico de sustentación del Gobierno” y cancelar los tratos con la dictadura era, prioritariamente, cuando ésta recaía sobre sus dirigentes y militantes.¹⁰⁰

3.2.3 El régimen, abono para la violencia subversiva

Esta doble caracterización (como violento y autoritario), tenía repercusiones importantes en el discurso de la DC. Después del diálogo, la Democracia Cristiana anunció: “El general Pinochet al reiterar una y otra vez su voluntad de mantenerse en el poder, por los menos hasta 1989, hace imposible toda solución pacífica del conflicto en lo que hemos calificado de tensión límite.”¹⁰¹ Seguir obstinándose en sus principios, “Seguir intentado imponérselos por vía autoritaria, es cerrar las puertas al reencuentro y empujar hacia la violencia.”¹⁰² Para la DC, el gran peligro de la postergación del régimen militar era que volvía posible aquello que tanto temían los demócratacristianos: el enfrentamiento de la sociedad y la consolidación de la violencia como modo de regulación del conflicto. De seguir en su cerrazón política, lo único que haría sería alentar los hechos violentos que venían desencadenándose con las protestas. De esta manera se admitía que la violencia de los otros encontraba su origen en la violencia y eternización de la dictadura. Pero que también podría

⁹⁶ *El país*, 10 de septiembre de 1983.

⁹⁷ *El país*, 10 de septiembre de 1984.

⁹⁸ Citado en CAVALLO, Ascanio (*et. al.*), *La historia oculta del régimen militar, 1973-1988*, Diana, México, 1998, p. 414. (Septiembre, 1983).

⁹⁹ *Revista Hoy*, núm. 330, noviembre 1983, citado en VILLEGAS, *Óp. cit.*, p. 175.

¹⁰⁰ *El Mercurio*, 9 de septiembre de 1983.

¹⁰¹ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 79

¹⁰² s/t. [Discurso de Patricio Aylwin en el Teatro Cariola, enero de 1984], citado en AYLWIN, *Óp. cit.*, pp. 249-250 *Op. cit.*, pp. 249-250.) ENERO, 1984.

ser evitada si ésta hacía lo posible para contenerla. Con ello se reforzaba la dicotomía dictadura/violencia contra democracia/paz, con un requisito fundamental en el intermedio: “una urgente y decidida acción del Gobierno encaminada a producir un cambio político.”¹⁰³ Es decir, la contención de la violencia social a través de la auto-democratización del régimen, que lo posicionaba como uno de los agentes fundamentales de la transición. En consiguiente, para la DC, resultaba importante advertirle a la dictadura sobre su papel histórico en el proceso transitivo y de los peligros que sucederían si no lo llegara a asumir.

En efecto, el gran problema de la violencia desencadenada por la dictadura iría más allá de un cruel desgarramiento social y de un torbellino de dolor y destrucción. La gran y verdadera dificultad que entrañaba sería el estallido de un tipo específico de violencia que podría resultar más devastadora:

Yo acuso al gobierno de haber creado una situación de miseria, de opresión, de prepotencia, de falta de participación y libertad, que conduce a la polarización y a la radicalización. Allí es donde al Partido Comunista se le crean sus mejores condiciones y nacen sus héroes y mártires. A la postre, la dictadura salta en convulsiones de violencia que son extremadamente difíciles de dominar. No olvidemos nunca que de los Zares y de Batista se llega al comunismo.¹⁰⁴

Asimismo:

Esa actitud recuerda la ceguera de quienes constituían la clase dirigente de sus países en la víspera de las grandes convulsiones. No supieron o no quisieron ver los signos de los tiempos. Así ocurrió en Francia a fines del siglo XVIII y en Rusia a comienzos del presente. Así, también, pudieron instaurarse los actuales regímenes de Cuba, Irán y Nicaragua.¹⁰⁵

La gran queja contra la dictadura no era por el sufrimiento e injusticia que causaron sus excesos y su propia existencia. Era contra las consecuencias políticas de ésta: una violencia radicalizada difícil de contener y controlar. Una violencia politizada, amenazante y repudiable más que por los muertos y heridos que provocaría, porque se levantaría en contra

¹⁰³ *La Tercera de la hora, 24 de septiembre de 1983.*

¹⁰⁴ VALDÉS, Gabriel, “Discurso pronunciado en el Vigésimo Séptimo Aniversario del Partido Demócrata Cristiano”, *Óp. cit.*, pp. 204-205.

¹⁰⁵ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.* pp. 398-399.

de su propia opresión. Y en ello, podría resultar ingobernable porque se acompañaría del gran enemigo de la dictadura y de la propia DC: los comunistas. Aquellos que lograron contener en 1958 con la Revolución en Libertad y aquellos que derrotaron con el golpismo de 1973. Pero si el peligro era grande, la solución era sencilla: en tanto que la prolongación de la dictadura sólo producía más violencia y una posible revolución comunista, su final auto-consentido lo evitaría. Es decir, la decisión de dialogar con la “oposición democrática” para terminar con la dictadura. En ese sentido, la democracia también era preferible porque tenía mayores y más eficientes mecanismos para controlar y contener el descontento social y a los grupos subversivos. Por su eficiencia en sus dispositivos de contrainsurgencia. Así, las declaraciones citadas no constituyen una denuncia ante la represión/contención de las demandas sociales y a la falta de democracia en sí misma. Se convierte en un aviso y una advertencia de que el camino del autoritarismo es contraproducente para sus propios fines: la exterminación del marxismo. La consecuencia lógica y única salida dibujada por la DC sería que, para escapar de esta amenaza, la dictadura debía “colaborar a la salida que con esfuerzo y desprendimiento se abre así en el horizonte”: la vía pacífica.¹⁰⁶ Trabajar políticamente con la Democracia Cristiana y ceder en la construcción de una transición negociada. Al fin y acabo compartían objetivos comunes que ya los había unido en el pasado: un sistema político resguardado del desbordamiento social y de la amenaza comunista.

3.3 Los comunistas

3.3.1 El rechazo al comunismo

Desde la primera década de gobierno militar, el Partido Comunista había propuesto enfrentar a la dictadura con una oposición unida, incluyendo a una de las principales opositoras de la Unidad Popular cuya dirigencia había legitimado el golpe de estado: la Democracia Cristiana. Esta oferta se prolongaría hasta 1983 cuando “la explosión de las mayorías” permitió luchar masivamente por el final de la dictadura. Pero, desde el inicio, ante una posible alianza y aun cuando su militancia se encontró y trabajó en conjunto con la militancia comunista a partir de 1973, la directiva de la Democracia Cristiana seguía rehusándose firmemente a cualquier alianza con el PC. En consonancia, diversos dirigentes demócratacristianos declararon: “El Partido Comunista no ha sido ni será un potencial aliado

¹⁰⁶ AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

político de la Democracia Cristiana.”¹⁰⁷ Ni ahora, ni cuando fuese alcanzada la tan peleada democracia. Andrés Zaldívar aclaraba que si se le respetaría su derecho a la legalidad, “por lo menos en el primer tiempo, la alianza para el primer gobierno democrático va a ser lo suficientemente amplia pero no integrada por el partido comunista.”¹⁰⁸ Ya que:

Nosotros como demócratacristianos, si queremos ser consecuentes con nuestra posición y creo que lo somos [...] no podemos hacer ninguna acción tendiente a buscar una alianza para llevar a cabo un Gobierno con el Partido Comunista, ni tampoco con ningún partido que, como organización, como proyecto ideológico haya estado comprometido con la dictadura.¹⁰⁹

Si Zaldívar olvidaba que en la Alianza Democrática se encontraban partidos que en los primeros tiempos habían dado su apoyo al régimen militar, (como la Derecha Republicana y como su propia organización), no ocultaba la importancia de las alianzas para luchar por la democracia: la posibilidad y el propósito de presidir los primeros gobiernos democráticos. En esa práctica visionaria, resultaba necesario elegir con sumo cuidado a los aliados pertinentes para transitar a la democracia y para gobernarla. Y, sobre todo, para constituir un proyecto de sociedad adecuado a sus intereses. En ese sentido, el Partido Comunista no resultaba atractivo ni aceptable tanto por las diferencias del pasado, como por las circunstancias del presente. En consiguiente, la Democracia Cristiana reconoció y construyó dos tópicos simbólicos para explicar el rechazo a los comunistas, que le fueron de gran ayuda, lo que denominó el carácter no democrático del PC y su opción por la vía violenta.¹¹⁰

3.3.2. El carácter anti-democrático del Partido Comunista

El primer campo simbólico que la DC configuró para argumentar su rechazo hacia el PC, tenía que ver con lo que ellos llamaban su carácter no democrático. Según Gabriel Valdés era imposible una alianza entre ambas organizaciones porque diferían profundamente en:

¹⁰⁷ DC, “Democracia Cristiana, una sola oposición”, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, pp. 283-284.

¹⁰⁸ *La Tercera*, 6 de septiembre de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 208.

¹⁰⁹ *El Mercurio*, abril de 1984, citado en YOCELEVSKI, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985, p. 336.

¹¹⁰ Ello no significa que la Democracia Cristiana no recoja datos sobre la realidad. Significa que a partir de ellos y de su manera de aprehenderlos, construye una significación propia sobre lo real.

1. La afirmación de los derechos humanos como un valor universal que debe ser respetado por todo gobierno y régimen político. 2. [El reconocimiento de ciertas instituciones políticas] cuyo desarrollo ha estado asociado a la democracia como conquista de la humanidad... la alternancia en el poder, la existencia de un sistema abierto y competitivo de partidos, el pluralismo ideológico, la autonomía de la sociedad civil respecto del estado, especialmente de los sindicatos, universidades, iglesias... 3. La necesidad de una política internacional que sea una opción nacional, original e independiente.¹¹¹

Las características o principios reconocidos por la DC como propios tenían que ver con la democracia liberal. Es decir, con la democracia como procedimiento para la renovación del poder-estatal y para la normatividad del régimen político. Si ello implicaba, de nueva cuenta, una reducción de lo democrático al apego de estas instituciones, ahora también significaba una reducción de los sujetos que se adscribían a ellas. Omitiendo el pasado del PC en el sistema político chileno, al igual que en las décadas anteriores, la DC asumía que entre ella y los comunistas, la primera era la única organización que valoraba realmente las formalidades democráticas. La razón era simple: según la propia Democracia Cristiana esta organización sí consideraba a la democracia liberal como el modelo político-gubernamental por excelencia. En cambio el PC la concebían como un medio para llegar a otro régimen político, de modo que terminaría traicionándola: utilizándola para luego hacerla caer. Ante eso y sin aludir a su participación en el golpe de estado de 1973, declaraba firmemente: “Es un crimen histórico convertir a la democracia en una táctica o una estrategia para cambiar dictaduras de derecha por dictaduras de izquierda.”¹¹² Esta maniobra, en el ideario demócratacristiano, tenía el nivel de una falta moral que transcendía la historicidad humana. Una apostasía en contra del buen camino de la historia, que condenaría al país al peor de los regímenes políticos: las dictaduras. De esta manera se justificaba el rechazo a trabajar con los comunistas en la lucha por la democracia, al revivir y naturalizar la identificación entre comunismo y autoritarismo.

En lo anterior subyacía un asunto de vital importancia. Los elementos que la DC eligió para diferenciarse del PC fueron de corte “político”. No aludió a las cuestiones productivas

¹¹¹ s/t [Carta de Gabriel Valdés en respuesta al PS-Núñez, 10 de noviembre de 1983], citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas*, *Óp. cit.*, pp. 242-243.

¹¹² VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 37.

ni redistributivas de la riqueza, para contrastarse con los comunistas. Es decir, no discurrió sobre el asunto de la propiedad privada o de una posible sociedad sin clases, para dejar en claro que los proyectos de sociedad y estrategias de transición de ambos grupos partidarios eran irreconciliables. Ello construyó una discusión que le permitió ignorar los problemas de la explotación –no se diga de etnia o de género, que tampoco otras colectividades tocaron– y sus inclinaciones y afinidades por el sistema capitalista. Es decir, no tocar los puntos que podrían resultar inconvenientes para la movilización social/popular en la que ambas organizaciones se estaban amparando. En consecuencia, pudo sostener que las diferencias se encontraban solamente en los principios políticos referentes a la adscripción o no a la democracia liberal y no al complejo de elementos que componía cada una de sus propuestas. Y rechazar tajantemente al PC por su caracterización como organización autoritaria por no responder al modelo democrático normalizado por la DC.

3.3.3 El rechazo a la vía violenta

Si bien la Política de Rebelión Popular de Masas del PC había optado por “todas las formas de lucha”, incluyendo a la violencia para terminar con la dictadura, esta era una acción estratégica entre otras que conformaban un abanico más amplio de acción. A pesar de ello, la DC denominó a esta propuesta estratégica “la vía violenta”, construyendo un reduccionismo simbólico que mostraba a este elemento como la principal característica de la estrategia comunista. Así, se silenciaban otros de igual importancia y se podía encasillar a la izquierda marxista dentro de los actores violentos. Igualmente, omitiendo que la Democracia Cristiana había sido una de los responsables de los trastornos que Chile había sufrido a partir de 1973, durante las jornadas aseguraba que la vía propuesta por los comunistas no sólo destruiría al país, también lo mantendría en ese estado de destrucción, es decir, de dictadura y degradación social. En efecto, según la DC “Ante el fenómeno social de la protesta y la rebeldía nacionales, algunos parecieran soñar con la militarización del país. Esa pesadilla es históricamente recurrente. Es la forma de llegar a la paz de los cementerios.”¹¹³ La propuesta del Partido Comunista no significaba más que una cosa concreta: la muerte y la desgracia para todos los chilenos. De esta manera, era una amenaza para la seguridad de país que se aprovechaba del descontento general para intentar implementarse. Al respecto, la DC era clara: ya que “el PC pretende aceptar como legítimos todos los métodos de lucha contra la

¹¹³ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 77.

dictadura, se coloca en la vía violenta que repudiamos.”¹¹⁴ Y al colocarse en ella, los propios comunistas resultaban también repudiables. Para ello, además de aludir al potencial de destrucción inaudito de toda violencia, la DC otorgaba una serie de razones que mostraban por qué “la vía violenta” (denominada como tal por el propio partido socialcristiano) resultaba un peligro inminente para la sociedad chilena y para la lucha por la democracia.

Como primer argumento, la Democracia Cristiana le comunicaba al Partido Comunista que “La violencia es un verdadero crimen contra el pueblo.”¹¹⁵ Que “Con igual energía reiteramos nuestro repudio al terrorismo y asesinato de fuerzas policiales. A sus autores los hemos llamado simplemente por sus nombres: criminales.”¹¹⁶ La violencia como crimen debía considerarse un tipo de acto gravemente dañino, acciones que alguien voluntaria e injustamente cometía en contra de alguien más. Además, un acto infractor que al perjudicar rompía los órdenes establecidos y que al romperlos, perjudicaba a lo transgredido. Es por ello que los crímenes resultan siempre punibles, necesitados de un hecho recriminatorio que corrija y aflija al criminal, para mostrar a él y a otros la gravedad del asunto y para evitar que éste u otro vuelvan a ocurrir. Pareciera hasta aquí que el concepto de crimen es correlativo al concepto de violencia, al grado que podría pensárseles como *sinónimos naturales*. Pero con un poco de atención se puede observar que, más bien, la DC *criminaliza* a la violencia. A esta última le falta la injusticia consiente y buscada (o la intensión injusta) de hacer daño y la necesidad de condena, que son inherentes a la concepción jurídica y moral del acto criminal. De modo que, cuando a la violencia se le considera como un crimen, ésta obtiene las características cualitativas del segundo que no tenía en su sentido original. Por lo tanto, la violencia así considerada resultaba siempre un *daño que daña*, negando la hipótesis comunista que defendían a la violencia como un daño desafortunado, pero redentor.

Asimismo, la nocividad de la violencia como estrategia anti-dictatorial podía verse en hechos muy concretos:

El empleo de la violencia cobra víctimas inocentes, dificulta la búsqueda de soluciones racionales y polariza a los chilenos, favorece objetivamente

¹¹⁴ s/t [Carta de Gabriel Valdés en respuesta al PS-Núñez, 10 de noviembre de 1983], citada en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, pp. 242-243

¹¹⁵ s/t, [Carta de respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, octubre de 1984], citado en *Ibíd.* p. 285.

¹¹⁶ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 78

a la dictadura y pone obstáculos a la gran tarea de reconquistar la democracia. Por ello la rechazamos tajantemente.¹¹⁷

Uno de los grandes peligros que contraía la estrategia comunista al optar por la violencia era que, en su torbellino de devastación, “cobra a víctimas inocentes”, aquellas que en el discurso demócratacristiano conforman al pueblo de Chile. Puede decirse que las víctimas son sujetos que sin merecerlo se vuelven objetos de un daño causado por un agente alterno, colocándolas en una relación de exterioridad, pasividad e indefensión frente a quienes las perjudican. Estas cualidades se refuerzan con la inocencia que se les reconoce. La violencia no sólo afecta a personas que están fuera de su origen, también a quienes no tienen ninguna responsabilidad en los hechos que la competen y generan. Por lo tanto, uno de los grandes problemas de los actos violentos es que perjudican a aquellos que *no deberían* de ser perjudicados, remarcando su carácter de hecho injusto. De esta manera, si el Partido Comunista decía actuar por el bien del país, en realidad sólo lo exponía a males mayores.

Asimismo obstaculizaría la propia lucha por la democracia, ya que la violencia “dificulta la búsqueda de soluciones racionales y polariza a los chilenos”. En lo que concierna a la primera, exactamente no se arguye que la violencia en sí misma sea irracional, pero lo que queda claro es que esta produce actos y lleva a tomar medidas no racionales. Ya se había dicho antes: la vía violenta era la vía de la Fuerza, no de la Razón ni del Derecho. Resultaba absolutamente contraria a aquella que se efectuaba “en forma pacífica, sin violencias, sin odio, sin otro propósito que el de exteriorizar su deseo vehemente de un pronto retorno a la democracia.”¹¹⁸ Con ello, la violencia propuesta por los comunistas quedaba arrojada al ámbito de una emocionalidad impulsiva y de una aversión destructora (el odio), en la que no tenía cabida la reflexión ni la ley y que causaba hechos siempre desacertados, arrebatados y perjudicantes. Justo de allí surgía la polarización de los chilenos: de intentar reparar un daño a través de perjudicar a quién dañó primero. De la venganza. En ese proceso la violencia producía nuevas confrontaciones que separaban a los connacionales en dos o más frentes antagónicos, dando lugar a “los dos o tres Chiles que hoy coexisten -tolerándose apenas- en el suelo patrio.”¹¹⁹ Casi una reminiscencia de la lectura que la Democracia Cristiana (¿y la dictadura?) tiene del período de la Unidad Popular y que se mantendrá durante todo el período de protestas y que actualizaba la peligrosidad de los actores “violentos”.

¹¹⁷ s/t, [Carta de respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, octubre de 1984], citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 285.

¹¹⁸ “Discurso de la AD en el parque O’Higgins”, citado en *Ibíd.*, p. 247.

¹¹⁹ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, p. 398.

Además engendraba otro grave peligro:

Otros compatriotas nuestros han optado por militarizar la política, algunos con ingenuidad, otros con astucia. Al final del siglo XX, en condiciones de enfrentamiento entre las grandes potencias, todo conflicto interno en naciones pequeñas que tienda a polarizarse en términos de una guerra civil, se convierte, tarde o temprano, en una situación que escapa al control de los nacionales. Si esto ocurriese, el conflicto entonces no se resolvería en Santiago de Chile, sobre nosotros pendería el fantasma de Yalta.¹²⁰

En primera instancia, la DC asume que los opositores que optaban por la violencia, apoyaban también un proceso de militarización. Es decir, específicamente, que el Partido Comunista estaba trabajando en la construcción de un ejército que pudiera confrontar a la dictadura y resolver el conflicto social a través de la lucha armada. La consecuencia inevitable y temida, sería una guerra interna de dimensiones gigantescas y, sobre todo, incontrolables. Ante ello la DC se pronunciaba: “No podemos aceptar que Chile sea un nuevo El Salvador.”¹²¹ La DC consideraba que este proceso podía ser producto de una falta de visión bien intencionada de los sujetos que optaban por la militarización. Pero también un proyecto (una artimaña) para satisfacer intereses particulares. Como quiera que fuera, en el contexto de la guerra fría tendría el mismo resultado accidental o deliberadamente buscado: que Chile dejara de controlar su propio destino. Ante la guerra civil desatada y la incapacidad de los agentes nacionales para dominarla, “el fantasma de Yalta”, del comunismo soviético o de cualquier otra potencia extranjera que se apoderaría del conflicto. De esta manera, para la DC la violencia de los comunistas chilenos durante las jornadas de protesta podría tener las mismas consecuencias que le había adjudicado en el pasado: instaurar un gobierno administrado desde Moscú o desde cualquier otro lugar del exterior, igualmente, en clave totalitaria.

3.3.4 La estigmatización del comunismo

En síntesis, a pesar de que los comunistas quisieran (o dijeran querer) emplear la violencia para recuperar a la democracia, en realidad sólo ayudarían a destruirla. “La historia

¹²⁰ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 186.

¹²¹ VALDÉS, Gabriel, “Estamos contra la violencia” *Óp. cit.*, 1986, p. 34.

enseña que, a la larga, es ese un camino que, tras mucho costo humano y destrucción, sólo conduce hacia nuevas y cada vez peores formas de tiranía y de deshumanización.”¹²² Para la DC, todas las consecuencias funestas ocasionadas por la violencia sólo provocarán un despotismo exacerbado y profundizado. Un régimen deshumanizado y deshumanizante que haría imposible el arribo democrático al profundizar un nuevo estadio tiránico. Con ello se construían dos supuestos fundamentales para el universo simbólico demócratacristiano. Por un lado, se configuraba una perspectiva teleológica sobre la violencia que le designaba un único destino fatal, inevitable y esencial: la destrucción y la dictadura, la deshumanización y la involución histórica. Por el otro, se terminaba de cerrar el cúmulo de identificaciones simbólicas que la DC fue construyendo durante el periodo: si el autoritarismo provocaba más violencia, la violencia a su vez producía más autoritarismo, conformando un círculo eterno de destrucción y de prácticas totalitarias que harían perecer para siempre a la democracia. Y revitalizando la matriz simbólica de los sesenta que naturalizaba la identificación entre comunismo, violencia y totalitarismo.

Esto le permitió un doble movimiento a la Democracia Cristiana. Por un lado construir una diferenciación absoluta e intransigente entre ella y el PC, por el otro y al mismo tiempo estigmatizar esa diferencia. Mientras que a sí misma se atribuyó cualidades democráticas, racionales, nacionales y reconciliadoras, al comunismo lo identificó a partir de una condición autoritaria y una violencia criminal y peligrosa que dividiría al país al instaurar a la venganza y al odio como medio de resolución de problemas y lo expondrían al intervencionismo extranjero, con la pérdida de la soberanía nacional. Con ello se creaba una identidad totalmente negativa del Partido Comunista que lo presentaba como una amenaza para el país y para la recuperación democrática, a partir de lo cual legitimaba una distancia insalvable con la DC. Este abismo político se concretaba y avalaba en las diferencias sustanciales de los principios “políticos” y los medios de lucha de cada organización, que a partir de una reducción simbólica negaba los posibles puntos de encuentro y otro tipo de variaciones estratégicas más significativas, como la opción por una transición rupturista en clave popular del PC. La DC podía exclamar: “Si estamos en desacuerdo con los métodos de lucha, ¿cómo podríamos formar un sólo ente político nacional?”¹²³ Con esto, se revivía la noción de unidad como unión de sujetos esencialmente iguales, producto de un fortalecimiento de los principios inherentes de cada uno y excluyente de cualquier proceso de diálogo y sacrificio de intereses particulares o diferenciadores. Así, la DC podía sostener que si no dialogaba ni

¹²² AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, pp. 398-399.

¹²³ s/t, [Carta de respuesta de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, octubre de 1984], citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas...*, *Óp. cit.*, p. 285

trabajaba con el PC, no era por un posicionamiento anti-democrático, sino “realista” y “racional”, producto de las diferencias ineluctables que la alejaban de él: su opción por la violencia y su naturaleza totalitaria.

En efecto, el supuesto que subyace en ello es la afirmación tácita de que el PC no puede ser de otra manera, una naturalización de sus prácticas en clave estigmatizante. A partir de esta producción discursiva, el PC no era sólo autoritario y violento, lo era *esencialmente*. De esta manera no cabía la posibilidad de una *voluntad comunista* –parecida a la que se le concede a la dictadura– para superar las diferencias entre ambos partidos y dar pie a una alianza opositora. Tampoco un intento externo para tratar de activarla. Lo que quedaba era aceptar los hechos y admitir que, en esta ocasión, las valoraciones sobre ellos sí debían tomarse en cuenta porque eran *verdad*. De esta manera se operaba todavía la identificación entre comunismo, autoritarismo y violencia que venía desde los años sesentas y que volvía totalmente repudiable al PC. Discursivamente se sostenía que si el PC era autoritario era porque era violento y si era violento resultaba porque era autoritario, **pero si era ambos era porque era comunista**.¹²⁴ En efecto, a partir de la caracterización del comunismo, la violencia y el autoritarismo se convertían en la mediación estigmatizada para estigmatizar a su vez al comunismo mismo. Desde su “colectivismo totalitario”, desde su identidad política naturalizada y anormalizada, la DC señalaba que surgía su opción por la violencia y por las dictaduras, y su inminente peligro para la sociedad. Así, el verdadero peligro para Chile era esta “conducta política” que amenazaba con destruirlo por completo. La consecuencia y ganancia simbólica para la Democracia Cristiana resultaba altamente significativa: “aunque éste prometa actuar de forma democrática,”¹²⁵ la DC no podría arriesgarse (ni arriesgar a la democracia) al aliarse con un sujeto que naturalmente resultaba una anomalía peligrosa. Es decir, tendría que seguir con la defensa de la vía pacífica en detrimento de la vía violenta y con ello, de una transición rupturista.

3.4 La violencia negada: las jornadas de protesta

Para la Democracia Cristiana las protestas tenían la capacidad de incidir directamente en la política institucional de la dictadura.¹²⁶ La DC reconocía en las manifestaciones un

¹²⁴ Véase nota 105.

¹²⁵ *El país*, 8 de agosto de 1983.

¹²⁶ Si bien, la DC construyó una simbolización propia dedicada a los sectores movilizados, en lo que sigue sólo tomaré en cuenta la parte que ayuda a la estigmatización de la “vía violenta” comunista.

potencial democratizador fundamental y efectivo. No era el pueblo, sino el pueblo movilizado quién haría ayudaría a terminar con el régimen y en ello dignificarse a sí mismo como comunidad nacional. Pero había una especificación. Todos estos cambios habían sido posibles en tanto lograron doblegar la voluntad del dictador, no en tanto lo hicieron caer:

Gracias a la protesta, se han obtenido algunos resultados. Se han abierto espacios que han permitido una cierta liberación en la acción política y de derecho de expresión, hoy nuevamente reprimidos. Fue la protesta que doblegó la terca voluntad de seguir manteniendo el equipo económico ‘hasta el final’ como lo expresara el jefe del Estado.¹²⁷

Por lo tanto, el pueblo que protestaba debía estar encaminado a hacer más benéfica esta voluntad: en presionar lo suficiente para que el régimen iniciara y permitiera la democratización del país. De esta manera, las indómitas protestas se hacían encajar con la racional vía pacífica. O mejor dicho, se volvían funcionales para su implementación estratégica. Sabiendo que “no hay salida sin ejercer presión,”¹²⁸ las manifestaciones podrían ser el instrumento perfecto para hacer negociar a la dictadura. El problema era cómo explicar y hacer conciliar una propuesta institucionalista con protestas callejeras y, en muchos sentidos, violentas.

Para lograrlo la Democracia Cristiana se dedicó a realzar el carácter pacífico de las movilizaciones: “Las jornadas de Protesta pacífica han sido la obra colectiva y espontánea de un pueblo cansado de sufrir y de esperar en vano.”¹²⁹ Ya que “el pueblo [...] tiene sobradas razones para protestar y lo hizo pacíficamente.”¹³⁰ Pues:

La Protesta Nacional del martes 27 de marzo, convocada por el Comando Nacional de Trabajadores y la Alianza Democrática, en su enorme profundidad y extensión, demostró el nivel de agotamiento de la paciencia nacional frente al régimen, y la voluntad de la inmensa mayoría de los chilenos, de producir ahora un cambio político de fondo, pacífico y consensual.¹³¹

¹²⁷ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 75.

¹²⁸ *Revista Análisis*, 11- 25 de septiembre de 1984, núm. 90, año VII, p. 24.

¹²⁹ VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, *Óp. cit.*, p. 30.

¹³⁰ *Revista Hoy*, del 17 al 23 de agosto de 1983, citado en FREI, *Óp. cit.*, p. 236

¹³¹ VALDÉS, Gabriel, “Mensaje al país”, *Óp. cit.*, p. 73.

Presentar a las protestas como pacíficas resultaba un intento de vincular directamente a las movilizaciones con la estrategia de lucha propuesta por los demócratacristianos. Caracterizadas de esta manera podía decirse que la vía pacífica “corresponde al sentido común de los chilenos y a la tradición jurídica y democrática de nuestro país”,¹³² entre otras cosas, porque se movilizaban de esa manera. En consecuencia se relacionaba íntimamente una estrategia específica y existente entre muchas otras, con el *auténtico* ser nacional y con la voluntad popular. Ello incluía la posibilidad y el propósito de que la DC dirigiera a las movilizaciones, ya que: “Los demócratas cristianos deben encabezar la protesta no violenta asumiendo riesgos y sufrimientos.”¹³³ Como una acción de sacrificio, más que de capitalización política, la DC debía dirigir a aquel movimiento que le era afín a sus principios y prácticas (las manifestaciones pacíficas) para terminar en conjunto con la dictadura. Ahora bien, si por una parte la DC afirmaba encabezar ya un movimiento pacífico, por otra confesaba que, en realidad debía pacificarlo: “Durante el próximo año *profundizaremos la movilización social, intentaremos avanzar hacia una etapa más exigente, selectiva, que impida que la movilización social se transforme en una insurrección caótica a merced de la represión que siempre golpea con más fuerza a los pobres de la ciudad.*”¹³⁴ En consecuencia, el intento demócratacristiano de dirigir las protestas también tenía un tinte contrainsurgente: se perfilaba como un modo de evadir la violencia del régimen, al igual que de ejercer un control sobre las protestas, modelándolas de una manera específica para conjurar sus elementos insurreccionales, subversivos o rebeldes.

Calificar a las protestas de pacíficas tenía una implicación más: ejercer simbólicamente una exclusión y ocultamiento de otras formas de lucha que existieron durante las jornadas, que además fueron preponderantes y que tenían nexos profundos con la izquierda marxista en general, comunista en particular: aquellas que utilizaban la violencia como práctica estratégica. Este asunto también podía notarse cuando la DC se refería a los sujetos populares: la protesta dejó ver “una inmensa masa de chilenos terriblemente pobres; y la pobreza comenzó a ser temida y, por lo tanto, castigada con la fuerza.”¹³⁵ Si bien, hace referencia a las poblaciones y a su potencialidad de desestabilizar al régimen, no los nombra directamente como tampoco a sus demandas específicas, a sus formas de lucha o aliados y representantes marxistas. Bajo el epíteto de “pobres” el movimiento poblacional pierde la organización, las demandas y las formas de lucha con la que ha operado en cada protesta. De

¹³² AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida política...”, *Óp. cit.*, p. 407.

¹³³ VALDÉS, Gabriel, “La nación está amenazada”, *Óp. cit.*, p. 190.

¹³⁴ *Ibíd.*, p. 189. Cursivas en el original.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 184.

esta manera se ocultaba discursivamente la tendencia democratizadora que ocupaba un lugar preponderante en el campo político: la oposición rupturista. Ello se reafirma al negar la participación de otros sujetos en la convocatoria a protestar del 27 de marzo, explícitamente del MDP como sujeto que apoyaba la violencia estratégica para una salida rupturista. Asimismo, intentaba consolidarse al marcar los límites que tenían los acercamientos de la DC con la izquierda marxista/comunista en las movilizaciones: “la movilización social jamás ha sido planteada con exclusiones”. Pero “Si se plantea la movilización social como sinónimo de acuerdo político en la Oposición, no es exacto.”¹³⁶ Por su parte, la Democracia Cristiana les había expresado a sus militantes:

[...] en la base social puede haber acciones comunes frente a problemas concretos entre personas de diversas tendencias, incluso comunistas u oficialistas, siempre que exista comunidad de propósitos frente al problema concreto de que se trate y que estas acciones comunes sean limitadas a las circunstancias que las originó. No se puede aceptar que este tipo de acciones comunes se traslade a acuerdos o alianzas de mayor alcance político y que por esta vía aparezcan, por ejemplo, ‘Frentes Amplios’ encubiertos o declarados.¹³⁷

Estas declaraciones fueron hechas ante la imposibilidad de evitar el trabajo entre las bases demócratacristianas y marxistas. Al no poder impedir su cercanía factualmente, lo que quedaba era reducir su autonomía y su capacidad de acción política. En función de ello, se recalca su imposibilidad de diseñar y elegir estrategias generales de transición, reduciéndolas a la resolución de hechos puntuales, inconexos e intrascendentes. Alejados y sin posibilidad de influir en la construcción de acuerdos, alianzas y programas de acción. Con ello se marcaba la *verdadera política* por fuera y por arriba de la movilización cotidiana, al mismo tiempo se daba una solución diferenciadora de ambas militancias. Es decir, por un lado se despolitizaba a las protestas y se recolocaba al partido como la orgánica y como el sujeto autorizado para hacer política. Por el otro, esta autorización partidaria buscaba contener el dinamismo social, sus principales vínculos políticos con la izquierda comunista y sus posibles desenlaces insurrectos y quizá, revolucionarios. Tres elementos que lograrían una transición

¹³⁶ *Revista Análisis*, 28 de agosto- 11 de septiembre de 1984, año VII, núm. 89. pp. 7-8.

¹³⁷ DC, “Democracia Cristiana, una sólo posición”, citado en AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas*, *Óp. cit.*, pp. 283-284.

negociada y dirigida por la DC que, con suerte, conjuraría una transición rupturista (sobre todo) con conducción comunista.¹³⁸

4. CONCLUSIONES

Durante 1983 y 1984, la Democracia Cristiana produjo un discurso público que giró en torno a la normalización de su propia propuesta y al rechazo en clave estigmatizante de las estrategias rupturistas, específicamente, del Partido Comunista. Para ello, como esqueleto de su estrategia discursiva, configuró dos grandes campos antagónicos y excluyentes entre sí que explicaban la contienda política del momento: la vía pacífica y la vía violenta. Bajo una lógica lineal y mecanicista (A=A, pero diametralmente distinta a B), signaba y designaba que uno era lo que el otro no, con características puras, inmiscibles y dicotómicas entre sí que impedían la existencia fuera de los modos de ser que especificaban y que encontraban su antítesis exacta en el rubro contrario. Así se conformaba una relación de exclusión y exclusividad entre la vía pacífica y la vía violenta con la que se intentaba contener y agotar el horizonte de lo posible abierto con las protestas, al establecer un criterio y características esenciales para identificar, clasificar y reducir a las principales estrategias transitivas del momento dentro de uno de los dos campos marcados.

A partir de lo anterior se practicaba un silenciamiento de otros sentidos y repertorios estratégicos que, al no ser enunciados, podían ser invisibilizados de la disputa teórica y práctica sobre la transición. Asimismo, se privilegiaba a una dimensión de la vida social, la política institucional, que impedía la discusión sobre la participación popular y las

¹³⁸ Trasciende los objetivos de este trabajo, pero es importante rescatar que, junto a este tratamiento de los sujetos movilizados que buscaba contralar su politicidad obtenida con las protestas, la DC simbolizó una forma adecuada de participar políticamente para estos, bajo la figura del votante. De esta manera, no los negaba tal cual como sujetos políticos, sino que les otorgaba un lugar en la política chilena y en la sociedad pos-dictatorial, aunque fuera de modo delegativo. De esta manera, apelaba a la acción política del pueblo chileno y a su función de instrumento de presión, es decir, de pueblo movilizado, sin poner en peligro su propia estrategia transitiva y, sobre todo, asegurándole o buscando hacerlo, un apoyo social importante. En los años posteriores, esta construcción será de gran ayuda para legitimar la participación de la oposición moderada en el Plebiscito de 1988. Algunos ejemplos de esta construcción simbólica pueden verse en: *Las Últimas Noticias*, 2 de Agosto de 1983, citado en VILLEGAS, *Óp. cit.*, p. 141. s/t. [Discurso de Patricio Aylwin en el Teatro Cariola, enero de 1984], citado AYLWIN, *Óp. cit.*, pp. 249-250. AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida jurídica...”, *Óp. cit.*, p. 407.

problemáticas de modos de producción en vigencia y que le permitía a la DC seguir apoyando al capitalismo y conservarse en el campo opositor al proclamarse por el regreso de la democracia. Es decir, salvar las contradicciones de ubicarse en el lado pro-democrática de la disputa democracia vs. dictadura, y en el lado capitalista de la disputa por la guerra fría. La causa y consecuencia resultaba la misma: la esencialización de la lucha política basada en la construcción de naturalezas morales o, mejor dicho, moralizadas. Entre la vía pacífica y la vía violenta se marcaba una relación jerarquizante que volvía a una correcta, deseable y benigna, y a la otra incorrecta, despreciable y peligrosa. De esta manera se diseñaban dos referentes únicos con elementos esencializados que marcaban el buen y el mal camino de una posible transición democrática. Un trabajo de normalización y estigmatización que sustentaba y orientaba a la estrategia demócratacristiana general y que configuraba su estrategia discursiva en particular.

Como se vio en el análisis dedicado a cada tópico discursivo, la DC le confirió una serie de características a cada vía estratégica, obtenidas de sus diversas declaraciones:

VÍA PACÍFICA	VIA VIOLENTA
Razón/derecho	Fuerza
Democracia	Autoritarismo
Partidos Políticos	Estallidos sociales incontrolables
Paz	Guerra
Orden	Caos
Perdón	Venganza
Reconciliación	Separación
Institucionalidad	Ilegalidad
Capitalismo	Colectivismo
Nacional	Extranjera
Bien común	Intereses particulares

En el campo político durante las protestas el principal botín era el poder simbólico para pautar los caminos de la transición. En ese sentido, el principal botín propiamente

simbólico o discursivo fue **poder decir** una propuesta de transición y *presentarla* como la estrategia *verdaderamente* democratizadora. Siguiendo este camino, la Democracia Cristiana conformó una explicación de la suya (una estrategia discursiva) asumiendo que era verdadera porque era naturalmente democrática. Con ello construyó una sacralización/normalización tanto de lo democrático, como de una concepción específica de ello, que en su caso correspondía a la democracia liberal. Ésta quedó marcada como el buen camino de la historia, que aseguraría por sí misma el bienestar general para la población y la solución de todos sus problemas. Asunto importante, porque implicaba que cualquier régimen distinto debería entenderse como una desviación, por lo menos, peligrosa. Para llenarla de contenido, como horizonte de una posible y deseable sociedad pos-dictatorial, la DC rescataba dos ejes principales: las instituciones de reproducción del poder estatal y el capitalismo como modo de producción social. En conjunto permitían excluir del debate político las problemáticas de la explotación y dominación del capital, y justificar el tipo de transición postulada: una democratización negociada con la dictadura militar. De esta manera el enemigo común de las jornadas de protesta (el régimen) se consideraba en la estrategia demócrata cristiana como el eslabón fundamental para conseguir lo que él mismo había negado (la democracia). El precio, por demás aceptable, fue el abandono de la renuncia de Pinochet y la aceptación de la Constitución del 80, presentada como una salida “realista” y “racional” para lograr una transición pacífica. Y la ganancia simbólica fue la factibilidad de seguir enunciado su propuesta estratégica como la más deseable, correcta y beneficiosa. Como la única democrática y realmente democratizadora del momento.

En efecto, la DC admitía que la vía violenta podía suceder, es decir, podía hacer caer a la dictadura. Pero le negaba la capacidad e incluso la intención de arribar a la democracia. Si la DC construía razones desde la misma caracterización de la vía violenta para sustentarlo, desde la vía pacífica otorgaba otras cuantas. Su condición natural de ser la única ordenada, institucional, racional, nacional, piadosa, capitalista, etc, le permitía actuar al estilo del régimen que buscaba instaurar: democráticamente. De nuevo se aludía a una reducción y monopolización de lo que podría significar lo democrática. A partir de ello no sólo otorgó las pautas verdaderamente democratizantes (la transición negociada), también señaló a los sujetos adecuados para realizarla: los partidos políticos. El argumento legitimador fue referirlos como los sujetos normales (naturalmente adecuados) para asegurar el éxito del proceso político en cuestión. La consecuencia simbólica fue doble. Por un lado, logró la exclusión de organizaciones no partidarias de la conducción de la lucha por la democracia y su inserción en ella como “instrumentos de presión”. Por el otro, pudo hacer una segunda

expulsión pero ahora con respecto a otros partidos políticos, al auto-presentarse por medio de la figura de la Alianza Democrática, como la única orgánica que podía y que ya estaba conduciendo el proceso democratizador. De nuevo, la condición para hacerlo fue su monopolización sobre lo democrático, la normalización de su estrategia transitiva. Cuestión que le permitió normalizar una cosa más: la posibilidad y el beneficio de administrar los primeros gobiernos democráticos. De conducir la lucha por la democracia, para gobernar a la democracia misma. De esta manera, la Democracia Cristiana configuró una sociedad pos-dictatorial (capitalista demoliberal), una estrategia de transición (la negociación con las FF.AA) y un sujeto (la AD/DC) que deberían ser reconocidos como normales para dar término a la dictadura.

Dentro de ello, y como un elemento que lo sustentaba, construyó una normalización más: el rechazo a la violencia como práctica estratégica. La DC produjo un discurso dedicado a demostrar qué era natural impugnar este tipo de prácticas. Para ello, desde la caracterización de la vía pacífica se construyeron varios argumentos para normalizar esta marginación. Primeramente, al igual que en las décadas anteriores, resaltó la definición de la estrategia democratacristiana como una alternativa preventiva de la vía violenta. Es decir, como algo totalmente diferente que la haría no existir. Por lo tanto, se aludió a una distancia insalvable entre sujetos opositores moderados y rupturistas, al sustentar que una fuerza realmente democrática, para mantenerse como tal, debía rechazar a la violencia como medio de resolución de conflictos. Igualmente, erigió la identificación de la democracia liberal como un régimen que repelía a la violencia por ser un peligro para su propia sobrevivencia. Allí, surgió una especificación importante. Para la DC, la democracia debía y podía admitir a la violencia legal para protegerse de la violencia ilegal, subversiva. Así se tendía un espacio a la aceptación de ciertas violencias y se precisaba qué violencia tenía que ser suprimida de un contexto y cualidad democrática, contradiciendo y a la vez conservando la denuncia general que la DC le confirió reiterativamente.

La estigmatización de la violencia fue lo que llenó de contenido la normalización de su rechazo. En efecto la DC dedicó una parte importante de su producción discursiva a definir los peligros que amenazaban, ante cualquier desviación de la vía pacífica, a la democracia y a la sociedad. Estos fueron precisados como las estrategias transitivas que optaban por la violencia como método de lucha o práctica política, referidas, o mejor dicho estigmatizadas como terroristas. Para ello la DC construyó dos ejes argumentativos. El primero fue la definición de la violencia en abstracto y las consecuencias que, según la DC, contraería para la lucha política. Naturalizada como esencialmente dañina, la violencia se presentaba

devastadora porque implicaba lo exactamente contrario a la vía pacífica: autoritarismo, división nacional, caos, irracionalidad, venganza, ilegalidad, intervencionismo extranjero, colectivismo, etc. Asimismo resultaba catastrófica por su cualidad simpatética que la llevaba a producir más y más profundos hechos de violencia. Se admitía que a cada acto violento le corresponde uno mayor, construyendo un encadenamiento lineal y mecánico de cada una de estas prácticas. De esta manera se asumía que, si se inhibía la respuesta siguiente, sería posible detener toda la cadena de destrucción que ocasionaba la violencia. Con ello, se repositionaba a la vía pacífica como la estrategia redentora, ya que sería la única que posibilitaría evitar los irreparables males de los acciones violentas. Al tiempo que se responsabilizaba a la violencia política popular, especialmente marxista, de la represión. Así, se negaba todo el tejido social (las personas de carne y hueso, sus circunstancias, estrategias, formas organizativas y motivaciones) que efectuaban los actos violentos, sustituyéndolos por sujetos y prácticas entendidos como anomalías peligrosas.

El segundo eje tiene que ver con la construcción de dos grandes Otros negativos que se relacionan con dichas acciones: la dictadura militar y el Partido Comunista, narrados a través de dos estigmatizaciones diferentes y de ciertas simbolizaciones convergentes. Para referirse a los dos la DC construyó una identificación lineal y codependiente entre violencia y autoritarismo. Explicó que estas dos cualidades eran parte integral del régimen y del PC, que una producía y exacerbaba a la otra, que enfrentaba a ambos sujetos y que ocasionaba un torbellino de destrucción para el resto del país. La consecuencia funesta de este enfrentamiento irracional y peligroso, sería sumir al país en una Guerra civil incontrolable y devastadora. Como lo explicó un dirigente de la DC, convertir a Chile en un nuevo El Salvador. En ese sentido, los dos deberían resultar alta e igualmente repudiables para la vía pacífica. Pero, como fue explicado anteriormente, la dictadura se convirtió en el elemento fundamental de esta estrategia. La herramienta simbólica para hacerlo posible fue construir un doble y contradictorio concepto de unidad correspondiente a cada sujeto y estigmatizar a cada uno de una manera diferente.

Con respecto a la primera cuestión, la Democracia Cristiana configuró dos lógicas discursivas respecto a su sistema de alianzas. En conjunto y en comparación, ambas resultan incoherentes, pero por separado y a nivel discursivo son realmente funcionales para estructurar, explicar y justificar sus principales planteamientos. Ya que, si en esa contradicción estriba el punto flojo de su discurso y de su coherencia interna, es la condición de posibilidad para sostener el resto de sus argumentos. Por un lado la DC hizo alusión a una flexibilidad de los propios principios para construir alianzas amplias y consolidadas en la

lucha por la democracia, que permitieran la apertura y comprensión hacia sujetos de tendencias políticas distintas. Por el otro, postuló valores absolutos y esenciales, imposibles de ceder, de reconocer y de trabajar con sujetos de tendencias políticas distintas. Las dos, diametralmente contrarias, se presentaron como la evidencia de la cualidad democrática de la DC y, a la vez, le permitieron acercarse a los aliados pertinentes independientemente de su relación con el autoritarismo. Así, el primero estuvo dirigido a la dictadura militar, en un intento de inclusión y acercamiento para una negociación política entre sujetos que apelan por proyectos diferentes y donde uno, la dictadura, era claramente autoritario. Mientras que el segundo estuvo destinado al Partido Comunista, en un intento de excluirlo de una alianza democratizadora y de legitimar esta marginación. Por su sincronía temporal y por haber sido enunciada por los mismos voceros, esta doble conceptualización sobre la unidad no puede considerarse como una corriente ideológica dentro del partido. Más bien, como una estrategia discursiva general que utilizó una doble lógica de enunciación para obtener objetivos distintos y que se estructuró de acuerdo a los sujetos a los que estaba respondiendo.

Esta doble lógica de argumentación se apoyó y a su vez produjo una doble forma de estigmatización sobre los actores violentos. La forma que la DC estigmatizó al régimen le permitía abogar por el fin de la dictadura e integrarla a ese proceso, al estigmatizar las consecuencias de sus acciones producto de su prolongación en el poder, y no a su cualidad natural. Allí la salida simbólica fue configurar un régimen autoritario pero democratizable a voluntad del dictador y de sus representantes, volviéndolo altamente coincidente con una estrategia de diálogo y de superación de las diferencias. Igualmente la violencia del régimen fue deplorable sólo en la medida que afectaba a los demócratacristianos y generaba una violencia que consideraba más peligrosa: la violencia de los dominados y de los comunistas. Es decir, la violencia del régimen se representó como una amenaza sólo en tanto atacaba a la oposición “democrática” y en tanto otorgaba las condiciones para hacer florecer a la violencia política popular. De esta manera, el verdadero peligro que entrañaba la violencia de estado era posibilitar una transición democrática rupturista que, con sus demandas y proyectos, podría destruir más que el almacén institucional de la dictadura: al sistema mismo. A partir de ello, la DC expresaba las principales coincidencias que seguía teniendo con las FF.AA: su sesgo anticomunista y su opción por proteger los nodos del régimen del capital. Y proponía una salida para satisfacer los intereses comunes: una transición negociada. La DC le concedió a la dictadura la capacidad de auto-democratización sólo en tanto aceptara la estrategia de la vía pacífica que la colocaría en el buen camino de la transición rumbo al buen camino de la historia: la democracia liberal. O, dicho de otra manera, en tanto formara una alianza con la

DC para detener y conjurar una transición rupturista con sus “impredicibles consecuencias”. Para hacer viable el objetivo que juntos enarbolaron con el golpe de 1973: la desactivación política de la izquierda marxista.

En cambio, en lo que respecta al Partido Comunista, la DC se concentró en narrar su ser esencial. Para empezar no hizo referencia a la voluntad o disposición de los comunistas para aceptar uno u otro camino, sino a los principios irrevocables que lo conformaban y al potencial de destrucción que implicaría optar por una vía violenta de democratización. Si bien, cuando la DC habla con la dictadura, la violencia del PC aparece peligrosa por subversiva, cuando se dirige al PC o a la opinión pública su violencia se despolitiza y se anormaliza. Entonces la DC no hace referencia a su potencial o intención de emancipación social, sino a su tendencia inherente (irracional y caótica) de destrucción: a su estrategia violentista. Allí, la violencia es presentada como una sustitución de la verdadera práctica política que destruirá a la política misma y con ella, a la democracia. Es decir, que instaurará el totalitarismo de nuevo en Chile. Esto último también es posible porque, según la DC, las tendencias totalitarias son intrínsecas a los principios constituyentes del comunismo. El PC conllevaría una relación hipócrita e instrumentalista con el sistema democrático que, en conjunto con la violencia, acabaría arruinándolo. El hilo conductor en todo ello es el siguiente: el comunismo es la razón natural por la cual el PC se declinaba por la violencia y el autoritarismo. Por lo que, acorde con una noción de unidad entre iguales, la única manera en que la DC podría pactar con el PC es si este dejará de ser comunista. Asunto imposible porque es una condición natural. Así, la estigmatización, basada en una esencialización del partido, en realidad no estigmatiza sólo su opción por la violencia. Sobre todo estigmatiza su condición de partido comunista y de sujeto que actúa bajo la lógica de la violencia política popular. De esta manera, el discurso de la Democracia Cristiana la estigmatización no residía en rechazar a todas las violencias. Sino en descalificar a una muy específica: aquella que venía de los sectores oprimidos y de la izquierda marxista. Aquella que podría arriesgar el nodo de explotación/dominación en vigencia.

Para reforzar esta idea, la DC pacificó simbólicamente a las jornadas de protesta. Durante 1983 y 1984, la DC consideraba a la movilización social legítima y eficiente para terminar con la dictadura. En ese sentido, le otorgaba una función estratégica de gran importancia: doblegar la voluntad del régimen y hacerlo dialogar. Así, las protestas encontraban su razón de ser (y a su vez sus límites políticos) al ser convertidas en “instrumento de presión” que, en la práctica, deberían constituir un movimiento social controlado y dirigido por los demócratacristianos. La justificación simbólica residió en la

caracterización de las protestas como hechos “pacíficos” que, a la vista, comunicaban un movimiento social ordenado y contralado, coherente con la vía pacífica de la DC. Asimismo, contrario y alejado del Partido Comunista y de todo aquel que supusiera la aceptación de la violencia. En el discurso, ello implicó imponer un silencio enorme sobre la parte de las movilizaciones que resultaban violentas. Una exclusión discursiva sobre los hechos que la DC considera conflictivos y peligrosos para su propia posición. De esta manera, con esta pacificación, la DC estigmatizó lo que no pronunciaba: la acción popular autónoma que hacía de la violencia una práctica estratégica y política legítima, coincidente con la propuesta de la izquierda marxista.

Con todo esto, podía observarse ciertas continuidades y rupturas con el pasado democratacristiano. En primer lugar la DC seguía buscando su lugar en el “lado capitalista” de la guerra fría en clave demoliberal. Su expresión fue continuar con el abandono del comunitarismo, con la defensa del desarrollismo y ciertos e incipientes puntos de encuentro con el sistema neoliberal. Asimismo, revivía la matriz simbólica entre comunismo, violencia y autoritarismo empleada desde los sesenta que le servía otra vez para presentarse como su alternativa preventiva. La diferencia estribaba en que, por el contexto de las protestas, de la lucha por la democracia y del reconocimiento del PC en el campo político como uno de los principales sujetos anti-dictatoriales, la DC no pudo estigmatizarlo directamente. En las décadas anteriores su rechazo y estigmatización residió prístinamente en su cualidad de partido comunista. Pero, en los ochenta, si bien éste seguía siendo el núcleo básico de la estigmatización del discurso en contra de la violencia, la DC precisó de otras maniobras discursivas para lograrlo sin que fuera explícito. En ese sentido, la estigmatización de la violencia en abstracto sirvió para estigmatizar al PC por actuar desde la violencia política popular y, a su vez, para ocultar dicha estigmatización. Es decir, para concentrar la mirada en el rechazo moral de toda violencia y alejarla del rechazo político a una violencia particular. Precisamente, el análisis aquí presentado, fue para desmontar y comprender que bajo esta condena general se ocultaba una condena específica y bien dirigida.

Allí la DC obtuvo su máximo logro: autopresentarse como la “oposición democrática” y convertir a la PRPM del PC en la “vía violenta”: en un máximo peligro que amenazaba a la democracia e, incluso, a la sociedad chilena en su conjunto y a ella misma, como su redontara. Pero, si la DC se pronunció en contra de la violencia, en la normalización de su propia estrategia y en la estigmatización de una posible transición rupturista, la DC ejecutó la suya propia. Las prácticas discursivas de la Democracia Cristiana transformaron estructuralmente la identidad sociopolítica de los aludidos y de pobladores y comunistas pasaron a ser

“estallidos sociales de impredecibles consecuencias” y “brigadas terroristas”. Dicha transmutación resultó violenta porque los transfiguró radicalmente, imponiéndoles nuevas identidades. Así, el discurso antiviolencia implicó un daño sobre la reputación y prestigio de tales agentes que buscaba instituir sobre ellos una violencia mayor: su exclusión de las disputas por la transición. Décadas después, la DC seguía fiel a su propia trayectoria histórica y definición política, a su anticomunismo propio y exacerbado que, entre otros aspectos, de nuevo justificaba el daño (en este caso, una nueva contención política) de los sujetos radicalizados. Ahora para defender la democracia que la DC había ayudado a dismantelar.

REFLEXIONES FINALES

La violencia del discurso antiviolenencia de la Democracia Cristiana
Chile, 1983-1984

*El lenguaje opresivo
hace más que representar violencia:
es violencia.*

Toni Morrison, *Construimos lenguaje*.*

Es verdad: el triunfo del No en el Plebiscito de 1988 y el posterior ascenso del demócratacristiano Patricio Aylwin a la presidencia sirvió para que su partido, junto a otros actores, promulgaran la inevitabilidad de la vía pacífica y el fracaso intrínseco y natural de la estrategia rupturista del PC. Entonces, como cité al principio de esta investigación, pudo admitirse que “A Pinochet no lo derrotó una protesta social ni un grupo militar: lo derrotamos todos los chilenos armados solamente de un lápiz y de un papel.”¹ Y, con ello, pudo silenciarse los años intensos de lucha (de gritos, de estallidos, de muertos, de vivos aguerridos) que se propusieron hacer caer a la dictadura y que permitieron que el gobierno de Pinochet (con su 46% de votos a favor) admitiera la derrota ante el lápiz y el papel.

Ante eso tampoco cabe duda: para *hacer hablar* a este silencio impuesto hace falta una dosis de sinestesia analítica que “haga ver” de una manera distinta a los primeros años de la transición democrática en Chile: voltear con otros ojos al tiempo de las protestas durante 1983 y 1984. Es decir, se precisa la construcción de una nueva mirada que resalte el ruido del momento, los esfuerzos de algunos por sostenerlo y de otros por acallararlo. En nuestro caso, esto ha significado acercarse lo más minuciosamente que se ha podido a este periodo para

* MORRISON, Toni, Discurso presentado al recibir el Premio Nobel. Consultado: 13/05/15.

Disponible en: <http://www.revistadepoesiaclave.com/no%205/ensayo%20toni%20morrison.htm>

¹ TIRONI, Eugenio, “Crisis, desintegración y modernización” en *Proposiciones*, Ed. Sur, núm. 18, 1990, p. 33.

observar/escuchar que el “ruido” y “movimiento” de los años precedentes al plebiscito, ensanchó lo suficiente el horizonte de lo posible para trazar la factibilidad de derrocar a la dictadura y la necesidad de impedir esta salida. Para mirar que, en medio de estos factores, la Democracia Cristiana produjo un discurso en contra de la violencia que trataba de darle sustento a esta necesidad, de otorgarle la conducción de la democratización y que marcó uno de los orígenes del Discurso Oficial de la Transición.

La condición analítica para captar este proceso no implicó más que “reconocerle” su historicidad: tratar a la producción discursiva de la DC como una práctica social y como una estrategia discursiva, parte integral y constituyente de su propuesta de transición. Así pudo abordarse también como un proceso social: como un producto y un conjunto de acciones humanas que habían sido creadas, perfeccionadas y puestas en práctica dentro de una realidad específica, con el objetivo de operar sobre dicha realidad al definirla, hacerla enunciable y potencialmente concretable. En ese sentido, los capítulos anteriores trabajaron las partes más representativas e influyentes de esta producción de sentido, al resaltar y tratar otros procesos que influyeron en el actuar demócratacristiano y en la configuración de su discurso público. En lo que sigue se hará un intento de integrarlas para tratar de sintetizar las condiciones que lo hicieron posible, junto con el universo de sentido resultante y los efectos más importantes que la DC tuvo en el campo político a partir de su accionar simbolizante.

1. La producción social y política del discurso antiviolencia de la DC

Para comprender cómo la DC produjo el discurso en contra de la violencia durante 1983 y 1984, es necesario remitirnos a su propia constitución histórica, política, simbólica y al campo político en el que participó activamente. En ese sentido, analizar las condiciones de producción del discurso en contra de la violencia, implica entender el **poder-decir** demócratacristiano: el contexto en el que actuó y la relación que estableció con éste, a partir de la cual actualizó sus diferentes recursos y se autorizó lo suficiente para expresar en público una estrategia de transición a través de una estrategia discursiva en específico. Así pudo observarse la relación dialéctica entre las condiciones contextuales y subjetivas que le permitieron posicionarse en el campo político del momento, con una **definición propia de la realidad**.

En primer lugar, y como se vio en el capítulo IV, la primera posibilidad para hacerlo estribó en que la DC pudo constituirse como *una fuerza opositora legítima y todavía anticomunista*.

Su propio apoyo social, más las relaciones ambiguas con el régimen, (que la llevó a criticar su prolongación pero no su origen ni necesidad histórica), le permitieron conservar su estructura partidaria en un mejor estado que la izquierda chilena. Su acercamiento con el socialismo renovado le aseguró aliados importantes y un lugar en el campo opositor, a pesar de su pasado golpista y después de ser despreciada e ilegalizada por la dictadura. Al igual que la distancia que los socialistas renovados instauraron con el marxismo-leninismo, le permitió no adjurar de su propio sentido anti-marxista. Todo en conjunto le permitió conservar los lineamientos políticos con los que había apoyado el golpe de estado de 1973 y proponer diez años después la defensa de un acercamiento político con las FF.AA, la democracia liberal-capitalista y el resguardo de su anticomunismo histórico, para resolver el problema de la democratización. Avalado bajo el rechazo a la violencia en abstracto.²

Una segunda condicionante de gran importancia fue la existencia de un movimiento de protesta amplio y extenso que logró dañar la correlación de fuerzas establecida por la dictadura, instaurar un momento de crisis política y amenazar la viabilidad del proyecto de sociedad oficial.³ A partir de ello las jornadas lograron lo que ningún actor por separado había conseguido hasta entonces: abrir el horizonte de lo posible institucionalizado por el régimen y poner en primera línea el tema y el proceso de la recuperación democrática. En ese contexto la Democracia Cristiana, al sumarse a la convocatoria de las protestas, consolidó su identidad y situación como sujeto opositor legítimo, formó parte activa del conflicto que giraba en torno a *definir* los modos y objetivos de una posible transición democrática y, al mismo tiempo, conservó la principal exigencia con la que apoyó al gobierno militar: revitalizar a la democracia liberal sin influencia marxista. Ello implicó que, si desde la década pasada la DC se había pronunciado por el término del régimen militar, sólo con la aparición de las protestas pudo aspirar a concretar una transición democrática a su manera, como cualquier otro sujeto del momento. Sobre todo, al intentar capitalizar el descontento de las movilizaciones en función de su propia estrategia transitiva.

² Para mayor información ver: YOCELEVSKY, Ricardo, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985.

³ Como se dijo en la introducción, los primeros autores que tratan este periodo de manera crítica y a partir de los cuales pude construir estas conclusiones, son BRAVO VARGAS, Viviana, *Rebeldes audaces: pasajes de la resistencia contra la dictadura en Chile. El caso del Partido Comunista. (1973-1986)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2007. IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010. SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las “Grandes alamedas”. Santiago de Chile, 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular)*, SUR, Santiago de Chile, 1990.

En la construcción y delimitación de la estrategia democratacristiana también influyeron las características que tomó el campo político durante las protestas. Sobre todo las posibles líneas de disputa por la resolución democrática que, en conjunto, constituyeron un nuevo frente de la guerra fría en Chile, que trabajé en el capítulo III.⁴ Es que en 1983 y 1984 los diferentes sujetos no sólo pugnaron por terminar o proteger a la dictadura. También lo hicieron por lograrlo a partir de propuestas estratégicas concretas y diversas, estructuradas de acuerdo al tipo de democracia exigida y a su relación y posición respecto al sistema de dominación y explotación en vigencia. En ese tenor, la pugna democracia vs. dictadura, se estructuraba por la reactualización del conflicto ya histórico capitalismo vs. comunismo que, en sus diferentes combinaciones y formas, dio sentido a cada una de las estrategias en conflicto que marcaron las tendencias y fuerzas democratizadoras comentadas.

Una de ellas fue reconocida en este trabajo como la oposición moderada. Con diferentes matices y cualidades, este sector opositor se definió por una transición pactada, apoyada por un movimiento social controlado y alejada del marxismo-leninismo. De este modo, la DC encontró aliados convergentes con algunos de sus principios más importantes, con los que formaría la Alianza Democrática. Es cierto que este conglomerado marcó el final del “camino propio” democratacristiano, implicó discrepancias no resueltas entre la DC y algunos miembros de la AD, ante los cuales tuvo que ceder concesiones afectando su poder dentro del bloque. Pero también entrañó la reafirmación de sus alianzas políticas en el campo opositor, con la capacidad de excluir de ellas al PC, de aunar fuerzas y consolidar su lugar en el campo político general y de nuclear y encabezar a los grupos opositores dispuestos (en sus diferentes vertientes) a instaurar una salida pacífica y a evitar una transición en clave popular y marxista.

Otra tendencia estuvo marcada por la estrategia transitiva y posicionamiento político del régimen. Ésta a su propia manera, compartía un elemento ideológico-político clave con la DC que reafirmaba su sentido político: su arraigado anticomunismo. Sobre todo en un inicio, fue verdad que diferían en elementos estratégicos fundamentales, como la democracia protegida y neoliberal del régimen y el llamado a una Asamblea Constituyente y a la renuncia de Pinochet por parte de la DC y la AD. Pero el punto de encuentro respecto a sus posturas anticomunistas, sirvió para que la Democracia Cristiana delineara y ofreciera un tipo de transición “deseable” y con posibilidades de ser apoyada por el régimen, al prometer la

⁴Para mayor información ver: YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura: 1970-1990*, FCE, 2010.

garantía de evitar a los enemigos comunes. En la práctica ello no fue suficiente y la DC optó por moderar aún más los elementos principales de su estrategia de transición para agrandar los puntos de encuentro con la dictadura. Esto significó la renuncia demócratacristiana a la propuesta original de la AD, la sustitución por una transición negociada y por meras reformas a la Constitución existente. Pero le otorgó la posibilidad de auto-presentarse como una potencial aliada para el régimen militar en la contención de la izquierda marxista que, al igual que en 1973, sólo sería posible si las FF.AA apoyaran la propuesta de la transición negociada. Así, en el anticomunismo del régimen la DC encontró horizontes para efectuar su propio anticomunismo, en un contexto en el cual el comunismo chileno era una fuerza de oposición legítima y activa.

Junto a ello, la posibilidad y el objetivo de evitar una transición rupturista fue que, durante 1983 y 1984, este tipo de transición parecía *factible*. Con las protestas resurgió un movimiento popular y una izquierda marxista radicalizados tanto en sus demandas como en sus repertorios de lucha y de organización. En su mayoría, esta tendencia se delineó en contraposición y rechazo tanto de la “democracia protegida” como del sistema capitalista, incluyendo y legitimando a la violencia dentro de sus principales repertorios de acción. Así, bajo los aleros de la violencia política popular, se convirtió en uno de los más importantes bastiones de lucha por la democracia, manteniendo una participación constante en las movilizaciones del periodo y convirtiéndose en uno de los principales peligros políticos para la dictadura y su estabilidad. A partir de ello el PC, con su Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM), se consolidó como uno de los referentes políticos más importantes dentro de este sector y del campo opositor.⁵ La consecuencia directa fue que se tornó posible terminar con la dictadura de una “manera violenta” bajo una conducción “popular-comunista”. A tal grado que el régimen se “abrió” hacia la oposición moderada para contener a las protestas e incrementó la represión sobre los sectores radicalizados. Y a tal grado que la DC, como principal exponente de la oposición moderada, produjo una estrategia y un discurso público dedicado a contener su potencialidad política. En este sentido, el discurso en contra de la violencia fue consecuencia de la necesidad de defensa y ofensa que la DC tuvo ante un contexto de insubordinación política profunda, prolongada e indómita, en el que sobresalía uno de sus principales rivales históricos, el PC de Chile. Es decir, ante un

⁵ Para mayor información ver: ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007.

contexto que amenazaba la viabilidad de su estrategia de transición y proyecto histórico de sociedad.

En síntesis, todas estas cuestiones hicieron posible que la Democracia Cristiana pudiera preservar su rechazo histórico al comunismo y al mismo tiempo su abierto repudio al régimen dictatorial. Es decir, que la DC pudiera seguir marginando a uno de los actores más significativos del campo opositor sin dejar de ser parte activa y legítima de dicho campo. Y, junto a ello, crear una estrategia de transición propia y competente con un discurso público específico. Ahora bien, si esto significa la existencia de un contexto que posicionó y viabilizó a la estrategia de transición de la DC, la *pertinencia y voluntad política* de volverla viable dependió de esta organización partidaria: del horizonte político que definió como posible, deseable y correcto. En consecuencia, estas características del campo político condicionaron la producción del discurso antiviolencia y de la vía pacífica en tanto que incidieron y fueron “respondidas” y estructuradas por la DC de un modo específico. Es decir, en tanto su estrategia de transición también fue producto de su configuración y necesidad política, histórica, simbólica que, junto a las opciones y características que marcaba el campo político durante las protestas, le tornaron “elegible” un acercamiento mayor con el régimen y la oposición moderada que con la oposición rupturista. Más aún, como una manera de evitarla. En consecuencia, puede decirse que la DC no enarboló una estrategia de transición específica porque fuera más realista que otros sujetos y pudiera ver las “verdaderas” posibilidades de resolución del momento. Como se mostró, durante las Jornadas la transición negociada no fue la opción democratizadora hegemónica. Si la DC defendió una estrategia de este tipo fue, entre otros aspectos, porque resultaba congruente con su propia trayectoria histórica y con su opción por un tipo específico de sociedad pos-dictatorial: un capitalismo demoliberal, cerrado a la izquierda marxista.

En efecto, desde sus orígenes y acentuándose en su constitución como partido demócrata cristiano, la DC contó con una dirección partidaria que histórica y oficialmente posicionó a la agrupación en diferenciación, contraposición y rechazó al comunismo, tal y como se expuso en el capítulo II.⁶ Si bien, esta característica no puede comprenderse como su principal y único eje constitutivo, sí puede considerarse como uno de los elementos que resultaron definitorios para su práctica política general. En la constitución misma de la Revolución en Libertad (que abogaba por un orden social nuevo no capitalista el

⁶Para una visión general de este periodo ver: MOULIAN, Tomás, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM-Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2006.

comunitarismo), la DC no vislumbró nunca a la izquierda chilena como una posible aliada para la superación de las estructurales sociales de dominación y explotación en el país. Más aún, bajo los principios del desarrollismo cepalino y la democracia liberal, se presentó a sí misma como la verdadera alternativa revolucionaria que haría obsoleta una revolución marxista. Esta tendencia se afianzó cuando la directiva de la DC fue definiéndose como una defensora y representante del sistema capitalista en versión modernizante, que afianzó al anticomunismo como un frente de lucha necesario y elegible para la defensa de este proyecto de sociedad. Cuestión que encontró continuidad y fuerza con las diversas fracturas del partido que significaron la pérdida de las corrientes internas más radicales que abogaban todavía por la instauración de una sociedad comunitaria y por puntos de encuentro con los partidos del FRAP. Así, durante la Unidad Popular, la DC no sólo fungió como un partido de oposición al gobierno de Allende. Aludiendo a la defensa de la democracia, se convirtió en uno de los sujetos claves que avaló y apoyó la ruptura institucional, legitimó el uso de la violencia para hacerlo e intentó activamente trabajar dentro de la nueva dictadura militar emergente. Es decir, y parafraseando a la propia DC, cambió lo que para ella era una “dictadura de izquierda” por una “dictadura de derecha”.⁷

Asimismo durante los ochenta, en el marco de un conflicto social agudo y persistente por la democratización del país, la DC no abandonó este sentido político, por el contrario lo profundizó con ciertas reformulaciones. Para ello, construyó nuevos argumentos teórico/prácticos que pretendían marginar políticamente a uno de los sujetos más álgidos y persistentes en la lucha contra la dictadura, el Partido Comunista. Durante la década previa, la DC había buscado (infructuosamente) nuevos acercamientos con las FF.AA, al igual que se había mantenido en su negativa histórica a un trabajo conjunto con la izquierda marxista. Pero no sería hasta 1980, con la declaración pública de Luis Corvalán sobre la decisión del PC de optar por “todas las formas de lucha”, que simbólicamente el rechazo al comunismo sería sustituido por el rechazo a la violencia. Con ello se revitalizaba el rechazo original al comunismo sin nombrarlo directamente y se reactualizaban ciertos recursos y objetivos del pasado demócratacristiano. El repudio a la violencia de los ochenta se inscribía en una veta histórica del partido basado en los principios del liberalismo político, que negaba a la violencia (principalmente ilegal) por atentar contra la democracia liberal. Igualmente se reacomodaba en la fórmula Democracia vs. Totalitarismo de los sesentas que, veinte años

⁷ Esto aludiendo a la siguiente cita de la DC: “Es un crimen histórico convertir a la democracia en una táctica o una estrategia para cambiar dictaduras de derecha por dictaduras de izquierda o viceversa.” (VALDÉS, “Ahora es cuando” en [ORTEGA, Eugenio y Carolina Moreno \(comps.\), ¿La concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro](#), LOM, Santiago de Chile, 2002, p. 37

después, abandonaba por completo el concepto de Revolución. Pero, sobre todo, se renovaba a partir del anticomunismo democratacristiano que había identificado y naturalizado a la izquierda chilena como un sujeto esencialmente violento y autoritario. A través de esta matriz simbólica, durante 1983 y 1984, para la DC resultó factible estigmatizar a una estrategia de transición radical tanto por ser violenta como por ser comunista. Por ser política y doblemente subversiva.

De esta manera, ante la profunda movilización social que las jornadas inauguraron y ante el lugar central que el Partido Comunista ocupó en el campo político atravesado por esta insubordinación, la Democracia Cristiana acudió a sus recursos y objetivos históricos, políticos, simbólicos, para posicionarse en contra de una transición rupturista, ahora bajo el estandarte directo del rechazo a la violencia. Durante las protestas, como se expuso en el capítulo IV, la DC apostó por una transición que sostenía como principal objetivo un régimen demoliberal y capitalista, con algunos guiños incipientes con el neoliberalismo. La gran consecuencia histórica fue el completo abandono del comunitarismo y su consolidación en el “lado” capitalista en el frente de la guerra fría catalizado por las protestas. De nuevo, como en otras etapas de su historia, la DC optó por alejarse de los sectores rupturistas, sobre todo del PC, manteniendo y exacerbando la estigmatización de la violencia para justificarlo. La gran consecuencia política a corto plazo fue enarbolar un tipo de transición que reflejaba e intentaba catalizar este conflicto a favor de una democratización “controlada”, que abogaba por una negociación con las Fuerzas Armadas y sus grupos de apoyo, por la exclusión política del comunismo chileno y por el control de las movilizaciones para transitar a la democracia.

En la práctica, esta propuesta privilegiaba los cambios institucionales y los formalismos democráticos y cupulares, convirtiéndose en el factor clave para una nueva derechización de la agrupación partidaria. Al mismo tiempo, y gracias a ello, excluía de una posible transición a las problemáticas sociales, sobre todo aquellas referentes al mundo popular, al igual que a los aliados indeseables. Es que, para priorizar un nuevo diálogo con la dictadura, la DC debía corresponderle en uno de sus principales objetivos y demandas: la condena y exclusión del comunismo y el intento de contener a los sectores populares. Pero, como se apuntó anteriormente, la admisión de esta exigencia por parte de la DC no sólo significó una concesión política, como pudo serlo el abandono de la renuncia de Pinochet y de la Asamblea Constituyente. Por el contrario, sostuvo, puede entenderse como una identificación política y estratégica con el régimen, que la llevó a afianzar y profundizar su propio sentido anticomunista. Así configuró otra de sus líneas fundamentales: la opción por marginar a la izquierda marxista y por contralar los “desbordes” de las movilizaciones durante el proceso

democratizador. En efecto, durante las jornadas, la DC dirigió sus esfuerzos a disputar la conducción política con la izquierda marxista para dirigir los derroteros de la transición, y junto a ello, a intentar excluirla del proceso y de su resolución. Tal y como lo explicó la propia DC, la transición negociada no sólo aseguraría una transición pacífica e “institucional”, sobre todo evitaría el tipo de transición que sostenía el MDP/PC y los sectores populares, bajo los aleros de la *violencia política popular*.⁸ En la práctica, esto se expresó en la negación de cualquier alianza oficial con los comunistas, en el control sobre el trabajo de base militante y en una producción simbólica que los diferenciara tajantemente al estigmatizar a la PRPM. Es decir, en un intento de desactivar o de contener la fuerza política del PC, por lo menos en los espacios dominados por la Democracia Cristiana. Esto se combinó con una tercera línea de acción: la necesidad de participar en las movilizaciones, de ganarle ese capital político a otras fuerzas sociales y a la vez de controlarlas para que fueran funcionales a una negociación con la dictadura. Allí, la consecuencia política fue una disputa más centrada en los métodos de lucha apropiados para terminar con la dictadura, así como la conversión de las protestas en instrumentos de presión para la consecución de un diálogo político.

A partir de estas líneas estratégicas quedó constituida la vía pacífica con el triple objetivo de asegurar una democracia liberal y capitalista, de dirigir la democratización y de contener una transición rupturista. Al efectuarse en conjunto produjeron y volvieron pertinente un discurso público que, en torno al rechazo a la violencia, legitimaba el acercamiento con el principal enemigo político del campo opositor, desacreditaba a uno de los sujetos y posibilidades de resolución democrática más factibles durante ese momento y buscaba pacificar a un movimiento social que se insubordinaba, en muchas ocasiones, de manera violenta y en contra del *statu quo*. En consecuencia, y como supuesto principal de este trabajo, lo que explicó prioritariamente la posibilidad de un discurso estigmatizante fue el tipo de estrategia transitiva configurada por la Democracia Cristiana, implementada en un contexto particular. La cual, con raíces históricas, **se planteó y designó la necesidad** (como un imperativo y objetivo político) de un diseño transitológico que fuera capaz de evitar una transición políticamente radicalizada y de resguardar una democracia liberal y capitalista.

2. El discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana

⁸ Para profundizar sobre este concepto ver: Salazar, *Óp. cit.*

En este proceso, el discurso antiviolencia no debe comprenderse como un producto final y aislado de la estrategia de transición democratacristiana. Entendido como una práctica social, resulta factible apreciarlo como uno de sus componentes sustanciales, al grado que puede considerársele como la vía pacífica en su dimensión simbólica-verbal. Una acción estratégica más de la DC cuya efecto propio fue significar y otorgar sentido al conjunto de sus prácticas, realizándose sincrónica y dialécticamente con el resto de sus acciones.⁹

Para ello, la Democracia Cristiana construyó dos grandes tópicos discursivos bajo las lógicas de lo normal y lo anormal: la vía pacífica y la vía violenta. En el discurso antiviolencia se especificaron como las dos únicas formas de terminar con la dictadura, referidas como las estrategias de transición de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista. A partir de la simbolización de la vía pacífica, la DC definió y justificó uno de sus principales objetivos políticos: la negociación con las fuerzas armadas con vistas a un capitalismo demoliberal. Para ello, la primera maniobra discursiva implicó una reducción y monopolización de “lo democrático” en tres niveles fundamentales. Primero, en asegurar que la vía pacífica era la única estrategia transitiva de corte democrático (como cualidad propia y constituyente) y democratizante (como posibilidad de arribar a la “verdadera” Democracia). Según la DC, si la estrategia del Partido Comunista podía terminar con la dictadura, en realidad no conduciría a ningún régimen democrático. En cambio, la propuesta democratacristiana sí era capaz de lograr ambas cuestiones. Con esto la DC consiguió un primer triunfo: que su auto-denominación no fuera la oposición moderada (como la he llamado en este trabajo), sino las “fuerzas democráticas” de oposición. En segundo lugar, para apoyar a esta primera normalización, la DC simbolizó lo que era la “verdadera” Democracia: la democracia liberal

⁹ Como se expresó en la introducción este discurso estuvo basado en fragmentos recuperados de la *Revista Análisis, Cauce y Qué pasa*. Igualmente en los siguientes documentos del partido: Alianza Democrática, *Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional ante Chile, su pueblo y su historia, 22 de agosto de 1983*. Consultado: 21/08/2013. Disponible en: http://www.socialismochileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1665&Itemid=55 “Planteamientos de la Alianza Democrática antes de la ruptura del diálogo.” 29 de septiembre de 1983. Consultado: 03/10/2013. Disponible en: http://www.socialismochileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1667&Itemid=55 AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, (Exposición del autor en el Seminario del ICHEH en julio de 1984), citado en Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998. VALDÉS, Gabriel, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986. Hasta ahora no existe literatura crítica que haya estudiado el discurso antiviolencia de la DC. Todas las conclusiones siguientes están basadas en el análisis de estas fuentes primarias. Para mayor información ver el capítulo V de esta investigación.

como un procedimiento formal para la reproducción gubernamental y la administración capitalista (en su versión desarrollista o neoliberal). Lo que entrañó el completo abandono del comunitarismo dentro del proyecto de la DC. De esta manera imprimió un nuevo efecto simbólico: normalizar una concepción de lo democrático y un modo de producción social que, en conjunto, marcaban el único tipo de sociedad que resultaba correcta y deseable, a su vez, incuestionable e inmodificable.

En tercer lugar, con el discurso antiviolencia la DC señaló una única forma de arribar a este régimen pos-dictatorial: la vía pacífica. O, lo que fue lo mismo, el dialogo entre la “oposición democrática” y la dictadura militar. Precisamente esta identificación simbólica, en gran parte sustentó a la primera normalización. El diálogo (“reforzar lo que nos une y sacrificar lo que nos separa”¹⁰) se mostró como la garantía del carácter democrático de la vía pacífica: su capacidad de hacerse entender incluso con sus contrarios. A partir de esta cualidad, presentada como producto de la Razón y de la Verdad, la DC esgrimió que la única forma de lograrlo era hacer ofertas políticas que la dictadura estuviera dispuesta a aceptar. Es decir, parecerse un poco más al régimen para aminorar las diferencias. La consecuencia política fue incisiva: la DC sustituyó la propuesta de una Asamblea Constituyente y la renuncia de Pinochet, por la negociación y por meras reformas a la Constitución. La consecuencia simbólica fue clave: la DC pudo, además de democrática, llamarse “racional y realista”, justificar y catalizar su progresiva alineación a la estrategia de la dictadura, sin dejar de exigir su finalización. Es decir, ubicarse en el “lado” capitalista de la guerra fría, sin pasarse al “lado” dictatorial como se lo había pedido Jarpa en 1983.¹¹ En conjunto, las tres normalizaciones permitieron una normalización más: determinar al sujeto que dirigirá la transición pacífica, racional y realista, y el sujeto que gobernaría después de la dictadura: la propia DC dentro de la Alianza Democrática. La única que defendía, estructuraba y representaba una vía democrática para arribar a la democracia.

En contrasentido, la Democracia Cristiana aludía a otra forma de terminar con la dictadura: aquella que calificó como la vía violenta. Dentro del discurso democratacristiano, esta salida política también fue simbolizada a partir de distintas estigmatizaciones, ya que su objetivo fue naturalizar su aversión a partir de mostrarlas como anomalías peligrosas. La primera, fue dirigida hacia la violencia en abstracto. La DC aseguró tajantemente que, por estas características y por su condición de organización democrática, condenaba por completo a cualquier acto de violencia. Criticadas por sus consecuencias funestas –muerte y

¹⁰ AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, *Óp. cit.*, p. 398.

¹¹ Ver el capítulo IV de esta tesis.

destrucción— las acciones violentas se descontextualizaban y despolitizaban al omitir del discurso los orígenes, motivaciones y formas de operar de cada sujeto “violento”. De esta manera, quedaba impreso en la mirada solamente el horror y estragos que causaban una violencia irracional (sin explicación, sin sentido) que impedía justificarla política y mucho menos moralmente. A partir de ello, y cómo eje central para este trabajo, la DC introdujo una serie de delimitaciones que marcaron a la violencia “verdaderamente” peligrosa. La primera de ellas, refirió a una violencia precisa: la violencia ilegal, la que atentaba perversamente contra la Democracia y llevaría a la sociedad chilena a su destrucción. Tildados como terroristas, esta estigmatización recayó sobre cualquier sujeto de cualquier tendencia política que ejerciera la violencia fuera de la Ley. Con esto la DC igualó en cualidades y responsabilidades tanto a la dictadura como a la izquierda marxista, los dos actores calificados como violentos por el discurso demócratacristiano, al tiempo que explicaba la perversidad de la violencia: condenar a Chile a los martirios de una guerra civil que terminaría solamente “en la paz de los cementerios”. Una guerra civil, concebida como el producto de la negativa del régimen a democratizar al país y de la izquierda marxista de hacerlo por “todas las formas de la lucha”.

Lo importante de todo esto fue que la DC produjo otra especificación estigmatizante en la que confluyeron todos sus esfuerzos simbólicos y políticos: el rechazo a la violencia política popular. Es verdad, que algunas declaraciones por separado expresaron un rechazo absoluto a cualquier violencia, pero una visión de conjunto permite observar que este repudio se canalizó en contra de violencias particulares. En efecto, para la DC el peligro de la guerra civil era que podían tomar un desenlace político altamente amenazante: la revolución comunista. Más allá de la muerte y del dolor, el verdadero riesgo de un conflicto interno en clave violenta sucedería si el conflicto político se resolvía a favor de una transición rupturista tanto con el orden dictatorial como capitalista. Ésta era la advertencia y denuncia (el estigma) que la DC levantaba ante la violencia y prolongación del régimen militar. Si este proseguía en su negativa a democratizarse, el problema real no sería un pueblo reprimido en todos sus aspectos. El gran riesgo sería incumplir los objetivos de 1973: evitar la acción política y revolucionaria de la izquierda marxista. De esta manera, la violencia del régimen se tornaba peligrosa y repudiable, (además de cuando atacaba a la propia DC) en tanto abonaba a una violencia mayormente peligrosa: “los estallidos sociales de impredecibles consecuencias”,¹² la *violencia política popular* dirigida por el comunismo chileno.

¹² AD, *Bases para un gran acuerdo nacional...*, *Óp. cit.*

En ese sentido, las estigmatizaciones sobre las violencias previas –además de que respondían a diferentes niveles de interlocución política– sirvieron para justificar el rechazo y la preventiva de una transición democrática en clave popular bajo conducción comunista. Como apuntaba el supuesto principal de esta tesis, *la formación discursiva empleada permitía que, bajo el rechazo moral de la violencia, la DC ejerciera y ocultara el rechazo político de la violencia política popular del PC y con ello ejerciera su propia violencia en contra del comunismo chileno*. Ello también se justificó y obnubiló con la simbolización que la DC llevó a cabo de la Política de Rebelión Popular de Masas de los comunistas al simbolizarla como la vía violenta, a pesar de proponer y basarse en más elementos que la mera violencia. Al igual que con la violencia en abstracto, la DC silenció las principales críticas, exigencias, motivos y condiciones del PC para optar por todas las formas de lucha. En cambio los sustituyó por la narración de una serie de males que derivaban naturalmente de su elección por la violencia: autoritarismo, división nacional, caos, irracionalidad, venganza, ilegalidad, intervencionismo extranjero, colectivismo, su oportunismo que volvía a la opción por la violencia una artimaña política dedicada a su interés particular. De esta manera, la caracterización de la vía violenta de los comunistas contaba con un triple supuesto. Que la vía violenta podía terminar con la dictadura, pero nunca podía arribar a la democracia. Que su único desenlace eran guerras intestinas eternas y altamente mortíferas. Que, por lo tanto, resultaba una vía totalmente anti-democrática y anti-democratizante. Contraproducente para la principal exigencia gritada durante las protestas –“¡Democracia ahora!”– se volvería una traición y un gran peligro para el pueblo chileno y su futuro democrático. Una amenaza latente y atroz que destruiría a la sociedad chilena por completo.

Esto último resultaba clave: en realidad la propuesta violentista del PC era una empresa propia, egoísta y solipsista que no contaba con apoyo social real. Si bien, la DC no negaba la existencia y potencial político de las protestas, afirmaba que estas se realizaban de una manera específica: pacíficamente. Y que, si bien, sería un factor clave en la democratización del país, lo harían en tanto doblegarán la voluntad del régimen militar para liberalizar el sistema político. En ese sentido, la DC hacía encajar una propuesta transitiva de negociación con un movimiento social que pedía la caída de Pinochet, muchas veces de manera violenta. A partir de ello se adjudicaba la obligación y el derecho de conducir a las protestas y de intentar encausarlas por el buen camino de la democratización, o sea, la vía pacífica. Pero, lo más importante, es que se silenciaba no sólo el componente violento que las movilizaciones tenían al igual que sus lazos con la izquierda marxista (ambos aspectos característicos, sobre todo, de los barrios populares). Lo que se excluía del discurso era el tipo de violencia específica

con la que operaban, la violencia política popular, a través de la cual pedían tanto el final de la dictadura en su versión política como en su sentido económico-social. De este modo, con su pacificación discursiva la DC negaba que se perfilaba una parte importante de los sujetos movilizados por una transición rupturista en relación al nodo de explotación/dominación y que coincidían y de hecho operaban, en colaboración con la izquierda marxista. Ambos, sujetos clave en el sostenimiento de las protestas durante estos dos convulsos años.

La estigmatización central del discurso anti-violencia, recaída en el comunismo y a partir de él sobre una transición rupturista en general, también fue construida y resguardada a partir de otra línea argumentativa. Dentro de su discurso general, la DC configuró una identificación lineal, cogenerativa y codependiente entre autoritarismo y violencia, atribuida tanto al PC como a la dictadura militar. En principio esta simbolización fue útil ya que asimiló al comunismo chileno con el régimen y abonó a la descalificación del primero. Pero enseguida se volvió problemática al exponer la contradicción fundamental del discurso demócratacristiano: sostener una negociación con el régimen basada en el rechazo moral de la violencia. En primer lugar resultaba contradictoria al demostrar que la DC no sacrificaría las diferencias para pactar una alianza política con el PC. En segundo lugar, al clarificar su propósito de pactar una salida democrática con uno de los sujetos más violentos y autoritarios del momento, la dictadura militar. Siguiendo el hilo argumentativo del discurso antiviolencia, la DC debería negar tanto a uno como a otro. O pactar con los dos. Lo cual desbarataría su propia propuesta estratégica: sería coherente con su aversión a la violencia en abstracto, pero vaciaría de sentido la opción por una transición negociada con las FF.AA. Si no lo hizo fue, justamente, porque su estigmatización no estaba dirigida al daño humano que causaba cualquier violencia. Estaba orientada en contra de un tipo específico, la *violencia política popular* en su sentido comunista, y al daño que causaría al *statu quo*.

La prueba de ello (y la forma de solucionar simbólicamente la contradicción anterior) fue tratar de manera distinta al ser autoritario y violento de cada uno de los actores y proponer un doble concepto sobre la unidad política, por demás también contradictoria. Por un lado, la DC propuso una unidad entre diferentes, posible por el dialogo y la disposición a buscar puntos de encuentro, más allá de las discordancias existentes. Dirigida a la dictadura, esta representación trataba de legitimar y obtener un diálogo con las FF.AA y sus grupos de apoyo. Por el otro y de manera sincrónica, sostuvo una unidad sólo entre iguales que haría imposible las alianzas entre sujetos con principios políticos e ideológicos diferentes. Orientada al PC y a cierta parte del campo político que reclamaba la unidad de toda la oposición, buscaba negar cualquier alianza con el comunismo chileno. Para ello la DC

presentó al régimen como un actor violento y autoritario que podría cambiar si sus representantes decidían hacerlo. Es decir, si tenían la voluntad política de dialogar con la DC. En sentido opuesto naturalizó al PC: lo mostró como un sujeto que no podía deshacerse de su condición de violento ni de autoritario porque forman parte inherente y esencial de sí mismo: de su constitución como Partido Comunista. Así, si la DC podía dialogar con el régimen, era porque éste podía cambiar. Si no lo hacía con el PC, era porque este no podría cambiar su natural forma de ser. Con ello, no sólo se justificaba un dialogo con las FF.AA. También se volvía a definir el objeto principal de estigmatización del discurso antiviolencia. Bajo esta argumentación, el verdadero problema con el comunismo chileno resultaba, precisamente, su comunismo. O dicho, de otra manera, el verdadero peligro marcado por el discurso demócratacristiano fue el comunismo chileno. En ambos casos, la amenaza señalada por la DC se construía hacia un sujeto político que se oponía tanto a la dictadura como al sistema capitalista y que instaba a una transición democrática radicalizada en sus métodos y objetivos. La amenaza real de la cual la DC intentaba proteger(se). Así, el PC aparecía como el verdadero peligro que amenazaba la integridad y condición democrática del pueblo de Chile, la dictadura como el agente que lo catalizaría o impediría y la DC, junto con su vía pacífica, como el sujeto que lo defendería y resguardaría.

3. Los efectos discursivos y políticos del discurso antiviolencia de la Democracia Cristiana

La simbolización demócratacristiana como estrategia discursiva de estigmatización y normalización, contó con una función utópica: pretender crear realidad a través de definirla.¹³ Así, en conjunción con otros factores, la Democracia Cristiana pudo operar en el campo político a través del discurso antiviolencia, es decir, causar efectos palpables en él al poder decir de una manera específica. Esto puede verse en diversos sentidos que resultan dimensiones dialécticamente constituyentes del discurso antiviolencia, así como perspectivas analíticas. Una, en la producción de un universo de sentido eficiente y operativo, en tanto modelaba la mirada pública. Dos, en la construcción de tópicos discursivos que significaron, delinearon y justificaron los principales objetivos de la estrategia de la vía pacífica. Tres, la

¹³ La siguiente sección cuenta con pocas referencias bibliográficas, ya que se muestran las principales reflexiones y conclusiones que resultaron de analizar entre sí las diferentes partes que componen la tesis.

asignación de identidades, de “roles” o “funciones” políticas y de relaciones sociales específicas entre los implicados a partir de esos mismos tópicos discursivos. Cuatro, las relaciones concretas que la DC mantuvo con estos sujetos y en ciertas dinámicas del campo político a través de sus actos discursivos, en conjunción con otros actos políticos.

Como principal efecto discursivo se encuentra la producción de un universo simbólico propio y reconocible en el campo político. Durante las protestas, la DC construyó una *mirada* que orientaba las conclusiones simbólicas y prácticas en una dirección particular, con la pretensión de cumplir ciertos objetivos y con la capacidad de lograr efectos concretos en el campo político, aun cuando no fueran los esperados. Uno de los principales refiere a la producción de un universo de sentido que “hizo ver” en el rechazo político de la violencia comunista, el rechazo moral de la violencia en abstracto, mecanismo central del discurso antiviolencia. Así mismo, bajo el argumento de “la defensa de la sociedad y de la democracia” ocultó la defensa de su propio proyecto histórico y estrategia transitiva. Justamente, la “necesidad” de un análisis pormenorizado y de conjunto sobre sus principales enunciaciones al respecto, muestra el trabajo que debe hacerse para “develar” este ocultamiento. Es decir, para reconstruir las argumentaciones, supuestos, contradicciones que estructuraron la postura política de la DC y su estigmatización sobre la violencia comunista. Este mismo análisis da cuenta de una conclusión importante: la DC ejerció una violencia propia y constante sobre los estigmatizados para sostener esa *mirada*. Una producción discursiva de “identidades deterioradas”¹⁴ y sacralizadas que logró no retractarse en sus líneas fundamentales y sostenerse en un período álgido de insubordinación social.

La auto-denominación de la DC como “pacífica” y “democrática” estuvo orientada a privar a otros de esta condición y con ello, a desdeñar otro tipo de democracias y de transiciones democráticas alternas a la democracia liberal y a la transición pactada. Es decir, a imponer y naturalizar una matriz de sentido y a perjudicar a lo que no se ajustaba o reprochaba a la norma. A partir de ello operó dos violencias discursivas y obtuvo dos triunfos importantes. Uno, decretó que lo diferente implicaba una amenaza de destrucción para la sociedad en conjunto, que le permitió ocultar sus propias aversiones políticas e históricas con el comunismo chileno. Dos, señaló bajo el estigma de la violencia a secas a la violencia política popular que apuntalaba por una transición rupturista. Fue así que de ser comunistas, el discurso antiviolencia los convirtió en la “vía violenta”. No una opción más y distinta en el

¹⁴ El término es de GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrurtu, Buenos Aires-Madrid, 2003.

campo político, sino una simple anomalía peligrosa. En ese sentido, dicha transmutación puede considerarse una acción violenta porque los dañó al transformar su identidad y porque sólo al dañarlos los pudo transformar. Es decir, porque los desprestigió públicamente. Sólo a través de esta violencia propia, la DC pudo hablar sobre el momento político y sus posibilidades de resolución de una manera específica: designar una forma normal, correcta y benéfica para transitar a la democracia (la vía pacífica) y una forma anormal, peligrosa y dañina para hacerlo (la vía violenta). Ambas presentadas como totalmente diferenciables, inmiscibles y dicotómicas, pudieron ser convertidas en la “evidencia natural” de una pugna entre la Razón realista y la Fuerza irracional. La transformación de la lucha política en una lucha moral que desvió la atención sobre la construcción social de las estrategias y que negó tanto la condición de la vía pacífica como artificio humano como su acción estigmatizante y la violencia ejercida para lograrlo.

De esta manera, el discurso de la DC no fue un discurso pacífico que se alzaba en contra de la violencia. Sobre todo, fue un discurso violento que se propugnaba en contra de violencias específicas. Y que lo hacía para instituir una violencia mayor. El resultado de la violencia demócratacristiana fue la construcción de una “mala reputación” y de una difamación pública del PC que buscaba legitimar un rechazo social suficiente para asegurar la contención o exclusión de la oposición rupturista de las disputas por la transición. En el discurso antiviolencia, a partir de la imposibilidad y la necesidad de que los representantes de la vía pacífica y la vía violenta se mantuvieran separados, la DC expresó la defensa de la democracia como la pertinencia para marginar a la izquierda marxista de la democratización y de la posible democracia alcanzada. En consiguiente, la estigmatización y normalización de la DC estuvo dirigida a transpolar el daño identitario a otras dimensiones de los sujetos estigmatizados que los desactivara políticamente y asegurara una sociedad demoliberal en clave capitalista. Así, al violentarlos discursivamente, la DC pretendió acrecentar la marginalidad sociopolítica de los afectados, como un proceso preparatorio de una violencia más aguda (su exclusión de la transición) que conservaba y avalaba el cúmulo de prácticas que de por sí los dominaban, explotaban y violentaban de manera cotidiana. Allí y de nuevo, su eficiencia discursiva no estriba en que lo haya logrado. Se encuentra en que lo haya enunciado y en ello, podido ocultar la violencia que posibilitó, configuró y ejerció su enunciación.

Con este sentido se constituyó e instituyó el *posicionamiento oficial* político, estratégico y simbólico de la Democracia Cristiana como entidad colectiva, que pautó el *sentido autorizado* de la vía pacífica: **transición negociada, con exclusión de la izquierda y movimiento social controlado**. Así, su estrategia discursiva fungió como producto, parte integral y a su

vez productiva de su estrategia de transición, su otro gran efecto discursivo. Ello fue posible por una acción doble, dialéctica y sincrónica: porque otorgó una guía para la acción (objetivos políticos y formas de alcanzarlos) y porque los narró, justificó y presentó de una manera aceptable. Al conjuntarlos, la DC erigió sus principales direcciones estratégicas, su autoexhibición como la mejor opción democratizadora y el intentó de institucionalizar a su discurso como una “verdad política”. Pudo conferirse, en relación a otros factores contextuales, una identidad propia, una imagen pública y un posicionamiento político que la inscribió activamente en las disputas por la democratización al permitirle “ser conocido y reconocido, *notable*”¹⁵ dentro del campo político.

Con la normalización discursiva de la vía pacífica, la Democracia Cristiana constituyó y significó a su principal objetivo político: la negociación con la dictadura, con viras a un capitalismo demo-liberal. Es cierto que para 1983 y 1984 no obtuvo el poder simbólico suficiente para conseguir y conducir la transición, mucho menos para hacerlo bajo los sentidos de su propuesta estratégica. Por el contrario, al signar este objetivo e intentar practicarlo, fue capaz de instaurar su propuesta democratizadora como un referente político fundamental e ineludible en el campo político. Su importancia y ganancia política residió en que posicionó una estrategia de negociación en el “horizonte de lo posible”, a pesar de que la mayoría de los sujetos implicados en el campo opositor y en el campo dictatorial no lo apoyaban ni legitimaban. Y que fue producto de un poder-decir propio que impidió que la DC se retractara de esta línea de acción y que le permitió profundizarla en su accionar político y estratégico. Asimismo, en que fue capaz de justificar su acercamiento con el “enemigo común” del momento: la dictadura militar. Dentro de esto, su gran efecto discursivo fue valorar al régimen y colocarlo como el principal agente que democratizaría al país y que influiría directamente en la forma concreta que tomaría la transición. A partir del discurso antiviolencia, entre la vía pacífica y la vía violenta, la dictadura jugaría un papel clave: según su decisión política (aceptar el dialogo con la DC o eternizarse en el poder) definiría que una u otra sucedieran. De esta manera, la dicotomía simbólica que la DC construyó para caracterizar al conflicto del momento, entre otras cuestiones, cobraba su sentido político y estratégico en tanto construyó un receptor-interlocutor que podría hacer práctica su estrategia de transición: la dictadura militar. A quién intenta explicar por qué debería apoyar una estrategia como la suya.

¹⁵ BOURDIEU, Pierre, “El campo político” en Pierre Bourdieu, *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001p.20.

De nuevo, la Democracia Cristiana no logró este objetivo. Pero su definición simbólica (siempre en conjunción con otros factores) sí contrajo otros efectos, principalmente los que operaron sobre la subjetividad política de la DC, sobre su poder-decir. Con su producción discursiva, la DC se auto-presentó como la única “oposición democrática” por defender una estrategia de transición pacífica (es decir, verdaderamente en contra de toda violencia en abstracto) y por realmente proponer una vía que sí democratizaría al país. En ese sentido, apelar a una transición negociada y, al mismo tiempo, estigmatizar la voluntad férrea del régimen por negarse hacerlo, le permitió caracterizarse como aquella agrupación que sería capaz de (con)vencerla. Es decir, que lograría hacerlo dialogar auto-constituyéndose como el sujeto *per se* de la transición. La consecuencia directa fue que consolidó su posición en el campo político como un sujeto opositor legítimo, cuya identidad diluía su pasado golpista y sus responsabilidades en la ruptura institucional y que al mismo tiempo le permitían conservar el sentido de su proyecto histórico-político.

Es verdad que su lugar en la oposición fue resultado de que la DC no aceptó incorporarse administrativamente al régimen militar. Pero también fue consecuencia de que el campo opositor la abrazó íntegramente. A pesar de las críticas que diversos sujetos opositores le propinaron por su rechazo constante hacia el Partido Comunista y por su acercamiento a la dictadura, ninguno de ellos (incluyendo al propio PC) objetó su legitimidad como sujeto opositor y, mucho menos, le recordaron su participación en el golpe de estado de 1973. Es decir, en el ascenso de la dictadura que ahora intentaban derogar (lo cual, puede explicar, por qué la propia DC no gastó tantas enunciaciones en justificar esta participación). Así, a pesar de las vicisitudes y obstáculos, la DC pudo mantenerse dentro del campo opositor y al frente de la Alianza Democrática, sustentándola como uno de los principales bloques en lucha contra la dictadura. Junto a ello, pudo conservarse como un sujeto pro-capitalista a pesar de exigir el final del régimen militar. Con su discurso la DC no sólo normalizó un capitalismo demoliberal como el futuro deseable y correcto de la sociedad post-dictatorial, alcanzado por medio de una negociación con el régimen. También construyó un debate político reducido a cuestiones morales y de política institucional que impidió tocar puntos sobre participación política popular no liberal y sobre otros tipos de sociedades deseables y posibles. Con esto consiguió diversos logros: resaltar su posición antidictatorial sobre su posición pro capitalista (y en la práctica resguardar a las dos), sostener la demanda de una democracia formal sobre los contenidos sociales de ésta, y efectuar la estigmatización del PC y el silenciamiento de los sectores populares al excluir discursivamente el tema de sus demandas socio-económicas.

Otro efecto discursivo sobre la subjetividad democratacristiana fue su alienación progresiva a la estrategia transitiva del régimen. Para conseguir un nuevo diálogo con las FF.AA, la DC optó por mejorar su oferta política. En ese sentido abandonó las demandas originales de la Alianza Democrática (renuncia de Pinochet y Asamblea Constituyente) y las sustituyó por reformas a la Constitución, con la condición de que no se tocara el tema de la legitimidad. De esta manera, su estrategia discursiva le permitía incorporar estos cambios en un ámbito político calificados de racional y realista al negarlos en un ámbito axiológico, para conservar su objetivo político fundamental: la negociación con el régimen. En ese proceso, y al igual que en otros momentos de su historia, la Democracia Cristiana se delineó como un sujeto antidictatorial que llevó a cabo una derechización constante para resguardar el objetivo de su estrategia (un capitalismo demoliberal). Dos fueron las consecuencias de mayor importancia. Una supuso el inicio de la alineación con el *statu quo* impuesto por los militares: la democracia protegida y el capitalismo neoliberal, que años posteriores se institucionalizarían con el Plebiscito de 1988. De esta manera, la DC no sólo posicionó una estrategia de transición negociada, sobre todo abonó a las condiciones para que la estrategia propia del régimen militar tuviera mayores posibilidades de efectuarse, al ser aceptada por uno de los sujetos opositores más importantes del momento, la propia DC. La otra implicó la continuidad de su lugar histórico en las frentes chilenos de la guerra fría y la redirección de una parte del conflicto por la democratización a contener el comunismo en el país. Al igual que en otras etapas su historia, ante la disyuntiva de aliarse con los sectores rupturistas para terminar con el *statu quo* o de aliarse con sus sostenedores para contener a los primeros, la DC se delineó por la segunda iniciativa. Con esta opción la DC reactualizó su apoyo al “lado” capitalista de la guerra fría durante la dictadura, pero en el campo opositor de la lucha por la democracia, para evitar una transición rupturista tanto con el modelo económico como político en vigencia, pero también para terminar con la dictadura y reposicionarse como una fuerza política dentro de un contexto político más apropiado.

La normalización discursiva de la vía pacífica y sus efectos estuvo relacionada dialécticamente con la estigmatización discursiva de la vía violenta y sus efectos. Como mostró el análisis de conjunto del discurso antiviolencia, la estigmatización fundamental que realizó la Democracia Cristiana recayó sobre una violencia específica: la violencia política popular, especialmente comunista. Dirigida a desprestigiar a la izquierda marxista e intentar excluirla del proceso democratizador, esta producción simbólica fue correlativa a una de sus líneas de acción fundamentales: la marginación política del comunismo chileno. Más aún, terminó de constituir la al pautar a la acción discursiva estigmatizante como el modo de

conseguirlo y como un objetivo político en sí mismo buscada. En efecto, mientras que al estigmatizar a la PRPM la DC intentaba excluir al PC de las pugnas por la democracia, al mismo tiempo dedicó varios de sus esfuerzos institucionalizar esta caracterización como una verdad oficial. Con ello brotaron la coincidencia política más importante entre la DC y el régimen: el anticomunismo. Y una práctica discursiva parecida, aunque con diferencias fundamentales: la estigmatización. Matriz ideológica y política compartida que explica por qué fue factible para la primera alinearse a la estrategia de transición del segundo.

Otra vez, la DC no pudo cumplir otro de sus objetivos políticos fundamentales. A pesar de su discurso estigmatizante, la DC no excluyó del conflicto a sus principales rivales, ni fue capaz de desactivar políticamente al PC ni a los sectores populares radicalizados. Estos, no sólo siguieron luchando a su manera, sino que incrementaron su potencial de acción hasta el paro de octubre de 1984. Pero, “de nuevo”, sí tuvo otros efectos importantes. El primero de ellos fue, justamente, nombrar a la PRPM del PC como la vía violenta, dejando fuera los componentes que la referían como una transición rupturista y resaltando sólo su potencial de destrucción. De esta manera, hizo efectiva su estigmatización al ocultar bajo el rechazo moral de toda violencia el rechazo político a una violencia particular. Dos son los principales indicadores de esta eficiencia discursiva. Uno que la DC no se retractó de la caracterización que hizo del comunismo chileno durante todo el periodo. Segundo, el tipo de críticas que recibió por parte del campo opositor. La DC fue interpelada por varios actores opositores para que admitiera un trabajo político con el PC, al criticar su constante rechazo y al tratar de matizar la condena a la violencia en abstracto que sostuvo la DC. Pero ninguno, (por lo menos lo que pude observar desde México) hizo mención al sentido propiamente anticomunista de la Democracia Cristiana, es decir, a la estigmatización que hizo sobre el PC como sujeto “antisistema”.

De esta manera, el rechazo a la violencia en general y al comunismo en particular, siguió silenciosamente operando y le permitió justificar uno de sus grandes logros políticos: excluir al PC de su propia estrategia de transición y de la Alianza Democrática. Si la DC no logró sacarlos del campo político, sí pudo evitar una alianza conjunta. Para ello, revivió su posición como alternativa irreconciliable del comunismo y potencial aliada de los sectores dominantes para su contención. Reactualizó y reacomodó la matriz simbólica entre comunismo-violencia-autoritarismo utilizada desde los sesenta para volver a diferenciarse y desprestigiar a la izquierda chilena en los ochenta. A partir de ello, la DC construyó e hizo operar dos identidades políticas reconocibles y altamente diferenciables entre sí, sin importar que compartiera el campo opositor: la vía violenta y la vía pacífica, el PC y la DC. Esta

maniobra discursiva resultó de gran ayuda para no sucumbir a los llamados de unidad a pesar de las críticas de la oposición y de la presión de uno de sus propios aliados, el PS-Núñez. Y para sostener los objetivos fundamentales de su estrategia transitiva (la transición negociada y la exclusión de la izquierda marxista) y de su proyecto histórico de sociedad (un capitalismo demoliberal). De esta manera, si no pudo realizarla como tal, sí pudo seguir posicionándola en el campo político del momento como una estrategia de transición competente. Es decir, la DC fue capaz de posicionarse en contra del PC y al lado de la dictadura (aunque esta no la reconociera), como un modo de evitar una transición rupturista, con la consecuencia directa para el campo político de mantener una oposición fragmentada que contribuía empíricamente a la estrategia de transición del régimen militar. Por lo demás, en este punto, no contradictoria con los objetivos básicos de la vía pacífica: controlar el horizonte de lo posible, abierto por la rabia política y organizada de cientos de chilenas y chilenos, muchos de ellos movilizados por “un rojo amanecer”.

4. Del discurso antiviolencia de la DC a la violenta y excluyente transición chilena

El análisis del discurso anti violencia fue el análisis de la práctica política demócratacristiana desde su dimensión simbolizante. De las prácticas discursivas de la DC que colaboraron a su constitución como subjetividad política. Su importancia radica en que permitió observar la imagen pública que construyó, los lineamientos simbólicos y políticos que imprimió a su estrategia de transición, su ubicación en el campo político y las disputas y relaciones que entabló para tratar de definir los derroteros de la lucha por la democracia. En conjunto, mostraron al discurso antiviolencia como una versión más sobre la realidad producida históricamente y ayudaron a trazar un perfil más completo y complejo de lo que implicó la vía pacífica en la historia de la transición chilena. En ese sentido, el estudio de este discurso expuso los límites que la DC tuvo como sujeto político en general y opositor legítimo en particular, la situación de su poder-decir en medio de las protestas. Mostró que, durante estos dos años, la DC no dominó el campo político ni pudo alcanzar sus objetivos fundamentales. Por el contrario, reveló que sí pudo definirlos y volverlos políticamente competentes. La Democracia Cristiana puso en marcha diversos recursos (económicos, políticos, cualificativos, simbólicos, etc.) con los que produjo una matriz de sentido: un diseño transitológico y una estrategia discursiva que lo constituía, presentaba, explicaba y justificaba

en el campo político. A partir de lo cual pudo erigirse como un referente político inserto y consolidado desde los primeros años en el proceso democratizador.

Igualmente permitió comprender que los cambios operados en su estrategia transitiva y en los argumentos que los simbolizaban fueron producto tanto de sus condicionamientos contextuales, como de sus orientaciones y elecciones políticas. Ello quedó claro en la progresiva alineación a la estrategia transitiva de la dictadura, resultado de la negativa del régimen para nueva negociación, y al mismo tiempo del sentido anticomunista de ambos actores. De modo parecido esta doble condicionante se hizo visible en el tipo de estigmatización que produjo sobre la *violencia política popular*, en especial sobre el Partido Comunista. Acorde a su trayectoria histórica, la DC continuó con su rechazo estigmatizante hacia el comunismo chileno, pero en el contexto de las protestas lo hizo con un matiz de gran importancia: convirtió a la estigmatización de la violencia en abstracto en una mediación simbólica para estigmatizar a la izquierda marxista. Esta estigmatización indirecta fue indicativa de tres cuestiones sustanciales del campo político. Uno, la opción y la capacidad de la DC para condenar al PC como la vía violenta y para excluirlo de su estrategia de transición. Dos, la legitimidad de éste para ser reconocido como uno de los principales sujetos anti-dictatoriales del momento, que implicó el apoyo de diversos sujetos opositores e impidió una estigmatización directa por parte de la DC. Tres, la posibilidad de terminar con la dictadura por otros medios distintos a la negociación con las FF.AA y la necesidad política de hacer fallar esta latencia histórica.

Su análisis también manifestó la “naturaleza” del rechazo a la violencia que sostuvo la Democracia Cristiana. En primer lugar, fue posible señalar que no se trataba simplemente de una versión “realista” y “racional” sobre el conflicto político. Sobre todo, fue una acción social en clave estigmatizante: una simbolización dedicada a desprestigiar y a marginar a la oposición rupturista través de la producción de “identidades deterioradas” y “sacralizadas”. Es decir una práctica de violencia simbólica que desde el discurso violenta para violentar “fuera” de éste. Enseguida, pudo indicarse que “detrás” del rechazo a una violencia en abstracto, operaba la estigmatización a una violencia precisa: la violencia política popular, en este caso comunista. La forma concreta del discurso antiviolencia, permitió observar un universo de sentido con propuestas, supuestos y orientaciones políticas que, de manera contradictoria, construyeron imágenes, conclusiones y explicaciones sobre por qué la vía pacífica era normal y la PRPM, vuelta la vía violenta, era anormal. En ese sentido, permitió comprender tanto el sentido político como el mecanismo discursivo que hizo posible este “ocultamiento”. A partir de lo anterior, fue posible comprender que la acción estigmatizante

de la DC no residió en marcar a todo lo peligroso y amenazante para la recuperación democrática y al bienestar del país. Tampoco en prevenir el cruel desgarramiento social y el torbellino de dolor y destrucción que provocarían los hechos de violencia. Ante todo, la estigmatización de la DC intentó desactivar los obstáculos que la violencia popular y la PRPM implicaban para su propia estrategia de transición: el estallido de un tipo de prácticas políticas que podrían subvertir el orden social en vigencia y su pertinencia como partido político capitalista dentro de la lucha anti-dictatorial.

De esta manera, pudo arribarse a un resultado analítico de gran importancia: la configuración de una propuesta de transición democrática altamente excluyente y discriminatoria, aceptable y coherente dentro del horizonte político democratacristiano. Así, la vía pacífica no resultó sólo una estrategia democratizadora: sobre todo fue una estrategia de contrainsurgencia. A través de su propia violencia y de la alianza con la violencia del régimen, la DC se proponía evitar la violencia de los otros y asegurar al país la contención de los sectores populares y de la izquierda marxista, el resguardo del capitalismo y la aspiración de presidir los primeros gobiernos democráticos. Es decir, cumplir los designios que se planteó en 1964 con la Revolución en Libertad y con el golpe de estado de 1973: encabezar la salvación del pedacito de “Mundo Libre” (un Chile demoliberal y capitalista) que desde décadas atrás había decidido a proteger. El resultado, al igual que en otras etapas de su historia, fue una derechización constante y en ascenso de la organización que, volvería a hacer posible un ataque conjunto a los sujetos sociales más radicales.

A pesar de esta situación, este estudio comprobó que durante las protestas, ni siquiera la DC pudo negar que en Chile podría ocurrir una transición con revolución comunista o salida popular y permitió observar qué desde ese momento, varios sujetos, entre ellos la DC, lo significaron como un gran peligro político que debía contenerse. Por varias razones, ambas aseveraciones resultaron un “hallazgo” importante de este análisis. Primero, porque ayudaron a defender una perspectiva analítica diferente a las posturas historiográficas que narran la inevitabilidad y bondad de la vía pacífica y a una “oposición democrática” absolutamente segura sobre la inminencia de su triunfo político. En sentido contrario, este trabajo pudo explicar que la DC dedicó gran parte de sus esfuerzos a relatar todos los peligros y devastaciones que le ocurrirían al país si llegara a triunfar una transición rupturista y no a las razones por las cuales no iba a suceder, como se hizo después del Plebiscito de 1988. Dicho matiz no sólo expresa la misma historia del discurso antiviolencia durante los ochenta. Además habla de que, en sus inicios, este discurso no funcionaba como una profecía política: operaba como un discurso preventivo que buscaba manipular el conflicto político a través

del temor. Y que expresaba el propio miedo de sus autores a no controlar el desenlace de la historia. Allí el análisis reconstruyó la agencia de la Democracia Cristiana a partir de su práctica discursiva. Pero también mostró las posibilidades de resolución histórica que pugnaban por concretarse en ese momento: lo abierto del horizonte de lo posible durante y por las Jornadas de Protesta, la incertidumbre sobre las resoluciones políticas del momento, la factibilidad de una transición rupturista y la necesidad política de algunos actores, incluyendo a la DC, de poderla evitar.

A partir de ello, este análisis sugiere guías de interpretación para los años que siguieron después del primer periodo de protestas. Permite plantear que, si el modelo económico y social de la dictadura pervivió en democracia, fue en gran parte porque hubo agentes opositores que estuvieron dispuestos a aceptarlo y a “sacrificar” sus principales demandas políticas, para excluir a los sectores más radicales del control del proceso democratizador. Así, analizar los orígenes del discurso antiviolencia permite comprenderlo como un proceso de construcción histórica y de responsabilidades políticas. Es decir, desmontar su propia normalización y exponer todo el trabajo y los obstáculos que la DC invirtió y encontró para poder decir y caracterizar a otros como anomalías peligrosas. Comprenderlos, como expresó Bolívar Echeverría, como un artefacto simplemente humano, “artificial, sustituible”,¹⁶ que en su particularidad histórica, permite vislumbrar a la transición democrática en Chile (más que pacífica, más que ordenada) como un proceso altamente excluyente y violento hacia aquellos que propusieron otras formas de lucha y otras formas de vida. Diferentes, alternativas y, a veces, más allá del mundo normalizado e injusto en el que todos vivimos.

En alto desacuerdo a la naturalización de esta realidad en vigencia y en gratitud a su voluntad política y agencia histórica, este trabajo fue para estas personas. También para recordar y recordar que recordamos. Para contribuir a la memoria y a las luchas que siguen vivas y que pugna para construir nuevos respiros de vida más propios y más libres.

¹⁶ ECHEVERRÍA, Bolívar, “Violencia y modernidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia*, FCE, México, 1998, p. 376.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

ÁLVAREZ, Rolando, *Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, LOM, Santiago de Chile, 2003.

ANGENOT, Marc, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.

ANSALDI, W. y V. GIORDANO, *América Latina. La construcción del orden. De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*, Tomo II, Ariel, 2012.

AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998.

BOENINGER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997.

BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, Akal, Madrid, 1999.

CAÑAS, Enrique, *El proceso político en Chile. 1973-1990*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997.

CARPENTIER, Alejo, *El reino de este mundo*, Siglo XXI, México, 1983.

CAVALLO, Ascanio (et. al.), *La historia oculta del régimen militar, 1973-1988*, Diana, México, 1998.

CERUTTI, Horacio, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de sus modus operandi*, UNAM-CCyDEL/ UNAM-CRIM/ Porrúa, México, 2000.

CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2001.

DE LA MAZA, Gonzalo y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-1984*, Educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1985.

DOONER, Patricio, *Crónica de una Democracia Cansada. El Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1985.

DUSSEL, Enrique, *20 tesis de política*, Siglo XXI- CREFAL, México, 2010.

ECHEVERRÍA, Bolívar, *Definición de la cultura*, FCE, México, 2001.

FEIERSTEIN, Daniel, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, FCE, México, 2007.

FERRARO, José, *El capitalismo en la doctrina social de la Iglesia ¿Bien común o propiedad privada?*, Ítaca, México, 2006

FERNÁNDEZ, David, *La "Iglesia" que resistió a Pinochet. Historia, desde la fuente oral, del Chile que no puede olvidarse*, IEPALA, Madrid, 1996.

FOUCAULT, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 1992.

_____, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

_____, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 2013.

FREI ORTEGA, Eugenio, *Historia de una Alianza Política. El partido socialista de Chile y el partido demócrata cristiano*, CED-CESOC, Santiago de Chile, 1990.

GARCÉS, Mario, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, LOM, Santiago de Chile, 2002.

GARRETÓN, Manuel, *El proceso político Chileno*, FLACSO-Chile, Santiago, 1983.

____y Marcelo Cavarozzi (eds.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur*, FLACSO-Chile, Santiago, 1989.

GIMÉNEZ, Gilberto, *Poder, estado y discurso. Perspectivas sociológicas y semiológicas del discurso político-jurídico*, UNAM, México, 1981.

GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrurtu, Buenos Aires-Madrid, 2003.

GÓMEZ CHOREÑO, Rafael, *Estigmatización y exterminio. Apuntes para una genealogía de la violencia*, CEGE, 2011.

GRAYSON, George, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1968. Disponible en: <http://www.blest.eu/biblio/grayson/index.html>

HELLER, Claude, *Política de unidad en la Izquierda chilena, (1956-1970)*, COLMEX, 1973.

LAVANDERO ILLANES, Jorge, *El precio de sostener un sueño*, LOM, Santiago de Chile, 1997.

LEVINSON, Jerome y Juan de Onis, *La Alianza Extraviada: un informe crítico sobre la Alianza para el Progreso*, FCE, México, 1970.

LÚNECKE REYES, Graciela Alejandra, *Violencia política: (violencia política en Chile 1983-1986)*, Arzobispado de Santiago, Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, Santiago, 2000.

MELNICK, Ana y Larissa Adler Lomnitz, *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica*, FCE, Santiago de Chile, 1998.

MOULIAN, Tomás, *Chile actual, anatomía de un mito*, LOM, Santiago, 2002.

_____, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM-Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2006

MOYANO, Cristina, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del paritito de nuestra transición (1969-1973)*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2009.

_____, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2010.

OSORIO, Jaime, *Raíces de la democracia en Chile, 1850-1970*, ERA-UAM, México, 1990.

_____, *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, UAM-FCE, México, 2012.

PUIG, Luisa (ed.), *El Discurso y sus espejos*, UNAM, México, 2009.

RAZETO, Luis, Arno Klenner (et. al.), *Las organizaciones económicas populares. 1973-1990*, Santiago de Chile, Ediciones PET, 1983.

SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las "Grandes alamedas"*. Santiago de Chile, 1947-1987 (*Una perspectiva histórico-popular*), SUR, Santiago de Chile, 1990.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

SCOTT, James, *Los dominados y el arte de la resistencia*, ERA, México, 2000.

SMIRNOW, Gabriel, *La revolución desarmada, Chile 1970-1973*, ERA, México, 1977.

SOSA, Ignacio, *Conciencia y Proyecto Nacional en Chile, (1891-1973)*, UNAM, México, 1981

TILLY, Charles, *Violencia colectiva*, Editorial Hacer, Madrid, 2007.

VALDIVIA, Verónica, *Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha política chilena. 1964-1973*, Santiago, LOM, 2008.

VERÓN, Eliseo, *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona, 1996.

_____, *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, UBA, Buenos Aires, 1997.

YOCELEVSKY, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura: 1970-1990*, FCE, 2010.

[ZIZEK, Slavoj](#), *Sobre la Violencia: Seis Reflexiones Marginales*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

Artículos

ÁLVAREZ, Rolando, "Aún tenemos Patria, ciudadanos". El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988)" en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008.

AMOSSY, Ruth, “Argumentación y análisis del discurso: perspectivas teóricas y recortes disciplinarios” en Luisa Puig (ed.), *El Discurso y sus espejos*, UNAM, México, 2009.

BOTTO, Andrea, “Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia” en *Teología y Vida*, vol. XLIX, 2008.

BOURDIEU Pierre y Jean-Claude Passeron, “Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica”, p. 4. Consultado: 18/01/2014. Disponible en: www.cholonautas.edu.pe/ (Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales).

_____, “El campo político” en BOURDIEU, P. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001.

_____, “Precisiones sobre el campo político” en BOURDIEU, P. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001.

_____, “La representación política” en BOURDIEU, P. *El campo político*, Plural, La Paz-Bolivia, 2001.

BRAVO VARGAS, Viviana, “Chile rebelde: las Jornadas de Protesta contra la dictadura militar (1986-1987)” en *Revista Nostromo*, núm. 2, otoño 2008-invierno 2009.

_____, “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989” en *Revista Política y Cultura*, núm. 37, primavera 2012.

BRUNNER Joaquín, “La cultura política del autoritarismo” en *Revista mexicana de sociología*, año XLVI, núm. 2, abril-junio, 1982.

CANCINO, Hugo, “La Iglesia Católica y su contribución a la reconstrucción de la Democracia en Chile” en *Revista del CESLA*, núm. 2, 2001. Consultado: 01/07/2014. Disponible en: http://www.cesla.uw.edu.pl/www/images/stories/wydawnictwo/czasopisma/Revista/Revista_2/40-62_Cancino.pdf

CASALS, Marcelo, “‘Chile en la encrucijada’. Anticomunismo y propaganda en la ‘campaña del terror’ de las elecciones presidenciales de 1964” en Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la Guerra Fría Global*, Instituto de Historia/Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2014.

ECHEVERRÍA, Bolívar, “Violencia y modernidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia*, FCE, México, 1998.

FUENTEALBA, Rafael, “El ADN del pacto de la DC y el socialismo” en *La Nación*, 31 de diciembre de 2006. Consultado el: 5/05/2013. Disponible en: http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20061230/pags/20061230161405.html

GARRETÓN, Manuel, “Modelo y proyecto político del régimen militar chileno” en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIV, núm. 2, abril-junio de 1982.

_____, “La oposición política partidaria en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición” en GARRETÓN, Manuel y Marcelo Cavarozzi (eds.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur*, FLACSO-Chile, Santiago, 1989.

_____, “Movilización popular bajo el régimen militar en Chile: de la transición invisible a la democratización política” en Susan Eckstein (coord.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 2001.

GASPAR TAPI, Gabriel, “La ofensiva política de la dictadura”. Consultado el: 07/09/2012. Disponible en: <http://www.worldcat.org/title/chile-la-ofensiva-politica-de-la-dictadura/oclc/048285216>

GUERRERO ANTEQUERA, Manuel, “Tras el exceso de la sociedad: emancipación y disciplinamiento en el Chile actual” en *Revista Nostromo*, núm. 2, otoño 2008-invierno 2009.

GUTIÉRREZ CASTAÑEDA, Griselda, “Estado y violencia. Una perspectiva realista” en Adolfo Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia*, FCE, México, 1998.

[ELGUETA, Belarmino, “La coartada política del golpismo”. Consultado: 25/05/2014. Disponible en: http://www.archivochile.com/Chile actual/16 hue dict/chact huedict0007.pdf](http://www.archivochile.com/Chile%20actual/16%20hue%20dict/chact%20huedict0007.pdf)

[IZE, María Francisca, “La Democracia Cristiana en Chile: Análisis de una experiencia” en *Foro Internacional*, Colegio de México, vol. 10, núm. 2, oct-dic 1969.](http://www.archivochile.com/Chile%20actual/16%20hue%20dict/chact%20huedict0007.pdf)

MORÁN, María Luz, “La distribución del poder en las sociedades avanzadas” en Jorge Benedicto y María Luz Morán, *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

MOULIAN, Tomás e Isabel, Torres, “¿Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?” en Augusto Varas (et. al.) *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, USACH/FLACSO/Catalonia, Santiago de Chile, 2010.

MOYANO, Cristina, “La retórica de la renovación hasta su paroxismo: del MAPU al MAPU Lautaro” en Cristina Moyano Barahona, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010.

_____, “Un acercamiento histórico-conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990” en *Revista Izquierdas*, año 2, Núm. 3, 2008. Consultado: 2/06/2014. Disponible en: http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/moyano_cristina.pdf

OYARZO, Gemita, “Voces de los 80. De los Actores colectivos a los sentidos históricos de las luchas antidictatoriales en Chile (1973-1989)” en *Revista Izquierdas*, año 3, número 8, 2010. Consultado: 24/03/14. Disponible en: <http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/Oyarzo.pdf>

PÉREZ, Cristian, “¡A las armas, camaradas!: Frente Patriótico Manuel Rodríguez (1983-1990)” en *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, núm. 9, 2012. Disponible en <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. Consultado: 21/11/14.

PINTO, Julio y Sebastián Leiva, “Punto de quiebre: el MIR en los ochentas” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008.

PUCCIO, Osvaldo, “La política del Partido Comunista de Chile. Elementos de su evolución y permanencia en el último periodo” en Augusto Varas (et. al.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, USACH/FLACSO/, Catalonia, Santiago de Chile, 2010.

PUIG, Luisa, “El discurso: orígenes y disyuntivas teóricas” en Luisa Puig (ed.), *El Discurso y sus espejos*, UNAM, México, 2009.

QUIROGA, Patricio, “Las Jornadas de Protesta Nacionales. Historia, estrategias y resultados” en *Encuentro XXI*, año 4, núm. 11, octubre de 1998.

RIQUELME, Alfredo, “La Guerra Fría en Chile: los intrincados nexos entre lo nacional y lo global” en Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la Guerra Fría Global*, Instituto de Historia/Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2014.

ROSENKRAZ Hernán y Benny Pollack, “Estrategias políticas divergentes, movilización convergente y sectores medios: la izquierda y la Democracia Cristiana en Chile 1963-1973” en *Foro Internacional*, Colegio de México, vol. 17, núm. 2, oct-dic, 1976.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, “Contribución a una dialéctica de la finalidad y la causalidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía y circunstancias*, Antrhopos, 1997.

SAULL, Richard, “El lugar del Sur Global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico” en Daniela Spencer (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, CIESAS-SRE-Miguel Ángel Porrúa, 2004.

SIGMUND, Paul, “La transformación de la ideología demócratacristiana: trascendiendo a la izquierda y a la derecha, o ¿qué le ocurrió a la Tercera Vía?” en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *La Democracia Cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, FCE, México, 2010.

TIRONI, Eugenio, “Crisis, desintegración y modernización” en *Proposiciones*, Ed. Sur, núm. 18, 1990.

TORRES, Isabel, “Chile contemporáneo 1950-1970” en Paz Milet (comp.), *Estabilidad, crisis y organización de la política: lecciones de medio siglo de historia chilena*, FLACSO-Chile, Santiago, 2001.

_____, “La trayectoria de la derecha, desde la incondicionalidad de Pinochet, al gobierno de los gerentes” en *Observatorio Latinoamericano*, Universidad de Buenos Aires/Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, núm. 8, agosto 2011.

_____ y Pablo Rubio, “Reacciones y respuestas de la Democracia Cristiana frente al golpe militar de 1973: ¿Colaboración u oposición?” en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 1, vol. 19, 2015.

VALDIVIA, Verónica, “Presentación” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008.

_____, “Los guerreros de la política. La Unión Demócrata Independiente, 1983-1988” en Verónica Valdivia (et. al), *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochentas*, Vol. II, LOM, Santiago, 2008.

_____, ““¡Estamos en Guerra, Señores!’ El régimen militar de Pinochet y el ‘Pueblo’, 1973-1980” en *Revista Historia*, núm. 43, vol. I, enero-junio, 2010.

VALENZUELA, Jaime, “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”. Consultado: 23/04/2014. Disponible en:

http://www.uca.edu.sv/mcp/media/archivo/79d5a2_r58valenzuela.pdf

_____y Arturo Valenzuela, “Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno” en *Revista mexicana de sociología*, año XLVI, núm. 2, abril-junio, 1982.

VARAS, Augusto, “De la violencia aguda al registro electoral: estrategia y política de alianzas del PC, 1980-1987” en Augusto Varas (et. al.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, USACH/FLACSO/Catalonia, Santiago de Chile, 2010.

VEIT STRASSNER, M., “La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico” en *Teología y vida*, vol. XLVII, 2006, Consultado: 01/07/14. Disponible en: <http://www.scielo.cl/pdf/tv/v47n1/art04.pdf>

VERÓN, Eliseo, “La semiosis social” en Mario Monteforte (coord.), *El discurso político*, UNAM-Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

WALKER, Ignacio, “El futuro de la democracia cristiana chilena” en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *La Democracia Cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, FCE, México, 2010.

YOCELEVSKY, Ricardo, “La izquierda chilena en 1982” en *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XLV, núm. 3, julio-septiembre, 1982.

_____, “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto” en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1985.

_____, “El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar” en *Foro Internacional-COLMEZ*, vol. 27, núm. 1, julio-septiembre, 1986.

ZAPATA, Francisco, “Fuerzas sociales y fuerzas políticas en Chile” en *Estudios Sociológicos* Vol. 2, No. 4, enero-abril de 1984.

Tesis, Documentos de Trabajo, Manuscritos y Conferencias

ÁLVAREZ, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007.

BAÑO, Rodrigo, *Lo social y lo político, consideraciones acerca del movimiento popular urbano*, Vol. II, Documento de Trabajo, núm. 208, junio de 1984.

_____, *Movimiento Popular y política de partido en la coyuntura crítica del régimen (1983-1984)*, Documento de Trabajo, núm. 236, FLACSO-Chile, Santiago, 1985.

BARAÑANO CALDENTEY, Ana Margarita, *Orígenes y desarrollo de la Democracia Cristiana en Chile (1891-1970)*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM-FFyL, 1988.

BENAVENTE, André, “Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984”, Documento presentado el día 13 de septiembre de 1984 en el Seminario “Formación Democrática”, organizado por el Centro de Estudios Públicos, p. 192. Consultado: 07/08/2015. Disponible en: http://www.plataformademocratica.org/Publicacoes/9424_Cached.pdf

BRAVO VARGAS, Viviana, *Rebeldes audaces: pasajes de la resistencia contra la dictadura en Chile. El caso del Partido Comunista. (1973-1986)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2007.

_____, *La voz de los 80': protesta popular y neoliberalismo en América Latina. El caso de la resistencia subalterna en Chile (1983-1987)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2012.

CARCAMO, Ulises, *La dialéctica del poder popular en Chile. Entre la Democracia de Base y la Participación de Política Acotada*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago de Chile, 2013.

CASTAÑOS, Fernando, “La representación, los partidos y las elecciones: acoplamiento problemáticos”, Ponencia presentada en el *Coloquio: Los claroscuros de la democracia: problemas actuales de*

la representación social y política en México, Colegio de la Frontera Norte y Seminario Académico Institucional “Perspectiva Democrática”-IIS/UNAM, Tijuana, 30 de octubre de 2015.

CASTILLO GALLARDO, Mayarí, “*Ya no Somos Nosotros*”: *Identidades políticas en el Chile contemporáneo*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO-México, México, 2008.

GARCÉS SOTOMAYOR, Antonia, *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2011.

GARRETÓN, Manuel, “Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y Balance”, Documento de Trabajo, FLACSO- Chile, 1987.

GIMENEZ, Gilberto, *Para una concepción semiótica de la cultura*, mimeo, s.f.

GODOY ARCAÑA, Oscar, *La transición chilena a la democracia: pactada*. Consultado 18/05/2010. Disponible en: http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1136_377/rev74_godoy.pdf

GODOY SEPÚLVEDA, “La Democracia Cristiana y el primer año de gobierno de la Unidad Popular”, ponencia presentada en *las II Jornadas de Historia Política en Chile*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, 9 y 10 de noviembre de 2005. [Falta liga](#)

IGLESIAS, Mónica, *Rompiendo el cerco: el movimiento de pobladores contra la dictadura (1973-1990)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2010.

MORRISON, Toni, Discurso presentado al recibir el Premio Nobel. Consultado: 13/05/15. Disponible en: <http://www.revistadepoesiaclave.com/no%205/ensayo%20toni%20morrison.htm>

MOULIAN, Tomás, *La Democracia Cristiana en su fase ascendente 1957-1968*, Documento de Trabajo, núm. 288, FLACSO-Chile, 1986.

NÚÑEZ, Omar, “*Cuando el destino nos alcance*”. *Problemas civilizatorios y del desarrollo en el Chile del siglo XX*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, mimeo.

ÓRDENES HERMOSILLA, Héctor, *Jóvenes, rebeldes y armados. Teoría, identidad y praxis del MAPU Lautaro*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2007.

PIRKER, Kristina, *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM-FFyL, México, 2008.

PORTALES, Ana María, *Los conflictos internos en el Partido Demócrata Cristiano durante la primera etapa del gobierno de Eduardo Frei (1964-1968). La dimensión ideológica de un debate político*, Documento de Trabajo, núm. 51, FLACSO-Chile, Santiago, 1987.

TORRES, Isabel y Tomás Moulián, *La reorganización de los partidos de derecha entre 1983 y 1988*, Documento de Trabajo, núm. 388, FLACSO-Chile, 1988.

TOVAR MENDOZA, Justo, *La negociación de la transición democrática en Chile (1983-1989)*. Consultado el 18/05/2013. Disponible en: <http://www.dii.uchile.cl/~webmgpp/estudiosCaso/CASO42.pdf>

VALDÉS, Teresa, *El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales*, Documento de Trabajo núm. 283, FLACSO, Santiago de Chile, enero 1986.

VILLEGAS DIANTA, Adrián, *Transición chilena a la democracia. Evolución del proceso de transición chilena a la democracia: un proceso de consensos y pactos*, Trabajo de titulación para obtener el título de profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso/Facultad de Filosofía y Educación/Instituto de Historia, Valparaíso, Chile, 2003.

Hemerografía

Diario *El país*, 01/enero/1983-30/noviembre/1984. www.elpais.com

Revista Análisis, 1983-1984.

Revista Qué pasa, 1983-1984.

Revista Cauce, 1983-1984.

El Mercurio, 1983-1984.

Documentos

Alianza Democrática, *Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional ante Chile, su pueblo y su historia*, 22 de agosto de 1983. Consultado: 21/08/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1665&Itemid=55

“Planteamientos de la Alianza Democrática antes de la ruptura del diálogo.” 29 de septiembre de 1983. Consultado: 03/10/2013. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1667&Itemid=55

AYLWIN, Patricio, “Reflexiones sobre una salida Político-Jurídica para Chile”, (Exposición del autor en el Seminario del ICHEH en julio de 1984), citado en Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Ediciones Grupo Z, Santiago de Chile, 1998.

_____, “Discurso de S. E. el presidente de la República, Patricio Aylwin azocar, en Estadio Nacional” 12 de marzo de 1990, Archivo Chile-Centro de Estudios Miguel Enríquez. Consultado: 2/02/2015. Disponible en: http://www.archivochile.com/Gobiernos/gob_paylwin/de/GOBdeaylwin0003.pdf

Discurso del general Augusto Pinochet en el cerro Chacarillas con ocasión del día de la juventud el 9 de julio de 1977. Consultado 13/05/2011. Disponible en: http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0003.pdf

Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), “Lucha de clases y el surgimiento del FPMR en Chile”. Consultado el 2/06/2010. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/8579750/FPMR-Lucha-de-clases-y-el-surgimiento-del-FPMR-en-Chile>.

_____, “FPMR. Brazo armado del pueblo. 01/01/1984”. Consultada el 12/06/2010. Disponible en: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1660>

KOHAN, Néstor, Entrevista al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, 20/11/2006. Consultada el 12/06/2010. Disponible en: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1660>

PC, “Carta dirigida por el Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán al Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei”, en *La Democracia Cristiana Alternativa del Comunismo*, Santiago, 25 de abril de 1961. Disponible en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/irujoi/8099.pdf>. Consultado: 24/07/2015.

PDC, “Respuesta del Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei al Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán”, mayo 1961, p. 13, en *La*

Democracia Cristiana Alternativa del Comunismo, Santiago, 25 de abril de 1961. Disponible en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/irujjo/8099.pdf>. Consultado: 24/07/2015.

_____, *ELABC de la Democracia Cristiana*, Cuadernos de Divulgación Doctrinaria-Instituto de Estudios Políticos del PDC en Concepción, Concepción, 1962.

_____, *La Revolución, la democracia y el movimiento popular*, Del Pacífico, Santiago, 1963,

_____, “Dos Vías Revolucionarias” en *Dice la Democracia Cristiana*, Editorial Pacífico, Santiago de Chile, 1963.

_____, “Una patria para todos” en *Por una restauración democrática en Chile*, Cuadernos de Casa Chile, México, 1977.

VALDÉS, Gabriel, “Ahora es cuando”, agosto 1983 en Ortega, Eugenio y Carolina Moreno (comps.). *¿La concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, LOM, Santiago de Chile, 2002.

_____, “Estamos contra la violencia” en VALDÉS, Gabriel, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986,

_____, “La nación está amenazada” Discurso pronunciado en la clausura del Tercer Seminario de Profesionales, Técnicos e Intelectuales Demócratas Cristianos, 15 de enero de 1984, en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986

_____, “Mensaje al país”, abril 1984 en Gabriel Valdés, *Por la Libertad: discursos y entrevistas 1982-1986*, Ediciones Chile América, CESOC, Santiago, 1986.

ZALDÍVAR, Andrés, “La construcción de un nuevo proyecto social es un proceso de transición gradual.” Consultado: 08/07/2015. Disponible en: http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=1363&Itemid=90

Documentales Audiovisuales

GÓNGORA, Augusto y Fernando Paulsen, “El paro nacional”, reportaje de *Teleanálisis* ,
octubre 1984. Consultado 12/05/2010. Disponible en:
<http://www.familiaschilenas.cl:90/laprotesta-poblacionstgo-videos.htm>

